

# CUENTOS ESCOGIDOS



CONSTANCE  
FENIMORE  
WOOLSON

*Introducción, selección  
y edición crítica de*

Daniel  
PASTOR GARCÍA

*Traducción de*

Irene RODRÍGUEZ ARCOS  
y Bárbara CERRATO  
RODRÍGUEZ



Ediciones Universidad  
**Salamanca**

---



## CUENTOS ESCOGIDOS

**MEMORIA DE MUJER**

7

*Colección dirigida*

*por*

Josefina CUESTA

(Universidad de Salamanca)

&

María José TURRIÓN

(Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca)

*Consejo científico*

Virginia ÁVILA (UNAM, México)

Dora BARRANCOS (CONICET, Argentina)

Christina VON BRAUN (Universidad Humboldt de Berlín, Alemania)

Nuria CHINCHILLA (IESE, España)

Jean Louis GUEREÑA (Universidad de Tours, Francia)

Araceli MANGAS (Universidad Complutense, España)

Jane MORRICE (Consejo Económico y Social Europeo, UE)

María Jesús PRIETO-LAFFARGUE (Instituto de la Ingeniería de España,  
ex-Presidenta de la WFEO)

CONSTANCE FENIMORE WOOLSON

# CUENTOS ESCOGIDOS

*Introducción, selección y edición crítica de*

Daniel PASTOR GARCÍA

*Traducción de*

Irene RODRÍGUEZ ARCOS y Bárbara CERRATO RODRÍGUEZ



Ediciones Universidad  
**Salamanca**

# MEMORIA DE MUJER

7

© de esta edición:

Ediciones Universidad de Salamanca

© de la introducción y edición crítica:

Daniel Pastor García

© de la traducción:

Irene Rodríguez Arcos y Bárbara Cerrato Rodríguez

1ª edición: noviembre, 2018

MOTIVO DE CUBIERTA: CONSTANCE FENIMORE WOOLSON

ESTE LIBRO SE ENMARCA EN EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN FINANCIADO POR LA CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN DE LA JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN Y EL FONDO EUROPEO DE DESARROLLO REGIONAL (SA019P17), CON EL TÍTULO “ESCRITORAS INÉDITAS EN ESPAÑOL EN LOS ALBORES DEL S. XX (1880-1920).

RENOVACIÓN PEDAGÓGICA DEL CANON LITERARIO”

DIRIGIDO POR LA PROFESORA MILAGRO MARTÍN CLAVIJO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ISBN: 978-84-1311-186-5 (PDF)

ISBN: 978-84-1311-187-2 (POD)

Ediciones Universidad de Salamanca

Plaza San Benito s/n

E-37002 Salamanca (España)

<http://www.eusal.es>

[eus@usal.es](mailto:eus@usal.es)

*Impreso en España-Printed in Spain*

Maquetación: Sara Velázquez

Realizado:

Cícero, S.L.

Tel. 923 123 226

37007 Salamanca (España)

*Todos los derechos reservados.*

*Ni la totalidad ni parte de este libro*

*Puede reproducirse ni transmitirse*

*Sin permiso escrito de*

*Ediciones Universidad de Salamanca*

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de

Unión de Editoriales Universitarias Españolas

[www.une.es](http://www.une.es)



## ÍNDICE

<b>PRIMERA PARTE: INTRODUCCIÓN</b>	9
1. Cronología	11
2. Constance Fenimore Woolson y su época	14
3. La escritora y su obra: de la región de los Grandes Lagos a los estados del Sur y a Europa	36
4. Referencias bibliográficas	77
<b>SEGUNDA PARTE: CUENTOS ESCOGIDOS DE CONSTANCE FENIMORE WOOLSON</b>	83
1. Las marismas de Sta. Clara	85
2. Rodman el Guardián	119
3. Felipa	153
4. Señorita Tristeza	177
5. Un experimento florentino	201





# I

## INTRODUCCIÓN

**CONSTANCE FENIMORE WOOLSON:  
LA ESCRITORA Y SU OBRA**



## 1. CRONOLOGÍA

1840:	Nace Constance Fenimore Woolson en Claremont, New Hampshire
5 de marzo	Tres de sus hermanas mayores (Julia de dos años, Gertrude de cuatro y Ann de cinco)
21, 22 de marzo y 3 de abril	mueren de escarlatina; en el otoño sus padres deciden trasladarse a vivir a Cleveland, Ohio.
1850	Asiste a la Cleveland Female Seminary
Verano 1855	Visita la isla de Mackinac por primera vez.
1858	Se gradúa de Madame Chegaray's School, Nueva York.
1861-1865	Trabaja para la causa de la Unión durante la guerra civil norteamericana
1869	Su padre Charles Jarvis Woolson muere el 6 de agosto
1870-1871	Viaja a Nueva York City y colabora en el <i>Daily Cleveland Herald</i> ; empiezan a aparecer varios cuentos, artículos de viaje y poemas en distintas revistas.
1873	Publica su primera novela para un público juvenil <i>The Old Stone House</i> con el pseudónimo de Anne March. Se traslada a vivir al sur con su madre, residiendo preferentemente en San Agustín, Florida. Sus cartas dan pruebas de Tennessee y Virginia

- 1874 En el mes de marzo conoce en San Agustín al poeta y crítico Edmund Clarence Stedman, su consejero literario.
- 1875 El 1 de mayo empieza a mantener correspondencia con el poeta sureño Paul Hamilton Hayne, su consejero literario. Se publica su primera colección de cuentos, *Castle Nowhere: bocetos de los Grandes Lagos*.
- 1879 El 13 de febrero muere su madre Hannah; en noviembre viaja a Europa con su hermana Clara Benedict y su sobrina Clare Benedict; nunca más volverá a Estados Unidos; viaja a Inglaterra, Francia, Italia, Suiza y Alemania.
- 1880-1883 Pasa unas semanas en Mentone, Francia. Vive en Florencia y conoce a Henry James en el mes de abril de 1880. Su célebre cuento “‘Señorita Tristeza’” aparece publicado en la revista *Lippincott’s Magazine* en el mes de mayo. Viaja a otros países de Europa (Suiza y Alemania). Publica su segunda colección de cuentos *Rodman el guardián: bocetos sureños*. Su primera novela *Anne* es publicada por entregas (diciembre de 1880-mayo 1882).
- Septiembre  
1883-primavera  
1886 Vive en Londres y en Leamington. Tiene frecuentes encuentros con Henry James. Viaja a Viena y a Ginebra. Publica *Por el bien del comandante*. *East Angels* es publicada por entregas (enero 1885- mayo 1886).

Primavera 1886-otoño 1889	Vive preferentemente en Florencia, en Villa Castellani en Bellosguardo y en Villa Brichieri también Bellosguardo desde el 1 de enero de 1887 a 1889; en diciembre de 1886 Henry James reside Villa Brichieri hasta finales de mayo de 1887; vive durante un tiempo en Suiza en el otoño de 1888 donde James reside también; pasa unas semanas en octubre de 1889 en Richmond, Inglaterra; <i>Jupiter Lights</i> , su tercera novela, aparece publicada por entregas en <i>Harper's New Monthly Magazine</i> (enero-septiembre 1889).
1890-1893	Pasa el invierno viajando por las islas griegas y Egipto; viaja a Cheltenham, Inglaterra y vive en Oxford desde otoño de 1891 a principios de 1893.
1893-1894	Vive en Casa Semitecolo en Venecia. Publica <i>Horace Chase</i> .
24 de enero de 1894	Muere accidentalmente o suicidándose en su Casa Semitecolo en Venecia.
1895	Aparece su colección de cuentos <i>El patio delantero y otros cuentos italianos</i> .
1896	Se publica <i>Dorotea y otros cuentos italianos</i> .

## 2. CONSTANCE FENIMORE WOOLSON Y SU ÉPOCA

No soy tan fuerte como para participar mucho en sociedad o para alternar y dedicarme a la tarea de escribir al mismo tiempo. Lo mejor de mi está en mi obra...

En su día, durante las décadas de 1880 y 1890, Constance Fenimore Woolson alcanzó un éxito popular sin precedentes; autora de más de cincuenta relatos cortos, cinco novelas, numerosos artículos de viaje y de crítica, y poemas, supo ganarse al exigente gusto del público lector de revistas de la categoría de *The Atlantic Monthly*. Su primera novela *Anne* (1882) fue la que más éxito alcanzó, llegándose a vender casi 60.000 copias, casi diez veces más que *El retrato de una dama* de Henry James que se publicó aproximadamente al mismo tiempo, y aunque el resto de sus novelas no alcanzó la misma popularidad, fue una escritora reverenciada por sus lectores. Se la declaró “la novelista laureada de Norteamérica”, y su obra fue a menudo comparada con la de los grandes autores europeos. Fue tan famosa y su popularidad fue tal que los editores de *Harper's* le ofrecieron una bonificación de mil dólares por su primera novela y le pidieron que escribiera más, logrando que firmara un contrato en exclusividad. Pese a todo, resulta complicado pretender conocer su vida y su carrera literaria en detalle debido a la escasez de información fidedigna que existe sobre ella y a un cúmulo considerable de especulaciones, lo que la convierten en una figura enigmática. Durante años lo único disponible sobre Woolson era la compilación *Five Generations (1725-1923)* a cargo de su sobrina Clare Benedict, un caótico revoltijo de extractos de obras, fragmentos de cartas y diarios, con anotaciones diversas y comentarios personales, pero sin fechas ni ningún tipo de orden, que, según cuenta en la introducción, pretenden ofrecer los materiales precisos para conocerla además de otros miembros de la saga familiar. Ni siquiera la única biografía existente hasta la fecha, aparecida en 2016, llega a cumplir su cometido satisfactoriamente, y su autora se excusa explicando que no solo hay demasiadas lagunas en su vida y apenas se conservan cartas previas a su edad de treinta años, sino que su nombre al estar indisolublemente

asociado al de Henry James, con el que mantuvo una estrecha amistad durante catorce años, fue ignorado y tanto su personalidad como su talento se vieron eclipsados por completo por la figura del escritor.

Constance Fenimore Woolson nació el 5 de marzo de 1840 en Claremont, un pueblecito del estado de New Hampshire, en el seno de una familia conservadora con claras resonancias históricas y literarias. Era la sexta hija de Charles Jarvis Woolson, un emprendedor hombre de negocios de Vermont descendiente de una distinguida familia de Nueva Inglaterra y de Hannah Cooper Pomeroy de Cooperstown, Nueva York, hija de la hermana mayor del famoso novelista James Fenimore Cooper. A las pocas semanas de su nacimiento, tres de sus cinco hermanas murieron de escarlatina, un trágico suceso que empujó a los Woolson a emprender una nueva vida en Ohio, un estado cuya realidad fronteriza apenas duró unas pocas décadas convirtiéndose en el destino de numerosos inmigrantes europeos. En Cleveland, donde se instalaron antes de finalizar 1840, nacieron dos hijas más del matrimonio (Clara y Ellen Alida, que moriría al año de vida) y un chico, Charles.

Situada en la orilla sur del lago Erie, Cleveland, fundada en 1796, era entonces una pequeña localidad portuaria que no superaba los 6000 habitantes. Gracias a su estratégico emplazamiento experimentó, en un corto espacio de tiempo, rápidas transformaciones, y para comienzos de la década de 1870, cuando Woolson la abandonó definitivamente, ya había alcanzado más de 90.000 personas y se había transformado en una bulliciosa ciudad. La que fuera conocida como “La ciudad arbolada” perdería su encanto natural paulatinamente a favor de una vertiginosa industrialización. Cleveland nunca fue de su agrado, y a una amiga de colegio que se fue a vivir al extranjero le confesó que se sentía atraída por “la idea de abandonar mi casa durante un tiempo... ojalá yo estuviera también en el ‘exilio’...podría visitar los lugares más famosos y hermosos del mundo...” (Benedict 2: 15). Uno de sus lugares favoritos en verano era Cooperstown, el pueblecito fundado por el abuelo de su madre, el juez William Cooper, donde disfrutaba de la compañía y de la conversación de las tías solteras; en concreto, su tía Susan, la hija mayor del novelista y la encargada de pasar

a limpio los manuscritos de su padre, le contaba historias de su juventud en París y de su intensa adoración por Italia.

Con apenas trece años de edad conoció de nuevo la tragedia: sus dos hermanas mayores murieron en unos pocos meses (una, recién casada, de tuberculosis, y la otra en el parto de su segundo hijo), con lo que pasó a ser la más mayor. El ambiente familiar era muy proclive a la literatura y a la escritura; su madre Hannah escribía con regularidad un diario y pequeñas historias para entretenimiento de las hijas pequeñas; su padre sentía verdadera pasión por el periodismo y muy joven se trasladó a Charlottesville, en Virginia, donde fundó un periódico y en Boston compró acciones del diario *New England Palladium*, pero para 1833, a medida que la familia aumentaba, renunció a seguir sus sueños periodísticos para trabajar en el negocio familiar de la fabricación de estufas conformándose con hablar extensamente de sus autores favoritos. El salón de la casa en Cleveland era frecuentado por familiares y amistades que disfrutaban de alegres y bulliciosas veladas musicales, pequeñas representaciones teatrales o de la lectura de poesía en voz alta que organizaban Constance y sus hermanas.

El entorno de Woolson era el característico de las familias victorianas conservadoras. Recibió la educación apropiada de una joven destinada al matrimonio y a la educación de sus hijos; reservada y tímida, Constance se acostumbró a que su hermana Clara, de carácter alegre, recibiera más atenciones e incluso regalos de amistades y familiares mientras que ella se consideraba “antipática y muy poco atractiva” (Rioux, 2016: 20). También sintió cierta envidia del trato recibido de su único hermano, Charles, el más consentido por su madre que le colmaba de afecto. Su falta de interés por el contacto social los compensaba con la lectura de su autor favorito Charles Dickens; más tarde, serían Alejandro Dumas, George Sand, Ivan Turgueniev, Charlotte Bronte y George Eliot. Lo que verdaderamente disfrutaba era acompañar a su padre en sus viajes de negocios por la región de los Grandes Lagos o visitar la pequeña comunidad Zoarita de disidentes religiosos asentados en el valle de de Tuscarawas de Ohio.

A la edad de 14 años entró a estudiar en la Cleveland Female Seminary. Su profesora favorita era Linda Guilford con la que



estuvo en contacto hasta el final de sus días. Constance en distintas ocasiones agradeció sus enseñanzas y que fomentara sus dotes para la escritura, y por su parte, Guilford la recordaba leyendo en voz alta sus redacciones ante “la atenta y silenciosa clase” (Guilford, 1992: 76). Esta se había graduado en Mount Holyoke College, la primera universidad de mujeres en los Estados Unidos, y tenía ideas muy avanzadas para la época; se lamentaba, por ejemplo, de que el tipo de educación que las jóvenes recibían era exclusivamente de preparación para el matrimonio. Sus alumnas tenían que leer *Corinne ou l'Italie* (1807) de Madame de Staël, una novela de amor entre Corinne, una enigmática mujer con un enorme talento como poeta, que muere completamente apenada cuando su amante, un aristócrata escocés, la abandona por una mujer más convencional<sup>1</sup>.

En el verano de 1855 viajó por primera vez a la isla de Mackinac, en el estado de Michigan, entre el lago Hurón y el lago Michigan, y la región se convertiría en unos de sus destinos favoritos. Su encanto natural junto a su pasado histórico será motivo recurrente en varias de sus obras. A la edad de 17 Constance completó su educación en la Madame Chegaray's School for Young Ladies, una escuela para chicas considerada como una de las más prestigiosas. Se sintió fuera de lugar: era una institución elitista que, sobre todo, concentraba a jóvenes que orgullosamente se jactaban de su procedencia sureña y de sus orígenes familiares. En esa escuela destacó particularmente en canto y aprendió francés con fluidez; también leyó con fruición a autores clásicos de la literatura francesa.

La guerra civil, entre 1861-1865, fue un acontecimiento de gran magnitud que, como diría Henry James, marcó una época tras la cual nada sería igual, generando en la conciencia colectiva de los norteamericanos “...el sentimiento de que el mundo se volvía un lugar cada vez más complejo de lo que se

---

<sup>1</sup> *Corinne* fue un auténtico éxito internacional que hasta cierto punto inauguró en Europa el debate sobre la condición femenina, sobre el derecho de la mujer a vivir como un ser independiente y a existir como escritora. En el verano de 1880 Woolson viajó a Coppet y visitó el castillo de Madame de Staël donde se encuentra enterrada, una experiencia que le sirvió de inspiración para la creación de uno de sus cuentos más célebres “En el castillo de Corinne” (octubre 1887).

había conocido hasta entonces y el futuro se presentaba más incierto y el éxito más difícil...” (James, 1879: 141). En el caso de nuestra autora fue un paréntesis en su vida que aparentemente no cobraría especial relevancia en su obra<sup>2</sup>. En su primera novela, *Anne* (1882), reproduce en unas pocas páginas la reacción popular en los primeros momentos del estallido del conflicto y el fervor patriótico que espontáneamente generó. Además, la joven protagonista colabora durante un breve tiempo como ayudante enfermera voluntaria. Sin embargo, el estado de postración, la desolación y las terribles consecuencias sociales y económicas que acarreó la contienda bélica se dejan ver en sus relatos sobre el sur, particularmente los protagonizados por mujeres. Bastantes años más tarde, escribirá emocionada que “...la guerra fue el corazón y el alma de mi vida... No puedo ni siquiera ahora escuchar las viejas canciones de la guerra o pasar por los cementerios de soldados en el sur o ver la vieja bandera sin que gire la cabeza o se me haga un nudo en la garganta” (Moore, 1963: 22). Se alistó a la “Soldiers’ Aid Society of Northern Ohio” haciéndose cargo de un puesto de correos en una feria sanitaria cuya misión era recaudar fondos y organizar conciertos para los soldados convalecientes. Relacionado con este período es su aparente fascinación por un amigo de la niñez en Cleveland que había sido coeditor con ella de un periódico veraniego publicado en la isla de Mackinac y al que volvió a ver ahora como coronel del ejército de la Unión. Pronto se convenció de lo ilusorio de su enamoramiento diciendo que se debía más que nada “...al enorme encanto que la guerra rodeaba a los jóvenes oficiales que abandonaban sus casas para combatir... y me hizo imaginar que me interesaba por él. Ahora entiendo que nunca fue una emoción seria” (Moore, 1963: 23). No se conocen más relaciones con otros jóvenes de su edad, lo que ha dado lugar a numerosas especulaciones; es posible, como mantiene Weimer, que, profundamente afectada por la trágica muerte de sus hermanas mayores, asociara el matrimonio y la

---

<sup>2</sup> Salvo unos pocos poemas, incorporados en *Benedict 1*, 239-241 y *Benedict 3*, 224-225, dos cuentos, y alusiones aisladas en alguna de sus novelas, Woolson no sacó provecho literario del conflicto civil o al menos no ha llegado hasta nuestros días.

crianza de hijos con la muerte, y que fuera “muy cautelosa con los afectos y desconfiada del matrimonio” (Torsney, 1989: 161). El hecho definitivo es que descartó la idea de matrimonio en una carta en julio de 1876 explicando “Mi idea del amor es absolutamente tan elevada que... nada ni nadie puede llegar alguna vez a colmarlo alguna vez...” (Moore, 1963: 138), descartando a los 28 años futuras relaciones y reafirmando su voluntad de ser “una solterona desconsolada” (Benedict, 2:19).

La muerte de su padre en 1869 supuso un duro golpe emocional que acarreó la inevitable desaparición del hogar familiar quedando, desde entonces, con “medios muy precarios” (Benedict 3: 19) para vivir; su hermana Clara se había casado con un influyente periodista poco antes y su hermano Charles se había marchado a vivir a California desentendiéndose de las obligaciones familiares. Constance, por tanto, se hizo cargo del cuidado de su madre durante los siguientes diez años, pero nunca más volvería a tener un hogar propio permanente. La pérdida de su padre fue también el impulso que necesitaba para dedicarse a la literatura en serio y para encontrar un medio de vida; en adelante sería su única pasión y sin su dedicación absoluta tanto ella como su madre “viviríamos con estrecheces y cada día sería un agobio...” (Benedict 1: 229). Lo primero que escribió, como no podía ser de otra manera, fue una “Breve Semblanza de la Vida de Charles Jarvis Woolson escrita por su hija<sup>3</sup>”. Se trata de unas pocas páginas escritas para ser leídas en privado por los miembros de la familia en las que resalta algunos de los rasgos que compartía con él, una persona que siempre consideró excepcional, física e intelectualmente: además de su afición a la lectura, su amor a la naturaleza y a los paisajes pintorescos, supo infundirle una pasión por los viajes. Woolson heredaría además una sordera progresiva que se agravaría con los años, y una tendencia a la depresión que llegaba, como explicó en una ocasión, “...inesperadamente y hace que todo se vuelva negro... Mi padre peleó contra ella toda su vida y una y otra vez me advirtió; pero entonces yo era joven y solo creía en su existencia en parte. Ahora, él ha fallecido y

---

<sup>3</sup> Incluida en Benedict 1: 94-104.

me ha llegado de pleno. He intentado vencerla, y a veces lo logro, y otras veces no...” (Moore, 1963: 36).

Woolson sabía que tenía que hacer frente a una serie de obstáculos para triunfar, y a lo largo de su vida como escritora recurriría con frecuencia al amparo y a la protección de una figura masculina que le proporcionara la confianza y la seguridad en sí misma que necesitaba en una época en que todo estaba cambiando vertiginosamente. No era fácil para una escritora novel acceder al mundo periodístico o al mercado editorial. Muchas buscaban ganar la amistad de importantes e influyentes hombres de letras como mentores o preceptores, y así poder tener su consejo, ánimo y ayuda para ser publicadas, estableciéndose una relación de maestro-discípula, en la que la aspirante a escritora era invariablemente considerada inferior<sup>4</sup>; al fin y al cabo, era una práctica habitual contar con este tipo de protección porque la promoción en la profesión a lo largo del siglo diecinueve estaba en manos de “...una espesa red de escritores, un conjunto de personas y entidades muy influyentes que se apoyaban entre sí, que inspeccionaban y juzgaban a los nuevos escritores y que, en fin, se perpetuaba permitiendo el acceso a este sistema sólo a los miembros apropiados” (Marchalonis, 1988: xi).

Woolson no empezó a publicar hasta la edad de 30 años, pero es seguro que había estado escribiendo con anterioridad abundantemente, pero en privado, a juzgar por la rapidez y variedad con que se sucedieron sus obras desde artículos de viaje, poemas, y cuentos. Ella misma reconoció que inicialmente se encontraba “...un poco indecisa de cuál es mi mejor campo...” (Hubbell, 1941: 729). Es muy posible, como comenta Rioux, que esta tardanza se deba a razones personales y también al ambiente de la época: era consciente de que las mujeres escritoras despertaban celos y se pudo sentir intimidada por la

---

<sup>4</sup> Marchalonis mantiene que cuando era una relación de amistad entre hombres, como la existente entre Nathaniel Hawthorne y Herman Melville, por ejemplo, se trataba con respeto, pero cuando era una mujer “...se asumía y se daba por sentado que ella no era sino un pegote; menos inteligente, con menos talento, una protegida, una dama enferma de amor. Los hombres aparecían, según estas consideraciones, fuertes y dedicados, y las mujeres triviales y tontas” (Marchalonis, 1988: xii).

animadversión que existía hacia ellas. El enorme éxito de público que acaparaban autoras como Harriet Beecher Stowe, Fanny Fern o Susan Warner era de tal magnitud que llegaron a superar en ventas y en popularidad a sus colegas masculinos, provocando que el mismo Nathaniel Hawthorne escribiera a su editor que el mercado editorial estaba en manos de "...esa condenada masa de mujeres que emborronan cuartillas, y por tanto no tendré ninguna oportunidad de triunfar mientras el gusto del público esté ocupado con su basura..." (Myerson, 2002: xiv), totalmente irritado y celoso de su fama. De hecho, a lo largo de toda la década de 1850 cuando Woolson era una adolescente, vulnerable y sensible a comentarios externos, se produjo un intenso debate en torno a los méritos literarios de las mujeres como escritoras. En distintas publicaciones se hablaba insistentemente de que su popularidad era algo inadmisibile<sup>5</sup>; otros comentaristas reconocían cierto temor "...ante la invasión en la literatura de la manía amazónica... [de verse] superados, marcados y cruelmente golpeados por esos arañazos de manos sutiles, pero nada amables" (*The North American Review*, January 1851, (LXXII): 164). En otras ocasiones se apuntaba que "El error de nuestras escritoras es que son descuidadas y superficiales... la mayoría son frágiles copistas, sin individualidad alguna, sin ningún tipo de naturalidad" (*The International Magazine of Literature, Art, and Science*, November 1851, (IV): 559). Una nota aparecida en *Putnam* en 1854 resume bien esta actitud paternalista muy común en la época: "Los libros de casi todas las escritoras son legibles, como son entretenidas las conversaciones de todas las mujeres; sus

---

<sup>5</sup> No puede sorprender que muchas escritoras optaran por ocultar su autoría con pseudónimos. En el ambiente familiar de los Woolson, al parecer, no eran muy ajenos a esos prejuicios. En su novela *The Old Stone House*, probablemente la más autobiográfica, uno de los chicos expresa su oposición al hecho de que una mujer participe en la esfera pública "Una mujer solo debería aparecer en los periódicos dos veces; cuando se casa y cuando muere", a lo que su prima le responde que es "...injusto que una mujer soltera no tenga la oportunidad de ser alguien hasta que se muera" (Woolson, 1873:378). Este sería también uno de sus grandes temas literarios, la situación de la mujer artista en un mundo dominado por hombres que la apartan o aíslan por completo.

errores, su volubilidad y sus equívocos, que en ningún caso toleraremos en hombres, se vuelven divertidos y entretenidos en el caso de una mujer, o de un niño” (Rioux, 2016: 79). Aunque el panorama fue cambiando lentamente para la década de 1870 aun así se censuraba con acritud su presencia<sup>6</sup>.

Eran años, tras la guerra civil, en los que el mercado literario estaba abrumado por el abultado número de revistas y la competencia entre las mismas. La existencia de un público culto de clase media, cada vez más amplio, que había encontrado en la lectura de obras literarias su principal forma de ocio y entretenimiento no solo iba a permitir subsistir a la literatura de calidad al lado de la más popular, sino que provocó que proliferaran las revistas que incluían cuentos y novelas que publicaban por entregas alcanzando enormes tiradas. En la década de 1870, cuando Woolson comenzó su carrera, las revistas literarias de calidad más prestigiosas eran sin duda *Harper's Monthly Magazine*, que fue fundada en Nueva York en 1850 y llegó a alcanzar una distribución de 200000 ejemplares. Los hermanos Harper querían vender a toda costa y entendieron que la mejor fórmula era dar al público lector lo que quería leer. Al principio solo publicaba materiales ingleses y novelas extranjeras por entregas, pero luego se especializó y se convirtió en el prototipo de revista diseñada para entretener, y destinada para ser leída por la familia; el hecho de que fuera una revista ilustrada la hacía aún más atractiva. El mismo William Dean Howells fue su editor desde 1885. En otras revistas los editores estaban empeñados en promover por encima de todo el realismo en la ficción, como es el caso de la sofisticada *The Atlantic Monthly*, dirigida inicialmente por el poeta James Russell Lowell. Fue fundada en Boston en 1857, y tenía una distribución que llegó a los 60000 lectores; su objetivo era promocionar preferentemente a autores de Nueva Inglaterra, aunque también dio acogida a autores nuevos de otras partes del país con tal de que sus historias fueran verosímiles y usaran personajes fieles a la vida real. Publicó por entregas las novelas de los tres autores

---

<sup>6</sup> El columnista de *The Nation*, molesto por la popularidad de Woolson, no pudo por menos, en diciembre de 1874, de acusarla de estar “...infestando las revistas” (Gordon, 1999: 155).

realistas más importantes de la década de 1870, William Dean Howells, que llegó a ser su editor durante diez años (de 1871-1881), Henry James y John William De Forest. Otras revistas de calidad que contribuyeron también a fomentar el gusto por el realismo y el regionalismo fueron *Scribner's Monthly*, creada en 1870, que pasó a convertirse en 1881 *The Century Magazine*, *Lippincott's Magazine*, fundada en 1868, y *Putnam's Monthly Magazine*, fundada en 1853 y renovada tras la guerra civil. Todas ellas competían por atraer la atención del público, recurriendo con frecuencia a la ilustración y a la incorporación de temas que resultaran de interés o de máxima actualidad.

Sus comienzos literarios fueron un tanto indecisos e implicaron antes que nada su traslado a Nueva York; su timidez y la pobre opinión que tenía de sí misma le impedían cualquier iniciativa. Estaba decidida, sin embargo, a hacer frente al futuro, pero no quería formar parte de ese enorme multitud de mujeres solteras o viudas, sin recursos, que, tras la finalización de la guerra, totalmente desprotegidas, se veían obligadas a buscarse la vida por sí mismas, y aunque las ocupaciones más típicas eran las de institutriz o maestra, muchas otras buscaban hacer fortuna con la pluma a pesar de que la gran mayoría fracasaban estrepitosamente<sup>7</sup>. Pero, por otro lado, no quería defraudar la memoria de su padre que siempre le animó a emprender una carrera literaria. En estos momentos iniciales de su carrera la ayuda y el ánimo que recibió de su cuñado George S. Benedict, periodista de profesión, y de su padre, propietario del *Daily Cleveland Herald*, junto con un consejero de la revista *Appleton's Journal* dispuesto a escribir una carta de recomendación, fueron más que providenciales para la introducirla en la sociedad neoyorquina. Durante el invierno de 1870-71 empezó a escribir regularmente para el *Daily Cleveland Herald* y su suplemento pequeñas colaboraciones totalmente

---

<sup>7</sup> La situación tuvo una amplia repercusión social hasta el punto de que incluso la escritora Elizabeth Stuart Phelps comentó en su artículo “¿Qué pueden hacer?” (1867), en donde animaba a las mujeres a salir de su pasividad y a participar de la esfera artística y profesional, que le daba pena “...ver a multitud de mujeres, casadas y solteras, que se agolpan a las puertas de la autoría literaria para luego ser rechazadas en grandes y tristes grupos, sin ser jamás admitidas” (Phelps, 1867: 521).

anónimas “de nuestra corresponsal especial”, sobre asuntos de moda, espectáculos teatrales, conciertos, y otros intrascendentes actos sociales<sup>8</sup>. Orgullosa de sus antepasados supo sacar provecho de su segundo nombre, Fenimore, y quiso hacerlo suyo desde un principio. Sus primeros artículos aparecieron firmados como C. F. Woolson y Constance F. Woolson; pero luego cambió de idea y en una carta a su editor de febrero de 1871 escribió “Me gustaría que mi nombre completo no apareciera con los artículos, pero si es necesario por favor, utilice solo “Constance Fenimore” puesto que es el que he escogido como mi seudónimo” (Weimer, 1988: xi). Con este nombre escribió “El lago encantado” (diciembre 1871), un pequeño tributo a Cooperstown y a su tío abuelo al que en tono de broma calificaba de, “...nuestro pequeño ancla en el concurrido puerto” (Benedict 1: 247). Woolson describe la belleza del paisaje natural del Lago Otsego; sus “rincones secretos” y la “magia” del lugar se reflejan en las novelas de James Fenimore Cooper, del que destaca su enorme mansión, su carrera novelística, sus viajes por Europa y, por supuesto la creación del personaje de Natty Bumppo que le hiciera famoso internacionalmente; concluye mencionando a su admirada tía Susan, autora de *Diario Rural* (1850), “...un libro que con sus delicadas y auténticas descripciones se ha sabido ganar las simpatías de todos los amantes de la naturaleza.” (Woolson, 1871: 29)

En noviembre de 1873 Woolson decidió trasladarse a vivir a Florida, en compañía de Hannah, su madre, que debido a sus achaques necesitaba un clima más benigno, su hermana Clara, que había quedado viuda poco tiempo antes, y Clare, hija de ésta. Cuando el calor y la humedad se hacían insoportables en San Agustín, su lugar de residencia permanente y su madre se quejaba de sus dolencias reumáticas, emprendían viaje al norte, estableciendo así una rutina que se repetiría de manera invariable a lo largo de los años, la de pasar los inviernos en Florida y los veranos en Asheville, en Carolina del Norte, con frecuentes estancias en distintas ciudades de Virginia, Tennessee

---

<sup>8</sup> Con el título “Nueva York en los Setenta” aparecen incluidos en Benedict 1: 316-322.



o Georgia. Su hermana Clara y su hija, cuando viajaban con ellas, solían regresar a Cleveland en los veranos. El diario de su madre proporciona una interesante descripción de los lugares que recorren. A medida que se adentraban en la región anota que “...los enjambres de negros nos miraban con curiosidad en cada estación; los campos de algodón me decepcionaron mucho... y no se pueden comparar en belleza con nuestros campos de trigo dorado...” (Benedict 1: 224-225).

Constance, por su parte, pudo percibir en seguida los devastadores efectos de la guerra en los rostros resignados de la gente, en la miseria generalizada y en las enormes plantaciones abandonadas. Se dedicó a visitar lugares emblemáticos durante la guerra como Harper’s Ferry, Lexington, y Gettysburg que se habían hecho célebres por las cruentas batallas. Muy afectada, comentó que por todos los lados se podían ver “...tumbas, decrepitos almacenes de adobe, socavones en todas direcciones... encontramos hileras de pequeñas lápidas hasta donde llegaba la vista, miles y miles... hay algo totalmente impresionante en las tumbas de esos pobres soldados...” (Benedict 1: 252); Carolina del Sur, donde pasó el verano y el otoño de 1875, le atraía por su majestuosidad y por los aristocráticos edificios coloniales, apenas reconstruidos durante la guerra, pero le deprimió el estado deplorable de Charleston “...devastada, en ruinas, en la miseria total... Las viejas mansiones con sus grandes muros y jardines cerrados están más orgullosas, incluso en ruinas, que cualquier cosa que podamos mostrar en el norte...” (Benedict 1: 249). El atractivo pasado histórico de San Agustín le fascinó. Además, como dice, “...la vida aquí es tan nueva, tan diferente y llena de salvaje libertad...puedes ir y venir donde te plazca, nadie sabe o se preocupa cómo ni con quien, y esto es para mí encantador...” (Benedict 2: 230), liberada por primera vez del mundo claustrofóbico y grisáceo de Cleveland o de las multitudes de Manhattan.

Más importante para el futuro de su carrera fue su relación con Edmund Clarence Stedman, que sería su primer tutor literario, a quien conoció a principios de marzo de 1874 dando comienzo a una firme amistad y, después, a una fecunda correspondencia sobre temas muy diversos (libros, naturaleza,

comentarios sobre costumbres locales, impresiones de conocidos literatos, etc.). Stedman era un neoyorquino de cuarenta años, casado, que solía pasar temporadas en San Agustín en busca de descanso de su tarea como corredor de bolsa de Wall Street. Lo que le atraía a Woolson de él era que se trataba de un influyente poeta y un conocido articulista y crítico que colaboraba habitualmente con las grandes revistas<sup>9</sup>. Woolson se sentía maravillada de que le prestara atención pacientemente "...acostumbrada al eterno 'yo' de todas mis amistades masculinas" (Rioux, 2016: 91), y en adelante buscaría relaciones literarias con otros hombres que supieran escucharla; prueba de ello es que a través de Stedman conoció también a Paul Hamilton Hayne, un famoso poeta sureño originario de Charleston; más tarde conoció al historiador y diplomático John Hay, que había sido secretario privado de Abraham Lincoln, del que escribió una extensa biografía, y había ocupado importantes cargos en la administración pública. Hay era también famoso poeta y novelista, y colaboraba habitualmente en la revista *The Atlantic Monthly*; en Italia conocería también al influyente doctor William Wilberforce Baldwin, que se ocupaba además de Alice James, y en 1880 al novelista más famoso e internacional de entonces, Henry James. Stedman le ayudó en sus relaciones con los editores (en cuanto a contratos y negociaciones económicas, extensión y títulos de sus obras, etc.) y utilizó también a sus amistades para que aceptaran publicar cuentos de Woolson.

Desde la edad de 30 años su tendencia a la depresión se agravó, y frecuentemente se veía sumida en prolongados períodos de inactividad y en una profunda tristeza en los que apenas escribía y su estado anímico se encontraba muy bajo. A una amiga de la juventud le escribió: "No creas que siempre estoy triste todo el tiempo. Estoy demasiado ocupada y llena de todo tipo de planes. Pero a veces, a pesar de todo lo que hago,

---

<sup>9</sup> Había sido corresponsal durante la guerra civil para *The Nueva York World* y conocía a buena parte de los escritores de la época, y, como dijo Harriet Monroe, era también el amigo y benefactor de jóvenes poetas a los que apoyaba incondicionalmente asesorándoles o escribiendo cartas de recomendación.

este enemigo letal mío entra sigilosamente, y una vez dentro, se adueña de mí. Es algo que pertenece mi constitución, sé que lo heredé...” (Benedict 1: 244). Estaba convencida de que la depresión era “... ese mal que acosa a todas las mentes creativas” (Hubbell, 1941: 728) que afectaba particularmente a las escritoras, proclives a sufrir más severas crisis de ansiedad que los escritores. Prueba de ello es que, al enterarse de que una autora famosa, que había conocido en casa de Stedman, estaba enferma, le preguntó muy agitada en una carta de 26 de junio de 1876: “Por qué las mujeres escritoras se desmoronan así?... Parece como si solo las mujeres infelices se dedicaran a escribir” (Weimer, 1988: xviii). A Stedman también le revelaba sus miedos como escritora, las innumerables presiones de los editores con sus exigencias basadas en las demandas o caprichos del mercado, y el temor al fracaso. Se debatía entre la idea de que las escritoras podían abarcar intelectualmente tanto como los hombres, pero emocionalmente muchas veces sentía que todo se ponía en su contra y entonces le fallaba la confianza en sí misma. Llega incluso a veces a mantener la vieja idea de que escribir hacía que una mujer se volviera poco femenina. Y en otra carta de nuevo le pregunta “¿Cuál es la razón que si tomamos la pluma parece que perdemos en otras muchas maneras?... ¿por qué tiene que ser así?... Tal vez es una especie de ‘compensación’; a medida que ganamos dinero o fama debemos consecuentemente perder lo que en nuestros corazones valoramos muchísimo más...” (Weimer, 1988: 23)<sup>10</sup>

Tras la muerte de su madre en Florida en febrero de 1879, dio fin a una etapa dedicada por entero a su cuidado; a los 39 años, libre de obligaciones familiares, puede emprender su vida y encontrar un lugar de residencia a su manera. Ocho meses después abandonó los Estados Unidos para no regresar jamás. A mediados de noviembre de 1879 en compañía de su hermana Clara Woolson Benedict y su sobrina Clare Benedict, viajó a Londres con una carta de presentación para Henry James con la idea de conocerle y, si fuera posible, que le promocionara en su

---

<sup>10</sup> Nos recuerda la célebre frase en la novela *Ruth Hall* (1855) de Fanny Fern cuando la protagonista le dice a su hija que ruega que no acabe como ella, una escritora de éxito, y para sí misma dice “Ninguna mujer feliz escribe”.

carrera literaria en un ambiente completamente distinto. Henry James era entonces un reputado autor de varias novelas, numerosos cuentos y artículos críticos, aunque, salvo *Daisy Miller*, aún no había escrito sus obras más conocidas; Woolson era también una autora de éxito: había publicado dos colecciones de cuentos y una novela que estaba siendo publicada por entregas en *Harper's*. Estaba decidida a conocer las ciudades más importantes a fondo, “la única forma que puedo manejar Europa y mi propia vida aquí es asentarme durante unos cuantos meses en cada lugar. Solo así podré conocerla con tranquilidad... Podré ver y disfrutar en profundidad los lugares que realmente quiero conocer...” (Benedict 2: 181). Como le dijo a su profesora Miss Guilford, “Italia sigue siendo tan hermosa y romántica como me pareció en mi imaginación” (Benedict 2, 45), y Florencia pasó a convertirse inmediatamente en su ciudad preferida<sup>11</sup>. Todas las cartas que escribe en la primavera de 1880 proporcionan abundantes y entusiasmados comentarios de su total admiración por la belleza de sus palacios y galerías de arte: “Estoy absolutamente encantada con Florencia, es incluso más hermosa de lo que esperaba...” (Benedict 2: 181), y a medida que conocía Italia y viajaba por el país, todo le maravillaba. Desde Londres en 1884 escribió “el lugar más mágico del mundo es Roma. El más divino Venecia... El más interesante sin ningún tipo de belleza es Londres” (Benedict 2: 281).

Hacia finales de abril de 1880 tuvo el primer encuentro con Henry James. Para entonces Woolson había olvidado “...cierto resentimiento que albergaba hacia James” (Boyd, 2001: 196) porque pensaba que gozaba de privilegios para publicar en *The Atlantic* con el beneplácito de su amigo Howells. Woolson conocía bien la obra de Henry James; había leído *Roderick Hudson*, que le decepcionó, pero *Daisy Miller* era una gran novela. Sentía profunda admiración por su obra y, de hecho,

---

<sup>11</sup> En el mes de junio de 1880 Woolson y su hermana partieron hacia Venecia, después a Milán y luego a Suiza. Esta sería el rutina habitual que repetiría durante su estancia en Italia: los otoños e inviernos los pasaba en Florencia (con breves visitas a Roma y Venecia), y los veranos en Suiza o la Selva Negra en Alemania.

escribió dos reseñas de *The Europeans* en enero y febrero de 1879. Los encuentros se sucedieron a partir de entonces con frecuencia y pronto surgió una profunda y estrecha amistad. La relación entre ambos ha dado origen a numerosas interpretaciones, y es muy difícil saber los sentimientos que Woolson pudo tener hacia James. Da la impresión, a juzgar por sus cartas y por las distintas biografías de James, que mantenía una especie de ambigüedad hacia su persona: por un lado, reconocía abiertamente la figura imponente de James como escritor de fama internacional, ante el que, en repetidas ocasiones, expresaba su entusiasmado reconocimiento (“...lo mejor de mi trabajo no puede tocar el borde de tu primera pieza o la más pobre” (Weimer, 1988: 26), como diría en una de sus cartas, aunque tampoco ocultaba sus defectos o limitaciones; pero, por otro, tenía sus reservas hacia James como hombre. En algunos de sus cuentos Woolson aborda las tensiones entre escritores o críticos y mujeres escritoras o artistas, y no podemos pensar que las figuras masculinas que retrata, por lo general, como seres arrogantes y engreídos que adoptan una actitud de irritante superioridad y que afanosamente tratan de acallar o apartar la creatividad femenina a toda costa, necesariamente sean un reflejo de la personalidad de James. Sin embargo, en sus notas personales, que no estaban pensadas para su publicación, sino que pertenecen más al ámbito de la intimidad de la autora porque en ellas apuntaba de manera esquemática posibles temas que podría desarrollar en cuentos o novelas en un futuro, hay una que llama la atención porque da la sensación de que prueba a describir a grandes trazos la compleja personalidad de James:

Imagina a un hombre dotado de una voluntad absolutamente inquebrantable; extremadamente inteligente, *comprende* la pasión, el afecto, la generosidad, el sacrificio propio, etc., perfectamente, aunque él mismo es frío y un puro egoísta. Tiene un rostro encantador, una voz encantadora, y puede, cuando le place, falsear todos estos sentimientos de una manera tan exacta que obtenga todos los beneficios que de ellos se pueda obtener (Benedict, 2: 135).

Durante estos encuentros en Florencia James actúa en todo momento como un caballero; suelen pasear por los jardines de Boboli, visitan distintas galerías de arte e iglesias y cenan juntos; comparten su admiración por los grandes maestros que Woolson intentaba apreciar, y bajo su tutela, nuestra autora se dedicó a estudiar en profundidad el arte y la historia de la ciudad, mientras tomaba extensas notas sobre sus opiniones de los cuadros y palacios:

...Estoy mirando los cuadros muy lentamente. Me siento frente a los que me gustan y dejo que ‘crezcan’ en mi memoria. Además de las imágenes y las iglesias, las calles de Florencia están llenas de interés para mí, y ciertamente el país es un placer interminable para mis ojos... Florencia es todo lo que soñé y más... aquí he alcanzado ese sentimiento del viejo mundo con el que solía soñar, una especie de entusiasmo compuesto de historia, mitología, iglesias antiguas, cuadros, estatuas, viñedos, el cielo italiano, campesinos de ojos oscuros, música de ópera, Rafael y Miguel Ángel...(Benedict 2: 182, 184-185).

Mientras Woolson agradece las atenciones recibidas de James y reconoce que a pesar de su intensa vida social y sus obligaciones profesionales “...encontraba tiempo para venir por las mañanas y llevarme a ver galerías o iglesias, y a veces a dar un paseo por el hermoso parque de Cascine... Ha sido perfectamente encantador conmigo...” (Benedict, 2: 185), las primeras reacciones de éste, a cambio, son las de un ser arrogante que se digna a acompañarla por cortesía. Temido por sus juicios críticos y comentarios, sus relaciones con las mujeres escritoras no eran fáciles. Y Woolson era una profesional completamente entregada a su vocación literaria en una época en que las mujeres que escribían seguían siendo ferozmente menospreciadas. Al poco de conocerla escribió a su tía Kate “Esta mañana llevé a dar un paseo en coche a una autora americana- Constance Fenimore Woolson cuya obra puede que conozcas, yo no al menos... Constance es una solterona sorda e ‘intensa’ pero una mujercita en el fondo y toda una dama” (Rioux, 2016: 133). No se puede afirmar que fuera una relación de iguales; de hecho, James creía que la imaginación masculina

era infinitamente superior a la femenina, y en alguna ocasión así lo expresó<sup>12</sup>, y solía tener una consideración bastante baja de las escritoras simplemente porque acaparaban la atención del público y eran sus competidoras en el mundo de la publicación. James era el gran maestro y todo el mundo sencillamente reverenciaba al maestro. Sus juicios críticos a propósito de las escritoras eran por lo general muy severos o negativos, y prueba de ello fueron las reseñas que escribió de Louisa May Alcott, Rebecca Harding Davis o Helen Hunt Jackson, aunque en ocasiones disfrazaba sus comentarios "...de tal manera que envolvía sus duros juicios en una bruma de aparentes cumplidos... [sus] actitudes condescendientes eran destructivas" (Kitterman, 1986: 46-47).

Pero está claro que sentía un especial afecto por Woolson o la "Literata" como solía llamarla además de Fenimore. Ambos se sentían cómodos y disfrutaban de su compañía. Pese a todo, y aunque le costara reconocerlo, James admiraba su sensibilidad y sus percepciones críticas, y es seguro que hablarían de asuntos relacionados con la literatura; al fin y al cabo, compartían intereses comunes en lo que se refiere al tema internacional, el estudio de expatriados norteamericanos en la cultura europea. No se puede esclarecer, en cualquier caso, el grado de influencia que se ejercieron mutuamente<sup>13</sup> durante los años que fueron amigos.

---

<sup>12</sup> "Las mujeres no son literarias en ningún sentido sustancial del término y que estén 'a la moda' o sean 'elegantes', palabras nauseabundas, no las convierten en tal" (Gordon, 1999: 158).

<sup>13</sup> Leon Edel comenta que compartieron argumentos e ideas literarias, y en concreto señala, de una manera vaga e imprecisa, que James pudo emplear situaciones y estructuras argumentales previamente concebidas por Woolson, como la figura en la alfombra, y ésta aprendió de él su tratamiento de los personajes. Weimer mantiene que a la muerte de Woolson, James pudo creer que debido a su egoísmo no supo reconocer y aceptar su afecto y que encontró la inspiración para el cuento "La bestia en la jungla" en una de sus notas personales que leyó tras su muerte (Weimar, 1988: 27); Moore analiza en detalle la inspiración que James pudo encontrar tras la muerte de Woolson en "La bestia en la jungla", "El rincón feliz" y "El banco de la desolación" (Moore, 1976: 86-93); Torsney (1989: 2) también mantiene que James un tanto apesadumbrado rescató la personalidad de nuestra autora en el personaje de May Bartram en "La bestia en la jungla"; Kern, por su parte, explica que "no hay ninguna evidencia directa de deudas por ambos lados". (Kern, 1934: 160).

Desde el otoño de 1883 a la primavera de 1886, Woolson vivió en Inglaterra (preferentemente en Londres y Leamington), y a su regreso a Florencia reside en Villa Castellani en Bellosguardo, una gran mansión que describe como Villa Dorio en “Dorotea<sup>14</sup>” (1892), y desde enero de 1887 en Villa Brichieri donde vivirá casi de manera ininterrumpida tres años. James vivía muy próximo a la villa de Woolson, y además se vieron con frecuencia en distintas capitales europeas en los años siguientes<sup>15</sup>. Este es el periodo más feliz de su vida, donde parece que por primera vez puede disfrutar de la sensación de tener un hogar<sup>16</sup>. En sus cartas habla de la inmensa alegría que sentía porque estaba residiendo en la villa en la que Elizabeth Barrett Browning compuso su admirado poema “Aurora Leigh” (1856) y desde donde podía contemplar la villa donde Nathaniel Hawthorne escribió *El fauno de mármol* (1860). Suele dar largos paseos solitarios por la ciudad y su entorno y también disfruta de la vida social. A través de James, en efecto, conoció a otros expatriados norteamericanos como Francis Boott, músico y compositor, y su hija Lizzie, pintora casada con el pintor Frank Duveneck; en sus cartas menciona haber conocido a la novelista inglesa Ouida (pseudónimo de Marie Louise de la Ramée), a

---

<sup>14</sup> “Dorotea” (1892) era la historia favorita de Alice James y en su lecho de muerte pidió que le leyeran el cuento; trata de una joven norteamericana en Italia que se malgasta porque no quiere vivir.

<sup>15</sup> En su biografía de James, Gordon detalla sus encuentros con Woolson, entre los que se incluyen una excursión veraniega a Stonehenge en el verano de 1884, la estancia de tres semanas en diciembre de 1886 en cuartos contiguos en Villa Castellani en Florencia, la estancia de seis semanas de abril a mayo de 1887 en habitaciones separadas en Villa Brichieri, la estancia de varias semanas a orillas del Lago Geneva en octubre y noviembre de 1888, una tarde juntos en Cheltenham el 5 de enero de 1891, varias visitas y encuentros los dos juntos en Oxford el 17 y 18 de mayo y 5 de junio de 1892, y el encuentro en París en mayo de 1893.

<sup>16</sup> En una carta a su editor comenta que ha encontrado por fin un lugar que convertirá en “...en un hogar para mí durante un tiempo. Después de deambular diecisiete años tendré por fin una percha que me pertenece por completo. No puedo expresarle cuánto alivio y descanso me da este pensamiento...”; tres años después explica que abandona Bellosguardo porque “... ¡hay demasiada gente! El primer año todo fue encantador, el segundo mi vida se alteró, el tercero ha sido realmente terrible... He terminado por no tener tiempo para mí sola...” (Brehm, 2004: 177-178).



Francis Marion Crawford, y junto a su consejero John Hay y el Dr. Baldwin, se reunían con frecuencia para pasar largas veladas aunque en general Woolson procuraba evitar las reuniones sociales con la comunidad de norteamericanos.

En sus cartas desde Oxford, donde se trasladó a vivir dos años, comenta cada vez con más frecuencia que se encuentra desanimada y que llevaba pasando una larga crisis depresiva, lo que podría explicar las circunstancias de su misteriosa muerte al año siguiente. Se instaló en Casa Semitocolo en Venecia en 1893. En enero de 1894 enfermó de gripe por segunda vez en un corto espacio de tiempo, lo que unido a su estado depresivo pudo complicar su salud. El 24 de enero de 1894, a los 53 años de edad, terminó sus días, aunque no se sabe si se suicidó, si saltó voluntariamente en su estado de delirio desde la ventana de su casa, o se cayó. Tanto su hermana como su sobrina fueron a Venecia en marzo de 1894 para hacerse cargo de sus pertenencias, y en el mes abril James viajó también a Venecia, a petición de éstas, para ayudarlas a poner orden en su mesa de trabajo y en la documentación que dejó. James pudo disponer a su voluntad de todos los papeles personales de Woolson, de sus notas, diarios y proyectos de novelas y pudo destruir todo aquello que delatara cierta implicación emocional en su discreta relación; en definitiva, pudo comprobar que Woolson había cumplido escrupulosamente el pacto por el que ambos acordaron destruir las cartas que se escribieran entre ellos una vez leídas y respondidas.

Solo cuatro cartas de Woolson – en total unas cuarenta páginas – han sobrevivido debido a que fueron enviadas a James cuando estaba de visita a su familia en Estados Unidos. Por alguna razón, las cartas quedaron intactas e incluso se mezclaron con los papeles de su hermano William y fueron descubiertas bastantes años después, cuando ambos habían fallecido. Estas cuatro cartas escritas en 1882 y 1883 han generado numerosas especulaciones en torno a la naturaleza de su relación que se prolongó durante catorce años.

Pero, inesperadamente, tras la muerte de Woolson en 1894, su fama literaria se desvaneció por completo. De pronto nadie se acordó más de ella ni se volvió a hablar de su obra ni del atractivo de sus cuentos. El hecho de que muriera a la edad de 53 años, justo cuando una nueva era literaria empezaba a despuntar no

favoreció que su nombre y su obra perduraran en el tiempo, como tampoco contribuyó el hecho de que, al parecer, se suicidara teniendo en cuenta que no era bien visto en una mujer artista se quitara la vida, al ser algo propio de un carácter excéntrico, fuera de lugar, que había que olvidar cuanto antes. Su reputación entró en un prolongado período de oscuridad convirtiéndose en una rareza literaria hasta mediados de los años sesenta cuando de pronto salió a la luz su larga y discreta amistad con Henry James. Leon Edel, el famoso autor de la gran biografía de Henry James y editor también de sus cartas, comentó ampliamente el papel que Woolson jugó en la vida del gran escritor sobre todo en dos volúmenes decisivos, *The conquest of London* y *The middle years*, ambos aparecidos en 1963. Edel fue el encargado de dar una versión muy particular de la relación entre ambos, apenas fundamentada en evidencias, y no tuvo reparos en calificar a Woolson de escritora de segunda fila, carente de imaginación, y sin ningún atractivo; según él, Woolson era una solterona entrada en años, aquejada de sordera, solitaria, que perdidamente enamorada de Henry James le siguió por media Europa con la esperanza de poder lograr una relación romántica. Edel llegó incluso a insinuar que su misteriosa muerte en Venecia a principios de 1894 fue probablemente un suicidio por el amor no correspondido dado que Woolson se vio repetidamente despechada y dolida por la frialdad que daba muestras James.

Este retrato distorsionado, totalmente subjetivo, es el que perduró durante años, hasta que un reducido grupo de investigadoras a lo largo de la década de 1990 empezaran a rehabilitar su figura al margen de la enorme influencia de Henry James<sup>17</sup>. Por otro lado, no cabe duda de que determinados

---

<sup>17</sup> Merece la pena destacar el papel que en esos momentos iniciales del “descubrimiento” de Woolson en las últimas décadas del siglo pasado, estas investigadoras se sintieron apoyadas por la nueva biografía de Henry James escrita por Lyndall Gordon (1999) que ofrece una versión distinta de la personalidad del escritor a la de Leon Edel. Gordon se centra preferentemente en desvelar el sentido exacto de las relaciones de James con dos mujeres que le influyeron poderosamente y con las que estuvo en deuda artísticamente, por un lado, su joven prima, Minny Temple, y, por otro, la solitaria y madura Woolson, que buscaba afanosamente llevar a cabo sus ambiciones con la misma intensidad y firmeza que él. En ambas descubrió verdaderos modelos

aspectos de la personalidad de Henry James, siempre celoso de su vida privada y sus relaciones familiares, su obsesiva dedicación al arte de la escritura, su círculo de amistades, o su homosexualidad latente, junto con el introvertido y complejo carácter de Woolson, su exilio voluntario en Europa, o su misteriosa muerte en Venecia, fueron elementos más que atractivos que despertaron el interés de un buen número de novelistas empeñados en convertirlos en novelas. *Delito. Una historia privada de los papeles de Aspern. Una novela* (2002) de la escocesa Emma Tennant se centra en la personalidad egoísta y manipuladora de Henry James, y el retrato que nos ofrece del escritor es que estaba celoso del éxito comercial de Woolson en un momento de su carrera en que sus obras apenas se vendían. Estaba obsesionado con su reputación, y Fenimore, como la llamaba, no fue más que una patética víctima más de su insensibilidad. Tanto *The Master. Retrato del novelista adulto* de Colm Toibin como *¡El Autor, El Autor!* de David Lodge, dos novelas aparecidas en el 2004 en el transcurso de siete meses de diferencia, abordan episodios concretos de la vida de James, aunque el marco temporal es distinto: mientras Toibin se centra en el período que va desde 1895 hasta su retiro temporal a Rye en 1899, Lodge le imagina en su lecho de muerte en 1915 pasando revista y reviviendo distintas escenas de su vida pasada. Por su parte, *La puerta abierta*, publicada en 2008 de la

---

de independencia en sus creaciones literarias con los que estuvo en deuda. Gordon habla extensamente de que la indiferencia de James provocó en Woolson una especie de crisis de confianza que la llevó a cuestionarse sus propias habilidades como escritora y a emplear en sus obras escritoras y artistas que dependían del juicio y de la consideración de hombres maduros que por lo general tendían a subestimar sus creaciones. No solo se aportaron, desde entonces, nuevos datos biográficos, tratando de esclarecer las circunstancias de su muerte, sino que, sobre todo, se cuestionó la actitud personal que James pudo tener hacia ella como mujer y como escritora, si la respetaba en términos de igualdad como autora famosa o si no la tomaba en consideración, si era consciente de su estado depresivo o si su falta de atención precipitó su muerte. Se pretendía el restablecimiento de Woolson como figura indiscutible de las letras haciendo una relectura de la mayoría de sus cuentos y novelas para concluir, en fin, que James supo sacar provecho de esa relación de amistad y encontró motivos de inspiración para distintos personajes femeninos en sus obras.

escritora norteamericana Elizabeth Maguire, es una novela escrita en forma de memorias por la propia Woolson que aparece como una mujer decidida y valiente que busca ante todo su independencia ante las demandas sociales y familiares. De hecho, tras la muerte de su madre decide seguir su carrera literaria en Europa con la intención de conocer a James al que admira profundamente, pero cuya figura es bastante menos impresionante de lo que esperaba. Lejos de ser una seductora, buscaba su amistad, pero desde un plano exclusivamente literario que, por supuesto, no excluía la rivalidad.

### **3. LA ESCRITORA Y SU OBRA: DE LA REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS A LOS ESTADOS DEL SUR Y A EUROPA**

Voy mucho de acá para allá pero siempre como una ‘observadora’...

...lo que sea que una haga debe hacerse con toda su fuerza y yo prefiero ser fuerte más que bella, o incluso buena...

Los críticos han destacado algunos rasgos de la obra de Woolson que la diferencian de sus contemporáneas. Fred Lewis Pattee habla de que es la menos convencional de las escritoras regionalistas de su generación por su formación y antecedentes. John D. Kern y Rayburn S. Moore, por su parte, apuntan que es, antes que nada, una auténtica pionera de las letras y como tal la primera escritora realista que explota literariamente la región de los Grandes Lagos del medio oeste, fue también una de las primeras en escribir sobre el sur a los pocos años de transcurrido el conflicto civil, y de las primeras en abordar el tema internacional al asentarse en Europa, preparando el camino para otras autoras como Edith Wharton.

Desde los comienzos de su carrera era muy consciente de su posición como escritora en el último cuarto del siglo diecinueve; en realidad, parece como si no hubiera podido dedicarse a otra cosa al tratarse de la sobrina nieta del gran maestro de la novela norteamericana, James Fenimore Cooper, el creador del mítico personaje de Natty Bumppo, y por otro lado, la amiga de uno de los autores más grandes de las letras universales, Henry James,

que en 1884 llegó a confesar que los dos únicos escritores en lengua inglesa que se molestaba en leer eran Woolson (o Fenimore como prefería llamarla) y William Dean Howells. Aunque tenía reputación de ser un crítico implacable, no dudó además en escribir un extenso ensayo sobre su obra para *Harper's Weekly* (1887) e incluso incorporarlo al año siguiente en su libro *Retratos Parciales* (1888) junto a sus estudios críticos de otros autores de la categoría de Ralph Waldo Emerson, Iván Turgueniev o George Eliot<sup>18</sup>, prueba de que tenía en una alta estima a la que fuera su confidente durante muchos años. William Dean Howells, además, no ocultó tampoco su total aceptación y en febrero de 1887, desde las páginas de *Harper's New Monthly Magazine*, habló de que, junto a un pequeño grupo de escritoras, su obra era "...más fiel y realista que la de muchos escritores... hay una solidez y un tratamiento honesto en todo su conjunto" (Wood, 1972: 3). Parece como si, en fin, estos vínculos familiares y de amistad la forzaran a emprender grandes proyectos y a aspirar a compararse con los más prestigiosos autores de la época.

Su misma trayectoria personal es, sin duda, peculiar: originaria de Nueva Inglaterra, fue educada, sin embargo, en el medio oeste, en la reserva occidental de Ohio, y aunque se declaró una "firme unionista y una convencida abolicionista" y se sintió siempre orgullosa de sus antepasados del norte<sup>19</sup>,

---

<sup>18</sup> En su ensayo "Miss Woolson" James no pudo por menos de referirse a la aplastante presencia de escritoras en el mercado literario norteamericano en los siguientes términos: "Inundados como hemos estado estos últimos días con abundantes debates en lo que se refiere a la admisión de las mujeres en varios organismos, universidades, funciones y privilegios, muy poca atención se ha prestado, al menos por ellas mismas, al hecho de que en un organismo muy importante su causa ya ha sido ganada. En Norteamérica, y en Inglaterra, hoy día ya no se cuestiona su admisión en el mundo de la literatura: se encuentran ahí en masa; han sido admitidas con todos los honores en pie de igualdad. En Norteamérica al menos uno se siente tentado por momentos de exclamar de que son en sí mismas el mundo de la literatura" (James, 1894: 177).

<sup>19</sup> "Mi padre era de New Hampshire, mi madre una neoyorquina; yo misma nací en New Hampshire. Prefiero Nueva York como lugar de residencia... Vosotros los del sur, gente gregaria, calurosa, hospitalaria, no entendéis la característica actitud reservada del norte, particularmente la de New

sorprendentemente residió durante unos cuantos años en el sur, en plena etapa de la Reconstrucción, percibiendo personalmente la situación de desamparo de la gente y también la repulsa de todo lo que significase el norte victorioso, para terminar, en fin, en la última etapa de su existencia como una norteamericana famosa residiendo los últimos catorce años en Italia y otros países europeos, y acabar sus días inesperadamente rodeada en el misterio, en Venecia. Nunca se integró del todo en los círculos de expatriados americanos que vivían en Italia; al fin y al cabo, vivir en Europa fue para ella la solución más asequible para su economía, y aunque siempre ansió regresar algún día a su país y asentarse definitivamente en Florida, nunca llegó a hacerlo. Parece como si, en el fondo, aceptara su condición de “exiliada anhelando un hogar...” (Hubbell, 1941: 731), y se sintiera cómoda en su papel de escritora cosmopolita y desarraigada. Se podría afirmar, parafraseando a Schriber (1997: 45-90), que viajar fue siempre para ella una actividad liberadora de restricciones y presiones sociales que le dio total independencia y libertad de movimientos en contraste con la inmovilidad de la esfera doméstica, y le permitió acceder a lugares, personas, situaciones, etc. muy distintos, pero de las que siempre sacó provecho literario. Como ella misma llegó a reconocer, “Viajar - el hecho de ver países lejanos y sus costumbres- proporciona una visión del mundo mucho más amplia a las personas; luego es muy difícil volver a las viejas ideas, limitadas y estrechas, que una tuvo alguna vez y que, quizás, los mejores amigos aún siguen teniendo” (Brehm, 2004: 179).

Se ha hablado de que Woolson buscó exclusivamente mantener relaciones profesionales con hombres influyentes conectados con el mundo de las artes y letras, y a ser posible casados (excepto Henry James), y que no cultivó la amistad con otras escritoras, ni siquiera, salvo sus familiares más directos o amistades de infancia, mantuvo una relación epistolar duradera o continuada con otras autoras. Aunque se lamentara de no haber

---

Hampshire. Me siento muy apegada a New Hampshire en todas mis cosas. Tengo una montón de tías que viven allí— solemnes, calladas, reservadas, delgadas, y un tanto severas; soy, en cierto sentido, muy parecida a ellas en lo que se refiere al tipo de vida que llevo...” (Hubbell, 1941: 731-732).

formado un hogar propio, tampoco mostró nunca un deseo de asentarse en un lugar y renunciar a su vida independiente. Fue una persona solitaria de costumbres, y no buscó la compañía de otra mujer (excepto su madre y hermana) en la que muchas de sus contemporáneas encontraban el apoyo mutuo e incluso el amor, como la célebre relación de Alice James con su compañera sentimental Katherine Loring. No participó tampoco en el movimiento reformista de la mujer. En 1876 envió el soneto “To George Eliot” a *New Century for Women*, una revista que apoyaba el sufragio femenino, pero, al mismo tiempo, mantuvo cierto escepticismo frente a las medidas de reforma de los vestidos de las mujeres que proponía Elizabeth Stuart Phelps en *What to Wear* (1873); tal vez, como dijo Henry James, en suma, “...jamás prestaría su voz para un alegato... a favor de una revolución que situara a todas las de su sexo en el meollo de la lucha por el poder” (James, 1988: 179), pero a su propia hermana Alice, con la trabajó amistad en Londres en 1883, le escribió diciendo que estaba a favor de los estudios de medicina para las mujeres, y que hombres y mujeres debían tener la misma educación: “Es la única forma, en mi opinión, de ampliar la mente femenina... No suponga con ello que creo que la mente femenina es inferior a la masculina. Porque no es así. Pero se ha mantenido y debilitado y limitado por años de ignorancia y casi de servilismo<sup>20</sup>” (Weimer, 1988: 24). Maggie Tulliver, la protagonista de *El molino del Floss* (1860), fue para ella un modelo de mujer atormentada por su excesivo autocontrol y el ansia de ser aceptada, y se identificó con su autora, la escritora George Eliot, porque supo mantener su vida personal y sus relaciones con George Lewes sin atenerse a las convenciones victorianas:

---

<sup>20</sup> Woolson siempre mantuvo la opinión de que las chicas necesitaban tener una formación más completa, con igualdad de oportunidades: “¡Las chicas necesitan una educación mucho más completa! No escucho, o mejor aún, raramente escucho, a cualquiera de mi propio sexo sin notar en seguida la falta de opiniones claras, razonables y sólidas. Pero estoy segura de que la educación es todo lo que se requiere. No creo que la mente femenina sea inferior” (Benedict 2: 49).

¿Cómo puedes decir que George Eliot fue infeliz? Creo que llevó una de las vidas más cómodas, consentidas y ‘mimadas’ que jamás haya oído o conocido alguna vez – considerando que fue una mujer que no gozó de ninguna fortuna y... tampoco era muy bella.... ¡Desde el principio hasta el final, hizo exactamente lo que quiso – según la ley o sin ley, según las costumbres o sin costumbres! (Benedict 2: 27)

A veces se calificaba a sí misma de “incivilizada foránea” y lamentaba sentirse excluida de los grupos o círculos literarios, “...porque parece que no pertenezco a nadie ni a ninguna clase. Los escritores de Boston, tanto jóvenes como mayores, se mantienen unidos; los periodistas y la gente del mundo periodístico de Nueva York tienen sus propias ideas; y los del sur exactamente igual. Lo siento siempre que escucho a cualquier de ellos hablar o leo sus cartas...” (Hubbell, 1941: 729). Conocía bien la enorme influencia que podían ejercer algunos escritores vinculados a determinadas instituciones, y prueba de ello es que escribió a Hayne, un tanto irritada, sobre “...los ‘favoritos’ de Howells. Entre ellos actualmente Henry James. Sospecho que hay una fuerte corriente de favoritismo ahí...”<sup>21</sup> (Hubbell, 1941: 730) retrasando así sus propias publicaciones.

Aprendió a adaptarse al exilio literario y emocional que le imponía su “vida errante” porque le permitía actuar sin complejos ni ataduras. Woolson se consideraba antes que nada una artista vocacionalmente entregada a su pasión por la literatura y, por tanto, buscaba ante todo ser aceptada y respetada como tal; creía en una relación de iguales con sus colegas masculinos de profesión más que una de ser sumisa o subordinada. Como dice Boyd “... tras la guerra civil algunas escritoras comenzaron a ver el hecho de ser autoras de una manera muy diferente, o sea, como una parte central de sus identidades, lo que llevaba al desarrollo de nuevas ambiciones a medida que intentaban alcanzar su potencial como artistas.

---

<sup>21</sup> La sospecha de favoritismo de Woolson lo corrobora el caso de Elizabeth Stuart Phelps a la que Howells le pidió expresamente que acortara uno de sus cuentos para la revista *The Atlantic* y dejar más espacio a Henry James, a lo que ésta se quejó diciendo “¡¡Ya hay mucho de Henry James!!” (Boyd, 1988: 34).



Vivían y escribían no solo para los demás sino ‘para beneficio propio’...” (Boyd, 2004: 2).

No sólo era capaz de exponer sus propias opiniones con rigor como escritora en su correspondencia personal explicando en detalle sus propios criterios estéticos sin temor, sino que además demostraba su autoridad en numerosos artículos periodísticos de carácter crítico. Al mismo Henry James llegó a recriminarle su pretensión de crear un personaje femenino, pero al mismo tiempo, parece que le falló la confianza en sí misma ante el gran maestro y humildemente reconoce la escasa relevancia de su propia obra “¿Cómo se atreve a escribir un retrato de una dama? ¡Imagínese que una mujer intente un retrato de un caballero!... Por mi parte, en mis pequeñas obritas, nunca me atrevo a poner lo que piensan los hombres...” (Torsney, 1989: 39).

Woolson es, en definitiva, una escritora de transición entre dos momentos cruciales de la historia del país separados por la línea divisoria que trazó el conflicto civil, por un lado, la tradicional sociedad victoriana y su ideal de mujer que adornaba la vida con piedad, moralidad, domesticidad y sumisión, y por otro totalmente independiente e iconoclasta en que la mujer encarnaba nuevos valores y desafiaba abiertamente el orden existente, o sea, “alcanza la mayoría de edad como escritora justo cuando la novela doméstica estaba en claro declive ... y muere en 1894 justo antes de la madurez de la nueva mujer” (Torsney, 1989: 7-8). Forma parte, por tanto, de ese nutrido grupo de escritoras englobadas dentro de lo que se conoce como movimiento de color local o escritoras regionalistas cuyo interés primordial consistía en ofrecer cuadros de la vida de provincias no afectada por los cambios que se estaban produciendo en la Norteamérica de posguerra, evocando con nostalgia lo que tenía de único un lugar inaccesible o remoto, y destacando aspectos olvidados o apenas conocidos de la realidad del país. Pero a diferencia de Sarah Orne Jewett interesada en emplear literariamente la costa de Maine, Helen Hunt Jackson en las comunidades indias y mejicanas del suroeste americano y Kate Chopin en la aristocracia criolla de Nueva Orleans, Woolson no se concentra en un área geográfica específica sino que sabe sacar provecho para su inspiración de los distintos escenarios en los que reside o visita, convirtiéndose en una “regionalista viajera”,

como diría Caccavari (1998: 19-37), y “...adaptó el contenido a menudo nostálgico del cuento de color local a la nueva forma de ficción conocida como realismo con argumentos y personajes totalmente anti sentimentales que se centraban en lo real más que en el ideal” (Brehm, 2004: xvi).

La publicación de *La suerte de Roaring Camp y otros cuentos* (1870) de Bret Harte, todos ellos situados en California, despertó el interés de Woolson en calibrar sus posibilidades de abrirse camino como escritora encontrando inspiración en las regiones que conocía. El éxito del libro de Harte fue de tal magnitud “...que dio comienzo, sin ningún tipo de exageración, al equivalente en literatura de la fiebre del oro en California” (Gebhard, 1992: 217), y, lo que es más importante, el público descubría por primera vez una región desconocida hasta entonces como material literario. Además, como sentenció Howells en su reseña, era “algo totalmente nuevo en la ficción” (Gebhard, 1992: 217). El medio oeste donde Woolson se crio – con el rápido crecimiento urbano y la imparable industrialización de la zona – no era lo suficientemente atractivo para atraer a los lectores. Cleveland, una ciudad que había crecido desmesuradamente, siempre envuelta en un humo irrespirable y donde el petróleo impregnaba todo, era el ejemplo vivo de la imparable destrucción ambiental que se estaba llevando a cabo. Sin embargo, las islas repartidas por la región de los Grandes Lagos o los pueblecillos, apartados y alejados, de sus orillas, así como buena parte del territorio de Ohio y Nueva York estaba aún por explotar literariamente (aunque bien es cierto que su tío abuelo se había anticipado en algunas de sus novelas), y le servirían de escenario para un buen número de cuentos y de artículos de viaje, e incluso lo haría extensivo también para su primera novela *Anne* (1882) y *Jupiter Lights* (1889). Los lectores inmediatamente respondieron entusiasmados por lo novedoso de las escenas que retrataba, y Woolson encontró, por fin, su lugar de inspiración, que la revista *Appletons’ Magazine* definió como “...una región tan nueva y diferente como cualquiera que la literatura americana haya abordado” (Rioux, 2016: 77).

El público lector de la década de 1870 se había acostumbrado a las vívidas descripciones de lugares y sucesos característicos de

los años de la guerra y estaba experimentando la “revolución” que estaba generando la introducción de la revista ilustrada. Cada vez más requería saber acerca de regiones y sucesos tal y como el mismo lector podría contemplarlos, con lo que lo novedoso o interesante es lo que importaba más que la personalidad misma del escritor o su estilo; además esta actitud hacia lo novedoso no solo era aplicable a los bocetos de viajes; lo mismo se puede decir de los cuentos que se escribieron en esta década. La línea divisoria entre periodismo y ficción era cada vez más tenue a medida que los autores consagrados y los aspirantes a escritores se dispersaban en busca de temas “interesantes” sobre los que forjarse una reputación literaria. Lo importante es que lo que se contara captara su atención. Como explica Brehm,

...los lectores que disponían de tiempo libre podían satisfacer sus impulsos de escapadas nostálgicas a lugares más simples y formas de vida desaparecidas, libres de las convulsiones sociales causadas por la guerra, la inmigración masiva o el gran éxodo hacia el oeste a las praderas y el Pacífico... La narrativa de color local y los bocetos de viajes funcionaban como productos consumibles: permitían a los lectores viajar con la imaginación a lugares exóticos o remotos que de otra manera no podrían permitirse visitar. Además, la literatura de color local construyó íconos del mismo paisaje estadounidense, haciendo ver al público que las bellezas naturales como las cataratas de Niágara o las montañas de Sierra Nevada podrían rivalizar con edificios históricos como las catedrales en Europa... En otras palabras, los lectores podían ser turistas de sofá... (Brehm, 2004: xvi).

De lo que se trataba, pues, era recrear un tipo de literatura de carácter eminentemente escapista, y Europa junto con África y Asia se convirtieron en territorios que despertaban un interés inusual, pero también, en su propio país, todos aquellos sitios históricos asociados a sucesos o momentos gloriosos de la nación, además de las áreas de descanso y los balnearios a lo largo de la costa atlántica, la región de los Grandes Lagos, los Apalaches y el sur, y, en fin, multitud de pequeños rincones recónditos o pintorescos de la nación que aún no habían sido asimilados por una cultura orientada a la uniformidad nacional (Shapiro, 1978: 10-11).

Pero en la actitud de admiración de Woolson hacia los personajes toscos que pueblan los cuentos de Bret Harte hay que entender también su deseo, por un lado, de abandonar antes que nada la senda de la literatura infantil que había iniciado con la publicación de su primera novela *The Old Stone House*<sup>22</sup> (1873), y, por otro lado, distanciarse al máximo de los excesos del sentimentalismo de otras escritoras que gozaban de una inmensa popularidad, algunas desde los años previos a la guerra civil, y que invariablemente escribían sobre "...bebés moribundos, doncellas sonrojadas y lo sagrado de la maternidad" (Wood, 1972: 4). Con frecuencia censura con acritud el hecho de que "Muchas mujeres... pasan por la vida en una nebulosa de ilusión romántica... [pero mi propósito es contrarrestar tales fantasías] con un realismo intenso de descripción y acción dramática (Benedict 2: 99 y 108). Las novelas de Augusta Jane Evans o Catherine Ann Ware Warfield, entre otras muchas escritoras más, "...tienden a favorecer la belleza a costa de la fuerza... sus héroes son siempre caballerescos para la vida real de hoy... ¿qué lleva a un lector culto a leer esa masa de palabras, palabras, palabras?..." (Hubbell, 1941: 718, 725, 728). En su opinión, "La literatura no debe excluir lo feo y lo común e incluso lo sorprendentemente desagradable. Todo esto existe en la vida y por tanto no debe ser evitado" (Wood, 1972: 4).

Le preocupaba, no obstante, que pudiera ser rechazada por la mayoría de los lectores porque se negaba a escribir como se esperaba que una escritora debería hacer. Confesó que una de sus tías, inconscientemente representaba para ella "...la inmensa clase de lectores en general... que confundía... Christian Reid [pseudónimo de la escritora Frances Christine Fisher] con el gran Charles Reade... o (fueran) devotos de E.D.E.N. Southworth..." (Hubbell, 1941: 728), y temía que pensaran que los libros que Woolson admiraba fueran "raros" o "simplones", y tuvieran poca paciencia con lo que ella podría escribir. Para

---

<sup>22</sup> Fue escrita a imitación de *Mujercitas* (1868) de Louisa May Alcott, con el pseudónimo de Ann March. Con esta novela ganó un premio literario. Woolson no tuvo una gran opinión de la novela de Alcott de la que dijo que probablemente "...tendría su propia esfera y tal vez fuera elevada" (Benedict 2: 43), pero no sería nunca la de Shakespeare ni Milton ni los grandes novelistas.

una autora que empezaba su carrera y que abiertamente despreciaba los modelos literarios femeninos existentes entonces, podría suponer el fin de su carrera: "...significaba arriesgarse a la desaprobación e incluso coquetear con el olvido literario. Los lectores estaban más que acostumbrados a los finales felices en la ficción doméstica..." (Gebhard, 1992: 219). Ella misma pudo comprobar la reacción airada que tanto lectores como críticos, completamente molestos, tuvieron por el final del cuento de "Peter el clérigo", que escribió en 1874, donde un grupo de mineros apedrean hasta la muerte a un clérigo episcopaliano impopular, "...los insultos me llovieron por mi 'brutal asesinato de Peter el clérigo'. Siempre he mantenido que tanto desde el punto de vista artístico y honesto a la vida, mi final del cuento era mejor que la conversión de los mineros... y el matrimonio feliz como proponen los críticos" (Benedict 2: 23).

Antes que nada, lo primero que escribió Woolson fueron artículos de viajes dedicados a describir la región de los Grandes Lagos que tantas veces recorrió acompañando a su padre. No había ningún escritor entonces que conociera tan bien y tan a fondo la región que entonces era todavía el "Oeste". Se trata de ejercicios literarios que retratan minuciosamente la belleza del entorno natural de la zona, y son preparatorios para obras de mayor alcance. Ella misma llegó a calificarlos de "'pequeños bocetos'.... trabajo de principiantes, 'peldaños'..." (Benedict 2: 20) que le servían para poner a punto sus dotes de observación y al mismo tiempo para ganar cierta cantidad de dinero. Escribió unos veinte, trece de los cuales aparecieron en la prestigiosa revista ilustrada *Harper's New Monthly Magazine*, incluso algunos abriendo las primeras páginas del número, y también en *Appletons' Journal* o *Putnam's Magazine*<sup>23</sup>.

"El valle feliz" e "Isla de hadas", los dos primeros, fueron publicados ambos en julio de 1870; son dos homenajes personales a dos de sus lugares favoritos de joven, la comunidad

---

<sup>23</sup> Woolson es una de las tres mujeres que colaboró con cuatro artículos de viajes para la prestigiosa colección *Picturesque America* (1872-1874), dos volúmenes cuidadosamente ilustrados que promocionaban el interés turístico de las regiones del país: "Mackinac", "Lago Superior", "La orilla sur de Lago Erie" y "En el río Ohio".

Zoar<sup>24</sup> en el valle de Tuscarawas de Ohio y la isla de Mackinac. “El valle feliz” inaugura un tipo de relato que servirá de modelo para buena parte de los que escribirá a lo largo de la década. En él nos pinta una sociedad utópica que aún no ha sido contaminada por el materialismo del mundo exterior. Su propósito es entretener más que informar y describe una región que parecía interesante porque era diferente de lo conocido por los lectores. A lo largo de su carrera escribiría sobre este tipo de lugares a menudo exagerando su carácter remoto. Para entonces Woolson conocía bien las convenciones<sup>25</sup> del género y sabía que había una gran demanda de historias de color local que las revistas nacionales trataban de satisfacer. Pretende ser la narración de un viaje de placer o motivado por la curiosidad, pero los viajeros en sí no suelen tener ningún protagonismo; “El valle feliz” comienza aludiendo al inevitable impacto tecnológico en la mentalidad y costumbres de la gente. Identificamos a la narradora, su padre y el perro Sadie que deciden emprender un viaje hacia “...el valle feliz que yace

---

<sup>24</sup> Los zoaritas eran emigrantes separatistas alemanes que procedentes de Wurtemberg emigraron a Estados Unidos hacia 1817 cuando fueron hostigados y perseguidos por sus prácticas religiosas y se asentaron en la región de Tuscarawas en Ohio. Allí crearon lo que se conocía como la Sociedad de los Separatistas de Zoar. Practicaron una especie de comunismo y aunque originalmente prohibieron el matrimonio luego abolieron dicha ley. Vivían en perfecta armonía donde el trabajo y la riqueza se distribuía entre todos hasta que la comunidad empezó a ganar dinero y surgieron las disensiones. La Sociedad de los Zoaritas desapareció en 1903.

<sup>25</sup> La mayoría de los artículos de viaje que escribe suelen tener los mismos elementos descriptivos. Por lo general, en los párrafos iniciales suele combinar lo exótico del lugar con lo remoto, inaccesible o alejado que se encuentra del mundo conocido. De lo que se trata es de atraer la atención del lector y trasladarle a unos parajes desconocidos o inusuales. Por ejemplo, en “El valle feliz”, empieza “En este siglo tan volcado hacia lo práctico, con su ferrocarril insultando la venerable majestuosidad del Monte Washington, su puente colgante cruzando el tremendo abismo del espumoso Niagara, y su telégrafo penetrando en los sagrados misterios del profundo mar, se encontraban tres almas que se atrevieron a comenzar un peregrinaje al Valle Feliz que yace apartado del mundo, entre las montañas por las que serpentea el río Tuscarawas en Ohio...” (Woolson, 1870: 282); prácticamente los mismos “ingredientes” se repiten una y otra vez, como en “El lago encantado” (1871) aunque en ocasiones recurre a referencias mitológicas o a ancestrales costumbres que se van perdiendo como en “Isla de hadas”.

plácidamente oculto del mundo entre las montañas por las que serpentea el río Tuscarawas en Ohio... donde apacibles granjas y vidas tranquilas se esconden entre las colinas distantes” (Woolson, 1870: 282). Se trata de un pequeño rincón del país completamente apartado de cualquier vestigio de civilización, y desde las primeras líneas se resalta la distancia física, cultural y social que separa este lugar del mundo familiar de los viajeros, y, por supuesto, del lector. Woolson traslada el color y el sabor de Alemania en pleno corazón de Estados Unidos; todo parece remontarse a un pasado lejano: desde la arquitectura de las casas, la vestimenta de las mujeres, los instrumentos musicales que emplean, e incluso su lengua, una extraña jerga de alemán e inglés; es una pequeña comunidad de fervientes religiosos, hombres trabajadores, honestos y piadosos que viven de espaldas al mundo en perfecta armonía: el trabajo y la riqueza se distribuye entre todos, no hay crímenes, no hay violencia, ignoran el valor del dinero, y, en fin, “...sus vidas fluyen tan plácidamente como si las colinas fueran barreras permanentes entre ellos y el ruidoso, ajetreado y malvado mundo” (Woolson, 1870: 285). Esa distancia es fundamental porque es lo que permite mantener al lector implicado en las peculiaridades de un modo de vida que hacen que una localidad sea interesante. Así, el experimento de la comunidad Zoarita no supone ningún desafío al modelo económico y social del mundo normal del autor y del lector. El artículo concluye precisamente recurriendo a las diferencias existentes entre ese lugar remarcando lo insólito de que algo así conviva, “...nuestras formas de vida no son las vuestras, pero ¿quién puede decir que no halláis escogido el mejor camino?” (Woolson, 1870: 285).

En la misma línea, y con el mismo propósito, se encuentra “Isla de hadas”, aunque esta vez el exotismo lo proporciona la isla de Mackinac, situada en el estrecho del Lago Hurón y el Lago Michigan; Woolson de nuevo sumerge al lector en un mundo fantástico que sirve de separación del mundo ordinario, “el pueblo es una reliquia del pasado. Las casas en la playa son venerables y con musgo...” (Woolson, 1870: 65), la gente habla “patois”, y el lugar, en fin, parece encantado, empezando por el nombre original que los indios usaban, Michilinac u “Hogar de las Hadas Gigantes” (Woolson, 1870: 62). Es un artículo que

tiende a evocar el pasado histórico de la isla, comenzando por los primeros exploradores con los misioneros jesuitas franceses y Père Marquette, pasa luego al periodo de ocupación militar cuando se levantaron distintos fuertes entre los que destaca el Fuerte Mackinac, y, por último, cuando la isla fue un territorio de abundancia para los tramperos y comerciantes de pieles. Intercala varias leyendas (menciona, por ejemplo, cómo los indios lograron expulsar a King Strang y sus seguidores mormones de Big Beaver, o alude a las terribles tormentas que se desencadenan en los lagos que obligan a los barcos a encontrar refugio temporal en sus orillas) que los lugareños transforman a su manera envolviendo en el misterio ciertos parajes de una belleza inusual como “Arch Rock”, “Sugar-Loaf Rock”, o “Robinson’s Folly”.

La isla volvería a ser recreada de nuevo en “Isla de Mackinac” (1873) en la que contrasta lo novedoso de las ciudades situadas a las orillas de los lagos con “...la pintoresca isla de Mackinac, venerable con sus recuerdos de más de dos siglos. No hay nada joven en Mackinac, nada nuevo. El pueblo, a los pies del acantilado, está deteriorado y anticuado...” (Woolson, 1973: 322). Woolson pone todo su empeño en promocionar la isla como un reclamo turístico y termina hablando a favor del proyecto de convertir la isla en un parque nacional, un asunto que entonces se debatía en el Congreso. La finalidad es preservar el lugar para que todo el mundo pueda disfrutar de su belleza a riesgo de que “...un gran número de personas lo convierta en su Meca anual” (Woolson, 1973: 323). El pasado indio y un episodio anecdótico de la guerra civil sirven para aportar el elemento de lejanía a “Las islas del vino del Lago Erie” (1873), centrado ahora en la parte sur del lago Erie, aunque está enfocado a describir el famoso vino de la región<sup>26</sup>.

En otro tipo de artículos de viaje, se distancia del tono nostálgico empleado hasta entonces y predomina un afán de satirizar la típica actitud de la gente de la ciudad cuando se

---

<sup>26</sup> “Ciudades norteamericanas: Detroit” (julio 1872), es otro extenso boceto de viajes donde repasa el pasado de la ciudad desde su fundación en el siglo diecisiete por los jesuitas hasta el momento en que escribe.



aproxima a la vida rural; el propósito es, pues, criticar en tono de humor la cultura urbana que cree encontrar en la rusticidad del campo el alivio para su ajetreada vida. “En busca de lo pintoresco” (1872), habla del viaje que emprende la narradora, Priscilla, su prima Sue y el abuelo de ambas cuando deciden abandonar su cómoda casa en una gran ciudad industrial para pasar unos días de vacaciones en el campo, “...los tres renegábamos de la sociedad moderna con sus falsas pretensiones y ansiábamos la simplicidad ingenua de la vida en el campo”. Priscilla y Sue van vestidas de manera muy sencilla para adaptarse a “la simplicidad y educación rústica de la población agrícola”, y, por tanto, van “ataviadas con nuestros vestidos más viejos y llevamos solo bolsitas de mano por equipaje” (Woolson, 1872: 162). Los tres esperan respirar un aire puro además de contemplar un paisaje hermoso, pero el resultado no puede ser más decepcionante porque la zona rural a la que llegan, poblada de pequeños pueblos y granjas, está plenamente integrada, social y económicamente en la “sociedad moderna” donde ellos mismos residen; el aire puro que esperaban respirar está contaminado; además no encuentran los productos naturales de granja que esperaban disfrutar porque son enviados a la ciudad. Para colmo en un pueblo por el que pasan creen que las dos jóvenes son vendedoras ambulantes de medicinas, en otro les confunden con “sufragistas”, y en un tercer pueblo con artistas de circo. Tras superar distintas dificultades logran pasar la noche en una granja, pero llenas de barro y suciedad, toman el tren al día siguiente de vuelta a la ciudad. Las últimas palabras de Priscilla, la narradora, “¿Les gustan las bellezas de la Naturaleza? ¡YO LAS DETESTO!” (Woolson, 1872: 168), resumen bien la decepción con la fantasía de lo pintoresco.

Woolson se estaba volviendo cada vez más crítica de los cambios medioambientales que observaba y prueba de ello es “Viajando en barco” (1872). Lo más destacado no son los comentarios de los distintos lugares por los que pasan los viajeros sino el propósito “de ridiculizar la narrativa romántica de viajes y todo lo que ello conlleva: el estímulo del espíritu de frontera, el desarrollo, la industrialización y el turismo” (Brehm, 2004: xviii). En este boceto de viajes se describe un paisaje desolador: los centenarios bosques que en el pasado bordeaban

las orillas de los lagos ahora o están ardiendo o han sido sustituidos por “chimeneas humeantes” (Woolson, 1872: 520) que producen un aire tan contaminado que flota en espesas nubes sobre Cleveland. Los visitantes se detienen para ver una refinería de petróleo y quedan impresionados contemplando “...los enormes tanques a cada lado se elevaban del suelo como fortificaciones y una tupida red de tuberías, en lo más alto, iba de acá a allá mientras que arriba, abajo y por todos los lados el olor acre del petróleo se podía sentir en cada inspiración...” (Woolson, 1872: 521), mientras les explican todo el proceso de refinado del petróleo, los distintos productos que se extraen, la producción y las exportaciones que realizan las petroleras, etc.; a cambio, todo ha sido transformado vertiginosamente, y les cuentan que “Hace unos pocos años esto era una pradera y el río Cuyahoga una importante corriente de agua que fluía entre altas hierbas, pero ahora... cada metro de terreno está ocupado y el río es más petróleo que agua. Hace poco tiempo se incendió y el agua ardió con fuerza mientras fluía hacia el lago. Un río en llamas es todo un fenómeno” Woolson, 1872: 522).

Una vez que pudo comprobar el enorme interés que despertaron este tipo de artículos, Woolson comienza entonces a escribir cuentos, aunque ahora deja a un lado los elementos autobiográficos y lo puramente descriptivo para dar paso a composiciones más elaboradas literariamente. Como ella misma explicó “He emprendido (en el último año) una nueva andadura para mi obra. He vuelto a la naturaleza y a la realidad exacta...” (Benedict 2: 21). Sabía muy bien lo que para nada quería hacer, “Me horroriza tanto la escritura ‘bonita’, ‘suave’ que casi preferiría un estilo que fuera feo y amargo, con tal de que sea fuerte” (Benedict 2: 21), y empieza a emplear escenarios muy alejados del entorno idílico que hasta ahora habían ocupado sus artículos y se centra en el análisis de los personajes y sus reacciones. En total escribió veintitrés cuentos hasta 1878 de los que seleccionó nueve para su publicación. *Castle Nowhere: Bocetos de la Región de los Lagos*, publicado en febrero de 1875, fue considerado por la propia Woolson su primer libro dado que siempre ignoró la novela infantil *The Old Stone House* (1873). Todos los cuentos ahora publicados habían aparecido previamente en las distintas revistas literarias, excepto el que da

título a la colección que lo escribió en 1875. Las críticas fueron positivas, y el mismo Howells pareció entusiasmado con todos los cuentos excepto con “Castle Nowhere” sobre el que confesó sentirse “...acosado de principio a fin por una desagradable fantasmalidad” (Torsney, 1992: 17).

El Lago Superior y los campos mineros próximos a sus orillas son los escenarios de varios cuentos. Una de las influencias más obvias es la de Bret Harte como se aprecia en “Misery Landing” (Woolson, 1876: 1874), un cuento en el que podemos seguir los infortunios de John Jay a través de su diario; nos enteramos de que ha decidido encontrar refugio en un apartado lugar en la parte occidental del lago porque quiere olvidar a su amada. Para ello se ha llevado unos pocos libros de filosofía francesa y alemana “...y ¿cuál es el último libro? Bret Harte. No su poesía, sino su profunda prosa. Después de todo, mientras pueda leer sus páginas, no puedo ser tan malo como parece, puesto que hay más bondad, generosidad y coraje en sus palabras que en muchos sermones. Nos muestra lo bueno que hay en el corazón de los marginados...” (Woolson, 1876: 865). En otra entrada de su diario anota, “Es extraño que sea así, pero en todas partes solo las personas cultas se sienten cautivadas con Bret. Pero deben ser imaginativas y cultas; a las personas rutinarias, ya sea en la vida o en la literatura, no les gusta nada lo anticonvencional o nuevo” (Woolson, 1876: 866). Más evidente aun la deuda con Harte es “La señora de Little Fishing” (1874) que, en realidad, se trata de una auténtica revisión de “La suerte de Roaring Camp”; si en el cuento de Harte la llegada de un recién nacido produce la regeneración de un grupo de hombres aislados, viviendo en un mundo degradado, en el cuento de Woolson el grupo de rudos tramperos, cazadores y mineros que llevan una vida de miserables en Little Fishing, un campamento situado en una isla del Lago Superior, son transformados de golpe con la llegada de una misteriosa y hermosa mujer, una misionera escocesa, que aparece inesperadamente.

En “Castle Nowhere” (1875) y “Las marismas de Stª Clara” (1873) emplea un narrador masculino que adopta la misma actitud que la de Harte para contar las aventuras de sus marginados de la sociedad en escenarios remotos. En “Las marismas de Santa Clara” le vuelve a recordar por medio de una

referencia a uno de sus cuentos; el narrador y su amigo Raymond se sienten confusos ante la presencia de Samuel el esperador. El viejo Amos Fog, que protagoniza “Castle Nowhere”, es un tipo fuera de la ley que se ha refugiado en el “castillo” que se encuentra en el laberíntico espacio de las marismas en el Lago Michigan; vive de las mercancías de barcos que han naufragado y que él mismo logra provocar, pero le sirven para mantener a Silver, su hija adoptada. En “Solomon” (1873), un cuento que sitúa en la zona minera de Ohio, el mismo escenario de “El valle feliz”, la narradora y una amiga visitan una comunidad de inmigrantes de origen alemán y entran en contacto con Solomon Bangs, un pintor fracasado que tras intentar promocionar su arte tiene que regresar al valle Tuscarawas y trabajar como minero; su mujer le admira profundamente. Aún volvería a abordar la comunidad zoarita del condado de Tuscarawas en “Wilhemina” (1875), en el que describió tan fielmente la mentalidad de la comunidad que despertó cierta animadversión en algunos de sus miembros, algo que irritó sobre manera a Woolson, que ofendida recordaba que “Todo lo que escribo está basado, o lo intenta, en la verdadera realidad. No tengo interés en otra cosa” (Pattee, 1923: 252). Woolson volvería a emplear la isla de Mackinac en “La vieja agencia” (1874), sobre la vieja residencia de los agentes indios, y en “Jeanette” (1874), donde una joven mestiza se niega a aprender los rudimentos básicos de la educación; logra, sin embargo, que el médico del fuerte se enamore de ella, aunque luego le rechaza para casarse con un amigo de niñez. La narradora vuelve al mismo escenario, transcurridos unos años, y comprueba que vive en la miseria rodeada de niños.

Los cuentos de *Castle Nowhere* tienen en común no solo la presencia abierta o velada de Bret Harte, sino que al tratarse de un escritor “anticonvencional y nuevo” por el que siente verdadera admiración, como ella misma le definió, le permite emprender su propio material y despegar como escritora<sup>27</sup>. Woolson va a emplear también personajes que huyen de la civilización,

---

<sup>27</sup> Ella misma reconoció su deuda con Harte en sus primeras obras en una carta a Stedman de septiembre de 1874, pero, como explica, no era su discípula “A pesar de todo lo que le dije, no me declaro culpable de imitar a Harte... Harte era la sensación del momento, eso es todo” (Moore, 1963: 120).

aventureros, exploradores, marginados, excéntricos, que encuentran refugio en lugares apartados o están dispuestos a perderse en los últimos vestigios de la frontera, a veces recordando la libertad ilimitada de la que gozaba Natty Bumppo en el entorno natural. Sus personajes femeninos son fuertes y saben hacer frente a las adversidades sin miedo, y también huyen a emplazamientos recónditos, como Miriam, la proscrita religiosa que escapa de su marido en “El esfuerzo de la misión” (1876) o la señorita Jonah de “Isla de Ballast” (1873), la solitaria mujer que abandona su hogar en el sur para encargarse del faro de una isla. A veces establece un contraste entre el pasado y el presente, personajes “naturales” y civilizados, o entre un código moral natural frente a las normas religiosas y morales más estrictas. Pero son personajes que recrea con la imaginación, aunque inspirados en sus años juveniles “...el mismo tipo aparece de manera persistente porque ese es la clase de joven que siempre he conocido” (Rioux, 2016: 77). Tal vez, por esta razón, Henry James fuera de los primeros en observar con tino que “Le gustan los fracasos personales irrecuperables de personas que han tenido que renunciar incluso al recuerdo de la felicidad...Está interesada en general en las historias secretas, en la ‘vida interior’ de los débiles, los superfluos, los decepcionados, los desconsolados...” (James, 1894: 181) y, en consonancia, la mayor parte de sus primeros relatos están situados,

... en los equivalentes americanos a islas desiertas: la isla de Mackinac en el Lago Michigan, un campo de mineros en una isla del Lago Superior, una casa solitaria en una marisma de agua salada en el Lago Hurón... Muchas de estas historias analizan las relaciones de personas que se encuentran totalmente paralizadas geográfica, social, y emocionalmente, con visitantes que provienen de situaciones menos aisladas, para dramatizar el efecto que esas confrontaciones tienen entre sí. Esos escenarios aislados funcionan también como metáforas para las distintas formas de exilio de las mujeres – de ellas mismas, de su sociedad, de su propio arte – y para el sentido que Woolson tenía de sí misma como una desarraigada sin hogar (Weimer, 1988: xiv-xv).

En noviembre de 1873, nada más publicar “Solomon” y “Las marismas de Santa Clara”, Woolson emprendió viaje a San Agustín, Florida, que se convertiría en su lugar de residencia permanente durante la mayor parte de los seis años que pasó en el Sur. Pronto se sintió totalmente cautivada por San Agustín, una antigua colonia española fundada en 1565, cuarenta y dos años antes que Jamestown, el primer asentamiento permanente inglés en la costa este de Norteamérica. No volvería a abordar los Grandes Lagos como motivo argumental para más cuentos (de hecho, solo escribió tres más después de 1875), dando ella misma por concluido un ciclo de su vida personal y profesional; sabía que ese paisaje idílico que tantas veces había recreado no existía más que en su imaginación:

El mundo que ella anhelaba ya no existía. Cuando se fue al Sur en 1873, los turistas habían comenzado a invadir la isla Mackinack que amaba. Las primeras cuadrillas de madereros que talaron los viejos bosques y los mineros que fracturaron el paisaje ya habían construido horribles barriadas donde la vida era barata y miserable. El viejo ideal de frontera donde hombres y mujeres trabajan codo con codo en puestos remotos, donde podrían desarrollar nuevas estructuras sociales de igualdad había dado paso a incómodas alianzas entre los diversos intereses de los comerciantes de pieles, granjeros, mineros, y magnates industriales que se asentaron en el oeste mientras que los indios americanos eran desplazados cada vez más (Brehm, 2004: xviii).

El Sur siempre había ejercido una poderosa atracción en el Norte, un interés alimentado por los mismos soldados de la Unión así como por la percepción generalizada de que la destrucción de la guerra y el estado de total bancarrota en que se encontraba la región, podría acarrear también la desaparición para siempre de su “...*pathos* y de lo más elevado de una civilización perdida- un país derrotado que parecía instar a los escritores a contar su pasado antes de que desapareciera definitivamente” (Rowe, 1978: xix). Era bastante inusual en la década de 1870 que una mujer proveniente del Norte se asentara voluntariamente en el Sur en ruinas para vivir. Los distintos estados a los que viajó a lo largo de sus años de su residencia

sureña no habían cerrado del todo las cicatrices de la guerra y sus secuelas se podían ver por todas partes. El final de la guerra civil en abril de 1865, tras cuatro años de conflicto sangriento, había dejado el país totalmente devastado; no solo el número de víctimas había sido muy elevado (se calcula que más de 600.000) impactando profundamente en la conciencia de los norteamericanos, sino porque generó un clima de tensión que no iba a desaparecer con facilidad. Inmediatamente después del conflicto, "...muchas personas que no eran provenientes del sur seguían pensando que los sureños eran paganos que debían ser 'democratizados', o ser castigados más severamente por sus transgresiones" (Rowe, 1978: xvii), y, desde luego, la resistencia de la población sureña a la influencia del Norte intensificaba la opinión generalizada de que el Sur debía ser rescatado, preparando así el terreno para los gobiernos de la Reconstrucción<sup>28</sup>. Muchos pensaban incluso que los sureños estaban dispuestos a rebelarse de nuevo, y tanto lectores como directores de periódicos y revistas eran hostiles a cualquier tipo de representación reconciliatoria con la región. Lo que se conoce como la Reconstrucción, que oficialmente duró hasta 1877, es un prolongado proceso de restauración de las instituciones federales en los estados confederados que se habían levantado en armas contra la Unión así como la recuperación económica de los territorios asolados por la guerra que afectaba a distintas áreas, desde la integración de los antiguos esclavos a la vida en libertad, la reconstrucción material de numerosas ciudades, la adecuación de un gran número de plantaciones arrasadas, puentes, caminos, estancias, etc. Supuso antes nada que el congreso federal instituyera una política de fuertes represalias y que los estados confederados fueran considerados por el gobierno nacional provincias conquistadas y, por tanto, estuvieran bajo control militar. Como región ocupada, por tanto, había gobernadores militares para cada uno de los estados.

---

<sup>28</sup> El problema fundamental era que había que reincorporar al seno de la Unión a los estados que habían formado la confederación y que pudieran formar su gobierno y volver a unir a la nación.

Se puede decir, sin embargo, que hacia 1873 la actitud hacia los estados rebeldes fue paulatinamente suavizándose: se empezó a cuestionar la intervención federal en los asuntos internos de los estados y también a entender que los estados del sur no suponían tanto una amenaza política, sino que ofrecían múltiples oportunidades de negocios, generando con ello actitudes de apoyo y de celebración. Una vez más las revistas literarias atentas a la nueva situación vieron entonces el momento de dar a conocer el sur y también de capitalizar el sentimiento de nostalgia que se había creado en todos aquellos que emigraron hacia las ciudades del norte inmediatamente después del conflicto. Edward King, de *Scribner's*, fue de los primeros corresponsales que recorrió la mayoría de los estados del Sur con la finalidad de ofrecer a sus lectores una información detallada de sus riquezas naturales y de las condiciones sociales. Sus crónicas ilustradas aparecerían poco después en forma de libro como *El Gran Sur* (1875)<sup>29</sup>; pero no sería el único corresponsal cuya misión era captar todo aquello que fuera inusual o fascinante y que pudiera entretener a sus lectores, desde comentarios sobre la gente, sus costumbres, su peculiar manera de hablar, hasta la exuberancia natural de sus paisajes, el potencial económico de la región, sus enormes recursos naturales, etc.

La posición de Woolson en el Sur durante su período de residencia no es la de una persona interesada en política; no busca la reconciliación ni promueve las posibilidades

---

<sup>29</sup> Edwin De Leon, "El Nuevo Sur" (*Harper's New Monthly Magazine*, 1874); E. L. Godkin "El lado blanco de la cuestión sureña" (*The Nation*, 1880); y Henry Grady "En franco blanco y negro" (*The Century*, 1885), y la descripción de Florida "Un viaje ascendiendo los ríos St John y Ocklawaha", ampliamente ilustrado y publicado en 1874 en la prestigiosa colección *Picturesque America*, de Thomas Bangs Thorpe que lejos de pintar el paisaje como algo siniestro o pestilente, hizo lo posible por reproducir la belleza salvaje de los pantanos y la variedad de flora según navegaba. El poeta sureño Sidney Lanier, uno de los más célebres, publicó en 1875 *Florida: su paisaje, clima e historia* (1875), una especie de guía de la región donde recomienda balnearios, lugares de interés, etc. intercalados con breves pinceladas históricas o sobre las costumbres locales.



económicas de la región ni tampoco resucita viejos mitos<sup>30</sup>. Como escritora, el sur era un nuevo espacio geográfico totalmente desconocido para ella hasta entonces que suscitaba su curiosidad y, por tanto, se dedica a "...observar la sociedad bajo ciertas condiciones...nunca se cansaba de estudiar la naturaleza humana en todas sus manifestaciones... (Benedict, 2: xi-xii). Viaja incansablemente de acá para allá, explora las distintas regiones y ciudades, y, sobre todo, acumula información de primera mano: se entera de las condiciones de vida de la gente, sus costumbres, sus emociones y actitudes, sus relaciones con los visitantes, y se preocupa por "... los motivos- los estados mentales- por qué un hombre o una mujer hacen esto o aquello..."<sup>31</sup> (Benedict 2: 119); anota todo aquello que le llama la atención con sus observaciones personales, y, en fin, se hace con un material que ampliamente convertirá en temas literarios.

En San Agustín llegó a conocer a gente "...proveniente de todos los puntos cardinales que uno pueda imaginar..." (Benedict 1: 231), desde la rancia aristocracia del sur que no se resignaba a la nueva condición que les tocaba vivir, a los ricos provenientes del norte que llegaban como turistas en busca de un apacible lugar para pasar los inviernos y que transformaban la ciudad a su manera, pasando por los oficiales del ejército y sus familias que vivían en pequeños destacamentos militares, a religiosos, y, por supuesto, a la población mestiza de la ciudad, a los nuevos negros libertos y a los pescadores menorquines de la costa. Le interesaba explorar las complejidades y las diferencias étnicas, y Florida le sirvió de modelo de una sociedad multiétnica en la que tenían cabida poblaciones de distintas

---

<sup>30</sup> La mayoría de los críticos asumen que Woolson procuró mantener una actitud imparcial o incluso compasiva hacia el Sur; Weir, sin embargo, habla de que particularmente en algunos cuentos y sus novelas *Por el bien del comandante* (1883) y *East Angels* (1886) "...actuó de una manera discriminatoria más que imparcial ...no pudo abandonar su herencia de Nueva Inglaterra cuando juzga al Sur... critica la región por ser demasiado provinciana e indolente y por vivir demasiado apegada al pasado y a los viejos mitos" (Weimer, 1976: 559-560); Moore, por otro lado, destaca más bien su ambigüedad en su enfoque (Moore, 1963: 27-30).

<sup>31</sup> En repetidas ocasiones explica que trata de entender a la gente, o como dice en una carta, "...intento `ponerme en su lugar´ y ser justa..." (Hubbell, 1941: 731).

procedencias. En suma, como escritora de color local una vez más buscó proporcionar a sus lectores distintos y variados escenarios y desconocidos modos de la vida en el sur. Woolson va a dar comienzo, pues, a un período muy fecundo en su carrera: escribió abundantemente poemas, artículos de viaje, cuentos, e incluso inició su primera novela *Anne* que sería publicada por entregas en Harper's de diciembre de 1880 hasta 1882. Además, Woolson conoció a dos de sus tutores con los que a partir de entonces podía intercambiar proyectos e ideas.

Una vez más empieza escribiendo artículos de viaje, aunque esta vez son bastante más elaborados y largos en extensión. Inaugura un nuevo e innovador método que le iba a proporcionar un enorme éxito: emplea una narradora en primera persona, que se asemeja a ella, una tía soltera, sensible, de mediana edad que acompaña a su sobrina en sus viajes por San Agustín o Carolina del Norte e incluso, más tarde, por el sur de Francia en Mentone<sup>32</sup>; inventa además grupos de personas y diversas situaciones totalmente ficticias que complementan el propósito de entretenimiento. Ahora son los viajeros los que cobran el verdadero protagonismo; la tía con frecuencia lidera al grupo o actúa de consejera de las jóvenes y también de mediadora cuando surge algún conflicto entre los turistas. Puede aparecer algún joven caballero que se insinúa amorosamente a la sobrina, y es muy habitual emplear a un sesudo profesor (unas veces es el profesor Macquoid y otras el profesor Mackenzie) que a la menor excusa explica pormenorizadamente las peculiaridades geográficas, sociales, históricas y geológicas de un lugar. Lo más importante es que a través de todos ellos Woolson puede expresar sus propias opiniones sobre asuntos de actualidad, satirizando costumbres o hábitos sociales muy arraigados, o poniendo al descubierto la característica actitud simplona y superficial de los típicos turistas que solo tenían interés en ver solo lo que les indicaban las guías turísticas, etc. Son artículos descriptivos,

---

<sup>32</sup> A finales de 1889 viajó a Grecia y luego a Egipto, experiencias que le servirían para "Cairo en 1890" (1891) y "Corfu y el Mar Jónico" (1892), que junto con "En Mentone", que previamente había escrito en 1884, agrupa en su libro de viajes *Mentone, Cairo y Corfu* (1896). Ver el interesante capítulo "Cultural occasions: form and genre in the texts of Harriet Beecher Stowe, Constance Fenimore Woolson, and Edith Wharton" (Schriber, 1997: 166-200).

escritos entre mayo de 1874 y enero de 1876, cuando aún seguían vivas las escenas en su memoria y le permitían ordenar sus ideas para posteriormente usar en otras obras.

El más interesante es “La ciudad antigua”, publicado en dos partes en diciembre de 1874 y enero de 1875. Woolson emplea un grupo de ocho personas que emprende viaje desde Nueva York con destino a San Agustín: encontramos a Diana, tía soltera a cargo de su joven sobrina Martha Miles, la narradora, y de una jovencita impertinente, llamada Iris, cuya institutriz es la remilgada señorita Sharp, que le encantan las viejas historias y los chismorreos; encontramos también a Sara St.John, amiga de Martha, una inteligente joven que escribe para una revista, lo cual no es del agrado de la tía Diana, y que ha fracasado en el amor, y al profesor Macquoid, de cuya pedantería la tía Diana se mofa pero al mismo tiempo usa para dar lecciones de ciencia o de historia. Nos describe pormenorizadamente el viaje, las estrechas calles de San Agustín, la peculiar arquitectura de las casas, la gente, y gracias a las oportunas y hábiles intervenciones eruditas del profesor, vamos conociendo también numerosos y prolijos detalles sobre su pasado histórico, el origen de sus monumentos más destacados, sus lugares más pintorescos, etc. Lejos de ser una especie de guía personal de San Agustín, Woolson, atenta a las diferencias sociales y étnicas que se podía contemplar, dedica un amplio apartado para hablar en extensión del barrio conocido como “África” donde se concentraban todos los esclavos libertos de los que una anciana comenta “No saben cómo tomarse su libertad todavía ... no saben qué hacer con su libertad todavía...” (Woolson, 1874: 14), y del distrito conocido como “Minorcan Town”, poblado por los descendientes de aquellos que fueron llevados a Florida en 1768 desde la isla de Menorca para trabajar en condiciones miserables como explica el profesor Macquoid. La diferencia de edad entre los miembros del grupo, así como su educación o profesión suelen dar lugar a varias situaciones cómicas, a conflictos intergeneracionales o a la confrontación tradición e innovación. La misma idea de emplear un grupo de turistas similar lo encontramos de nuevo en “El río French Broad” (1875), dando a conocer la ciudad de Asheville y después todo aquello que encuentran en su exploración a lo largo del río French Broad;

“Ascendiendo el Ashley y el Cooper” (1875) es una interesante descripción de la ciudad de Charleston y las distintas localidades situadas a las orillas de esos ríos y, por último, “El río Ocklawaha (1876). En definitiva, todo este tipo de artículos no pretenden explotar tanto el lado nostálgico de los lugares como la idea de destacar lo peculiar, exótico o remoto de los escenarios. Como se ha comentado:

Estos bocetos de Woolson amplían las posibilidades narrativas de la literatura de viajes con la sátira social, los diálogos cómicos, los argumentos donde se ridiculiza el cortejo amoroso, la caracterización irónica y las situaciones de humor, y todo ello visto desde una perspectiva femenina bien desarrollada... Como si se tratara de una autobiografía velada, este tipo de artículos revelan un lado de Woolson que sus cuentos omniscientes a veces enmascaran, y expanden la figura de la solterona del papel de estereotipo cómico al de comentarista social (Berthold, 2001: 112).

Además con todos ellos Woolson desafía abiertamente el “monopolio masculino” que ejercían los escritores y periodistas a lo largo del siglo diecinueve que acaparaban la práctica totalidad de la literatura de viajes, hasta el punto de que de unos 1765 libros dedicados al tema que Schriber calcula se escribieron entre 1830 y 1900 “... los libros de viajes escritos por mujeres llegan a 195 aproximadamente, de los que 27 se escribieron antes de la guerra civil y 168 después del conflicto” (Schriber, 1997: 2).

Entre 1875 y 1879 Woolson publicó catorce cuentos relacionados o ambientados en el Sur, de los que seleccionó diez para la publicación de su segundo volumen *Rodman el guardián: Bocetos sureños* (1880), un libro que señala el final de su residencia en el Sur y sirve de despedida de la escena americana para su obra. Esta nueva colección contiene un breve prefacio donde explica que su intención en la selección era sencilla “...tal y como están contienen impresiones reales; nunca pueden transmitir el encanto interior de esta hermosa tierra que la escritora ha aprendido a amar, y de la que ahora se separa con verdadero pesar” (Woolson, 1886: prefacio).

Podemos distinguir dos tipos de cuentos dentro de esta colección: por un lado, se encuentran “Rodman el guardián”, “La vieja mansión Gardiston”, “En el país del algodón”, “Rey David”, “Hermano” y “En lo alto de Blue Ridge”, que analizan los efectos de la Reconstrucción en la población; y por otro lado, “Señorita Elisabetta”, “Felipa”, “Hermana St Luke” y “El diablo del sur”, dedicados a Florida antes del conflicto fratricida. Los cuentos no aparecen distribuidos secuencialmente, ni tienen una unidad temática, de escenario o de personajes, pero es fácil distinguir entre ambos grupos. El primer grupo lo componen, pues, seis cuentos que tienen lugar en los años inmediatamente después de la guerra civil en los estados que conformaron el núcleo de la confederación, o sea, Georgia, Tennessee, y las Carolinas. Los temas dominantes son la idea de pérdida y predomina un sentimiento generalizado de confusión; la voz narrativa se desplaza tanto para dar a conocer las reacciones de la gente proveniente del norte como de los mismos habitantes del sur, poniendo al descubierto que ambos grupos, agotados por el esfuerzo de la guerra y totalmente desilusionados, son más similares que diferentes. Los personajes del norte suelen aparecer representados como personas atentas que cuidan de sureños que se muestran como seres indefensos, derrotados anímicamente. Esta persona del norte procura proporcionar consuelo físico, emocional o económico a la figura del sur totalmente denigrada y careciendo de todo. En cada relato suelen aparecer personajes negros, pero apenas cobran relevancia: sabemos sus nombres Pomp, Dinah, Cassius, y son fácilmente identificables por su peculiar forma de hablar. El escenario puede variar desde las montañas de Tennessee o las zonas de pantanos de Carolina del Sur; Woolson suele contrastar la belleza del paisaje natural con la devastación y el estado de total abandono en que vive la gente. Muchos se lamentan desconsoladamente por su “patria perdida” aunque sigan viviendo en ella; abundan las descripciones de mansiones en ruinas, los harapos de antiguas galas, los campos estériles o esquilados, los barrios vacíos, etc. Y lo que es más importante, como dice Buonomo,

...en sus obras dedicadas al sur de la posguerra, los perdedores se convierten en personas con un nombre y una historia, o mejor a una ‘contrahistoria’, que contar. Es la perspectiva de los silenciados y de los olvidados que Woolson presenta como un testimonio que por fin se puede escuchar tras haber permanecido en secreto durante mucho tiempo. Al recrear sus voces... intenta dar cuenta de la experiencia devastadora que supone encontrarse en el lado derrotado y ver colapsado todo el sistema de valores y la visión el mundo de la gente. A través de los ojos de estos ‘nuevos pobres’ vemos el período de reconstrucción de la posguerra no como un proceso de curación nacional sino como una experiencia humillante de pérdida de estatus (Buonomo, 1998: 16).

“La vieja mansión Gardiston”, aparecido en abril de 1876, fue uno de los primeros cuentos que publicó, casi cuando se estaba a punto de dar por acabada la era de la Reconstrucción. Woolson aborda la idea del peligro de seguir apegándose a ilusiones gastadas y perdidas, y se centra en una gran mansión colonial semiderruida cerca de Charleston, en Carolina del Sur, donde una familia de rancio pasado se ha quedado reducida a tan solo dos miembros, Copeland Gardiston, un viejo chiflado que se dedica a estudiar la genealogía familiar, y su prima Gardis Duke, una joven atractiva que ha heredado la propiedad y con ella el orgullo de preservar un linaje venido a menos, empobrecido ya antes del comienzo de la guerra. Gardis se opone a la presencia obligada en su jardín de un pequeño destacamento del ejército de la Unión (al que se refiere como vándalos) y a su amable y respetuoso capitán, y solo cuando les protegen de los ataques de los negros libertos, cambia de actitud. El capitán se ofrece desinteresadamente a ayudarles cuando se entera del estado de extrema pobreza en que viven y que nunca llegan a reconocer. La joven, como el sur mismo que representa, vive en el pasado y trata de mantener las apariencias aferrada al “orgullo familiar” (Woolson, 1880: 107). En el último momento acepta inteligentemente la propuesta de matrimonio del capitán, con lo que Woolson sigue el estereotipo establecido de que la unión matrimonial simbolizaba la reconciliación nacional. La historia sirve, por otro lado, para introducir a los famosos “carpetbaggers” o nortños oportunistas que se mudaron al sur

para sacar provecho del estado de pobreza en que está sumida la región, calificados de "...blancos de doble cara y sin conciencia" (Woolson, 1880: 116), y a dos fieles negros Pompey y Finah que no han abandonado a la familia a pesar de la nueva situación que vive la región.

El personaje de la joven sureña, orgullosa y resentida, lo tenemos en "Rodman el guardián", un relato que tiene lugar al principio de la Reconstrucción; de nuevo encontramos la figura de un oficial del ejército de la Unión que se hace cargo de mantener un cementerio nacional y cuida de un soldado confederado que está seriamente herido y yace en las ruinas de su casa. Rodman atiende con esmero a De Rosset a pesar de ser "...un hombre que pertenecía a una clase ociosa y arrogante que detestaba" Woolson, 1880: 28) y de la oposición de Bettina, la rencorosa y obstinada prima de éste, que ni olvida ni perdona, "el Sur es nuestro país, y no tu Norte" (Woolson, 1880: 40). Bettina, en efecto, es otra altiva y bella joven del Sur, que rechaza toda la ayuda que proporciona Rodman y se indigna incluso de que su primo esté a merced del cuidado de una persona del Norte. En ambos cuentos, Woolson parecía querer recuperar el aliento nostálgico del Sur en los años inmediatamente posteriores a la guerra contados por una persona del norte, y tanto es así que en 1876 su editor Joseph W. Harper le pidió que dejara de escribir sobre la guerra civil.

Más impactante es "En el país del algodón" donde la narradora, perdida en una zona arrasada de Carolina del Sur en la inmediata posguerra, decide seguir la dirección del vuelo de unos cuervos que la llevan a una casa "...totalmente sola en un erial tan desolado que me inspiró, digamos mejor que suscitó en mí un interés y proseguí" (Woolson, 1880: 181). Lo que encuentra es la personificación misma de la desesperación: una mujer del Sur, Judith Kingsolving, que antaño había sido rica vive ahora con un sobrino en la cabina derruida de su antiguo capataz, no logra ningún consuelo a su estado de miseria y desesperación porque fue formada en el orgullo e indolencia de la plantación que en su día poseyó. En un extenso monólogo nos cuenta todas las calamidades y desgracias que ha sufrido: es una víctima más de la guerra y habla de las irreparables pérdidas provocadas por el conflicto (todos sus seres más queridos, el

hogar, la región, la nación y su propia identidad), y la tristemente célebre marcha hacia el mar, a sangre y fuego, que dejó a su paso un terrible rastro de matanza, incendio y saqueo, con lo que tanto ella como su sobrino se han visto en la necesidad de encontrar un refugio abandonado. Su estado de abatimiento es total, "...yo solo estoy muerta...No tengo esperanza, casi podría decir que no la deseo..." (Woolson, 1880: 187). No oculta su desprecio por los esclavos libertos que se encuentran perdidos, sin ningún tipo de ayuda, y la legislación que los ampara, y la narradora, proveniente del norte, reproduce la idea de que la verdadera reunificación nacional tendrá que esperar a las generaciones futuras por los errores del pasado. Le pide a la narradora que se haga cargo del chico y se lo lleve al "...rico y próspero Norte; el Sur no tiene un lugar para él" (Woolson, 1880: 196). Ella, en cambio, se niega a abandonar el lugar, "me quedaré en mi propio país" (Woolson, 1880: 196) esperando la muerte. El monólogo sirve para conocer el profundo dolor que sufre Judith y también para enterarnos de que la narradora es una escritora y que todo lo que ha hecho es reproducir fielmente esta historia tal y como se la contaron: "He escrito cuentos producto de la imaginación, pero éste está basado en la realidad, y quiero que crean lo que digo. Todo es verdad, cada palabra es verdad, excepto los nombres utilizados, y cuando lo lean, ustedes, cuyos ojos están ahora en estas líneas, hagan una pausa y reflexionen que es solo una de las muchas historias que hay como esta" (Woolson, 1880: 184).

"Rey David" es un cuento en el que Woolson aborda los problemas que afectaban a la población negra tras la emancipación, la educación y su integración. Un idealista joven, abolicionista decidido, de Nueva Inglaterra viaja al sur con la intención de enseñar a los "irremediablemente poco previsores y perezosos" (Woolson, 1880: 257) negros libertos sureños y hacer que superen su condición de extrema pobreza e ignorancia. Para ello David King, que trabaja con la Oficina de Libertos, una agencia gubernamental que ayudó a los exesclavos y blancos pobres con alimentos y ropa, abre una escuela en Jubilee Town, que es no es más que un mísero asentamiento donde se concentran los libertos en una zona rural de Georgia. King (irónicamente los chicos cambian su nombre por el de



King David (Rey David) es una persona apacible, y no logra, a pesar de sus esfuerzos y sus buenas intenciones, enseñarles los rudimentos de la lectura y escritura. Tiene que hacer frente además a diversos obstáculos que parece que se oponen a su propósito, pero que expresan distintas opiniones muy arraigadas en la gente, desde la actitud de indiferencia de los granjeros del Norte que le preguntan “¿Bajas para enseñar a los negros?... Ya hemos pagado bastante caro para liberarlos, bien lo sabe Dios, y ahora deberían de cuidarse por sí mismos” (Woolson, 1880: 255), hasta el amargo comentario del dueño de una plantación, al que acude para pedir consejo, “El negro con poder en la mano, que usted le ha dado, con un poco de conocimiento en su superficial y astuto cerebro se convertirá en un elemento de mayor peligro en esta tierra que nunca antes se ha conocido. Ustedes los del Norte, no entienden a los negros. Son una raza inferior por naturaleza; Dios los hizo así” (Woolson, 1880: 263). Tiene que abandonar su sueño de poseer un pequeño campo de algodón al no poder contar con la mano de obra necesaria a pesar del salario que ofrece. De nuevo el plantador le explica que “Los negros solo trabajan cuando quieren, y eso generalmente no sucede de ningún modo...” (Woolson, 1880: 257). Al final, tras cinco meses en el Sur sigue creyendo en la igualdad racial, pero considera que enseñarles era “su deber, no su gusto” (Woolson, 1880: 259); deja Jubilee Town con la promesa de que enviará a un negro del norte para que le sustituya en sus tareas, a lo que uno de sus estudiantes le aclara que están más interesados en la iglesia que en la educación “...no queremos que ningún norteamericano nos libere a los negros aquí, pero un predicador con gafas haría bien en Jubilee en este mundo y en el que viene” (Woolson, 1880: 262). Queda claro, que la integración y la educación de los negros era un asunto controvertido que se prestaba a los estereotipos: por un lado, David King, una persona altruista, se esfuerza por hacer el bien, mientras que su competidor, el “Capitán”, el oportunista del Norte, cambia las vidas de los libertos de Jubilee Town con su tienda de licores. La conclusión no puede ser más negativa: la gente del Norte puede ir al Sur con buenas intenciones para solucionar problemas u ofrecer consuelo, pero su ayuda no es bien recibida.

Las cuatro historias centradas en Florida son muy distintas de las del sur de la Reconstrucción con su doloroso reajuste tras la devastación de la guerra; ahora son cuentos que están conectados entre sí porque comparten un mismo escenario, método narrativo, estilo, e incluso temática. Todos captan el ambiente y la forma de vida en Florida y giran en torno a un pasado común: hay alusiones a posesiones españolas y a restos de culturas aborígenes; por lo general, la presencia de un visitante del norte se mezcla en amoríos o en relaciones de amistad con la comunidad menorquina. Los menorquines suelen aparecer representados como perezosos, indolentes, descuidados, cualidades que contrastan con las atribuidas a los personajes del norte. En definitiva, la ambientación común a todos ellos es la vida en Florida antes del conflicto fratricida, cuando entonces “...eran los días *anteriores* a la guerra, antes de que la guerra abriera el país del Sur a los visitantes de invierno provenientes del Norte: solo unos pocos inválidos, solo unos pocos turistas, iban y venían, pero la gran oleada que ahora nos invade anualmente por la costa atlántica hasta Florida era entonces desconocida por completo” (Woolson, 1880: 83).

En “Señorita Elisabetha” el tema central son las consecuencias de los matrimonios étnicos mixtos; es la historia de una orgullosa solterona del Norte, Elisabetha Daarg, un tanto obsoleta en sus costumbres, que se hace cargo de Doro, el hijo de su antiguo amante que la abandonó por una atractiva menorquina. Trabajadora y meticulosa, Elisabetha cuida con esmero la pequeña plantación de naranjas y teje hojas de palma para hacer sombreros, además de dar clases de música. Doro tiene un futuro prometedor como cantante. Su portentosa voz llama la atención de una cantante de ópera profesional que pide permiso a Elisabetha para llevarle con ella y prepararle profesionalmente con clases de canto, a lo que Elisabetha se niega con la idea de gastar sus ahorros en la educación del chico. Doro acaba casándose con una joven y hermosa menorquina procedente de “una de las familias pobres, de piel aceitunada, de la ciudad” (Woolson, 1880: 100). Doro muere dejando una larga descendencia cuya rasgo definitorio es que se trata de “...una prole descuidada, ociosa e ignorante, que no pedía nada, no planificaba nada en absoluto, y para nada trabajaba, pero se

amaban entre ellos a su manera, felices de sentarse al sol, y reír, comer y cantar, y así todo el día” (Woolson, 1880: 104); Elisabetha es la única que trabaja fatigosamente para todos a cambio de ser aceptada porque la consideraban “...como de una especie diferente a la suya... Los hijos querían a esta silenciosa y tranquila vieja, y generosamente la permitían que se ocupara de ellos hasta que intentara enseñarles; entonces todos volaban como los pájaros salvajes del bosque y ninguno llegó a aprender más que el alfabeto” (Woolson, 1880: 104), apuntando así a uno de sus temas favoritos: la idea de que los orígenes de las personas proporcionan ciertos rasgos de personalidad de por vida.

El personaje de la menorquina reaparece en “Felipa”, un estudio de la personalidad de “...una niña de piel oscura y ojos amarillos, la descendencia del océano y los calores, ágil y salvaje, tímida pero intrépida” (Woolson, 1880: 197) que, huérfana, vive con sus abuelos menorquines en una aldea de la costa de Florida. En la vida de Felipa, una jovencísima muchacha (se dice que tiene doce años) e impetuosa, “...en parte pagana, en parte Católica, e iletrada completamente” (Woolson, 1880: 199) intervienen tres visitantes del norte que van a pasar las vacaciones en el pequeño pueblo de Madu Lagoon, Florida: Kitty, “la artista, pobre y meticulosa” (Woolson, 1880: 199) la narradora del cuento, Christine, su hermosa amiga, y Edward, el pretendiente de ésta. Felipa, extrañamente, habla de la pareja Edward y Christine como si se tratara de una persona. Solo vive para la pareja y se enamora locamente de ambos, y cuando se entera de que se van a casar y a abandonarla, intenta suicidarse y matar a Edward. Fracasa, la pareja se marcha y Felipa se queda sola: su intento de ser entendida y por tanto ser amada ha fracasado. Con el propósito de explicar la extraña conducta de Felipa, se ha sugerido que esta joven encarna la sensibilidad lésbica, y, por tanto, el cuento aparece incluido en una temprana antología sobre el tema<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> Ver Susan Koppelman (ed.) *Two Friends and Other Nineteenth Century Lesbian Stories by American Women Writers*, Nueva York: A Meridian Book, 1994. Weimer aporta un comentario muy pertinente a propósito de este asunto, “...lo que ahora nos parece emoción lésbica o bisexual en “Felipa” no habría sorprendido a los contemporáneos de Woolson puesto que las amistades románticas entre mujeres no eran vistas como algo sospechoso

Algunos críticos explican que los actos de Felipa se deben a su procedencia étnica mixta; Kern opina que en los cuentos de Woolson las mujeres de “una raza híbrida” son “extrañas, impredecibles, y hasta cierto punto indignas de confianza” (Kern, 1934: 61). El comentario de Kitty a propósito de la conducta de Felipa, “es verdaderamente extraordinario cómo la niña os confunde a los dos... es un caso de daltonismo, por así decirlo suponiendo los os fuerais colores...” (Woolson, 1880: 216), ha originado, por otro lado, la interpretación de que la atracción de Felipa hacia un hombre y una mujer tiene más que ver con su propia etnicidad, la mezcla de colores y la incapacidad de ser pura, que un amor romántico.

El contraste entre los temperamentos de personas procedentes del Norte frente a los que provienen del Sur aparece también en “Hermana St Luke”. En Pelican Island, en la costa norte de Florida, dos neoyorquinos de vacaciones conocen a Pedro Gonsalvez, un farero de origen menorquín casado con Melvyna, una protestante de Vermont, a quien sus amigos y parientes menorquines consideran “una mujer de prodigio, de una energía indescifrable...” (Woolson, 1880: 46). Con el matrimonio vive la hermana St Luke, una tímida monja católica que trata de recobrar su delicada salud. La escena más dramática del cuento es cuando la hermana St Luke se lanza al mar a salvar las vidas de los dos veraneantes norteños en plena tormenta y a riesgo de su vida. Poco después regresa al convento del que había salido en misteriosas circunstancias. Una vez más, Woolson representa a los menorquines como una raza inferior, casi despreciable “...los menorquines son demasiado indolentes para hacer nada que no sea fumar, tumbarse al sol y comer ensaladas muy aderezadas con aceite” (Woolson, 1880: 45), cualidades que

---

hasta finales de esa época. Dos años después de escribir “Felipa”, Woolson llamó la atención sobre el poder del amor que las mujeres pueden sentir entre ellas en una reseña que escribió para *The Atlantic* sobre la novela *Esther Pennefather* (1878) de Alice Perry. Calificó a la novela de ridícula, pero con un tema original: “el simple poder que una mujer puede tener sobre otra hasta que se casan y entonces recuerdan esa vieja adoración que era tan intensa y tan pura, tan sacrificada y tan distante”. “Felipa” dramatiza lo que sugiere la reseña: las mujeres que aman a otras mujeres acaban perdiéndolas por hombres” (Weimer, 1988: xxxiii-xxxiv).

contrasta con Melvyna que muestra una clara tendencia a tener la casa en orden y limpia, y siempre tiene a punto el faro que es una reliquia del pasado de Florida (Woolson, 1880: 44).

Woolson estaba cada vez más interesada en el papel de la mujer artista en una cultura y dentro de una industria editorial dominada exclusivamente por hombres<sup>34</sup>. Como dice Torsney, "...emplea la figura de la artista en su obra por distintos motivos: para representar la marginalidad de las mujeres, la creatividad de las mujeres y la identidad de las mujeres. En muchos sentidos sus heroínas son hijas de la autora pues encarnan su propia posición precaria como artista al borde de un mundo cambiante<sup>35</sup>" (Torsney, 1989: 54). El cuento "Señorita Tristeza", originalmente publicado en la revista *Lippincott's Magazine* en mayo de 1880<sup>36</sup>, justo al poco de llegar a Europa y antes de conocer a Henry James, es tal vez el más conocido del conjunto de su obra; es también el primero en que claramente opone las ambiciones de una mujer artista-escritora de talento que hace frente a un mundo masculino indiferente o distante pero que sistemáticamente le niega su presencia o la quita de en medio sin alcanzar un reconocimiento de sus poderes creativos. Hay una tendencia inevitable a identificar la conducta o las actitudes de esos personajes masculinos en esos cuentos con Henry James, pero de lo que no cabe duda es que con este cuento "...creó una figura memorable y mítica de la escritora" (Showalter, 2009: 206). Es el primero que escribió con un escenario europeo; la acción tiene lugar en Roma, pero es de los pocos en los que apenas hay referencias explícitas al entorno físico dado que Woolson aún no estaba segura del todo al no

---

<sup>34</sup> Torsney cree que las notas personales de Woolson, donde incluye tópicos para posibles personajes y situaciones para sus cuentos, reflejan el conflicto existente entre su educación tradicional con las tendencias más modernas, y explica que estaba cada vez más interesada en el papel de la mujer que vive al margen de la comunidad o bajo el amparo de una sociedad patriarcal.

<sup>35</sup> Torsney rastrea el origen de esta figura literaria en el personaje de Corinne de la novela de Madame de Staël, es seguida luego por Elizabeth Barret Browning en el poema "Aurora Leigh" (1856), y en la novela *The Story of Avis* (1877) de la autora norteamericana Elizabeth Stuart Phelps, entre unas pocas más.

<sup>36</sup> "Señorita Tristeza" nunca fue incorporado a ninguna colección de cuentos y fue reproducido en *Stories by American Authors* (vol. IV, 1884).

conocer Europa. Sin embargo, había trabajado con editores durante tiempo y conocía muy bien el tipo de exigencias y presiones que imponían a las escritoras, y ya había visto involucrada en distintas desavenencias con los mismos. En “Señorita Tristeza” una escritora de mediana edad un tanto desaliñada y sin atractivo alguno le pide a un famoso escritor y crítico, el narrador, que lea el manuscrito de una obra suya, que le de su consejo y de paso le ayude a publicarla. Aaronna Crief conoce muy bien toda la obra de este autor y le admira profundamente; él, en cambio, la ignora hasta que después, totalmente maravillado y celoso, reconoce su talento. Aunque en apariencia desarrolla un argumento simple, plantea, sin embargo, cuestiones que tienen que ver con el hecho de cómo crean las mujeres, cómo son leídas y cómo se relacionan con escritores más famosos y valorados. El cuento durante muchos años fue ignorado por los críticos; para Kern apenas tiene relevancia alguna salvo que se anticipa en ocho años al cuento “La lección del maestro” de James, y en unas líneas resume el argumento diciendo que “...es esencialmente el martirio de una artista que se niega a comprometer sus principios en aras del éxito popular” (Kern, 1934: 117); por su parte, Sharon Dean cita la historia como una influencia en James al contener la metáfora de “la figura en la alfombra”, y Leon Edel mantiene que Woolson, como la protagonista de “Señorita Tristeza”, “...tiene una ligera noción de sus propios poderes literarios” (Torsney, 1989: 73).

En noviembre de 1879 Woolson partió para Europa abandonando definitivamente los Estados Unidos a donde no volvería jamás. Durante sus últimos años en Europa escribiría no sólo sus novelas *Por el bien del Comandante* (1883), *East Angels* (1886), *Jupiter Lights* (1889) y *Horace Chase* (1894), que requirieron por su parte un enorme esfuerzo y una constante concentración puesto que fueron publicadas por entregas y las exigencias editoriales y los plazos de entrega se hicieron muy difíciles de soportar<sup>37</sup>; también encontró tiempo para escribir,

---

<sup>37</sup> Su vida en Europa no fue fácil; sus cartas nos muestran a una mujer que vivía y trabajaba bajo condiciones difíciles, no solo porque sufría severos períodos aquejada de dolor que iban acompañados de pérdida progresiva de

además de cuatro artículos de viaje, catorce cuentos con temas y escenarios europeos, once de los cuales tienen escenarios preferentemente italianos. Puede que su propio país no representara exclusivamente esa "...vulgar prosperidad a la simple luz del día" que diría Nathaniel Hawthorne en el prefacio de su novela *El fauno de mármol* (1860), pero desde luego el entorno americano estaba temáticamente agotado; todo era demasiado conocido, y como escritora necesitaba dar comienzo a otro nuevo ciclo en su vida y en su obra. La idea que Woolson tiene de Italia es igual que la de muchos de sus compatriotas, un país que ofrecía un rico pasado y una valiosa tradición que estaba dispuesta a conocer a fondo, un nuevo territorio, en fin, por descubrir geográficamente y en el que vivir nuevas experiencias<sup>38</sup>. En una carta de febrero de 1886, Italia era "...el país que más amo de todos los países europeos. En mi corazón va después de Florida" (Benedict 2: 292-293), y, desde luego, se convertiría en el núcleo central de la mayor parte de los cuentos que escribe en esta etapa. Pronto se sintió profundamente afectada por el pasado de Florencia y su arte, y junto con la compañía de Henry James, asimiló con pasión toda la información estética y cultural posible de la ciudad y su entorno. En sus cuentos, los expatriados norteamericanos sienten la influencia de su entorno y tratan de conciliar sus actitudes con la cultura europea. Como resume Silenius:

A menudo sus cuentos incluyen una crítica de la sociedad norteamericana o debaten problemas asociados al hecho de ser mujer en el siglo diecinueve... como los papeles de género, la cuestión del matrimonio, la definición de hogar... contrasta la visión del mundo de la típica mujer convencional victoriana con la imagen opuesta de la nueva mujer...el escenario contribuye en gran medida al análisis psicológico de los personajes y sus

---

oído, sino porque se sentía cada vez más abrumada por las presiones editoriales y por los plazos y su sentido de la responsabilidad con su editor.

<sup>38</sup> Robert L. White ha observado, sin embargo, que a pesar de lo que trasciende en sus cartas, algunos de sus cuentos "...muestran una angustiada repugnancia de Italia... y que los italianos, que aparentemente encarnan el encanto y la gracia, son depravados y animalísticamente despiadados bajo la apariencia de su pintoresco atractivo" (White, 1992: 133-134).

interacciones... y por lo general las figuras centrales de sus cuentos suelen ser mujeres...madres frustradas, esposas insatisfechas, hijas confiadas ...hay una evidente ausencia de figuras masculinas fuertes. Los personajes masculinos son presentados bajo una luz negativa y generalmente inferiores a sus homólogos femeninos... (Silenius, 2009: 58).

Aunque publicado póstumamente en 1895, *El patio delantero y otros cuentos italianos* es una colección de seis cuentos que aparecieron previamente en distintas revistas entre 1882-1892; cuatro de ellos apenas suscitan interés por su simpleza y el tono melodramático, y solo cabe destacar sus descripciones de los lugares turísticos italianos que van desde Paestum con sus ruinas griegas en “La orilla de Neptuno”, a Sorrento en “Una villa rosada” o el Gran Canal en “Una fiesta de Navidad” y “En Venecia”. En “El patio delantero” (publicado originalmente en 1888), sin embargo, desarrolla el tema del sacrificio personal; es un estudio de Prudence Wilkin, una mujer convencional de Nueva Inglaterra que llevada por la ilusión de una Italia romántica se casa con un italiano que solo quiere su dinero. Para su sorpresa van a vivir con ellos los siete hijos que había tenido de otro matrimonio además del sobrino huérfano, tío y abuela de su primera mujer; lejos de regresar a su país, y llevada por un alto sentido del deber, Prudence se acaba haciendo cargo de todos ellos cuando su marido muere; envejecida y con achaques, no aprecia o se muestra indiferente ante la belleza del país; Asís, donde vive, y su entorno, representan “...la indecente y vieja antigüedad (donde) todo era viejo y sucio” (Woolson, 1895: 3). Solo sueña con eliminar el establo maloliente que tiene enfrente de su casa y sustituirlo por un jardín, como podría tenerlo en su tierra de Nueva Inglaterra para así celebrar como se merece el 4 de julio, el día de la independencia de Estados Unidos, y con tal fin ahorra todo el dinero que puede. Al final, tres jóvenes turistas americanas que han ido a Asís a estudiar las pinturas del Giotto, la cuidan y reemplazan el establo por un hermoso patio con flores.

“La calle del Jacinto”, por otra parte, es el que más atención ha recibido porque se cree que refleja las relaciones de James y Woolson; trata del análisis de la artista que se esfuerza por su



carrera bajo la tutela de un mentor masculino, pero acaba sacrificando su ambición artística por el matrimonio. Originalmente apareció publicado en 1882 en dos entregas. Ettie Macks es una joven pintora norteamericana que va a Roma “la ciudad sagrada del espíritu” (Woolson, 1895: 137) a estudiar arte y también a buscar el consejo y la supervisión de un famoso crítico expatriado norteamericano. Ettie es ambiciosa, decidida, con talento y dispuesta a seguir sus sueños para triunfar, pero gradualmente su entusiasmo por el arte se desvanece y además es disuadida de convertirse en artista. De hecho, el crítico experto sentencia que sus cuadros “... eran todos extremada y esencialmente malos” (Woolson, 1895: 153). Renuncia a sus estudios de arte y tiene que trabajar como la única solución para sobrevivir. El cuento termina con la demolición de su casa y de la calle del Jacinto, y aceptando como solución existencial la proposición de matrimonio de Raymond Noel, el crítico. Parece como si el entorno europeo no ofreciera ningún tipo de oportunidad para que las mujeres escritoras o artistas puedan desarrollar su potencial creativo e invariablemente tienen que acabar con su muerte literal, como en el caso de Aarona Crief, que muere en Roma sola, sin dinero, y sin ver su obra publicada, o figurada como en este cuento con el matrimonio de Ettie, un acto que es calificado como “una gran caída” (Woolson, 1895: 193) vinculada a la demolición de la calle en la que vive con la ruina de sus sueños artísticos.

En 1896 apareció también póstumamente *Dorotea y otras historias italianas*, cuando casi se cumplían dos años de su muerte. Esta colección contiene cinco cuentos, “Dorotea”, “Un niño trasplantado”, “Un experimento florentino”, “Una camarera” y “En el castillo de Corinne”. De nuevo todas estas historias tratan de norteamericanos en Europa y todos los cuentos están situados en Italia excepto “En el castillo de Corinne” (1887). “Un experimento florentino” (1880) es el resultado de su experiencia de su vida en Florencia en la primavera de 1880; apareció publicado en noviembre de 1880. Según Woolson el cuento “es más un boceto de “sociedad” que cualquiera de los otros” (Benedict 2: 192) y gira en torno a la experiencia de dos jóvenes americanos residentes en Florencia, Margaret Stowe y Trafford Morgan según “experimentan” el

amor; la historia y el arte de Florencia sirven para dramatizar los sucesos y para destacar las emociones de los protagonistas. Margaret, sobrina pero no heredera de una rica tía conoce a Morgan después que se haya declarado a Beatriz, la mejor amiga de Margaret. Sin saber entonces que Margaret conoce sus sentimientos hacia Beatriz, Trafford cree que se ha enamorado de él, aunque Margaret le dice que ha estado “experimentando” con él para ver si puede olvidar a un antiguo amante. Tras una separación de un año, Morgan le pide a Margaret que coopere con él en un experimento para olvidar a su antigua amada. Más tarde, tras otro intervalo, los dos se juntan para un tercer experimento planteado esta vez por la tía de Margaret, y en el Duomo se casan. Buena parte del trasfondo florentino y de las conversaciones sobre arte entre Margaret y Morgan están basados en las visitas de Woolson a museos y galerías de arte de Florencia en compañía de James. Margaret es una joven idealista, ávida de aprender y analizar minuciosamente el arte y Trafford, frío y distante, se siente atraído por sus encantos. Woolson comentó a propósito del carácter de Trafford en una carta “Creo que hombres como Trafford generalmente son *engreídos*, pero eso no es lo peor; lo peor es que generalmente también son tan encantadores en otros aspectos que una tiene que aceptar su vanidad para llegar al resto. Como hizo Margaret” (Benedict 2: 199).

“En el castillo de Corinne” se sitúa en Suiza en las orillas del Lago Lemán, en la propiedad de Jacques Necker y el castillo de Corinne en Coppet. El cuento gira en torno a Katherine Winthrop, una rica y joven viuda, y John Ford, un americano que recuerda con su aplomo y frialdad a Trafford. Katherine es admirada por su belleza y su talento literario, es una “una muy completa mujer del mundo” (Woolson, 1896: 237). Admira a Madame de Stäel y visita su castillo con frecuencia. Como ella, cree vivir en el exilio, disfrutando de su vida alejada de su hogar, y siente afinidad hacia la escritora francesa. En Villa Miolans viven también sus invitadas Sylvia Pitcher, tía de John Ford, y la prima de ésta. Más tarde llegan dos invitados más, John Ford y el poeta Lorimer Percival. Ford habla en un tono paternalista y de superioridad con Katherine de las “mujeres literarias” (Woolson, 1896: 235), y tras burlarse de Madame de

Stael, definirla como egoísta, explica lo que entiende por una mujer de talento “¿Y qué es el término mismo sino un estigma? Ninguna mujer es tan anunciada por la gran lengua descarada del público a menos que haya desechado su derecho de aislamiento femenino a cambio del miserable desastre que es ese revoltijo llamado ‘fama’” (Woolson, 1896: 238). La opinión de Ford sobre el libro poemas que ha escrito Katherine es, desde luego, tajante: “...no esperamos grandes poemas de mujeres como tampoco esperamos grandes cuadros; no esperamos una lógica convincente más de lo que esperamos un músculo fornido. La poesía de una mujer es subjetiva” (Woolson, 1896: 238); el libro es demasiado ambicioso y, “... lo que no se puede perdonar es cierto tipo de atrevimiento, un pecado imperdonable esencial...porque una mujer no debe atreverse de esa manera. Pensando en volar, ella invariablemente desciende” (Woolson, 1896: 238), con lo que definitivamente acaba para siempre con sus aspiraciones literarias. Meses después Ford se entera que de esta ha perdido prácticamente toda su fortuna y le propone matrimonio que acepta, aunque no parece amarle. Ford triunfa desde el momento mismo que rechaza la idea de genialidad como atributo de la mujer creadora, y hace que matrimonio y arte sean incompatibles. Lleva a Katherine a una vida convencional en su país y termina destinando a Madame de Stäel y su influencia al pasado “Aquí está para todas ustedes, encantadoras damas desaparecidas del pasado... que cada una de ustedes tenga todos los honores en la era pintoresca, empolvada e iletrada a la que pertenecen, y nunca, de ninguna manera, pasen a la nuestra” (Woolson, 1896: 250).

Poco antes de morir, Woolson dejó escrito unas reflexiones personales que resumen bien su ambición como escritora “Me gustaría convertirme en un pico cuando muera; ser una hermosa montaña púrpura, que complaciera a los ojos cansados y tristes de miles de seres humanos durante siglos... George Eliot escribió “¿puedo unirme al Coro Invisible”... yo prefiero unirme a las montañas y ser un objeto de belleza y no tener nada que ver con la eterna pena y desesperación de los pobres seres humanos...” (Benedict 2, 411). Eliminada del panorama literario durante años, la obra de Constance Fenimore Woolson, puede que no llegue a la cima como Henry James o su admirada

George Eliot, pero merece ser mejor conocida no solo por la complejidad y seriedad de su propósito, por sus afinadas observaciones de las personas y su entorno, sino también porque ofrece un amplio abanico de voces y perspectivas que sin duda contribuyen al enriquecimiento de la literatura.

#### 4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benedict, C. (1929-1930). *Five Generations: 1785-1923*, Londres: Ellis.
1. *Voices Out of the Past*
  2. *Constance Fenimore Woolson*
  3. *The Benedicts Abroad*
- Berthold, D. (2001). "Miss Martha and Ms. Woolson: Persons in the Travel Sketches". En V. Brehm (Ed.), *Constance Fenimore Woolson's Nineteenth Century: Essays* (111-118). Detroit: Wayne State University Press.
- Boyd, A. E. (1988). "What! Has she got into the 'Atlantic'?: Women Writers, *The Atlantic Monthly*, and the Formation of the American Canon". *American Studies*, 39 (3) 5-36.
- . (2001). "Anticipating James, Anticipating Grief: Constance Fenimore Woolson's 'Miss Grief'". En V. Brehm (Ed.), *Constance Fenimore Woolson's Nineteenth Century: Essays*. (191-206). Detroit: Wayne State University Press.
- . (2004). *Writing for Immortality: Women and the Emergence of High Literary Culture in America*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- . (2011). "Tourism, Imperialism, and Hybridity in the Reconstruction South: Constance Fenimore Woolson's *Rodman the Keeper: Southern Sketches*", en K. Diffley (Ed.), *Witness to Reconstruction: Constance Fenimore Woolson and the Postbellum South, 1873-1894*, (56-72). Jackson: University Press of Mississippi.
- Brehm, V. (1992). "Island Fortresses: The Landscape of the Imagination in the Great Lakes Fiction of Constance Fenimore Woolson". En C. B. Torsney (Ed.), *Critical Essays on Constance Fenimore Woolson* (172-186). Nueva York: G K Hall.
- . (2001). "Castle Somewhere: Constance Fenimore Woolson's Reconstructed Great Lakes" en V. Brehm (Ed.), *Constance Fenimore Woolson's Nineteenth Century: Essays*, (99-110). Detroit: Wayne State University Press.
- . (2001). *Constance Fenimore Woolson's Nineteenth Century: Essays*. Detroit: Wayne State University Press.

- Brehm, V. & Dean, S. L. (2004). *Constance Fenimore Woolson: Selected Stories & Travel Narratives*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- . Brooks, V. W. (1947). *The Times of Melville and Whitman*, Nueva York: Dutton.
- . (1958). *The Dream of Arcadia: American Writers and Artists in Italy, 1760-1915*, Nueva York: Dutton.
- Buonomo, L. (1998). "The Other Face of History in Constance Fenimore Woolson's Southern Stories". *Canadian Review of American Studies* 28 (3) 15-29.
- Caccavari, P. (1998). "Exile, Depatriation, and Constance Fenimore Woolson's Traveling Regionalism". En S. L. Roberson (Ed.), *Women, America, and Movement: Narratives of Relocation* (19-37). Columbia: University of Missouri Press.
- Comment, K.M. (2001). "Lesbian 'Impossibilities' of Miss Grief's 'Armour'". En V. Brehm (Ed.) *Constance Fenimore Woolson's Nineteenth Century: Essays*. (207-223). Detroit: Wayne State University Press.
- Coulson, V. (2005). "Teacups and Love Letters: Constance Fenimore Woolson and Henry James". *Henry James Review* 26 (1) 82-98.
- Dean, S. (1980). "Constance Fenimore Woolson and Henry James: The Literary Relationship". *Massachusetts Studies in English* 7 (3) 1-9.
- (1986). "Constance Woolson's Southern Sketches". *Southern Studies: An Interdisciplinary Journal of the South* 25 (3): 274-83.
- . (1989). "Homeward Bound: The Novels of Constance Fenimore Woolson". *Legacy: A Journal of American Women Writers* 6 (2) 17-28.
- . (1995). *Constance Fenimore Woolson: Homeward Bound*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- . (2002). *Constance Fenimore Woolson and Edith Wharton: Perspectives on Landscape and Art*. Knoxville: University of Tennessee Press.
- Diffley, K. (2001) "'Clean Forgotten': Woolson's Great Lakes Illustrated". En V. Brehm (Ed.) *Constance Fenimore Woolson's Nineteenth Century: Essays*. (119-39). Detroit: Wayne State University Press.

- . (Ed.). (2011). *Witness to Reconstruction Constance Fenimore Woolson and the Postbellum South, 1873–1894*. Jackson: University Press of Mississippi.
- Edel, L. (1962). *Henry James: The Middle Years, 1882-1895*, Nueva York, Lippincott.
- Gebhard, C. (1992). “Constance Fenimore Woolson Requites Bret Harte: The Sexual Politics of Intertextuality”. En C.B. Torsney (Ed.) *Critical Essays on Constance Fenimore Woolson*, (294-303), Nueva York: Macmillan.
- Gordon, L. (1999). *A private life of Henry James. Two women and his art*. Nueva York: W.W. Norton.
- Healey, C. (2012). “The Antiquary and Literary Criticism in the Short Stories of Constance Fenimore Woolson”. *Legacy*, 29, (2), 222–239.
- Helmick, Evelyn T. (1978). “Constance Fenimore Woolson: First Novelist of Florida”. En C.L. Brown, & Olson, K. (Eds.), *Feminist Criticism: Essays on Theory, Poetry and Prose*. (233-243). Metuchen: Scarecrow Press.
- Howells, W. D. (1875). “Recent Literature”. En C.B. Torsney (Ed.) (17-18). *Critical Essays on Constance Fenimore Woolson. Critical Essays on American Literature*. Nueva York: Macmillan.
- Hubbell, J. B. (1954). *The South in American Literature, 1607-1900*, Durham: Duke University Press, 1954.
- . (1941). “Some New Letters of Constance Fenimore Woolson” *New England Quarterly: A Historical Review of New England Life and Letters* 14 (4) 715-735.
- James, H. (1879). *Hawthorne*. Ithaca: Cornell University.
- . (1894) “Miss Woolson”, En H. James *Partial Portraits*, (177-192). London: Macmillan.
- Kennedy-Nolle, S. (2001). “‘We Are Most of Us Dead Down Here’: Constance Fenimore Woolson’s Travel Writing and the Reconstruction of Florida” En V. Brehm (Ed.) *Constance Fenimore Woolson’s Nineteenth Century: Essays* (141-159). Detroit: Wayne State University Press.
- Kennedy-Nolle, S. “‘We Are Most of Us Dead Down Here’: Constance Fenimore Woolson’s Travel Writing and the Reconstruction of Florida” En V. Brehm (Ed.), *Constance Fenimore Woolson’s Nineteenth Century: Essays* (121-159). Detroit: Wayne State University Press.

- Kern, J. D. (1934). *Constance Fenimore Woolson: Literary Pioneer*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Kitterman, M. P. E. (1986) "Henry James and the Artist-Heroine in the Tales of Constance Fenimore Woolson". En R. B. Nathan (Ed.) *Nineteenth-Century Women Writers of the English-Speaking World* (45-59). Westport: Greenwood Press.
- Marchalonis, S. (1988). *Patrons and Protégées: Gender, Friendship, and Writing in Nineteenth-Century America*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Moore, R. S. (1963). *Constance Fenimore Woolson*. Nueva York: Twayne.
- . (1967). "Introduction". En R. S. Moore (Ed.) *For the Major and Selected Short Stories* (7-22). New Haven: College & University Press.
- . (1976). "The Strange Irregular Rhythm of Life: James's Late Tales and Constance Woolson". *South Atlantic Bulletin*, 41(4), 86-93.
- Myerson, J. (2002). *Selected Letters of Nathaniel Hawthorne*. Columbus: Ohio State University Press.
- Pattee, F. L. (1923). *The development of the American short story*. Nueva Yorker: Harper & Brothers.
- . (1939). "Constance Fenimore Woolson and the South". *South Atlantic Quarterly* 38, 130-41.
- Phelps, E. S. (1867). "What Shall They Do?" *Harper's New Monthly Magazine* 35, 519-523.
- Richardson, L. N. (1940). "Constance Fenimore Woolson, 'Novelist Laureate' of America". En C. B. Torsney (Ed.) *Critical Essays on Constance Fenimore Woolson* (99-104), Nueva York: Macmillan.
- Rioux, A. B. (2016). *Constance Fenimore Woolson: Portrait of a Lady Novelist*, Nueva York: W. W. Norton.
- . (2016). "Introduction", en A. Rioux (Ed.) *Miss Grief and Other Stories* (9-23). Nueva York: W.W. Norton.
- Rowe, A. E. (1978). *The Enchanted Country: Northern Writers in the South 1865-1910*, Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Salenius, S. (2009). "Dreams and Shadows: Constance Fenimore Woolson's Italy" En S. Salenius (Ed.) *American Authors Reinventing Italy: The Writings of Exceptional Nineteenth-century Women*, (53-69). Florencia: Il Prato.



- Shapiro, H. D. (1978). *Appalachian on our mind: the Southern mountains and mountaineers in the American consciousness, 1870-1920*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Schriber, M. S. (1997). *Writing Home: American Women Abroad, 1830-1920*. Charlottesville: University Press of Virginia.
- Showalter, E. (2009). *A jury of her peers: American women writers from Anne Bradstreet to Annie Proulx*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Torsney, C. B. (1987) "“Miss Grief” by Constance Fenimore Woolson” *Legacy: A Journal of American Women Writers* 4 (1), 11-25.
- . (1989). *Constance Fenimore Woolson: The Grief of Artistry*. Atenas: University of Georgia Press.
- . (1992). *Critical Essays on Constance Fenimore Woolson*. Nueva York: Macmillan.
- . (1992). "The Traditions of Gender: Constance Fenimore Woolson and Henry James" en C.B. Torsney (Ed.), *Critical Essays on Constance Fenimore Woolson* (152-171). Nueva York: Macmillan.
- Vickers, J. F. (1990). "Woolson's Response to James: The Vindication of the American Heroine" *Women's Studies: An Interdisciplinary Journal* 18 (2-3), 287-294.
- Weekes, Karen. (2000) "Northern Bias in Constance Fenimore Woolson's *Rodman the Keeper: Southern Sketches*". *Southern Literary Journal* 32 (2), 102-115.
- Weimer, J. M. (1986) "Women Artists as Exiles in the Fiction of Constance Fenimore Woolson" *Legacy: A Journal of American Women Writers* 3(2), 3-15.
- . (1988). "Introduction" En V. Weimer (Ed.) *Women artists, women exiles: "Miss Grief" and other stories*. (ix-xlvi). New Brunswick: Rutgers University Press.
- . (1992) "The 'Admiring Aunt' and the 'Proud Salmon of the Pond': Constance Fenimore Woolson's Struggle with Henry James". En C. B. Torsney (Ed.), *Critical Essays on Constance F. Woolson* (203-216). Nueva York: Macmillan.
- Weir, S. B. (1992). "Southern Womanhood in the Novels of Constance Fenimore Woolson" En C. B. Torsney (Ed.), *Critical Essays on Constance F. Woolson* (140-147). Nueva York: Macmillan.

- White, R.L. (1992). Cultural Ambivalence in Constance Fenimore Woolson's Italian Tales". En C. B. Torsney (Ed.), *Critical Essays on Constance F. Woolson* (132-138). Nueva York: Macmillan.
- Wood, A. D. (1972). "The Literature of Impoverishment: The Women Local Colorists in America 1865-1914", *Women's Studies* 1, 2-40.
- Woolson, C. F. (1870). "The Happy Valley". *Harper's New Monthly Magazine*, 41, 282-285.
- . (1870). "Fairy Island". *Putnam's Magazine*, 6, 62-69.
- . (1871). "The Haunted Lake". *Harper's New Monthly Magazine*, 44, 20-30.
- . (1872). "In Search of the Picturesque". *Harper's New Monthly Magazine*, 45, 161-168.
- . (1872). "Round by Propeller". *Harper's New Monthly Magazine*, 45, 518-533.
- . (1873). "Mackinac Island". *Appletons' Journal*, 9, 321-322.
- . (1873). *The Old Stone House*. Boston: D. Lothrop & Co.
- . (1874, 1875). "The Ancient City". *Harper's New Monthly Magazine*, 50, 1-25 (Part I); 50 165-185 (Part II).
- . (1876). *Castle Nowhere. Lake-Country Sketches*. Nueva York: Harper & Brothers.
- . (1880). *Rodman the Keeper: Southern Sketches*. Nueva York: Harper & Brothers.
- . (1895). *The Front Yard and Other Italian Tales*. Nueva York: Harper & Brothers.
- . (1896). *Dorothy and other Italian Stories*. Nueva York: Harper & Brothers.

**II**

**CUENTOS ESCOGIDOS  
DE CONSTANCE FENIMORE WOOLSON**



## LAS MARISMAS DE STA. CLARA

En septiembre de 1855 vi por primera vez las Marismas de Sta. Clara. Gracias a la decisión de Raymond, paramos allí.

- ¿Por qué seguir? - preguntó-. ¿Por qué cruzar otro largo y escabroso lago cuando aquí tenemos todo lo que queremos?

- Pero nunca nadie se para aquí - dije.

- Mejor aún; lo tendremos para nosotros solos.

- Pero al menos deberíamos tener un techo sobre la cabeza.

- Supongo que podremos encontrar uno.

El capitán del buque de vapor, no obstante, no sabía de ningún techo, salvo el que cubría un pequeño faro construido sobre unos maderos, por el que pasaría el barco dentro de media hora; decidimos bajarnos allí y entregarnos a la caridad del farero. Mientras tanto, nos sentamos en la proa con el capitán Kidd<sup>39</sup>, nuestro compañero de cuatro patas, que nos había acompañado a menudo en nuestras expediciones de caza, pero nunca antes tan hacia el oeste. El lago Erie<sup>40</sup> había estado agitado, muy agitado. Nosotros, que habíamos surcado el océano con serenidad, nos vimos sacudidos de la forma más cruel por las olas breves y cortantes de este mar de agua dulce; nosotros,

---

<sup>39</sup> El perro tiene el nombre del famoso capitán William Kidd (1645-1701), un marino escocés capturado en Boston y enviado a Inglaterra, donde fue ejecutado por asesinato y piratería.

<sup>40</sup> El lago Erie es el cuarto lago de los cinco Grandes Lagos de agua dulce de Norteamérica interconectados entre Canadá y Estados Unidos; los otros cuatro son Superior, Hurón, Michigan, y Ontario. El lago San Clair (o St. Clair), que se encuentra entre los lagos Huron y Erie, no se considera uno de los grandes lagos. Limita al norte con la provincia canadiense de Ontario, al sur con los estados estadounidenses de Ohio, Pennsylvania y Nueva York, y al oeste con el estado de Michigan. El río St. Clair une el lago Huron y el lago St Clair, situado entre el lago Huron y Erie, no forma parte de los cinco Grandes Lagos.

que éramos los únicos de la tripulación que habíamos tomado cuatro platos y postre todos los días en la embarcación de vapor trasatlántica, vimos cómo aquí nuestra dieta se reducía a un deprimente arenque y galletas marineras<sup>41</sup>. El capitán Kidd, también, había sufrido en silencio; ni siquiera ahora podía encontrar consuelo, pero probaba todos los tablones de la cubierta, uno tras otro, dando vueltas y vueltas persiguiéndose el rabo, una moda perruna, antes de tumbarse, y apenas se había tumbado, se levantaba otra vez para pasear con melancolía por la cubierta, escogía otros tablones, daba vueltas y volvía a fracasar. Navegábamos a través de un pequeño lago cuyas suaves aguas eran como petróleo verde claro; según nos aproximábamos a la salida, las verdes y bajas orillas se curvaban hacia el interior y se juntaban, y la embarcación de vapor entró en un río estrecho y verde.

- Ya estamos - dijo Raymond-. Pronto podremos desembarcar.

- Pero no veo tierra - respondí.

- ¿Qué es aquello entonces? - preguntó mi compañero miope, apuntando hacia lo que parecía la costa.

- Juncos.

- ¿Y hasta dónde llegan?

- A ningún sitio.

- Pero debe haber tierra firme más allá.

- Nada excepto juncos, lirios, nenúfares, hierba y agua, por lo que veo.

- ¿Un marjal?

- Sí, un marjal.

La palabra “marjal” no traía una imagen hermosa a la cabeza y, sin embargo, la realidad era lo más hermoso que he visto en mi vida, una tierra encantada cuyo recuerdo me persigue como una idea que todavía no se ha plasmado; como una melodía no entonada, como un dibujo no trazado que persiguen al artista y no se desvanecen. A cada uno de los lados y al frente, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía la tierra baja y verde que aún no era tierra, atravesada por cientos de canales, anchos y

---

<sup>41</sup> Era un tipo de galleta cocida y secada, sin sal, que se utilizaba como provisión para los largos recorridos.

estrechos, cuyas aguas eran tan verdes como sus orillas. Dentro y fuera, uniéndose por momentos, separándose después, los numerosos canales fluían con una corriente ondulada; zigzagueaban según avanzaban, parecía que nunca se rezagaban, pero, como si supieran a dónde iban y lo que tenían que hacer, encontraban un momento para dar un apacible rodeo y visitar los hogares aislados de sus compañeros los lirios, que, pobres desdichados, habían de permanecer siempre en casa. Estas corrientes eran tan transparentes como el cristal y tan verdes como las cañas que bordeaban sus minúsculas orillas. Los enhiestos juncos, cual compañía de mercenarios, se adentraban audaces aquí y allá en las profundidades, intentando conquistar más territorio para las cañas, pero las corrientes eran difíciles de conquistar; desmontaban a los mercenarios y discurrían sobre sus cabezas sumergidas; los abatían con el ataque de las ondas; les rompían la espalda de un modo tan eficaz que ni al más osado le quedaba moral, de modo que se dejaban llevar, lacios y mustios. Y si por casualidad las lanzas lograban extender sus fuerzas de una pequeña orilla a otra, entonces las corrientes invictas se abrían camino entre las apretadas filas del enemigo y discurrían más dichosas que nunca, abandonando las desesperadas cañas en la ribera; pues necesitaban tierra firme para sus delicados pies, estas gráciles damas ataviadas de verde.

Se podría denominar marjal; pero no había agua fangosa, oscura ni limosa, tampoco verdín estancado; no había lirios amarillos ni exuberantes; tampoco ranas glotonas ni inmundas tortugas de pantano. Las cristalinas aguas de los canales discurrían por arenas doradas y se precipitaban entre los tiesos juncos con tanta velocidad que solamente en la bahía o allí donde gozaban de la protección de un punto en forma de medialuna podían los blancos, albos lirios flotar en la tranquilidad que requiere su serena belleza. Los juncos, que blandían con orgullo sus espadas, eran ordenancistas hasta la médula, y se mantenían tan limpios bajo el agua como en la superficie, sin una mota de lodo en sus uniformes de un verde brillante. En lo que respecta a los habitantes, había pececillos vagando de un lado a otro en las mareas claras, atentos a las garzas, de patas débiles, pero de aspecto sabio y venerable, que

se situaban en los promontorios meditando, aparentemente, sobre los secretos de la edad.

La ruta de la embarcación de vapor era una curva constante; a través de los amplios canales del archipiélago serpenteaba como si estuviera siguiendo la pista de un laberinto. Por momentos se iba dirigiendo hacia todos los puntos de la brújula, encontraba un canal donde, a juicio de nuestros ojos no iniciados, no había ninguno, giraba sobre su propio curso, principalmente iba de costado, se revolcaba y volvía hacia atrás, como una ballena atrapada en un bajío. Aquí, sin salida al mar, se decantaba por lo que parecía el canal más estrecho de todos y se precipitaba a través de él temerariamente, con los juncos casi rozándole los lados; ahí se deslizaba con cautela sobre una amplia superficie de agua, sus ruedas de paletas apenas daban vueltas, por su extrema precaución. Los árboles jóvenes, con sus cabezas de follaje y las ramas adornadas con un furor tremolante, servían de postes que mostraban el camino a través de desfiladeros acuosos, y había otros muchos jeroglíficos legibles solamente para el piloto. “Esta vez seguro que llegamos a tierra”, pensábamos una y otra vez, conforme la embarcación de vapor se deslizaba, avanzaba hacia un islote; pero al final siempre había un giro repentino hacia un estrecho oculto, como un pasaje secreto en la muralla de un castillo, y de nuevo nos encontrábamos en otro pequeño lago que iba en la dirección opuesta. En una ocasión nos encontramos con otra nave de vapor, y los dos grandes cascos flotaron suavemente uno al lado del otro, con los motores detenidos, tan cerca que los pasajeros de uno podrían haber estrechado las manos de los del otro si hubieran querido. No es que no quisieran, sin embargo; ni mucho menos. Se reunieron en sus respectivas cubiertas y se observaron unos a otros con gravedad; no se esbozó una sonrisa, ni se pronunció una palabra, ni se produjo el menor atisbo de saludo. No era orgullo, tampoco sospecha; era la apatía universal del viajero estadounidense falto de ocupación, como el Otelo<sup>42</sup> sin su oficio. ¿Qué hace un hombre como él en una nave de vapor? Por lo general, nada. En efecto, jamás habría pensado

---

<sup>42</sup> “Otelo”, obra teatral de William Shakespeare (1564-1616); Otelo fue distraído de sus obligaciones militares en Chipre por su amor a Desdémona.



en una sandez tan falta de seriedad como una sonrisa o una inclinación rápida.

Pero los barcos eran, *par excellence*, embarcaciones embrujadas, el Holandés Errante<sup>43</sup> de las Marismas. Un bergantín con velas altas y espigadas, que se dirigía al sur, se vislumbraba desde nuestra embarcación de vapor, en dirección al norte, nos arrimamos a la orilla para dejarle paso; cinco minutos después las velas espigadas que habíamos dejado atrás volvieron a virar delante de nosotros; otros cinco minutos, y ya se alejaban por la derecha; después, otra vez estaban cerca de nuestra izquierda. Durante media hora estas velas dieron vueltas a nuestro alrededor y, sin embargo, avanzábamos todo el rato a un ritmo constante; parecía cosa de brujas. Otra vez, para las numerosas goletas navegar por tierra no tenía importancia; las vimos por todas partes deslizándose ante el viento o azotándole sobre los prados con la misma facilidad que sobre el agua; surcar la hierba era una mera nimiedad para estos enérgicos navíos. Todo esto lo vimos, como dije antes, aparentemente. Este adverbio encierra la magia de las Marismas de Sta. Clara.

- Es hermoso, hermoso - dije, mirando a lo lejos de la explanada de un vívido color verde.

- ¿Hermoso? - repitió el capitán, que apenas había podido dirigir la embarcación de vapor al entrar en el laberinto -. ¡No le veo nada de bonito! ¡Timón a babor! ¡A babor!

- Ya está, señor - se oyó desde la timonera-. Estas Marismas nos están causando más problemas que cualquier otro sitio de los lagos; las embarcaciones se están encallando todo el rato y bloqueando el camino, que en el mejor de los casos ya es lo suficientemente estrecho. Se dice que el Tío Sam<sup>44</sup> está abriendo un canal, un canal recto; pero va muy despacio, el Tío Sam abandonará las aguas, y me temo que yo también, antes de acabar el trabajo.

---

<sup>43</sup> El Holandés Errante fue un legendario buque fantasma forzado a navegar permanentemente y a no arribar a puerto nunca; en la ópera de Richard Wagner, "El holandés errante" (1843), un capitán de barco es condenado a navegar para siempre por los océanos del mundo hasta que encuentre a una mujer que le sea eternamente fiel.

<sup>44</sup> La personificación nacional de los Estados Unidos de América.

- ¡Un canal recto! - repetí, pensando, con consternación, en un horrible dique utilitario invadiendo esta bella y tortuosa inmensidad verde.

- Sí, como ves, sería un ahorro - repuso el capitán-. Podríamos recorrerlo rápidamente, de día o de noche; mientras que ahora, tenemos que girar y torcer y ver cada centímetro de este eterno marjal.

Esa era la opinión del capitán. Pero nosotros, aun sin ser románticos ni gozar de dotes artísticas, nos sentíamos cautivados por este “eterno marjal” y ansiábamos penetrar aún más en su verde espesura.

- Supongo que hay otras familias que viven aquí, además de la familia del faro - dije.

- Nunca he oído hablar de ninguna. De ser así, vivirían en balsas.

- Pero tiene que haber tierra firme.

- No creas; no es nada más que una gran boscosidad de millas y millas. ¡Mantenga el rumbo! ¡Manténgalo!

- Muy bien - dijo Raymond -. Que así sea. Si solo está el faro, desembarcaremos en el faro y correremos el riesgo.

- Sois agrimensores, imagino - dijo el capitán.

Los agrimensores eran los pioneros de la región del lago, a los que la gente consideraba un grupo de monomaniacos inofensivos que se dedicaban a construir pequeños observatorios a lo largo de la orilla, desde donde no hay nada que observar; afables locos cuyos antojos e instrumentos eran igual de singulares. Como agrimensores, por lo tanto, al capitán no le sorprendió nuestra decisión de desembarcar en el faro; si hubiéramos propuesto con desatino ir hacia la orilla sobre un tablón en mitad del lago Hurón, no se habría opuesto.

Por fin se veía el faro, un pequeño fortín sustentado por maderos, con una escalera para acceder; como de costumbre en las casas de pequeñas dimensiones, parecía que se dedicaba mucho tiempo a lavar, pues una grulla se balanceaba de un lado a otro de la cuerda, que se extendía sobre el agua, y estaba cubierta por ondulantes prendas que se habían colgado para que se secasen. La nave de vapor atracó, lanzamos nuestro bote de remos, distribuimos las trampas, el capitán Kidd ocupó su lugar en la proa y nos adentramos en los bajíos; después, las grandes

ruedas de paletas se pusieron en marcha y la nave de vapor zarpó, nos dejó a popa, meciéndonos sobre sus olas, mientras los pasajeros nos contemplaban lánguidamente hasta que un giro hizo que los perdiéramos de vista. Entretanto, numerosos niños de pelo dorado habían aparecido en las ventanitas del faro, demasiados, de hecho, para nuestras esperanzas de comodidad.

- Diez - dijo Raymond contando las cabezas.

Los diez, movidos por la curiosidad según nos acercábamos, se asomaban tanto a las ventanas que solo se apoyaban en los tobillos.

- No podemos salvarlos a todos - comenté, mirando hacia los observadores colgantes.

- Oh, son anfibios - dijo Raymond - palmípedos, supongo.

Pasamos remando bajo el fuerte y pedimos parlamentar con el guardián de la siguiente manera:

- ¿Está tu padre aquí?

- No, pero mamá sí - respondieron en coro - ¡Mamá! ¡Mamá!

Mamá apareció, una mujer corpulenta que conversó con nosotros desde lo alto de la escalera. El alfa y omega del diálogo se resume en que no tenía espacio para nosotros y nos recomendó buscar a Liakim para que nos mostrara el camino hacia Samuel el esperador.

- ¿Samuel el esperador? - repetimos.

- Sí; es un hombre un tanto chiflado que vive allá en las Marismas. Pero no tiene maldad y su mujer es una ama de casa muy ordenada. Son agrimensores, supongo.

Aceptamos la acusación con tal de evitar un sinnúmero de preguntas y nos interesamos por el paradero de Liakim.

- Oh, está a la vuelta de la esquina, en algún lugar de por ahí, pescando.

Seguimos remando y nos encontramos con un hombrecillo de hombros redondeados en una barca de fondo plano que no había pescado ni un pez y parecía que jamás lo había hecho. Le explicamos nuestro recado.

- ¿Les dijo Rosabel Lee que me buscaran? - preguntó.

- Nos lo dijo la mujer del faro - contesté.

- Es Rosabel Lee, es mi esposa; yo soy Liakim Lee - dijo el hombrecillo, recogiendo sus viejas y tristes cañas y el equipo de pesca, y levando el ancla.

- “En el reino bajo el mar<sup>45</sup> vivía la bella Annabel Lee” - cité yo, *sotto voce*<sup>46</sup>.

- ¡Y qué pies tan extraordinarios tenía! - añadió Raymond, improvisando con la inspiración que le causaban ciertos zapatos, de forma similar a una gabarra, de una largura y una anchura gigantescas, que habían aparecido en lo alto de la escalera.

Tras un tiempo, el viejo y desvencijado barco se puso en marcha y le seguimos, giramos a la derecha a través de una red de canales, arrastrándonos por los juncos, remando sobre una balsa de nenúfares, impulsándonos a través de un laberinto serpenteante y remando con golpecitos a través de un pequeño lago. El sol se estaba poniendo y en occidente el cielo brillaba con su llegada; no había nubes que formaran cumbres montañosas en el horizonte, nada excepto la tierra que se encontraba con el cielo curvado, de una forma tan horizontal y clara que parecía que pudiéramos ir y tocarlo con nuestras propias manos. Habíamos perdido de vista el pequeño faro; después, uno a uno los barcos distantes se iban hundiendo y desaparecían, y nos quedamos solos en el mar herboso, remando hacia la puesta de sol.

- Debemos de haber avanzado una o dos millas y no hay ni rastro de una casa - le grité a nuestro guía.

- Bueno, yo no finjo que sé a cuánta distancia está exactamente - respondió Liakim-, no sabemos cuán lejos están aquí las cosas en las Maristas, no lo sabemos.

- Pero ¿está seguro de que conoce el camino?

- ¡Por Dios! ¡Sí! Estamos cerca del voila. ¡Ahí está!

El “voila” era una boya, un fragmento de tabla pintado de blanco, una pieza de ebanistería de algún barco de vapor hundido.

- Ahora - dijo Liakim haciendo una pausa-, han de ir todo recto por este canal hasta que lleguen al noveno camino desde este voila, a la derecha; toman ese, y los llevará a su derecha a la puerta de Samuel el esperador.

---

<sup>45</sup> Verso ligeramente cambiado del célebre poema “Annabel Lee” (1849) de Edgar Allan Poe (1809-1849), donde dos amantes vivían “En un reino junto al mar” pero son separados por la familia de Annabel Lee, provocando su muerte.

<sup>46</sup> En voz baja.

- ¿No nos acompaña?

- No. Primero, porque Rosabel Lee me estará esperando para cenar y no le gusta esperar; y, además, Samuel no soporta vernos a ninguno de nosotros en su parte de las Marismas.

- Pero... - comencé a decir.

- Déjale que se vaya - intervino Raymond-. Podemos encontrar la casa sin problemas - y le lanzó un dólar de plata al hombrecillo, que ya estaba girando su barco.

- Gracias - dijo Liakim-, asegúrense de tomar el noveno camino y no otro, el noveno camino desde este voila. Si se equivocan, se distanciarán millas.

Con esta afirmación tan alentadora, empezó a alejarse remando. No me gustaba la idea de quedarnos sin guía en esta líquida inmensidad; el nombre de nuestro mítico anfitrión tampoco trajo consigo la certeza de cena ni de camas.

- Samuel el esperador- repetí dudoso-. ¿A qué espera? - pregunté por encima del hombro; pues Raymond estaba remando.

- ¡El Día del Juicio Final! - contestó Liakim, en tono estridente. Los dos barcos estaban muy separados; otro giro y estábamos solos.

Seguimos deslizándonos, contando los caminos a nuestra derecha: algunos eran anchos, ríos prometedores; otros eran pequeños riachuelos; el octavo estaba muy lejos y, cuando lo hubimos pasado, apenas podíamos decidir si habíamos llegado o no al noveno, puesto que la entrada era diminuta de tan atascada como estaba por las hierbas, apenas se atisbaba un destello de agua más allá cuando nos incorporamos para inspeccionarlo.

- Efectivamente es el noveno, y voto por seguirlo. Nos servirá igual que cualquier otro y yo, por una vez, no tengo prisa por llegar a ningún sitio - dijo Raymond, empujando el barco a través de los juncos.

- ¿Quieres perderte en esta inmensidad? - le pregunté, utilizando mi pañuelo a modo de bandera para señalar el punto en el que habíamos abandonado la corriente principal.

- Creo que ya nos hemos perdido - respondió con tranquilidad.

Empecé a temer que fuera así. Durante una cierta distancia, el "camino", como lo había denominado Liakim, continuó

atascado de vegetación acuática, que se comportaba como una multitud de malvados peces que se aferraban a nuestros remos; después, se amplió y se fue convirtiendo paulatinamente en un canal claro, aunque tan serpenteante y errático que el resplandor del atardecer, nuestro único faro, parecía que estaba ejecutando un vals alrededor del horizonte. Más adelante, vimos un punto oscuro a la derecha y distinguimos el perfil de una casa baja.

- Ahí está - dije, manejando los remos con una fuerza renovada.

Pero el camino giró poco después en la dirección opuesta y la casa desapareció. Después de algún tiempo, emergió de nuevo, esta vez a nuestra derecha, pero una vez más el camino giró y salió disparado hacia una tangente. El sol se había puesto y el veloz crepúsculo de septiembre caía sobre nosotros; el aire, no obstante, era extraordinariamente claro, y, dado que no había absolutamente nada que pudiera hacer sombra, la oscuridad cayó por igual sobre el prado. Estaba cada vez más ansioso cuando apareció una tercera casa, pero el testarudo camino pasó de largo, aunque tan cerca que pudimos distinguir las ventanas y la puerta abiertas.

- ¿Por qué no nos salimos y lo vadeamos? - sugerí.

- Según Liakim, es el cometido de este camino el llevarnos hasta la misma puerta de la mansión de Samuel el esperador y así será - dijo Raymond mientras seguía remando.

Así fue. Se dobló sobre sí mismo de la forma más inesperada y nos llevó a una islita donde los prados habían dejado paso a un huerto. Desembarcamos, aseguramos el barco y tomamos el sendero hacia la casa. Al anochecer parecía que era una estructura baja y cuadrada construida con tablones cubiertos de yeso; el tejado era plano, las ventanas extrañamente anchas y la puerta estaba abierta, pero no salió nadie. Llamamos. Se oyó una voz desde el interior que clamó:

- ¿Quiénes sois y qué queréis de Samuel el esperador?

- Peregrinos en busca de alimento y cobijo - respondió Raymond.

- ¿Conocéis los caminos de la rectitud?

- Podemos aprenderlos.

- ¿Os amoldaréis a las normas de este hogar sin murmullos?

- Sí.

- Entonces entrad, y que la paz sea con vosotros - dijo la voz mientras se acercaba.

Pasamos con cautela a través del oscuro pasaje a una habitación, cuyas ventanas abiertas dejaban pasar la suficiente luz crepuscular como para que pudiéramos ver una vaga figura.

- Sentaos - dijo-.

Encontramos un banco y nos sentamos.

- ¿Qué buscáis aquí? - prosiguió la sombra.

- ¡Descanso! - respondió Raymond.

- ¡Caza y pesca! - añadí.

- Encontraréis más que descanso - dijo la voz, ignorándome del todo (a menudo me ignoran de esta manera)-, más que descanso si os quedáis lo suficiente y descubris los tesoros ocultos. ¿Estáis dispuestos a buscarlos?

- ¡Claro! - dijo Raymond-. ¿Dónde tenemos que cavar?

- No hablo de cavar la tierra, joven. ¿Me concedéis vuestras almas?

- Sí, si también se hace cargo de nuestros cuerpos.

- Cena, por ejemplo - dije, tomando la voz cantante - y camas.

La sombra gruñó; después, gritó cansada:

- ¡Roxana!

- Sí, Samuel - respondió una voz, y se percibió débilmente una segunda sombra en el umbral.

- La mujer atenderá sus inquietudes terrenales - dijo Samuel el esperador-. Roxana, sácalos de aquí.

La segunda sombra se acercó y, sin mediar palabra, nos agarró de la mano y nos llevó a través del oscuro pasaje como si fuéramos dos niños, avisándonos primero de un escalón, después de un giro, luego dos escalones y finalmente abrió una puerta y nos urgió a entrar a una habitación iluminada por un fuego. La turba estaba ardiendo sobre un hogar amplio, y un hervidor silbante colgaba sobre él de una grulla; el destello rojo se reflejaba sobre una mesa rugosa, las sillas estaban acolchadas en un calicó brillante, un reloj de sonoro tictac, unos pocos platos y tazas vivamente floreados sobre una estantería, latas brillantes sobre la pared enyesada y un gato dormitando sobre un trozo de alfombra en un rincón. Esta acogedora escena doméstica, tras las amplias y sombrías Marismas, el silencio, la

oscuridad y las místicas palabras del tenebroso Samuel, parecía tan real y apacible que mi corazón se iluminó dentro de mí.

- ¡Qué fuego tan brillante! - dije-. Estos son sus dominios, supongo, señora, señora...

- Yo no soy señora; me llamo Roxana - contestó la mujer, mientras se ocupaba del hogar.

- Ah, imagino que entonces es la hermana de Samuel el esperador.

- ¡No! Soy su esposa, suficiente; nos casó el pastor hace veinte años. Pero eso fue antes de que Samuel hubiera tenido ninguna visión.

- ¿Tiene visiones?

- Sí, casi todos los días.

- ¿Usted también las tiene?

- Oh, no; yo no soy como Samuel. ¡Él tiene grandes dones, Samuel! Las visiones nos dijeron que viniéramos aquí; antes vivíamos en Maine.

- ¡Hay mucha distancia!

- ¡Sí! Y tampoco vinimos directamente. Llegábamos a un sitio y nos deteníamos allí, y cuando pensaba que íbamos a quedarnos y estábamos cómodos, entonces Samuel tenía otra visión y teníamos que empezar de nuevo. Así estuvimos vagando dos o tres años, pero al final llegamos aquí y algo en las Marismas parece que les sentó bien a los espíritus y nos permitieron quedarnos.

En este momento, a través de la puerta entreabierta, llegó una voz:

- Hay una bestia malvada en esta casa. Dejad que se vaya.

- ¿Se refiere a mí? - preguntó Raymond, que se había acomodado en una mecedora.

- No; me refiero a la bestia de cuatro patas - continuó la voz-. ¡Ven aquí, Apolión<sup>47</sup>!

---

<sup>47</sup> El destructor o ángel de las profundidades según Apocalipsis 9:11. También aparece como Abadón. En hebreo el nombre de Abadón significa "lugar de destrucción"; en griego Apolión significa "El destructor". Abadón o Apolión es usado a menudo para referirse a Satán.



Parecía que el pobre capitán Kidd sentía que él era la persona en cuestión, pues se apresuró a esconderse bajo la mesa con la cola gacha y una expresión mortificada.

- Roxana, haz que salga la bestia - dijo la voz.

La mujer dejó los platos y fue hacia la mesa; pero yo me interpose.

- Si ha de irse, yo lo llevaré - dije, incorporándome.

- Sí, tiene que irse - respondió Roxana, abriendo la puerta. Así que le ordené al reticente Capitán que saliera y le conduje a través del pasaje.

- Fuera de la casa, fuera de la casa - dijo Samuel el esperador. Sus patas no pueden pisar este suelo sagrado.

- Entonces debo llevarlo al barco. Pero ¿dónde?

- Al otro lado del canal hay un islote lo suficientemente grande para él; tendrá comida y cobijo, pero aquí es intolerable - dijo el hombre, abriendo camino hacia el barco.

Por lo tanto, se transportó al Capitán, se le construyó una tienda con algunas esterillas viejas, se le procuró comida y, para que no volviera nadando, se le ató con una cuerda larga que le permitía merodear por sus dominios y escoger entre tres caminos para beber agua. A pesar de todas estas ventajas, el desagradecido animal se empeñó en aullar lastimeramente según nos alejábamos remando. Lo que quería era compañía y no una “maravillosa islita propia”<sup>48</sup>; pero no era, por su propia naturaleza, poético.

- ¿No le gustan los perros? - dije al llegar de nuevo a la playa.

- San Pablo escribió “cuídate de los perros”<sup>49</sup> - contestó Samuel.

- Pero se refería...

- No discuto con incrédulos; tengo claro el significado, y con eso basta - dijo mi extraño anfitrión, dándose la vuelta y dejándome a mi suerte para encontrar el camino de vuelta.

---

<sup>48</sup> Woolson se refiere a la melodía irlandesa “Oh, Si tuviéramos una maravillosa islita propia” de Thomas Moore (1779-1824).

<sup>49</sup> En Filipenses 3:2, San Pablo dice “Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo”, advirtiendo así contra los que pensaban que la circuncisión era necesaria para la salvación.

Me aguardaba una deliciosa comida. Han pasado varios años, el mundo y sus exquisiteces se han ido revelando ante mí, pero el recuerdo de las comidas que ingerí en aquella cocinilla en las Marismas todavía me ronda. Aquella noche solamente fue pescado, patatas, galletas, mantequilla, fruta en compota y café, pero el pescado era fresco y estaba asado en su punto, no estaba quemado; las patatas estaban fritas pero crujientes y tiernas, no se rompían; las galletas eran ligeras, con una nata que se deshacía y tostadas por abajo; la mantequilla se había batido hacía poco, sin sal; la fruta, maravillosas peras a las que les habían quitado el corazón, pero estaban enteras en el plato, listas para derretirse, pero no derretidas; y el café era claro y fuerte, con crema amarilla y el antiguo y puro pan de azúcar que ahora ya no hay. Comimos. Este verbo no llega a expresarlo del todo; lo devoramos. Roxana nos atendía y parecía que se enardecía con nuestras alabanzas.

- Me encanta la buena cocina - admitió-. Es cuanto me queda de mi antigua vida. Voy a tierra firme a por provisiones y durante el invierno pruebo todo tipo de cosas nuevas para pasar el tiempo. Pero Samuel no come bien, nada bien; así que no me consuela. Me alegra mucho que hayáis venido y espero que os quedéis, siempre y cuando os resulte apacible.

Prometimos hacerlo, según acabamos las patatas y atacamos las fantásticas peras en gelatina.

- Pero, hay una cosa - prosiguió Roxana-. Tendréis que venir a nuestro oficio en el tejado al amanecer.

- ¿Qué oficio? - pregunté.

- La invocación. El alba es un momento sagrado, dice Samuel, y siempre lo aguardamos; “más que los centinelas la aurora”<sup>50</sup>, ya saben, así dice la Biblia. Mi nombre significa “el alba”, dice Samuel; esa es la razón por la que me lo puso. Mi nombre real, en Maine, era Maria, Maria Ann.

- Quizás no me levante a la hora - dije.

- Samuel los llamará.

- ¿Y, si, aun así, me duermo?

- No lo haga; le irritará - respondió Roxana con calma.

---

<sup>50</sup> Roxana se refiere a Salmos 130:6: “Mi alma [espera] al Señor más que los centinelas a la mañana”.

- ¿Usted cree en sus visiones, señora? - le preguntó Raymond al levantarnos de la mesa y sentarnos frente al fuego agonizante.

- Sí - repuso Roxana; el énfasis era innecesario, era evidente que creía.

- ¿Con qué frecuencia las tiene?

- Casi todos los días hay una presencia espiritual, pero no siempre se pronuncia. Vienen y mantienen largas conversaciones durante el invierno, cuando no hay nada más que hacer; es muy amable por su parte, en mi opinión; en verano Samuel puede ir a pescar y tiene el tiempo más ocupado. Aparecen pescadores en la Biblia, ya saben; es una vocación sagrada.

- ¿Va alguna vez Samuel a tierra firme?

- No, nunca sale de las Marismas. Yo me encargo de los negocios; me hago cargo del pescado y compro las provisiones. Compro todo nuestro ganado - dijo Roxana orgullosa-. Los llevo allí con una balsa, uno a uno, cuando son pequeñitos.

- ¿Dónde los apacienta?

- Aquí, en la isla; solo son unos pocos acres, desde luego; pero puedo cortar barcadas del mejor alimento a tiro de piedra. ¡Ojalá tuviéramos un poco más de tierra firme! Pero esta isla es prácticamente la única parte firme en las Marismas.

- Su mantequilla es verdaderamente deliciosa.

- Sí, la hago lo mejor que puedo. Se vende a los barcos de vapor y las embarcaciones tan pronto como la hago.

- Veo que se mantiene ocupada.

- Oh, me gusta trabajar; no podría seguir si no.

- ¿Y Samuel?

- Él no es como yo - repuso Roxana-. Tiene grandes dones, Samuel. ¡A menudo pienso cuán extraño resulta que yo sea la esposa de un hombre tan sagrado! Es muy amable conmigo, también; me habla de sus visiones, y el resto de cosas.

- ¿Qué cosas? - preguntó Raymond.

- Los espíritus y la influencia sagrada del sol; el triángulo abrasador y los mil años de júbilo. El gran día se acerca, ya saben; Samuel lo aguarda.

- Nueve de la noche. “En paz en él dormiré y descansaré, porque solamente tú, Señor, permites que mi morada sea

firme<sup>51</sup>” - salmodió una voz en el vestíbulo; el tono era grave y con melodía, y las palabras, extraordinariamente impresionantes en aquel lugar tranquilo y remoto.

- Idos - dijo Roxana, dejando inmediatamente a un lado los platos a medio fregar-. Samuel os llevará a vuestros aposentos.

- ¿Deja la labor sin terminar? - quise saber, con curiosidad, puesto que reparé en que había cruzado las manos sin siquiera colgar la rodea.

- No hacemos nada después del canto del atardecer - dijo-. Les ruego que se vayan; les está esperando.

- ¿Nos puede dar velas?

- Samuel no permite luces artificiales en su casa; como imitaciones del sol glorioso, le resultan abominables. Váyanse, se lo suplico.

Abrió la puerta y salimos al pasaje; estaba oscuro por completo, pero el hombre nos condujo a nuestros aposentos, nos mostró la ubicación de las camas por el tacto y se marchó sin decir ni una palabra. Cuando se hubo marchado, prendimos cerillas, una a una, y con la ayuda de una luz incierta, logramos llegar a nuestros respectivos montones sanos y salvos; eran camastros en el suelo, hechos de un heno fragante en lugar de paja, cubiertos con sábanas limpias y edredones hechos de retazos, y con almohadas grandes y suntuosas.

¡Oh, almohada! ¿Han elogiado tus virtudes? Fatigado o enfermo, desanimado o decaído, ¿qué reconforta tanto como una almohada? No es tu relleno tosco; ni tus colchas tiesas, ásperas y con pliegues, ni tus fundas de débil algodón; sino ¡una almohada bondadosa, generosa y suave, hábilmente enfundada de lino suave, fresco y sin adornos! En ella siempre hallarás una amiga, una amiga que no cambia, una amiga que alivia tus problemas con una suave caricia, un toque hipnótico de olvido balsámico.

Dormí sin soñar. Entonces oí una voz que llegaba hasta mí como si viniera de un mar lejano cuyas olas la acercaban más y más.

- ¡Despertad! - gritaba-. ¡Despertad! La noche casi ha acabado; el día se acerca. ¡Despertad<sup>52</sup>!

---

<sup>51</sup> El pasaje proviene del versículo de Salmos 4:8: “En paz me acostaré, y asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado”.

Me pregunté vagamente qué clase de voz podía ser, pero llegaba una y otra vez, y al final me desperté y me la encontré a mi lado. La luz gris del amanecer entraba por las ventanas abiertas y Raymond ya estaba en pie, estaba ocupado con una tina de agua y absorbentes toallas. El canto volvió a resonar en mis oídos.

- Muy bien, muy bien - dije malhumorado-. Pero si cantas<sup>53</sup> antes del desayuno, llorarás antes de la noche, Samuel el esperador.

Sin embargo, nuestro anfitrión había desaparecido sin escuchar mi frívolo discurso, y me fui levantando lentamente de mi fragante diván; la habitación estaba vacía salvo por dos otros montones, dos tinas de agua y unas cuantas toallas que colgaban de unos clavos.

- No está atestado de muebles - comenté.

- De Maine a Florida, de Massachusetts a Misuri he viajado y nunca antes me pareció suficiente el agua - dijo Raymond-. Si la espera al Día del Juicio Final despierta estas ideas tan liberales de tinas y toallas, se debería convocar aquí a todos los hoteleros del país para que aprendan la lección.

Nos pusimos temprano nuestra ropa de caza de color verde y fuimos al vestíbulo; un tramo de amplios escalones nos condujo hasta el tejado; Roxana apareció en la parte superior y nos hizo señas para que nos acercáramos. Subimos y nos encontramos un tejado plano. Samuel tenía la cara mirando hacia el este y los brazos extendidos mientras observaba el horizonte; tras él estaba Roxana, con las manos juntas sobre el pecho y la cabeza inclinada; así que esperamos. Al este el cielo brillaba con una luz dorada; los rayos se elevaban hacia su cenit, donde las luces rosáceas del amanecer retrocedían hasta el oeste, donde aún reinaba la sombra de la noche; no se oía nada; las Marismas se extendían bajo nosotros, oscuras y sosegadas. Pasaron dos o tres minutos y entonces apareció un borde deslumbrante en el horizonte, y el primer destello de sol se derramó sobre la tierra;

---

<sup>52</sup> Parte de este pasaje proviene de Romanos 13:12 “La noche está avanzada y se acerca el día”.

<sup>53</sup> Proverbio que dice que si eres feliz por la mañana tu estado de ánimo cambiará al atardecer.

simultáneamente, los dos comenzaron a entonar un canto, simple como el gregoriano, pero interpretado en correctos tonos completos. Al parecer, las palabras se habían extraído de la Biblia:

Los cielos proclaman<sup>54</sup> la gloria de Dios  
¡A la mañana llegará la alegría!  
En ellos está trazado el camino del sol  
¡A la mañana llegará la alegría!  
Como esposo que abandona su tálamo;  
Como hombre fornido que emprende su carrera.  
La salida de la mañana,  
¡Bendito seas, Señor!  
Como un pelícano en libertad,  
Como un gorrión sobre el terrado,  
Espero al Señor.  
Hemos de aguardar y esperar,  
Esperar, esperar.

Cuando hubo acabado el canto, los dos permanecieron en silencio por un momento, como si estuvieran absortos en la contemplación y después bajaron, pasando ante nosotros sin una palabra ni una señal, con las manos juntas ante ellos como si formaran parte de una procesión invisible. Raymond y yo nos quedamos solos en el terrado.

- Después de todo no es una mala manera de empezar el día; y el pelícano en libertad así lo recalca - dije, según se elevaba una garza real del agua y, batiendo despacio sus grandes alas, se desplazaba a otro canal.

Conforme iba saliendo más el sol, los pájaros empezaban a cantar; primero una sola nota por aquí y por allí, después un pequeño solo de trino y finalmente una melodía efusiva por doquier –pájaros terrestres y acuáticos, pájaros que vivían en las Marismas y pájaros que habían volado hasta allí para desayunar–, la inmensidad había despertado y se regocijaba de la luz del sol.

---

<sup>54</sup> Adaptado de los Salmos 19:1; “A la mañana llegará...”, Salmos 30:5; “Como esposo que abandona...” Salmos 19:5; “La salida...” Salmos 65:8; “Como un pelícano... como un gorrión” Salmos 10:26-27.

- ¡Qué lugar más salvaje! - dijo Raymond-. ¡Parece infinito! Una colina en la distancia, una oscura línea de bosque o incluso un árbol romperían su encanto. He visto el océano, he visto las llanuras, he visto el gran desierto, pero esto es como una mezcla de los tres. Es un océano rebosante de tierra, una llanura rebosante de agua, un desierto rebosante de verdor.

- Sea lo que sea, pescaremos y cazaremos en sus aguas hasta que nos hartemos - repuse.

Y así lo hicimos. Después de un desayuno igual de exquisito que la cena, tomamos nuestro barco y un canasto de comida, y partimos.

- Pero ¿cómo encontraremos el camino de vuelta? - dije, haciendo una pausa para recordar la red de caminos y el aspecto quimerino de la casa, la tarde anterior.

- La única manera es coger una madeja de cuerda y dejarla correr sobre la popa del barco - dijo Roxana-. Suéltenla y que flote en el agua. Cuando quieran volver, den la vuelta y vayan reconociéndola según se van acercando. *Yo* conozco las Marismas como la palma de mi mano, pero para la mayoría de la gente son tortuosas; y podrían acabar yendo en círculos. De todos modos, es mejor que no se alejen. Tocaré el clarín sobre el tejado una hora antes de la puesta de sol; pueden dar la vuelta cuando lo oigan; pues es extraño cenar cuando ya está oscuro.

Con esta promesa musical, tomamos la bobina de cordel que Roxana nos había aparejado en la popa del barco y nos marchamos, pero primero soltamos al Capitán Kidd, que paseaba por su islote con una hosca majestuosidad, como Napoleón en Santa Elena<sup>55</sup>. Tomamos otro canal y pasamos por detrás de la casa, donde el ganado importado se alimentaba en el pequeño pasto; pero la corriente serpenteante pronto nos alejó, perdimos de vista la casa y nos quedamos solos.

Aquella mañana tuvimos éxito cazando patos –patos huyuyos, cercetas, patos de lomo cruzado–, disparamos desde detrás de una pantalla de arbustos; después pescamos. El sol brillaba, pero había una fresca brisa de septiembre, y el frescor

---

<sup>55</sup> El emperador Napoleón Bonaparte (1769-1821) estuvo exiliado en la isla de Santa Elena tras su derrota de Waterloo en 1815. Murió allí seis años más tarde.

del verdor hacía que pareciera el principio de la primavera. A mediodía comimos y dormimos la siesta entre los nenúfares. Cuando despertamos, vimos que un avetoro se había colocado cerca de nosotros y nos examinaba con gravedad.

- “El avetoro afligido<sup>56</sup>, inmóvil y entumecido, que sobre una roca en silencio y con calma se posa, un aparente centinela vigilante de los nenúfares”

- recitó Raymond.

Al solemne pájaro, de oscuro uniforme, parecía que no le inquietaba nuestra presencia; también vinieron un buen número de mascaritas comunes y gorriones coronirrufo pantaneros a echarnos un vistazo; y los peces subieron a la superficie y nos miraban con curiosidad. Tumbados a gusto en el barco, por nuestra parte también nosotros mirábamos al agua. Existe una fascinación singular a la hora de bajar la mirada hacia una corriente clara según flota el barco; el musgo y las plantas acuáticas trepadoras parecían tener árboles y grutas en sus recovecos, que podrían estar habitados por delicadas criaturas marinas, náyades y sirenas en miniatura; al menos, siempre las buscábamos. Existe la fantasía, también, de encontrar alguna cosa –un anillo que se ha resbalado de unos dedos hermosos que se arrastran despreocupadamente por el agua, un libro que los peces ya han leído a conciencia, una bufanda varada en los lirios, una cuchara con iniciales desconocidas, una cinta empapada o un pañuelo bordado–. No encontramos ninguna de estas cosas, pero sí descubrimos un viejo broche de latón, que probablemente había tenido una piedra de cristal que ya no estaba. En el mejor de los casos, era una nimia baratija, pero lo pesqué con una atención supersticiosa, un tesoro oculto de las Marismas.

- Ahogada - dije-. Ahogada con sus ropajes blancos.

- Y un broche de latón - agregó Raymond, que se oponía al sentimentalismo, fuera verdadero o falso.

- ¡Filisteo! ¿Acaso no hay nada sagrado para ti?

- Las joyas de latón no, desde luego.

---

<sup>56</sup> “El avetoro afligido...” versos ligeramente alterados de “La casa embrujada” del poeta británico Thomas Hood (1799-1845).



- Coge algunos lirios y piénsalo - dije, arrancando varias de las majestuosas flores que flotaban al lado:

Cleopatra, arte eres tú, regia flor,  
Que flota en su galera Nilo abajo.  
Mi alma honra tu esplendor,  
Mi corazón se aviva con tu sonrisa;  
Pero sonríes por tu propio y grandioso gozo,  
Desoyes el mundo a tu alrededor,  
Con la insolencia de una belleza perfecta,  
Navegas silente corriente abajo.  
Ríos amantes y modestos te siguen,  
Cuyos besos se pierden a tus pies;  
El ardiente sol no puede someterte,  
Calma sonríes a su violento calor;  
Desaíras el sinfín de flores de la tierra,  
Desaíras a la reina de las rosas en su trono;  
Altiva emperatriz de las aguas estivales,  
Vives y mueres en soledad.

Esto era de Raymond.

- ¿De dónde lo has sacado? - pregunté.

- Es mío.

- ¡Claro! Podría haberlo sabido. Existe una cierta crudeza en el estilo y la versificación...

- ¡Vale! - me interrumpió Raymond-. Sé lo que me vas a decir. La opinión es gregaria; ni uno solo de vosotros se atreve a admirar algo a no ser que los críticos lo digan. Si te hubiera dicho que los versos eran de alguien en lugar de nadie, te habrían parecido de una belleza estupenda.

- Efectivamente. Mi lema es “nunca leas nada si no es de alguien”. ¡No ves que un don nadie si así lo vale pronto se convierte en un alguien y, si no lo vale, no habrás perdido el tiempo!

- Pero no es cuestión meramente de madurar - dijo Raymond-. Es cuestión de las críticas.

- No; te equivocas. Ni siquiera todos los críticos del mundo pueden encumbrar ni machacar a un auténtico poeta.

- ¿Qué es poesía? - repuso Raymond apesadumbrado.

Ante esta exhaustiva cuestión, el avetoro emitió un graznido hueco y se alejó volando con sus largas patas tras de sí.

Probablemente la estética no caracterizaba su forma de pensar y tenía pavor a que yo diera una respuesta ramificada.

Durante la tarde pescamos cuando así se nos antojaba, pero la mayoría del tiempo flotábamos despreocupadamente, disfrutando de la salvaje libertad de la líquida inmensidad. Contemplamos infinitas variedades de hierbas, plumosas, lanceoladas, copetudas, colgantes, herbáceas, dientes de perro, apios y el denominado arroz silvestre, además de muchas bellezas desconocidas de bordes delicados, tan difíciles de coger y sostener como el vilano. Había plantas que iban de un lado al otro del agua como las tribus nómadas por el desierto; había flotas de hojas verdes navegando corriente abajo; y de vez en cuando veíamos una flor maravillosa de campanillas escarlatas, pero nunca lográbamos acercarnos lo suficiente como para tocarla.

Después de un cierto tiempo, el sonido distante del clarín nos llegó transportado por la brisa y fui enrollando lentamente la madeja y dirigiendo a Raymond según iba empujando el bote, apartando el agua con los remos. Parecía que el sonido venía de todas las direcciones. No había nada contra lo que pudiera producir eco, pero, en lugar de él, oímos una larga y agonizante cadencia que sonaba sobre las Marismas más y más débilmente en una nota dulce y remota hasta que el tono se apagó. La música flotaba a nuestro alrededor, ahora, por un lado, ahora por otro; si hubiera sido nuestra única guía, habríamos estado absolutamente perplejos. Pero seguí enrollando el ovillo de forma constante; y al final ahí apareció de repente ante nosotros la casa con Roxana en el tejado, su figura se perfilaba contra el cielo. Al vernos, tocó un saludo final y después bajó llevando consigo la música cautiva.

Aquella noche tomamos la cena al atardecer. Samuel el esperador comía en el salón:

- Para que, si vienen los espíritus, yo no esté allí para entorpecerlos - explicó Roxana-. Yo no soy sagrada como Samuel; no hablarán ante mí.

- ¿También come sola en invierno? - preguntó Raymond.

- Sí.

- No es algo muy sociable - dije.

- Samuel nunca ha sido sociable - contestó Roxana-. Solo la gente común es sociable; pero él es distinto. Él tiene grandes dones, Samuel.

Al acabar de cenar, subimos al tejado para fumar un puro a cielo abierto; cuando el sol había desaparecido y su gloria se había oscurecido en el crepúsculo, el anfitrión se unió a nosotros. Era un hombre alto, consumido y demacrado, de penetrantes ojos oscuros y pelo moreno, teñido de canas que colgaban sobre sus hombros. (¿Por qué el pelo largo es casi siempre señal de que algo malo sucede dentro de la cabeza de un hombre?). Llevaba un hábito negro similar a la sotana de un monje y un solideo negro como el Fausto<sup>57</sup> de la escena operística.

- ¿Por qué son las Marismas de Sta. Clara? - dije; pues la historia desconocida del oeste me resulta fascinante. “No hay ninguna”, ¿dices? ¡Tú, quiero decir, que fuiste fuerte en las guerras púnicas<sup>58</sup>! Tú que también eres tan conocido en la mitología griega. Hay historia, solo que no la sabemos. La historia del lago Hurón en la época de los faraones, la historia del Misisipi durante el reinado de Belshazzar<sup>59</sup> de Babilonia, serían dignas de oír. ¡Pero se han perdido! Todo lo que podemos hacer es reunir los detalles de nuestra era, la era en la que Colón arribó al Nuevo Mundo que, no obstante, era tan antiguo como el mundo que había dejado atrás.

- Fue en 1679 - comenzó a decir Samuel el esperador - cuando Cavalier de La Salle<sup>60</sup> navegó por el río Detroit en su

---

<sup>57</sup> En una leyenda alemana Fausto hace un pacto con el diablo, y a cambio de todo el conocimiento y placer terrenal durante un periodo de 24 años, Fausto aceptará condena eterna. La adaptación más famosa de la leyenda fue la obra *Fausto* de Johann Wolfgang von Goethe, la primera parte publicada en 1808 y la segunda en 1832. La ópera “Fausto” de Charles Gounod se estrenó en 1859.

<sup>58</sup> Guerras entre Roma y Cartago desde 264 a 146 antes de Cristo.

<sup>59</sup> Belshazzar o Baltasar, príncipe de Babilonia en el siglo VI antes de Cristo, es mencionado en Daniel en el Antiguo Testamento.

<sup>60</sup> René Robert Cavalier de La Salle (1643-1687) fue un explorador francés, célebre por sus incursiones en América del Norte, donde recorrió la región de los Grandes Lagos de los Estados Unidos y de Canadá, y después en 1682 navegó río abajo por todo Misisipi hasta su desembocadura, y reclamó la

embarcación de sesenta toneladas de arqueo denominada Le Griffon. Iba acompañado de treinta y cuatro hombres, en su mayoría comerciantes de pieles; pero entre ellos había dos monjes y el padre Louis Hennepin<sup>61</sup>, fraile de la orden franciscana. Pasaron el río y entraron al pequeño lago que está justo al sur de nosotros, lo cruzaron y también estas Marismas el 12 de agosto, el día de santa Clara. Fascinados por la dulce belleza del lugar, las llamaron como la Santa y al atardecer cantaron *Te Deum*<sup>62</sup> en su honor.

- ¿Y quién fue santa Clara?

- Santa Clara, virgen y abadesa, nació en Italia en 1193 y fue nombrada madre superiora de un convento por san Francisco y canonizada por sus distinguidas virtudes - dijo Samuel, como si lo estuviera leyendo de una enciclopedia.

- ¿Es católico? - preguntó Raymond.

- Soy todo; toda fe sincera es sagrada para mí - respondió el hombre-. Sólo es cuestión de nombres.

- Háblenos de su religión - le pidió Raymond con aire pensativo; pues Raymond era una especie de políglota de las religiones.

- ¿Queréis oír hablar de mi fe? Bien, que así sea. Tu pregunta es obra de una influencia espiritual. Escuchad entonces. El gran Creador ha sembrado la inmensidad con una infinidad de sistemas de soles. En uno de estos sistemas un espíritu olvidó que era un ser limitado y subordinado y abusó de su libertad; cómo, no lo sabemos. Cayó, y con él toda su especie. Se creó una nueva raza para este mundo vacío y, en virtud del firme propósito del Creador, todos eran libres de actuar como quisieran; no quería meros autómatas. El espíritu caído, envidioso de la nueva criatura que se había denominado ser humano, le tentó a que pecara. ¿Cuál fue su pecado? Simplemente, renunciar a su derecho natural, el destello del

---

región completa en nombre del rey Luis XIV de Francia. A partir de este viaje, los franceses pudieron declararse dueños del territorio de Luisiana.

<sup>61</sup>Louis Hennepin (1626- 1705) misionero y explorador. Se embarcó en la segunda expedición de La Salle y escribió un libro relatando el viaje. Fue el primer europeo que escribió sobre las cataratas del Niágara.

<sup>62</sup> Del Latín, "A ti, Dios" es uno de los primeros himnos cristianos, tradicional de acción de gracias.

alma divina, por una promesa de placer terrenal. La Trinidad, el misterioso triángulo abrasador, que, para nuestras mentes finitas, es la mejor representación de la Divinidad, ahora que ya no existe su presencia personal; los elementos, su equilibrio roto, cayó sobre el ser humano; su cuerpo, que una vez fue etéreo y se movía por mera volición, ahora era pesado; y también se le impuso la muerte. La raza se oscureció, se malogró y degeneró, se hundió prácticamente al nivel de las bestias, de todos los dones espirituales sólo le quedaba el fuego de la mente. Vivían a tientas y a tientas murieron. Sin embargo, les quedaba el sol, un símbolo de lo que habían perdido.

Después, en la plenitud del tiempo, el día mundial de los cuatro mil años, que fue designado por el consejo celestial para devolverles el destello del alma divina y decomisada, dado que el cuarto día de la creación se otorgó el gran sol, vino a la tierra su compasivo Salvador, que adoptó nuestro cuerpo degenerado y lo revivió con un destello del alma divina, que superó todas nuestras tentaciones y por fin permitió que la yesca de nuestros pecados pereciera con su propia y lacerante muerte en la cruz. A través de él, se restauró nuestro cuerpo celestial, que nos espera al otro lado de la tumba. Nos mostró cómo era en el monte Tabor<sup>63</sup>, con él pasó a través de puertas cerradas, caminó sobre el agua y dominó los elementos; así será con nosotros. El Paraíso volverá; este mundo, a pesar del millar de años, verá su estado primitivo; volverá a ser el Jardín del Edén. Estados Unidos es la gran vía de escape; aquí empezará el cambio. Tal y como está escrito, “aquellos que escapan a mis fronteras más remotas”. Conforme se acerque el momento, los espíritus que nos vigilan desde arriba podrán hablar con aquellas almas que escuchan. De estas almas que escuchan, que esperan, formo parte yo; por eso, yo mismo me he retirado. El mismo sol me habla, el gran espíritu de todos; cada mañana contemplo su llegada; cada mañana le pregunto “¿Es hoy?” Por eso, espero.

- ¿Cuánto tiempo lleva esperando? - pregunté.

- No lo sé; el tiempo no es nada para mí.

---

<sup>63</sup> Una montaña al este de Nazaret, localizada al oeste del mar de Galilea, donde se dice que Jesús se apareció transfigurado hablando a Moisés y Elías. Mateo 17:1-8, Marcos 9:2 y Lucas 9:28-36

- ¿Se aproxima el gran día? - inquirió Raymond.
- Está en sus albores; están pasando los últimos días.
- ¿Cómo lo sabe?
- Me lo dicen los espíritus. Quedaos aquí y tal vez os hablen a vosotros también - contestó Samuel el esperador.

No respondimos. El crepúsculo se había fundido en la noche y las Marismas bajo nosotros se habían sumido en el silencio. Después de unos momentos, me giré para hablar con nuestro anfitrión; pero, tan silenciosamente como uno de sus propios espíritus, se había marchado.

- Una extraña mezcla de Jacob Böhme<sup>64</sup>, sueños milenaristas, cristiandad, adoración al sol y espiritualismo moderno - dije-. Tanto saber ha convertido al granjero de Maine en un demente.

- ¿Es un demente? - dijo Raymond-. A veces pienso que todos lo somos.

- Lo seremos si malgastamos el tiempo en especular sobre materias que claramente exceden nuestro alcance. La estirpe de filósofos en su conjunto desde Platón<sup>65</sup> en adelante da vueltas a lo mismo todo el tiempo. Mientras estemos en el mundo, me he propuesto mantener los pies en la tierra; especialmente porque no tenemos alas. “Quedaos aquí y tal vez los espíritus os hablen a vosotros también”, ¿ha dicho? Me parece muy probable que lo hagan, con el propósito de que pierdas el juicio.

- Después de todo, ¿por qué no deberían hablarnos los espíritus? - dijo Raymond en tono pensativo.

Según pronunciaba estas palabras, una carcajada socarrona de un somormujo llegó a través de la oscura inmensidad.

- Hasta los somormujos se ríen de ti - dije al levantarme.

- Bajemos; hay un aire fresco, compuesto a partes iguales por las Marismas, la noche y Samuel el esperador. Bajemos, hombre; bajemos a la calidez de la cocina y al sentido común.

Nos encontramos a Roxana sola junto al fuego, cuyo brillo era gratamente real y cálido; era como el toque de una mano de

---

<sup>64</sup> Jacob Böhme (1575-1624) era un místico alemán que creía en la divinidad de la humanidad; su primer libro era *Aurora* (1612). Según Boehme, Dios y la naturaleza son un todo, y fuera de esta última no hay nada.

<sup>65</sup> Al referirse a Platón (427?-347 B.C.) Woolson sugiere que usar la razón para demostrar lo divino es imposible.

carne y hueso, tras las vagas ensoñaciones de compañeros espirituales, fríos e intangibles en el mejor de los casos, con la sospecha añadida de que, después de todo, son creaciones de nuestra propia imaginación, e incluso su naturaleza espiritual, ficticia. Prime<sup>66</sup>, el elegante *raconteur* que va a pescar dice “la luz de la lumbre lustra tanto el interior como la luz de la luna el exterior<sup>67</sup>”. Así es; pero con un resultado distinto. La luz de la luna convierte todo lo que lustra en romance, la luz de la lumbre, en comodidad. Acercamos dos butacas sumamente viejas frente al fuego del hogar y nos sentamos, Raymond todavía navegaba a la deriva en sus pensamientos errantes, yo, como de costumbre, hablaba del presente. Roxana se sentó enfrente, tejiendo, el gato ronroneaba a sus pies. Era una mujer delgada, de pelo claro y desvaído, rasgos insignificantes, ojillos de un color azul apagado y un aspecto general que, con mis mayores deseos de verlo desde su mejor ángulo, solo se podía considerar corriente. Su vestido era lacio, sus manos endurecidas por el trabajo y no llevaba ningún collar alrededor de su cuello amarillento. ¡Oh, mágico borde de blanco, grande es tu poder! Contigo, el hombre se civiliza; sin ti, se asilvestra.

- No me queda cerdo - comentó Roxana con aire despreocupado-. Tengo que ir a tierra firme mañana para comprarlo.

¡Podría haber sido cualquier otra cosa excepto cerdo! En verdad, la palabra no repicaba con la conversación mística de Samuel el esperador. Sí; no había duda. La mente de Roxana era corriente.

- Mire lo que he encontrado - dije, después de un rato, sacando el broche-. Ya no tiene piedra; pero ¿quién sabe? Quizás fue un diamante que se le cayó a alguna duquesa francesa, exiliada y que huía para sobrevivir a través de estas lejanas aguas occidentales; o tal vez a aquella princesa alemana de Brunswick<sup>68</sup>-Wolfen-no-sé-qué, que, hace unos cien años,

---

<sup>66</sup> William Cowper Prime (1825-1905) un periodista del *Nueva York Observer* y escritor de libros de viajes muy populares.

<sup>67</sup> Del libro de William Cowper Prime *Voy a pescar* (1873), una narración sobre varias expediciones de pesca.

<sup>68</sup> Brunswick, ahora parte de Sajonia, era un estado de Alemania gobernado por la Casa de Welfen.

murió en Rusia y fue enterrada allí, mientras al mismo tiempo viajaba por América, una especie de judía errante que ha protagonizado relatos desde entonces.

(El otro día, en “Melons”, de Bret Harte<sup>69</sup>, vi lo siguiente: “Las condiciones singulares e incompatibles del cuerpo y el alma de John Brown estaban, por aquel momento, atrayendo la atención de los jóvenes estadounidenses”. Es bueno, ¿no? Bien, en la época en la que visité las Marismas, las condiciones singulares e incompatibles de la princesa de Brunswick-Wolfenno-sé-qué me rondaban desde hace un tiempo).

Los ojillos de Roxana eran cortos de vista; miraba con ojos miopes el engaste vacío, pero no dijo nada.

- Está anegado de agua - seguí diciendo, mientras lo sostenía frente a la luz de la lumbre-. Y huele a latón; sin embargo, estoy convencido de que le perteneció a la princesa.

Roxana se inclinó hacia delante y cogió la baratija; levanté los brazos y me estiré sobre manera, uno de esos agradables estiramientos que solo le pertenecen al saludable cansancio de la vida campestre. Cuando me recompuse, me sorprendió ver que los rasgos de Roxana se torcían y sus ásperas manos temblaban al sujetar el engaste deteriorado.

- Era mío - dijo-. Mi querido y antiguo camafeo que me regaló Abby cuando me casé. Lo guardé y lo guardé, y no lo vendí, sin importar la falta que nos hiciera, porque de alguna manera me parecía que me ataba a casa y a la tumba del bebé. Solía llevarlo cuando tuve un bebé... Por aquel entonces, llevaba cintas decorando el cuello; teníamos cosas como los demás, y el domingo íbamos a la casa de reuniones<sup>70</sup> en el prado. El bebé está enterrado allí, ¡mi bebé! ¡Mi bebé! - y la voz se rompió en sollozos.

---

<sup>69</sup> “Melons” (1862) es un cuento del escritor de color local Bret Harte (1836-1902) sobre un chaval de siete años cuyo mote es “Melones” que silba una balada popular sobre el famoso abolicionista John Brown (1800-1859), ejecutado tras su ataque al arsenal de Harper’s Ferry en 1859. La canción sugiere que aunque el cuerpo de Brown yace en la sepultura su alma desfila. La balada serviría de música para “Himno de Batalla de la República” (1862) de Julia Ward Howe.

<sup>70</sup> Normalmente era el primer edificio público que se construía en los pueblos. Servía como tanto de lugar de culto como de reuniones públicas.



- ¿Perdió a un hijo? - pregunté, compadeciéndome de la tristeza que era, que debía ser, tan solitaria, tan individual.

- Sí. ¡Oh, mi bebé! ¡Mi bebé! - gritó la mujer lamentándose-. Era un niño, señores, y tenía el pelo rizado y solo sabía decir una palabra o dos; se llamaba Ethan, como padre, pero todos le llamábamos Robin. Padre estaba muy orgulloso de Robin y madre, también. Murió, señores, mi bebé murió, y lo enterré en el antiguo camposanto junto al espino. Aún pensaba en quedarme siempre allí junto con madre y las niñas; nunca supuse nada más, hasta que Samuel empezó a ver visiones. A partir de ese momento, todo fue diferente y todos estaban en nuestra contra; como ve, me casé con Samuel y, cuando dejó de trabajar y empezó a hablar con los espíritus, todos me decían “¡Te lo dije, Maria Ann!”. Samuel no ascendía exactamente de Maine: su padre era marinero y se sospechaba que su madre era una especie de india del este<sup>71</sup>, pero nadie lo sabía. Su padre murió y dejó al niño en la ciudad, así que vivió de casa en casa hasta que fue lo suficientemente mayor como para arrendar. Luego, vino a nuestra granja y allí se quedó. Tenía unos ojos maravillosos, Samuel, y resultaba encantador... Bueno, en resumidas cuentas, pensaba en él y no era capaz de pensar en nada más. A la gente no le gustaba porque, ya ven, estaba Adam Rand, que tenía una granja propia sobre la colina; pero nunca soporté a Adam Rand. Lo peor de todo fue, sin embargo, que Samuel nunca me miraba, casi nunca. Bueno, el segundo año, Susan, mi hermana menor, se casó con Adam Rand. Adam pensó que me quitaría la tontería, así es como lo llamaba, así que le buscó un buen sitio a Samuel en Connecticut, y Samuel dijo que iría, pues él siempre fue inquieto, Samuel. Cuando me enteré, estaba dispuesta a dejarme morir. Corrí al prado y me arrojé por una valla como una loca. Resultó que Samuel venía por el camino y me vio; siempre era amable con las criaturas indefensas y paró a ver cuál era el problema, igual que se habría parado para ayudar a un ternero. Entonces fue cuando salió todo y estaba terriblemente apenado por mí. Se sentó sobre la barra

---

<sup>71</sup> Las Indias orientales incluían a Indonesia, India y el archipiélago malayo. La implicación aquí es que el padre de Samuel se casó con una nativa no cristiana y su hijo es mestizo.

de la verja y me miró, y yo me senté en el suelo llorando, con el pelo suelto y la cara roja e hinchada. “Nunca he pensado en casarme, Maria Ann”, dijo él. “Oh, por favor, hazlo, Samuel”, repuse yo, “soy muy buena ama de casa, lo soy, y podemos tener un pequeño terreno y cosas bonitas...”. “Pero yo quería marcharme. Mi padre era marinero”, comenzó a decir él mirando hacia el océano. “No puedo soportarlo... No puedo soportarlo”, dije yo y empecé a llorar otra vez. Después de que accediera a quedarse y a casarse conmigo, la gente empezó a ceder cuando vio cómo me sentía. Nos casamos en el Día de Acción de Gracias, y yo llevaba un vestido de lana de oveja merina Delaine<sup>72</sup>, una cinta púrpura al cuello y este mismísimo broche que me dio mi hermana Abby... Costó cuatro dólares y llegó de Boston. Mi madre me dio un beso y me dijo que esperaba que fuera feliz. “Claro que lo seré, madre”, dije yo, “Samuel tiene grandes talentos. No es como la gente común”. “Pero la gente común es mucho más agradable”, dijo madre. La gente nunca entendió a Samuel. Teníamos una alegre casita y un poco de terreno, y llegó el bebé, era muy mono y hermoso. Las visiones habían empezado a manifestarse por aquel entonces y Samuel dijo que tenía que irse. “¿A dónde?”, le pregunté yo. “A donde quiera que me lleven los espíritus”, dijo él. Pero mi bebé no podía viajar, así que se quedó solo; Samuel dejó el trabajo y fueron quedando muchos cabos sueltos; lo hice lo mejor que pude, pero no fue mucho. Después mi bebé murió y lo enterré bajo el espino y las visiones eran más y más fuertes, y Samuel me dijo que esta vez debía irse. La gente quería que me quedara allí sin él; pero nunca le entendieron y a mí tampoco. Me resultaba tan difícil dejarle como volar; estaba embelesada por él. Así que nos fuimos; lloré lo indecible cuando tuve que abandonar a la gente y la tumba de Robin, pero tenía tantas cosas que hacer cuando empezamos que no tenía tiempo para nada más que trabajar. Pensamos en instalarnos en muchos sitios, pero después de un tiempo, tenía una visión y teníamos que vender todo y empezar de nuevo. El poco dinero que teníamos pronto se nos acabó y entonces me pasaba días enteros trabajando fuera y cogía cualquier trabajo que encontraba. Pero

---

<sup>72</sup> Variedad de oveja merina.

a menudo pasábamos frío y a menudo pasábamos hambre, señores. Las visiones siguieron sucediéndose y después de un tiempo empezaron a gustarme. Samuel me contaba todo lo que le decían cuando llegaba a casa por la noche, y era agradable escuchar todo sobre los mil años de júbilo, cuando ya no existirán los problemas y cuando Robin se reunirá de nuevo con nosotros. Solamente le dije a Samuel que esperaba que el mundo no cambiara mucho porque quería volver a Maine por unos días y ver todos los viejos lugares.

- Padre y madre han muerto, supongo - continuó diciendo Roxana, mirándonos con lástima en sus ojillos azules y apagados. Sus bonitos ojos eran doblemente bonitos con la tristeza; pero hay algo especialmente lastimoso en los ojillos azules que te miran mientras luchan por expresar el dolor que esconden, como un prisionero tras los barrotes de su ventanita.

- ¿Y cómo perdió su broche? - dije yo, retomando la cuestión original.

- Samuel descubrió que lo tenía y lo tiró poco después de que llegáramos a las Marismas; dijo que era vanidad.

- ¿Lleva aquí mucho tiempo?

- Oh, sí, años. Espero que nos quedemos aquí para siempre... Al menos, hasta que empiecen los mil años de júbilo... Es un sitio tranquilo y Samuel está mejor aquí que en cualquier otro sitio. Me he acostumbrado a la soledad y ya no me afecta mucho. No hay nadie cerca de nosotros en unas millas a la redonda, excepto Rosabel Lee y Liakim; aquí no vienen, Samuel no los soporta, pero a veces hago una parada allí de camino a tierra firme y hablo un rato con los niños. ¡Rosabel Lee tiene unos niños encantadores, Rosabel! Pero no están aquí durante el invierno; los inviernos son largos, no lo niego.

- ¿Y qué hace entonces?

- Bueno, tejo y cocino, y Samuel me lee y tiene muchas grandes visiones.

- Entonces, ¿tiene libros?

- Sí, de todo tipo; es un ávido lector y tiene cajas de libros sobre los espíritus y esas cosas.

- Nueve de la noche. "En paz en él dormiré y descansaré, porque solamente tú, Señor, permites que mi morada sea firme"

- salmodió una voz en el vestíbulo; y así acabó nuestra tarde.

Al amanecer asistimos al oficio en el tejado; luego, después del desayuno, soltamos al Capitán Kidd y comenzamos otro día de deporte. No nos habíamos distanciado mucho remando cuando Roxana nos adelantó impulsando rápidamente su barca de fondo plano; llevaba una carga de pescado y mantequilla, y se dirigía al pueblo que estaba en tierra firme.

- Traíganos un periódico de Detroit - le dije.

Asintió y nos superó, impasible y poco atractiva a la luz del sol. Sí, me vi obligado a confesarme a mí mismo que era una mujer corriente.

Pasamos un glorioso día en el páramo con las ráfagas de viento de septiembre. Todo susurraba, flameaba y danzaba, y la hierba se ondulaba en forma de largas olas que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. El viento se regocijaba vesánico; no había bosques que se le opusieran, ni agua pesada sobre la que enrollarse... Nada excepto prados apacibles y oscilantes. Era el viento del oeste... "De todos los vientos, el mejor". El viento del este nos fue dado a causa de nuestros pecados; sospecho desde hace tiempo que el viento oriental era el ángel que condujo a Adán fuera del Paraíso. Aquel día no hicimos nada, salvo disfrutar de las ráfagas de viento. Nos sentíamos como beduinos en el desierto, con nuestro bote como corcel. "Llegó volando sobre las alas del viento"<sup>73</sup>, es la imagen más grandiosa del poeta hebreo.

A media tarde oímos el clarín y volvimos, siguiendo la madeja como la vez anterior. Roxana nos había traído un diario de última hora y, al abrirlo, vi la noticia de un accidente... Un velero se había hundido en el Sound y se habían ahogado cinco personas, todas ellas muy cercanas y queridas para nosotros. Nos apresuramos con tristeza a reunir nuestras posesiones; la caza, la pesca ya no eran nada; solo pensábamos en marcharnos, llegar a casa para acompañar a los afligidos y las tumbas recién cavadas. Roxana fue con nosotros en su barca para guiarnos hasta el pequeño faro. Samuel el esperador no nos despidió, pero, según nos alejábamos remando, lo vimos contemplándonos desde el tejado de la casa. Nosotros hicimos una reverencia; él saludó con la mano; y después se volvió para

---

<sup>73</sup> Adaptado de los Salmos 18:10.

observar la puesta de sol. ¡Qué eran nuestros nimios asuntos para un hombre que conversaba con los espíritus!

Remamos en silencio. ¡Cuán largo, cuán pesado parecía el camino! Los prados, los lirios, los canales plateados... Ya ni siquiera los veíamos. A una cierta distancia, la barca que llevaba la delantera se paró.

- Allá está el faro - dijo Roxana-. No iré hasta allí esta noche. Tal vez no queráis hablar y seguro que Rosabel Lee habla conmigo. Adiós.

Nos estrechamos las manos y le puse sobre la barca una suma de dinero que ayudaría al hogar a pasar el invierno; luego remamos hacia el faro. Al girar, miré hacia atrás; Roxana estaba sentada inmóvil en la barca; las oscuras nubes se arremolinaban tras ella; y las Marismas parecían salvajes y desoladoras.

- ¡Que Dios la asista! - dije.

Un barco de vapor pasó el faro y nos llevó a la hora siguiente.

Han transcurrido varios años y a menudo pienso en el mar herboso y albergo la intención de ir allí; pero la intención nunca se convierte en realidad. En 1870, sin embargo, viajaba rumbo al oeste y, al estar en Detroit, un impulso repentino me llevó a las Marismas. El barco de vapor navegó el maravilloso río y cruzó el pequeño lago, los dos estaban igual. Pero ¡qué lástima! Habían cortado el canal que había predicho quince años antes el capitán y toda su redomada fealdad se extendía a través de la región encantada. Desembarqué en el nuevo y prosaico faro de ladrillo, en parte esperaba ver a Liakim y Rosabel Lee; pero no estaban allí y nadie sabía nada de ellos. ¿Y Samuel el esperador? Tampoco sabían nada sobre él. Tomé un esquife aun a riesgo de perderme y me adentré remando en la inmensidad, pasé el día entre canales plateados, que eran tan bellos como siempre. Había menos pájaros; no vi garzas reales, tampoco sombríos avetoros y los peces eran ahora más tímidos. Pero los lirios eran igual de bellos y los prados igual de delicados y exuberantes que antes. Apenas albergaba esperanza de encontrar la vieja casa en la isla, pero a media tarde, por pura casualidad, de improviso llegué remando a este lugar de desembarque. Las paredes se mantenían firmes y el tejado estaba intacto; desembarqué y subí por el camino cubierto de malas hierbas. Al abrir la puerta, vi las pocas sillas y mesas viejas en su sitio, deterioradas por las

inclemencias meteorológicas y podridas, las tormentas habían penetrado y el suelo no era seguro; pero la loza decorada vivamente estaba en su estantería, las latas contra la pared y todo parecía tan natural que casi temí encontrar los restos mortales del marido y la esposa según fui de una habitación a otra. No obstante, no estaban allí y parecía que el lugar llevaba años deshabitado. Me quedé en el umbral. ¿Qué había sido de ellos? ¿Habían muerto? ¿O acaso una nueva visión los había acercado aún más al sol poniente? Nunca lo supe, aunque llevé a cabo muchas pesquisas. Si estaban muertos, probablemente reposaban en algún lugar bajo las brillantes aguas; si estaban vivos, debían de haber “plegado las tiendas, como los árabes, y haberse escabullido a hurtadillas<sup>74</sup>”.

Regresé remando al destello de la tarde a través del mar herboso. “Es hermoso, hermoso”, pensé, “pero está desapareciendo. El comercio ya ha invadido sus fronteras; dentro de unos pocos años más, su belleza no será más que una leyenda del pasado. El avetoro se ha desvanecido; el somormujo ha emprendido el vuelo. Samuel el esperador era el profeta de la inmensidad; se ha ido, y las barreras se han quebrantado. ¡Adiós, hermosa agua de hierba! Ningún artista ha pintado ni ningún poeta ha cantado tu encanto salvaje y evanescente; pero en un corazón, al menos, tiene un lugar, ¡Oh, maravillosa tierra de santa Clara!”.

---

<sup>74</sup> La cita está adaptada del poema “El día acabó” (1845) de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882).

## RODMAN EL GUARDIÁN

Los años luengos van y vienen,  
Y el Pasado,  
El pesaroso, espléndido Pasado,  
Con su gloria y su tormento,  
Parece no haber acaecido jamás.  
- ¿Parece no haber acaecido jamás?  
Oh días sombríos y primorosos,  
¡Cómo regresa el gentío una vez más,  
Para ver el verdor de las tumbas de nuestros héroes  
A la ribera del Potomac y el Cumberland,  
Y en el valle de Shenandoah!

Al recordar cómo murieron, -  
En un oscuro desfiladero y en la falda de la montaña,  
Acantonados en un fuerte y una localidad cercada por las llamas,  
Y donde los férreos barcos se hundieron, -  
¡Cómo sus preciadas vidas transcurrieron  
En el extenuante hospital de campaña,  
En el profuso hervidero de la cabina,  
- parece  
Innoble estar vivo!

Thomas Bailey Aldrich<sup>75</sup>

“¿GUARDIÁN de qué? Guardián de los muertos. Bien, parece más fácil guardar a los muertos que a los vivos; por lo que respecta a la pesadumbre de la situación, los vivos entre los que he estado últimamente no eran un grupo jovial<sup>76</sup>”.

---

<sup>75</sup> Thomas Bailey Aldrich (1836-1907) era editor de *The Atlantic Monthly* en 1881. Se carteaba a menudo con Woolson. El título del poema es “Primavera en Nueva Inglaterra” (1875), y trata de la llegada de la primavera al norte del país y de las sepulturas de los soldados de la Unión enterrados en territorio sureño.

<sup>76</sup> Karen Weekes en “Northern Bias in Constance Fenimore Woolson’s Rodman the Keeper: Southern Sketches” (2000) ha identificado el cementerio

John Rodman se sentó en el umbral y observó su propiedad. La pequeña casa de campo situada tras de sí no albergaba vida, salvo por él mismo. En una estancia, el escaso mobiliario que el Gobierno proporcionaba al guardián, que en vida debe dormir y alimentarse, hace que el vacío esté doblemente vacío; en otra, el escritorio y los libros maestros, la tinta y las plumas, el registro, el reloj de pared de sonoro tictac, y la bandera doblada en una estantería, eran todos para quienes guardaba, cuyos nombres, escritos apresuradamente, en rollos de manuscritos de tinta corrida, aguardaban a ser transcritos día tras día en los nuevos libros maestros de tapas rojas con la más esmerada caligrafía del guardián, mientras el reloj le indicaba la hora a la que la bandera debía ondear sobre los túmulos donde reposaban los cuerpos de catorce mil soldados de los Estados Unidos —que habían languidecido donde antaño estaba la prisión, en la pendiente opuesta, ahora plácida y sosegada al atardecer; que se habían desplomado durante largas marchas de un lado para otro bajo el sol abrasador; que habían luchado y fallecido en los numerosos campos de batalla que teñían de rojo el precioso Estado, desde las cumbres de las marmóreas montañas en la humeante parte oeste hasta las islas del mar del confín oceánico. El último borde del sol se había hundido bajo el horizonte, y el cielo de poniente brillaba con un color carmesí intenso, que en la parte superior se fundía en rosa, en un tono asalmonado, en tonalidades de aquel lejano esmeralda celestial que la pincelada del artista terrenal jamás logra reproducir, pero que a veces se encuentra en el seno iridiscente del ópalo. La pequeña localidad, a una milla de distancia, seguía dándole la espalda al cementerio; pero el guardián podía ver las apacibles y antiguas mansiones, todas ellas con un jardín carmesí, y campos periféricos y descuidados, los deshabitados barrios de la población negra que se caían a pedazos, y todo igual que estaba aquella mañana de abril cuando

---

que guarda Rodman como el que existe en Andersonville, Georgia. Este cementerio estaba próximo a la prisión confederal en Anderson, donde unos 12.000 soldados de la Unión murieron, en parte por las duras condiciones de una cárcel construida para 13000 prisioneros, y llegó a tener más de 32000.



se disparó el primer revólver en Sumter<sup>77</sup>; parece que no se ha clavado ni una sola punta más, ni se ha aplicado un solo brochazo de pintura, ni se ha sustituido ni uno solo de los ladrillos que se derrumbaron, ni se ha reparado un solo pestillo o una cerradura. El guardián había advertido todo esto al pasear por la localidad, pero no se había sorprendido; porque había visto el Sur en su estado primigenio, cuando, él, lozano, fuerte y cargado de entusiasmo, también había abandonado su pueblo con los colores ondeando en el cielo y las muchachas agitando los pañuelos conforme el regimiento, formado por un millar de hombres, enfilaba el camino polvoriento. Aquel regimiento, doscientos débiles y con heridas de guerra, regresó un año después a paso tardo y con colores desgastados y quemados, y las jóvenes no podían ondear los pañuelos, húmedos y empapados de lágrimas. Pero el guardián, con la herida ya curada, se había vuelto a marchar; y había visto con ojos propios de quien procede de Nueva Inglaterra la magnificencia y la despreocupación del Sur, su esplendor y su negligencia, su riqueza y su prodigalidad, al marchar mes a mes a través de Virginia y las lípidas Carolinas, a través de Georgia y la soleada Florida, primero como teniente, luego como capitán, y finalmente como comandante y coronel, mientras la muerte derribaba a sus superiores, y solo quedaban él y su buena conducta. Por doquier la magnificencia iba de la mano con la dejadez, y así lo decía alguna que otra vez cuando tenía la oportunidad de entablar una conversación en el camino.

- No somos tan pródigos - comentaba tras haberle suministrado furtivamente una galleta marinera<sup>78</sup> y un café a un prisionero.

- Y tampoco tan fastuosos - respondía Johnny Reb si tenía energía, y normalmente así era.

El Yanqui, forzado a reconocer la veracidad de esta afirmación, la matizó y observó que él preferiría mayor prodigalidad con un poco menos de fastuosidad; tras lo cual, el

---

<sup>77</sup> La guerra civil norteamericana comenzó con el bombardeo de los confederados de Fort Sumter en el puerto de Charleston, Carolina del Sur, el 12 de abril de 1861.

<sup>78</sup> Ver nota 39.

otro respondió que *él* no, y ahí acabó la conversación. Así que ahora el excoronel Rodman, guardián del cementerio nacional, contemplaba la pequeña localidad en su segunda localización con ojos filosóficos.

- Es parte de un gran problema que se está solucionando solo; no estoy aquí para cuidar a los vivos, sino a los muertos - dijo.

Tras lo cual, según caminaba entre los largos túmulos, parecía que se alzaba una voz desde las silenciosas filas inferiores:

- Mientras tengas tiempo, haz el bien al hombre - dijo-. Mira, escapamos a tu cuidado.

Pero el guardián no le prestó atención.

Aquella tarde apacible de principios de febrero estaba mirando sobre el nivel del páramo. La pequeña localidad estaba situada en la llanura; no había colinas desde las que venir a ayudar, lomas calmas que elevan el alma sobre la tierra y sus inquietudes; ningún río que lleve las aspiraciones de los niños hasta el gran mar. Todo era monótono, y el único espíritu que se elevaba sobre el páramo era la amargura por la causa ganada y tristeza por la perdida. A sus ojos, el guardián era el único hombre cuya presencia personificaba la primera y, por lo tanto, sobre él caía la amargura, no en forma de palabras, sino en ojos que apartaban la mirada, en silencios repentinos cuando se acercaba, en rechazos y evitación, hasta que se mudó a un vacío; a dondequiera que fuera no había nadie excepto él mismo; hasta el tendero que le vendía azúcar pareció convertirse en un hombre de madera, y le cogía el dinero de mala gana, aunque ese chelín tal vez le sirviera para pagar la cena de aquel día. Así que Rodman decidió retirarse y no volvió a mezclarse con ellos; los vastos acres de su propiedad le permitían hacer tanto ejercicio como su maltrecho tobillo podía soportar; encargaba sus pocas provisiones en grandes cantidades y comenzó una vida en solitario, su remanso estaba demarcado por un gigantesco muro de granito con el que el Gobierno de los Estados Unidos había rodeado cuidadosamente aquellos tristes cementerios sureños de su propiedad; tristes, no tanto por el número de túmulos que representaban la juventud y la fuerza segados en flor, porque ese es precisamente el destino de la guerra, sino por el aislamiento absoluto que los caracteriza. “Extranjeros en una

tierra extraña<sup>79</sup>” es el pensamiento de todos aquellos que, al ir y venir de Florida, se desvían y se paran un momento entre las estrechas filas de tumbas que ya parecen parte del pasado, ese pasado cercano que incluso ahora en nuestra apresurada vida estadounidense resulta tan lejano. La obra del Gobierno estaba acabada antes de que llegara el guardián; las líneas de trincheras estaban marcadas por albardillas bajas de granito, y los relativamente pocos túmulos estaban encabezados por pequeños tablones blancos y cuidados que solían llevar la palabra “Desconocido”, pero aquí y allá aparecía un nombre y una edad, en la mayoría de los casos un joven de algún Estado norteno lejano; “veintiuno”, “veintidós”, rezaban las inscripciones; las fechas eran aquellos oscuros años entre los sesenta, que ahora se miden más bien en la cifra de mujeres solteras pero viudas de corazón, y mujeres viudas de verdad, que se sientan inmóviles y recuerdan, mientras el mundo se precipita. Al alba el guardián izaba las estrellas y los galones; y tan precisas eran sus ideas de los accesorios que pertenecían al lugar, que, tras privarse de algunas cosas, había tomado lo suficiente de su pequeña cantidad de dinero como para comprar una segunda bandera para el tiempo tormentoso, de manera que, lloviese o no, los colores flotarían sobre los muertos. No era el denominado, o mejor mal llamado patriotismo, no era un antojo sentimental, no era entusiasmo ni triunfo; era simplemente el sentido de idoneidad de las cosas, una conciencia que nada tenía que ver con la religión, a no ser, efectivamente, que el esfuerzo de un hombre por vivir conforme a su ideal del deber sea la religión. El mismo sentimiento le llevaba al guardián a pasar horas copiando los rollos. “John Andrew Warren, Compañía G, Octava Infantería de New Hampshire”, repetía según iba escribiendo lentamente el nombre, y para “John Andrew” empleaba mayúsculas claras y negrita y una caligrafía inconfundible; “murió el 15 de agosto de 1863 a los veintidós años. Llegó de la prisión de allá, y reposa en algún lugar de aquellas trincheras, supongo. Ahora bien, John Andrew, no creas que me causas pesar; no hay duda de que estás mejor que

---

<sup>79</sup> La frase “Extranjeros en una tierra extraña” se refiere a la estancia de 400 años de los judíos en Egipto tal y como se describe en el Génesis 23.

yo en este preciso momento. Pero, no obstante, John Andrew, la pluma, la tinta y la mano cumplen su deber contigo. Para eso estoy yo aquí”.

Un sufrimiento y un trabajo infinitos fueron necesarios para estos registros de los muertos; el más mínimo error, y la página entera se reemplazaba por otra nueva. El mismo ánimo mantuvo cuidadosamente la hierba alejada de las bajas albardillas de las trincheras, conservó los caminos de gravilla lisos y las colinas verdes, y la pequeña y simple casa de campo limpia como un buque de guerra. Cuando el guardián se hacía la cena, la puerta que daba al este, donde descansaban los muertos, estaba escrupulosamente cerrada, y no se volvía a abrir hasta que todo estaba en perfecto orden de nuevo. Al ocaso, se arriaba la bandera, y después el guardián tenía la costumbre de pasear pausadamente por el camino de arriba abajo hasta que las sombras cubrían los túmulos a cada lado, y ya no quedaba nada, salvo el verde sosegado de la tierra. “Que el tiempo borre nuestras pequeñas vidas y penas”, meditó, “y no seamos nada en el indistinto pasado”. Sin embargo, sí que siguió cumpliendo los deberes de cada día y cada hora con exactitud. “Al menos nunca dirán que falté”, murmuró para sí mismo al pensar vagamente en el futuro más allá de estas tumbas. Quiénes eran “ellos”, le habría resultado difícil de formular, ya que era uno de los muchos hijos en esta generación que Nueva Inglaterra había concebido con una creencia compuesta íntegramente de negativas. Conforme avanzaba la estación, trabajaba todo el día al sol. “Mi jardín tiene buen aspecto”, dijo. “Me gusta este cementerio porque es el lugar de reposo original de los muertos que descansan debajo. No los trajeron aquí desde lugares remotos, los recogieron por contrato, los numeraron y los describieron como mercancía; no se ha quebrantado su primer reposo, no se ha interrumpido su paz. Entierros precipitados les dieron las autoridades penitenciarias; los flacos cuerpos fueron lanzados a las trincheras por hombres casi igual de flacos, pues el Estado entero pasaba hambre en aquellos oscuros días. No hubo muchas oraciones, ni lágrimas, según hacían su recorrido los carros de los muertos. Pero las oraciones se habían pronunciado, las lágrimas habían caído, mientras los pobres hombres aún estaban vivos en las chironas de allá; y cuando

llegó el último muerto, fue como una liberación. Habían sufrido mucho; y yo por mi parte creo que por eso su descanso ha de ser largo, largo y dulce”.

Pasado un tiempo, llegó la lluvia, la suave, persistente y gris lluvia de las tierras bajas del Sur, y se quedó en el interior y copió otros mil nombres en el libro maestro. No se permitía la compañía de un perro por miedo a que el animal ladrara por la noche y rompiera la calma. No se oía a nadie salvo a él y habría sido un sonido agradable cuando yacía despierto en su estrecha cama de hierro, pero le parecía que iba en contra del espíritu del lugar. No fumaba, aunque albergaba el gusto por la pipa como cualquier soldado. Una infinidad de tardes plomizas, bajo un refugio hecho a toda prisa con ramas, cuando la lluvia caía y todo resultaba inhóspito, había encontrado consuelo en el humo serpentino; pero ahora le parecía que sería incongruente, y a veces hasta le resultaba que también sería egoísta. “Ellos no pueden fumar, ya sabes, ahí bajo la húmeda hierba”, pensaba, cuando se apostaba a la ventana y observaba las filas de túmulos que se extendían de un lado a otro a través del extremo oriental, “mi patio de armas”, lo llamaba. Y luego sonreía ante sus propias fantasías, corría la cortina, dejaba fuera la lluvia y la noche, encendía su lámpara y volvía de nuevo al trabajo en los libros maestros. Algunos de los nombres quedaban en su memoria; sentía como si hubiera conocido a los hombres que los llevaban, como si hubieran sido compañeros y fueran amigos todavía, aunque hubieran estado separados durante un tiempo. “James Marvin, Compañía B, Quinto Regimiento de Maine. El Quinto Regimiento de Maine estuvo en la batalla de los siete días. Y digo, ¿recuerdas la retirada camino abajo de la iglesia cuáquera y cómo Phil Kearney mantuvo firme la retaguardia?”. Y durante los siete días deambuló con su amigo mudo, que recordaba todo y a todos de la forma más satisfactoria. Uno de los pequeños tablones en el patio de armas le llamó particularmente la atención porque el nombre que tenía inscrito era el suyo: “- Rodman, Compañía A, Regimiento Centésimo Sexto de Nueva York”<sup>80</sup>.

---

<sup>80</sup> Todos estos nombres son ficticios.

“Recuerdo aquel regimiento; vino del extremo norte del Estado. Espacio en blanco Rodman debió de haberse derretido aquí, viniendo como venía de la región cuasi ártica de St. Lawrence. Me pregunto qué pensó del primer día caluroso, digamos, en Carolina del Sur, en aquellos tórridos campos de arroz”. Adquirió la costumbre de pararse un momento junto a esta tumba todas las mañanas y las tardes. “Espacio en blanco Rodman. Bien podría haber sido John. Y entonces, ¿dónde debería estar yo?”.

Pero Espacio en blanco Rodman guardó silencio y el guardián, tras arrancar un hierbajo o dos y arreglar la hierba que crecía sobre su pariente, volvió otra vez a sus obligaciones. “Estoy convencido de que Espacio en blanco es un pariente”, se dijo; “lejano, quizás, pero aun así un familiar”.

Un día de abril el calor era prácticamente insoportable; pero los rayos de sol no eran aquellos rayos bronceados que a veces encienden el aire en las ciudades del Norte y abrasan el asfalto al rojo vivo; en su lugar, eran suaves y apacibles; la tierra húmeda exhalaba su riqueza, no se movía una sola hoja, y todo el país parecía estar sentado en un cálido baño de vapor. Al amanecer el guardián había realizado sus tareas en el exterior, pero pasó el resto del día prácticamente sin moverse de su silla, entre dos ventanas, esforzándose por existir. A mediodía llegó un hombrecillo negro que traía sus provisiones desde la localidad, silbando y arrastrando los pies, más contento que unas pascuas. El guardián le veía llegar despacio por la carretera blanca, mientras se entretenía en el calor abrasador, se paraba para dar una voltereta o dos, para colgarse de la barandilla del puente, para hacer espontáneamente varias cabriolas él solo. Al final llegó a la verja, entró y, después de haber subido todo el camino al mismo paso que los marineros cuando bailan el *hornpipe*<sup>81</sup>, dejó la cesta en la puerta para permitirse arrastrar prolongadamente los pies por última vez antes de llamar.

---

<sup>81</sup> *Nota de la Traductora.*: el *hornpipe* es una danza tradicional muy popular en la música de Escocia, Inglaterra e Irlanda que data del siglo XVI. Una de las variantes más conocidas tiene su origen en un baile de marineros que simbolizaba las tareas que hacían a bordo, como recoger el ancla o las cuerdas del aparejo.

- ¡Para! - dijo el guardián a través de las cortinas cerradas.

El hombrecillo negro se retiró rápidamente; pero, dado que no salió nada más de la ventana –una bota, por ejemplo, o algún otro misil extraviado– reunió valor, mostró sus dientes de color marfil y se volvió a acercarse.

- ¿Te crees que te voy a tener levantando el calor de ese modo? - reclamó el guardián.

El hombrecillo negro sonrió, pero no respondió, a no ser que allanar la cálida arena blanca con sus negros dedos de los pies se pueda considerar como tal; después se quitó el sombrero sin alar y hizo una reverencia.

- ¿Hace, o no hace calor? - preguntó el guardián, de la misma manera que un naturalista le preguntaría a una salamandra, sin referirse tanto a sí mismo como a las ideas de la salamandra en torno a dicha cuestión.

- No sé, *mars* - contestó el hombrecillo negro.

- ¿Cómo te sientes *tú*?

- Creo que bien, *mars*.

El guardián desistió en su investigación y le mostró a la salamandra un centavo de *nickel*<sup>82</sup>.

- Supongo que no existe eso que se llama fuente fresca en todo este país que se derrite - dijo.

Pero la salamandra señaló con el pulgar un grupo de árboles en la llanura verde del norte del cementerio. “El sitio viejo de *mars* Ward, fuente fresca allá”. Después se marchó, echó a correr tan pronto como había pasado la verja, la boca se le hacía agua al pensar en comprar cierto pedazo de caramelo masticable en el establecimiento mercantil que regentaba tía Dinah en un rincón de su cabaña compuesta por una sola habitación. Al ponerse el sol, el guardián salió sediento con un cubo de hojalata colgando del brazo, en busca de una fuente fresca. “¡Ojalá sea como la fuente bajo las rocas de donde bebía cuando era joven!”, pensó. Nunca antes había andado en aquella dirección. De hecho, desde que abandonó la localidad, rara vez traspasaba los muros del cementerio. Un viejo camino cruzaba el conjunto

---

<sup>82</sup> Nota de la Traductora: el *Jefferson nickel* o, más coloquialmente, *nickel* es la moneda de cinco centavos de dólar que circula en los Estados Unidos desde 1938.

de árboles, a través de los campos hasta el páramo, y siguiéndolo le condujo hasta el lugar, una casa desierta con las vallas derrumbadas y el jardín cubierto de malas hierbas, con edificios exteriores que indicaban que hubo una época en la que la habitaban muchos sirvientes y un próspero amo. La casa era de madera, de grandes dimensiones, con pórticos alrededor; en la puerta principal se habían instalado unas sólidas rejas, y las cortinas (¿persianas?), cerradas, estaban protegidas de la misma manera; a falta de una buena mano de pintura, los listones estaban grises y cubiertos de musgo, y el pavimento de los pórticos se había derrumbado en algunos sitios a causa del deterioro. El guardián decidió que su cementerio era un lugar mucho más alegre que ese, y miró a su alrededor en busca de la fuente. Detrás de la casa, el terreno tenía pendiente; ahí debía de ser. Giró y de repente se topó con un hombre tumbado sobre una vieja alfombra ante la puerta trasera.

- Disculpe, pensé que aquí no vivía nadie - se excusó.

- Así es - contestó el hombre - No soy precisamente un cuerpo como tal, ¿no?

No tenía brazo izquierdo, y su rostro era enjuto y cansado a causa de una larga enfermedad; cerró los ojos después de hablar, como si esas pocas palabras le hubieran extenuado.

- He venido a por agua de la fuente fresca que tienen aquí, en algún lugar - prosiguió el guardián, escrutando al despojo que tenía ante sí con el interés de quien ha resultado gravemente herido y conoce el dolor pesado y prolongado. El hombre agitó la mano hacia la pendiente sin abrir los ojos, y Rodman se marchó con el cubo y encontró un pequeño y sombreado hueco, antes curvo y empedrado con guijarros blancos, pero ahora descuidado, como el resto del lugar. Sin embargo, el agua estaba fría, deliciosamente fría. Llenó el cubo y pensó que tal vez después de todo se esforzaría por hacer café, ahora que el sol se había puesto; sabría mejor al hacerlo con esta agua fría. Al subir la cuesta, el hombre tenía los ojos abiertos.

- ¿Quiere agua? - le preguntó Rodman.

- Sí, dentro hay una calabaza.

El guardián entró y se encontró en una sala amplia y sin muebles; en un rincón había paja cubierta con una vieja colcha; en otro, una mesa y una silla; un hervidor colgaba de la profunda



chimenea, y había unos pocos platos sobre la estantería; junto a la puerta colgaba de un clavo una calabaza; la llenó y se la dio al anfitrión de esta morada desolada. El hombre bebió ansioso.

- Pomp ha ido a la ciudad - dijo - y no he podido bajar a la fuente hoy, he tenido muchos dolores.

- ¿Y cuándo vuelve Pomp?

- Ya debería estar aquí; hoy llega muy tarde.

- ¿Puedo hacer algo más?

- No, gracias; pronto estará aquí.

El guardián miró hacia el páramo; no se veía a nadie. No era un hombre especialmente bondadoso, la vida había sido muy dura con él, pero su corazón no le permitía abandonar a esta criatura indefensa con la noche al caer. Así que se sentó en el escalón de la puerta.

- Descansaré un rato - dijo, no con ánimo de pedirle permiso, sino de informarle.

El hombre se apartó y volvió a cerrar los ojos, y ambos permanecieron en silencio, ocupados con sus propios pensamientos; pues cada uno de ellos había reconocido al antiguo soldado, del Norte y del Sur, por pedazos de los antiguos uniformes y en el acento. La guerra y sus recuerdos aún estaban muy cerca del tullido, paupérrimo Confederado; y el otro sabía lo que eran, y ninguno impuso sus ideas.

El crepúsculo cayó y nadie llegó.

- Déjeme traerle algo - dijo Rodman; pues el rostro parecía cadavérico al bajarle la fiebre. El otro lo rechazó.

La oscuridad llegó; aun así, nadie.

- Mire aquí - le indicó Rodman levantándose-. Yo también he estado herido, estuve meses en el hospital; sé cómo se siente. Debería comer, ahora, una taza de té y una rebanada de pan, negra y fina.

- No he probado el té ni el pan de trigo desde hace semanas - respondió el hombre; su voz se ahogó en un gemido, como si la debilidad y el dolor le hubieran provocado un grito, en vez de él mismo. Rodman encendió una cerilla; no había ninguna vela, solamente un trozo de pino metido en una toma de hierro en la pared; prendió fuego a esta primitiva antorcha y miró a su alrededor.

- Ahí no hay nada - dijo el hombre desde fuera, haciendo un esfuerzo por hablar a la ligera-. Mi criado se marchó a la ciudad a por provisiones. No se moleste en esperar; vendrá enseguida, y, y no quiero nada.

Sin embargo, Rodman se percató de la mentira que nacía de una pobreza orgullosa; conocía el temblor irregular de la voz, y esa mano trémula; el pobre hombre solamente tenía una que no dejaba de tiritar. Prosiguió su búsqueda; pero en la habitación desnuda no había nada, ni siquiera migajas.

- Bueno, si no tiene hambre - dijo enérgicamente-, a mí sí que me ladra el estómago; y le diré lo que voy a hacer. Yo no vivo lejos de aquí y también vivo solo; yo no tengo un criado como usted. Permítame que cene aquí con usted, solo para variar; y si llega su sirviente, mucho mejor, puede esperarnos. Voy a por las cosas y vuelvo.

Se fue sin esperar a la respuesta; el maltrecho tobillo marchó a toda prisa por el páramo y pronto regresó, cojeando un poco, pero apresurándose animoso, mientras llevaba una bandeja con los mejores víveres del guardián: patatas, carne en conserva, pan de trigo, mantequilla y café; puesto que él no comía los panecillos, el pan de maíz, la panceta ni el maíz molido de la región, y se seguía cocinando comidas de Nueva Inglaterra en su cocinilla, blanco de los prejuicios. La antorcha de pino llameaba a la entrada; había llegado una brisa de las lejanas montañas y había refrescado el aire. Rodman encendió un fuego en el cavernoso hogar, llenó el hervidor, encontró una cacerola y empezó la tarea, mientras el otro estaba tumbado fuera y observaba cada movimiento en la sala iluminada.

- Todo listo; déjeme que le ayude a entrar. Aquí tiene: patatas fritas, fiambre, mostaza, pan tostado, mantequilla y té. Coma, hombre; y la próxima vez, vendrá a mi casa y hará la comida mientras yo me quedo tumbado.

El hambre reinó y el otro comió, comió como si no hubiera probado bocado en meses. Según estaba acabando la segunda taza de té, un paso lento se aproximó a la casa; era el desaparecido Pomp, un negro mayor, encorvado y arrugado, que traía una bolsa de comida y algo de panceta en la cesta. "De eso es de lo que viven", pensó el guardián. Se despidió sin más palabras. "Supongo que ahora ya me puedo ir a casa en paz",

gruñó para su conciencia. El negro le siguió por lo que una vez fue el prado.

- Buen *mars* Ward muy bajo - dijo como pidiendo perdón, según abría la verja que todavía se sostenía entre los postes, aunque la valla se había derrumbado-. Pero yo tan deprisa, deprisa como podido; está mucho lejos de la ciudad. Orgullosa de verle, *sah* (señó); espero que viene pronto. Familia bueno, los Ward, *sah*, antes de guerra.

- ¿Cuánto tiempo lleva en este estado? - preguntó el guardián.

- Desde uno de últimas batallas, *sah*; pero peor desde venir aquí, más o menos un mes antes.

- ¿De quién es la casa? ¿No viene nadie a verle? ¿No tiene amigos?

- Casa de tío de *mars* Ward; sitio bueno antes, antes de guerra; él ahora muerto, y nadie, sólo señorita Bettina, y está fuera para una cosa. Lugar correcto, *sah*, para *mars* Ward, casa del tío - dijo el vetusto esclavo, esforzándose lealmente por mantener la dignidad de su familia incluso en ese momento.

- ¿Y no hay mejores habitaciones, ni muebles?

- Principio; pero, pero, señorita Bettina, coger las llaves; no sabía que nosotros venir.

- Más vale que mandes llamar a la señorita Bettina - repuso el guardián según ponía rumbo a casa (con su bandeja) y se lavaba las manos, como quien dice, de cualquier responsabilidad futura en esta cuestión.

Al día siguiente trabajó en el jardín, pues las nubes cubrían el sol y se podía hacer ejercicio; pero, sin embargo, no conseguía olvidar la cara nívea sobre la vieja alfombrilla. “¡Bah!”, se dijo, “¿acaso no he visto antes casas viejas y derrumbadas y seres humanos maltrechos?”.

Por la tarde llegó una violenta tormenta y el esplendor de los cielos era terrible. “Te hemos encadenado espíritu poderoso”, pensó el guardián al ver el relámpago, “y dentro de algún tiempo aprenderemos las leyes de los vientos y pronosticaremos las tormentas; entonces, ya no se elevarán oraciones en las iglesias para cambiar el tiempo más allá de las que pronunciamos hoy para cambiar un eclipse. Con todo, tras el relámpago y el viento se encuentra el poder del gran Creador, exactamente igual”.

Aun así, en sus cavilaciones se deslizaba sigilosamente, con una persistencia tenebrosa, la nívea cara sobre la alfombrilla.

“¡Sandeces!”, exclamó, “si las caras blancas deambulan como los fantasmas, ¿qué hay de las catorce mil caras blancas que se hundieron bajo el terrón de allá abajo? Si pudieran levantarse y andar, todo el Estado estaría lleno y no se necesitarían más *carpetbaggers*<sup>83</sup>”. Así, tras equipar una con catorce mil, se fue a la cama.

La luz del día trajo consigo la lluvia, sosegada, suave y gris lluvia; a la mañana siguiente, lo mismo, y la tercera, igual, las noches cumplieron su parte con nubes bajas y un golpeteo continuo sobre el tejado. “Si hubiera un río aquí, habría una inundación”, pensó el guardián, tamborileando distraído sobre el cristal de la ventana. La memoria le trajo las laderas empinadas de Nueva Inglaterra que conducían la lluvia a los arroyos, que de la noche a la mañana se convertían en torrentes y llenaban los ríos de tal manera que se desbordaban en las orillas; después, de forma repentina, una vieja casa en un rincón hundido del páramo se alzó ante sus ojos, y parecía que veía la lluvia goteando de un techo enmohecido sobre la paja donde yacía una cara blanca.

“A decir verdad, no tengo nada más que hacer hoy, ya sabes”, comentó para sí mismo en tono de disculpa, según enfilaban él y su paraguas el viejo camino; y repitió el comentario al entrar a la estancia en la que estaba tendido el hombre, tal y como lo había imaginado, sobre la paja húmeda.

- El tiempo *es* desagradable - dijo el hombre-. Pomp, trae una silla.

Pomp trajo una, la única, y la visita se sentó. Un fuego ardía sin llama en el hogar y despedía un humo acre de vez en cuando, como si la lluvia hubiese atascado el hollín en la descuidada

---

<sup>83</sup>El término peyorativo *carpetbagger* nació en los Estados Unidos en el siglo XIX y se aplicó originalmente después de la Guerra de Secesión en alusión a los nortños que se mudaban a los estados del Sur, entre los años 1865 y 1877. La denominación derivaba del término *bolsa de alfombra* (*carpet bag* en inglés) que se refería a una forma barata de construir una maleta de viaje utilizando una alfombra en mal estado. Designaba a aquellas personas oportunistas que emigraban al Sur con el objetivo de conseguir un beneficio de forma abusiva o ilegal, sin la más mínima intención de establecerse en dicha región, lo que acababa por perjudicar a la población local.

chimenea; del techo cubierto de manchas rezumaban y caían gotas que salpicaban tediosamente en pequeños charcos sobre el suelo deteriorado; la puerta no se cerraba; los cristales rotos estaban tapados con trapos, como si el viejo criado hubiera intentado dejar fuera la humedad; en las cenizas se estaba cociendo pan de maíz.

- Me temo que durante estos últimos días largos y lluviosos no ha estado muy bien - dijo el guardián, escrutando la cara que estaba sobre la paja.

- Mi viejo enemigo, el reuma - contestó el hombre-. Se irá con los primeros rayos de sol.

Hablaron un rato o, mejor dicho, habló el guardián, pues parecía que el otro a duras penas podía hablar, ya que los embates del dolor le devastaban; luego la visita salió y llamó a Pomp.

- ¿Hay alguien que le ayuda o no? - preguntó impaciente.

- Familia bueno, antes de guerra - empezó a decir Pomp.

- Eso no me importa; ¿hay alguien que le ayuda ahora, sí o no?

- No - respondió el anciano negro en un arranque de sinceridad desesperada-. Señorita Bettina, es tan pobre como *mars* Ward, y no haber nadie más. No comido nada, solo pan de maíz duro durante tres días y no puede tragar no más.

La mañana siguiente fue testigo de cómo Ward de Rosset estaba tendido sobre un blanco camastro en la pequeña casa de campo del guardián y de cómo el viejo Pomp, maravillado por la limpieza a su alrededor, se instalaba como enfermero. ¿Acaso no era un sanatorio extraño para un soldado confederado? Pero no sabía del cambio, contra el que habría luchado hasta su último aliento si la conciencia le acompañara; sin embargo, la vuelta de la fiebre había tomado las riendas de sus sentidos, y fueron entonces el guardián y el esclavo los que le llevaron despacio a través del páramo, para lo que tuvieron que descansar muchas veces, pero al final consiguieron terminar el recorrido.

Aquella tarde John Rodman, al pasear de acá para allá en el fusco crepúsculo, se paró al lado del otro Rodman.

- No le quiero aquí, y esa es la pura verdad - dijo, siguiendo la corriente de sus pensamientos-. Llena la casa; él y Pomp juntos trastocan todas mis costumbres. Estará listo para

lanzarme un ladrillo también cuando recupere sus sentidos; no me dará ni las gracias por haberme tumbado en el suelo, renunciando a todas mis comodidades, y, lo que es peor, ¡arremeterá contra el espíritu del lugar en un acto de venganza!

Se tiró sobre la hierba junto al túmulo y se tumbó a mirar las estrellas, que estaban saliendo, una a una, en el azul oscuro de la noche sureña.

- En un acto de venganza, ¿he dicho? Precisamente eso es, la venganza de la bondad. El pobre hombre ha sufrido una barbaridad en cuanto a su cuerpo y su condición, y ahora la irónica Fortuna le ha puesto en mi camino, como diciendo, “déjame ver cuánto resiste tu egoísmo”. Esta no es una cuestión de magnanimidad; aquí no hay magnanimidad, pues la guerra ya terminó, y vosotros los del Norte habéis conseguido todos los puntos por los que luchasteis. Es simplemente una cuestión entre dos hombres; sucedería lo mismo si el doliente fuese un pobre federal<sup>84</sup>, uno de los *carpetbaggers*, a los que tanto desprecias, por ejemplo, o un chino pagano<sup>85</sup> de esos. Y la Fortuna tiene razón; ¿no te parece, Espacio en blanco Rodman? Se lo digo a usted, a alguien que ha sufrido el extremo rigor del otro lado, aquellas chironas de allá”.

Tras lo cual, Espacio en blanco Rodman respondió que había luchado por una gran causa, y que lo sabía, a pesar de ser un hombre franco y no muy dado a los discursos; no era uno de esos que se habían quedado sentados en casa sin correr peligro a lo largo de la guerra y ahora menospreciaba estas cuestiones y les restaba importancia.

(Aquí llegó un murmullo de una de las largas filas de trincheras, como si todos los muertos hubieran gritado).

Pero ahora que se habían conseguido los puntos por los que había luchado y el conflicto había terminado, todos los hombres tenían el claro deber de promover la paz. Por su parte, no albergaba maldad; le alegraba que el pobre confederado estuviera en la casa de campo y lo mismo pensaba de que el

---

<sup>84</sup> Soldado de la Unión.

<sup>85</sup> Se refiere a los inmigrantes chinos de la costa oeste que trabajaban en la construcción del ferrocarril. Con frecuencia eran descritos negativamente en la prensa.

guardián le hubiera llevado allí. Le gustaría añadir que tenía un mejor concepto de él; pero lamentaba decir que estaba muy al tanto del esfuerzo que suponía y de cómo la caridad había empezado casi a regañadientes.

Si Espacio en blanco Rodman no dijo todo esto, al menos el guardián se imaginó que sí. “Es lo que habría dicho”, pensó. “Me alegro de que no se oponga”, añadió, fingiendo para sí mismo que no se había percatado del resto del comentario.

- No nos oponemos al valiente soldado que luchó sinceramente por su causa, a pesar de que luchó en el otro bando - respondió Espacio en blanco Rodman en nombre de los catorce mil-. Pero no permita nunca que un cobarde, un veleidoso o un haragán deslenguado camine sobre nuestras cabezas. ¡Nos haría revolvernos en nuestras tumbas!

Y al guardián le parecía ver que pasaba un tenebroso desfile, soldados demacrados con caras blancas que retomaban las armas contra el producto sutil de la paz, hombres que decían “¡No fue nada! ¡Mirad, lo vimos con nuestros propios ojos!”, ojos que instaban a quedarse en casa.

Al tercer día la fiebre remitió y Ward De Rosset se fijó en el entorno. El viejo Pomp reconoció que le habían trasladado, pero ocultó el lugar:

- A casa de amigo, *mars* Ward.
  - Pero yo no tengo amigos, Pomp - dijo una débil voz.
- A Pomp le divertía lo absurdo de la situación.
- ¡No amigos, *mars* Ward, no amigos!

Se vio obligado a salir de la habitación para disimular la risa. El débil enfermo permaneció tumbado pensando que la cama estaba fresca y que las cortinas verdes que estaban cerradas eran agradables; sus delgados dedos acariciaban la sábana de lino y sus ojos saltaban de un objeto a otro. Lo único que desentonaba con la regla de la utilidad que imperaba en la sencilla habitación era un cuadro de papel de dibujo blanco que colgaba de la pared, sobre el que se habían inscrito en letra ornamental los siguientes versos:

Toujours femme varie<sup>86</sup>,  
Bien fou qui s'y fie;  
Une femme souvent  
N'est qu'une plume au vent.

Con la persistencia de la enfermedad, los ojos y la mente de Ward de Rosset repasaron una y otra vez este dístico; sabía algo de francés, pero no estaba a la altura del esfuerzo que suponía traducirlo; solamente las rimas atraparon su errante fantasía. "Toujours femme varie", se repitió una y otra vez; y cuando el guardián entró, se lo dijo.

- Así es - contestó el guardián-. Bien fou qui s'y fie. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

- No me he encontrado en absoluto, hasta ahora. ¿Es esta su casa?

- Sí.

- Pomp me dijo que estaba en casa de un amigo - observó el enfermo, vagamente.

- Bueno, no es la casa de un enemigo. ¿Ha desayunado? ¿No? Entonces, mejor no hable.

Fue a un cobertizo que estaba separado y que hacía las veces de cocina, desbarató los torpes preparativos de Pomp y le ordenó que saliera; luego se puso a trabajar y preparó un delicioso desayuno con una gran habilidad. El enfermo miró la bandeja con avidez según entraba.

- Creo que debería lavarse las manos y la cara con la esponja - dijo Rodman; y después le recostó con destreza y le dejó para que comiera. Era necesario cortar la hierba en el patio de armas; se cargó al hombro la guadaña y enfiló el camino, propinaba violentos puntapiés a la gravilla según iba andando. "¿Acaso no era la soledad tu idea principal, John Rodman, cuando te presentaste para este lugar?", se interpellaba. "¿Cuánta crees que será probable que tengas con los enfermos, sus criados y demás?".

---

<sup>86</sup> La mujer siempre varía/aquel que confía en ella está loco/ a menudo una mujer/ es solo una pluma al viento.



El “y demás”, agregado a modo de clímax retórico, se tornó realidad y se materializó físicamente en la escena, un auténtico clímax. Una tarde, al llegar a deshora a la casa de campo, se encontró a una muchacha sentada junto al camastro, una joven con hoyuelos y cubierta de rocío; una de esas exquisitas rosas del Sur que, aun en el capullo, son más coloridas y exuberantes que cualquier flor del Norte. La vio a través de la puerta y se paró; el viejo Pomp se acercó a él angustiado y le hizo señas prudentemente para que no entrara.

- Señorita Bettina - susurró con un sonido gutural-. Ha venido de no sé y es muy enfada porque *mars* Ward está aquí. Yo conté todo, goteras, reúma y pan de maíz duro, pero reñir a mí; y *mars* Ward saber ahora dónde estar y enfadado también.

- ¿Esta chica es tonta? - dijo Rodman. Empezaba a reponerse un poco. Irrumpió en la habitación y le hizo frente-. Tengo el honor de dirigirme a...

- La señorita Ward.

- Y yo soy John Rodman, guardián del cementerio nacional.

Lo ignoró completamente; como si hubiera dicho “Soy John Jones, el cochero”. Los cocheros eran útiles a su manera; pero sus nombres no tenían importancia.

El guardián se sentó y miró a su nueva visitante. La pequeña criatura casi irradiaba desprecio; su hermosa cabeza estaba echada hacia atrás, sus ojos, marrones oscuros con largas y atezadas pestañas, apenas se dignaron a mirarle; le habló como si fuese un mecánico al que había que pagar y despedir.

- Le debemos la manutención de algunos días, me parece, guardián, medicinas, imagino, y su atención en general. Mi primo será trasladado hoy a nuestra propia residencia; me gustaría abonar ahora lo que debe.

El guardián vio que su vestido era viejo y estaba descolorido; era evidente que el pequeño chal negro tenía muchas lavaduras y lo habían remendado muchas veces; el anticuado bolso de punto que sostenía en la mano estaba lacio y escuálido.

- Muy bien - dijo-. Si desea tratar así un acto de bondad, considero que cinco dólares al día no es demasiado por las molestias, los gastos y los inconvenientes que me ha causado. Déjeme ver, cinco días ¿o eran seis? Sí. Treinta dólares, señorita Ward.

La miró fijamente; ella se sonrojó.

- Le enviaremos el dinero - comenzó a decir altanera; después, titubeó-. Tengo que pedirle un poco de tiempo.

- Oh, Betty, Betty, sabes que no puedes pagarlo. Por qué disimular. Pero eso no justifica que *usted* me haya traído aquí - intervino el enfermo y se volvió hacia el anfitrión en un intento de hablar con fiereza, que culminó en una voz trémula entrecortada.

El vetusto esclavo permaneció ansioso al otro lado de la puerta todo este tiempo; en las pausas oían cómo arrastraba los pies mientras aguardaba a la decisión de sus superiores. El guardián se levantó y abrió las cortinas de la ventana que daba al lejano patio de armas.

- Haberle traído aquí - repetía - *aquí*, ese es mi delito, ¿verdad? Ahí reposan catorce mil hombres valientes y leales. Si pudieran regresar a la tierra, serían los primeros en compadecerse de usted y brindarle su ayuda, ahora que está maltrecho. Sucedería lo mismo con usted a la inversa; pues un soldado es generoso con otro soldado. No era su corazón el que hablaba en aquel momento; era el pequeño veneno de una mujer, que aquí, al igual que en el resto del Sur, está desempeñando su rencoroso papel.

El enfermo miró a través de la ventana y vio por primera vez las extensas filas de muertos. Estaba muy débil y las palabras del guardián le habían afectado; tenía los ojos bañados en lágrimas. Pero la señorita Ward se levantó con una mirada destellante. Le dio la espalda por completo al guardián e ignoró su existencia.

- Te llevaré a casa inmediatamente, Ward, esta misma tarde - repuso.

- Un lugar apacible y cómodo para un enfermo - apostilló el guardián con desdén-. Me voy a prepararle la cena, De Rosset; más vale que coma bien antes de irse.

Desapareció, pero al salir oyó al enfermo decir en tono de desaprobación:

- La antigua casa ya no es muy cómoda ahora, de veras que no, Betty; padecí mucho.

Y el arrebató apasionado de la muchacha como respuesta.

Después cerró la puerta y se dispuso a trabajar.

Al volver, media hora después, Ward estaba recostado exhausto sobre las almohadas y su prima estaba sentada con la cabeza apoyada sobre la mano; había estado llorado y parecía muy desolada, a su juicio, sentada allí, en lo que para ella era la región del enemigo. No obstante, el hambre es un amo fuerte, sobre todo cuando se alía con la debilidad; y el enfermo comió con avidez.

- Tengo que volver - dijo la muchacha y se levantó-. Enviaré un carro para recogerte, Ward; Pomp te ayudará.

Pero Ward había ganado un poco de fuerza, así como de obstinación con la nutritiva comida.

- Esta noche no - dijo.

- Sí, esta noche.

- Pero no me puedo ir esta noche; eres poco razonable, Bettina. También puedo irme mañana, si es que debo marcharme.

- ¡Si es que debes marcharte! No te quieres ir, entonces, irte a tu propia casa, conmigo - se le quebró la voz, se giró hacia la puerta.

El guardián dio un paso adelante.

- Todo esto no tiene sentido, señorita Ward - dijo-. Y usted lo sabe. Su primo no está en condiciones de que le muevan. Espere una semana o dos, y entonces podrá irse de manera segura. Pero no se atreva a ofrecermelo dinero otra vez; mi bondad era para con el soldado, no el hombre, y como tal puede aceptarla. Venga a verlo tan a menudo como quiera. No me inmiscuiré en eso. Pomp, lleva a la señora a casa.

Y la mujer se marchó.

Así empezó una vida singular para los cuatro: un soldado confederado enfermo postrado en la casa de campo del guardián de un cementerio nacional; una pequeña rebelde desenfrenada que va diariamente a un lugar que para ella es su *anathema maranatha*<sup>87</sup>; un guardián cínico y misántropo que duerme en el suelo y soporta todas las incomodidades por un hombre al que no había visto antes, un hombre que pertenece a una clase holgazana y arrogante que detestaba; y un viejo liberto

---

<sup>87</sup> Anathema-maranatha es una invocación usada en Corintios, una prohibición religiosa o excomulgación.

(emancipado?) negro que accedía a que le enseñaran el alfabeto a cambio de que le permitieran esperar a su amo, si bien ya no según la ley, con toda la devoción de su anciano y afectuoso corazón. Pues el guardián le había hecho saber a Pomp que o aprendía el alfabeto o debería marcharse; tras todos estos años de teoría, él, como habitante de Nueva Inglaterra, no podía mantenerse al margen y ver cómo vedaban el preciado conocimiento al hombre negro. Así que se lo mostró, lo que probó ser una tarea muy pesada.

Ward de Rosset no se recuperó con la celeridad que esperaban. El canoso doctor de la localidad llegó a caballo, subió la calzada a paso lento con el ceño fruncido y, según se apeaba del caballo, lanzó una mirada furtiva hacia el patio de armas. Su caballo y su abrigo estaban igual de viejos y gastados, sus anchos hombros estaban torcidos por los largos años de servicio en los hospitales confederados de suministros miserables, donde se había afanado por cumplir su deber todos y cada uno de los días y las noches de aquellos años ensombrecidos. Maldecía la incompetencia de las altas esferas, maldecía la mala administración del departamento médico en su conjunto del ejército confederado, maldecía la imprudencia y la indiferencia que habían dejado a los hombres sufriendo a falta de hospitales y almacenes médicos adecuados; sin embargo, siguió haciéndolo resueltamente lo mejor que sabía hasta el final con los escasos medios que tenía a su alcance. Después, ya en casa, él y su viejo caballo volvieron a hacer sus recorridos, él recetaba medicación contra la tos ferina y el sarampión, mientras Dobbin esperaba fuera; la única diferencia era que los honorarios eran reducidos y las buenas comidas, escasas para ambos, no solo para el hombre, sino también para el animal.

El doctor se sentó y conversó afablemente durante un rato con De Rosset, cuyos padre y tío habían sido buenos amigos suyos en los días brillantes y prósperos; después, dejó unas pocas medicinas inocuas y se levantó para marcharse, posó la mirada momentáneamente sobre la señorita Ward, después sobre Pomp, como si estuviera dudando. Pero no dijo nada hasta que se topó a la salida con el guardián y reconoció a una persona a la que le podía confesar la verdad.

- No hay nada que hacer; puede que se reponga, o puede que no; simplemente es cuestión de fuerza. No necesita medicinas, solo comida nutritiva, descanso y cuidados esmerados.

- Así será - respondió brevemente el guardián.

Después, el viejo caballero se montó en el caballo y se marchó, su primera y última visita al cementerio nacional.

- ¡Nacional! - dijo para sí-. ¡Nacional!

Todas las conversaciones sobre mover a De Rosset cesaron, pero la señorita Ward se trasladó a la vieja casa. No había mucho que trasladar: ella misma, su único baúl y Mari, una asistenta negra cuyo nombre probablemente empezó siendo María, pues el acento aún habitaba la última sílaba acortada. El guardián fue allí una vez, una sola vez, a por un recado para el enfermo, cuyos antojos se manifestaban algunas veces a horas intempestivas, como cuando Pomp iba a la localidad, por ejemplo. En esa ocasión, el guardián entró por lo que parecía la burla de una verja y llamó a la puerta principal, de la que se habían quitado las rejas; al pórtico aún se le veían los tablones ruinosos, pero se habían plantado enredaderas veraniegas de crecimiento rápido y ahora rodeaban las viejas columnas y cubrían todos los defectos con su follaje. Era el esfuerzo patético de una mujer por ocultar lo que no se puede tapar, la pobreza. Las cortinas estaban abiertas a uno de los lados y las blancas cortinas ondeaban de acá para allá en la brisa; a este cuarto le hizo pasar Mari. Había una estera en el suelo, ominosamente cubierta de manchas aquí y allí por la humedad del suelo cercano. El mobiliario era de caoba oscuro, bonito en su época: sillas, una pesada consola con cristal en la parte baja, en el que nadie se podía mirar de ninguna manera a no ser que tuviera los ojos en el tobillo, un sofá con un cojín redondo y duro hecho con tela de pelo a cada uno de los brazos curvos, y un espejo con un compartimento prominente en la parte superior que mostraba un cuadro de pastores y pastoras, y corderos con cintas azules alrededor del pescuezo, disfrutando todos ellos de la forma más viva y natural. Había flores sobre la repisa de la chimenea, pero su fragancia no podía superar el ligero olor de la estera de paja

húmeda. Sobre la mesa había libros, la vida del general Lee<sup>88</sup> y tres o cuatro pequeños volúmenes desvencijados impresos en el Sur durante la guerra, huérfanos de prosa y poesía muy elaborados, de un rico estilo colorido que parecía autóctono de la tierra sureña.

“De algún modo, todo me recuerda a un funeral”, pensó el guardián.

La señorita Ward entró y la habitación floreció de inmediato; al menos eso es lo que habría dicho un enamorado. Rodman, sin embargo, solo reparó en que ella había florecido, pero no la habitación, y se dijo para sí mismo que no florecería mucho tiempo si seguían viviendo en un lugar tan enmohecido. Estos días la conversación entre ambos era excesivamente cortés, acortada al más mínimo extremo posible, y entablada sin la ayuda de los ojos, al menos por una de las partes. Rodman había descubierto que la señorita Ward nunca le miraba, de manera que él tampoco la miraba a ella, es decir, a menudo; sin embargo, era humano y ella era deliciosamente hermosa.

Esta vez intercambiaron exactamente cinco frases, y luego él se marchó, no sin que antes sus veloces ojos descubrieran que el resto de la casa estaba en peores condiciones que este salón, al que, por cierto, la señorita Ward consideraba un cuarto bastante elegante; había estado cerca de la costa intentando enseñar en una escuela y allí la desolación era mucho mayor que aquí, ambos ejércitos habían pasado de un lado a otro sobre la tierra, los menesterosos en las calles y la antorcha cumpliendo su cometido más de una vez.

“¿Habrà alguna vez un cambio para mejor?”, pensó el guardián de regreso a casa. “¡Tamaño ajobo queda aún por delante! Pero al menos, John Rodman, *tú* no tienes que bregar; a *ti* no te han pedido que arrimes el hombro”.

---

<sup>88</sup> General estadounidense Robert E. Lee (1807-1870) que dirigió el Ejército Confederado de Virginia del Norte durante la guerra civil norteamericana. Era famoso por su coraje y estrategia militar. Condujo a los confederados en la batalla de Gettysburg; se rindió en Appomattox en 1865, dando por terminada la guerra civil. Woolson se refiere a una de las tres biografías: Edward Lee Childe *Vida y campañas del General Lee, por su sobrino* (1875); John William Jones, *El General Lee a la retaguardia* (1880), o William Parker Snow *Lee y sus generales* (1867).

No obstante, sí que llamó a Pomp aquella misma tarde y le enseñó con severidad la “e” y la “f” empleando suave arena blanca como encerado y un palo a modo de tiza. La cartilla de lectura de Pomp era un letrero del gobierno que colgaba de la pared del de la oficina. Versaba así:

EN ESTE CEMENTERIO REPOSAN LOS RESTOS  
DE  
CATORCE MIL TRES CIENTOS VEINTIUNO  
SOLDADOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

No me digas en lúgubres cadencias<sup>89</sup>  
que “la vida no es más que un sueño vano”.  
Y que el alma es la muerte que reposa,  
y las cosas no son lo que parecen.  
¡La vida es verdadera! ¡La vida es palpitante!  
y no termina, no, en la sepultura.  
El “polvo soy, y en polvo has de volverte”  
no se ha dicho jamás para las almas.

“El único ejemplo conocido de la condescendencia del gobierno con la poesía”, había pensado el guardián al leer el cartel por primera vez. Estaba colocado allí para instruir y aleccionar a los visitantes; pero, dado que no venía nadie, se tomó la libertad de usarlo como cartilla para Pomp. Las grandes letras sirvieron admirablemente a su propósito y Pomp se aprendió la cita completa; lo que pensaba de ella no se sabía. La señorita Ward venía diariamente a ver a su primo. Al principio le traía sopas y distintas mezcolanzas de su propia cocina, aquella caverna con goteras, que hacía tiempo fue el comedor, donde el soldado se había cobijado después de que le rechazaran en el hospital; pero las sopas del guardián eran más ricas y no estaban contaminadas por el humo; sus leyes militares sobre el orden ni siquiera se atrevía a desobedecerlas el desorganizado y viejo Pomp, y el enfermo pronto aprendió la diferencia. Le daba las gracias a la muchacha, que venía a llevarles cuidadosamente los platos con sus propias manos llenas de hoyuelos y, después,

---

<sup>89</sup> El comienzo del poema “El salmo de la vida” (1838) de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882).

cuando se ya se había ido, los tiraba sin probarlos. Casualmente la señorita Ward se enteró y lloró amargamente; siguió viniendo, pero no volvió a traer nunca más sus pobres y exiguas sopas ni mermeladas.

Una mañana de mayo el guardián estaba trabajando cerca de la bandera cuando sus ojos repararon en una procesión que iba por la calzada que llegaba hasta la ciudad y giraba hacia el cementerio. Nadie venía nunca por aquel camino: ¿qué podría significar? Se acercó, cruzó la verja y vio que eran negros que andaban de dos en dos, hombres y mujeres, jóvenes e incluso niños ataviados con sus mejores galas; aun siendo sus mejores atuendos, dejaban mucho que desear, a veces eran imitaciones verdaderamente ridículas de “viejo *mars*” o “vieja *miss*”, otras veces eran meros harapos unidos con mucho valor y adornados con una tira de calicó negro o una escarapela de cinta negra; todos ellos portaban el duelo como distintivo. Todos llevaban flores, flores comunes de los jardincillos de la parte trasera de las cabañas que se extendían alrededor de las afueras de toda la localidad, cabañas nuevas con chimeneas de piedras apiladas y campos descuidados de maíz; todos y cada uno de los niños negros tenía un ramo y marchaba solemnemente, ponía los ojos en blanco, pero sin ni siquiera esbozar el principio de una sonrisa, mientras los mayores avanzaban con gravedad, la alegría burbujeante e irrefrenable de los negros dominada por la dignidad de los libertos neonatos.

“El Día de los caídos”, pensó el guardián; “se me había olvidado”.

- ¿Nos haría el honor, *sah*, de encabezar la procesión, *sah*? - dijo el líder, con una reverencia ceremoniosa.

El guardián no era muy partidario de esparcir flores, Norte o Sur; había visto más de una vez cómo esta hermosa ceremonia se convertía en una manifestación política. Aquí, no obstante, en esta pequeña y aislada localidad del interior, no sucedía nada parecido; la totalidad de la población de los blancos dejaba las rosas y lloraban de verdad en el campo santo sobre las tumbas de quienes habían perecido cada vez que llegaba el Día de los caídos sureños, y de la misma manera la totalidad de la población de los negros iba al cementerio nacional con flores el día en el que, a lo largo de todo el Norte, las flores primaverales



descansaban sobre las tumbas de los soldados, desde el pequeño pueblo de Maine hasta las extensas filas de Arlington, desde Greenwood hasta los lugares de sepultura del extremo occidental de San Francisco<sup>90</sup>. El guardián se sumó a la procesión y abrió camino hasta el patio de armas. Según se aproximaban a las trincheras, el líder comenzó a cantar y el resto le siguió.

- Mécete suavemente, dulce carruaje<sup>91</sup> - cantaban los libertos y su himno se elevó y cayó con una extraña y dulce armonía, una de esas melodías salvajes y orales que el Norte oía con sorpresa y asombro cuando, después de la guerra, las bandas de cantantes llegaban a sus ciudades y entonaban las canciones de los esclavos con el objeto de conseguir la ansiada educación para sus hijos.

- Mécete suavemente, dulce carruaje - cantaban los libertos y avanzaban de dos en dos esparciendo las flores por las tumbas hasta que el verdor estuvo salpicado de color. Resultaba conmovedor ver a algunos hombres y mujeres ancianos, trabajadores del campo ignorantes, encorvados, de ojos apagados y carentes de la más mínima formación, dejando con sumo cuidado sus pobres flores de la mejor manera posible. Apenas sabían que los hombres que descansaban bajo aquellos túmulos habían hecho algo maravilloso por ellos y por sus hijos; y así llegaban con sus flores, con poco saber, pero con mucho amor.

Al acabar la ceremonia, se retiraron. Cuando se giró, el guardián alcanzó a ver fugazmente la cara de la señorita Ward en la ventana.

- Espero nosotros no está haciendo demasiado libre, *sah* - dijo el líder, conforme la procesión se marchaba y muchos de ellos

---

<sup>90</sup> Las mujeres sureñas empezaron a decorar las sepulturas de los muertos de la guerra antes del comienzo oficial de Memorial Day el 5 de mayo de 1868. Memorial Day fue inaugurado por el general de la Unión John Logan (1826-1886) y se caracterizaba por la colocación de flores en las tumbas de los soldados de la Unión y de los confederados en el cementerio nacional de Arlington.

<sup>91</sup> Se trata de un famoso espiritual negro que contiene todos los elementos característicos del género como son las referencias a la Biblia y la esperanza de una vida mejor en el cielo.

hacían reverencias-. Pero nosotros ha guardado el día ahora dos años, *sah*, antes de usted venir, *sah*, y nosotros enseña niños a guardar, *sah*.

El guardián volvió a la casa de campo.

- Ni una cara blanca - dijo.

- Claro que no - respondió secamente la señorita Ward.

- Sé que hay algunas tumbas al Norte, señorita Ward, tumbas de soldados sureños y sé de algunas mujeres del Norte que no se dignan a poner unas pocas flores en los solitarios túmulos según pasan con ellas en el Día de los caídos.

- Tiene suerte. Deben de ser ángeles. No tenemos ángeles aquí<sup>92</sup>.

- Me inclino a pensar que tiene razón - repuso el guardián.

Aquel día el viejo Pomp, que había pasado inadvertido en la cocina durante la ceremonia, se escabulló al anochecer y regresó con unas pocas flores. Rodman le vio yendo hacia el patio de armas y le observó. El anciano no tenía más que unas pocas flores; las colocó apresuradamente sobre los túmulos mientras lanzaba miradas furtivas a la casa y después volvió a hurtadillas, satisfecho; había cumplido su parte.

Ward de Rosset yacía sobre el camastro, aparentemente no había cambiado; no parecía ni más fuerte ni más débil. Había desarrollado una dependencia infantil con respecto a su anfitrión y le agotaba, como dicen los escoceses; pero Rodman se resistía a sus caprichos y sólo le dedicaba las tardes, cuando la señorita Bettina no estaba allí. Una tarde, no obstante, llovía con tal violencia que se vio obligado a resguardarse; se puso a trabajar en los libros maestros; se llegaba por el nueve mil. Pero el enfermo oyó que entraba en el cuarto exterior y le llamó con su voz débil:

- Rodman, Rodman.

Después de un rato entró y acabó quedándose; pues el paciente estaba nervioso e irritable y se compadeció de quien le atendía, que parecía que no era capaz de complacerle en nada.

---

<sup>92</sup> Podría tratarse de una alusión a Clara Barton (1821-1912), enfermera voluntaria durante la guerra civil y fundadora de la Cruz Roja norteamericana, era conocida como el "Ángel del campo de batalla" por su labor humanitaria.

De Rosset se volvió con un suspiro de alivio hacia las fuertes manos que le incorporaban con facilidad, hacia su actitud serena, hacia la voz del hombre que parecía traer una brisa del exterior a la habitación cerrada; animado, alegre, hablaba locuazmente. El guardián escuchaba, respondía de cuando en cuando y se hizo cargo tranquilamente del resto de la tarde. La señorita Ward cedió ante el silente cambio, se recostó y cerró los ojos. Parecía exhausta y, por primera vez, pálida; el cabello oscuro y suelto se le ensortijaba en pequeños rizos alrededor de las sienes y los labios se le separaban como si estuviera demasiado cansada para cerrarlos; pues lo suyos no eran de esos labios finos y rectos que se cierran herméticamente de forma natural, como la línea recta de una caja cerrada. El enfermo no paraba de hablar.

- Vamos, Rodman - dijo, después de un rato-. He leído ese verso suyo al menos diez mil cincuenta y nueve veces; por favor, cuénteme su historia; quiero tener algo claro sobre lo que reflexionar cuando lo lea por diezmilésima sexcentésima vez.

“Toujours femme varie,  
 Bien fou qui s'y fie;  
 Une femme souvent

N'est qu'une plume au vent” - leyó despacio el guardián, con un acento inglés execrable-. Bueno, no sé si tengo algo que objetar al hecho de contarle la historia. No estoy seguro, pero me hará bien escucharla otra vez en un lenguaje claro y comprensible.

- Entonces tiene que ver con usted - dijo De Rosset -; mejor aún. Espero que sea, como dicen los niños, la verdad verdadera, y bien larga.

- Será la verdad, pero no larga. Cuando estalló la guerra, tenía veintiocho años, vivía con mi madre en nuestra granja en Nueva Inglaterra. Mi padre y dos hermanos habían muerto y me habían dejado la casa; si no, tendría que haberme marchado a buscar fortuna al extremo oeste, donde las tierras son mejores y la vida, más libre. Pero madre adoraba la casa, los campos y todos y cada uno de los torcidos árboles. Estaba sola, así que me quedé con ella. En el centro del prado comunal estaba la plaza, una

casa de reuniones blanca<sup>93</sup> y cerca de allí, la casita de campo donde vivía el pastor; la hija del clérigo, Mary, era mi prometida. Mary era una criatura pequeña y delgada, con una cabellera larga y dorada, ojos azules y serios, y rasgos pequeños y delicados; era excesivamente tímida; su voz era baja y dulce. No tenía los dieciocho e íbamos a esperar un año. Llegó la guerra y me presenté voluntario y me hicieron marchar, claro; nos escribíamos a menudo; mis cartas rebosaban noticias del campamento y las refriegas; las tuyas, del pueblo, de cómo la viuda Brown había caído enferma y de cómo temían que los chicos de Squire Stafford se estuvieran yendo por el mal camino. Entonces llegó el día en el que mi regimiento marchó al campo donde se produjo su matanza y poco después el resto maltrecho de los nuestros regresó a casa. Mary lloró por mí y fue cada día a la granja con sus ramos de violetas; me leía en alto sus libros y yo permanecía tumbado viendo cómo se inclinaba sobre la página, con la luz cayendo sobre su pelo dorado que resaltaba sobre su pálido cuello. Después sanaron mis heridas y me fui otra vez, esta vez durante tres años; y el padre de Mary me bendijo y afirmó que cuando la paz llegara me llamaría hijo, pero no antes, pues no era una época para desposarse o conceder en matrimonio. Era un buen hombre, un abolicionista de primera categoría y tenía el temperamento de un león rugiente; pero la naturaleza le había dotado de un cuerpo tan pequeño que no infundía mucho miedo cuando rugía. Dije que me iba por tres años; pero han pasado ocho y no he vuelto jamás al pueblo. Primero, murió madre. Después, me Mary fue infiel. Vendí la granja por carta y perdí el dinero tres meses después en una inversión desafortunada; mi salud se quebró. Al igual que muchos otros soldados norteamericanos, recordé el clima curativo del Sur; su suave brisa me alcanzó cuando la nieve cubría los campos y el viento cortante silbaba alrededor de la triste taberna donde los voluntarios pobretones y medio tullidos se sentaban alrededor del fuego y tosían. Presenté la solicitud para este lugar y lo conseguí. Eso es todo.

---

<sup>93</sup> *Nota de la Trad.:* normalmente era el primer edificio público que se construía en los pueblos y servía tanto de lugar de culto y como de reuniones públicas.

- Pero eso no es todo - dijo el enfermo, incorporándose sobre el codo-. No has contado ni la mitad todavía y tampoco has dicho nada de los versos en francés.

- Ah, ¿eso? Un francés se hospedó en el hotel; había sido maestro de danza y rebosaba una vanidad mordaz y atrofiada, aunque parecía un viejo mono delgado y bilioso disfrazado de hombre. Me enseñó, o intentó enseñarme, unos cuantos sabios dichos, entre ellos este, que me complacía tanto que le di veinticinco centavos para que me lo escribiera en letras grandes.

- *Toujours femme varie* - repitió De Rosset-. Pero en verdad no piensa eso, ¿no, Rodman?

- Sí. Pero no pueden evitarlo; es su naturaleza. Disculpe, señorita Ward. Estaba hablando como si usted no estuviera aquí.

Los párpados de la señorita Ward apenas habían reparado en su presencia; eso era todo. Pero algún tiempo después le comentó a su primo que ese pelo dorado sólo se podía encontrar en Nueva Inglaterra.

Junio flaqueaba cuando de repente llegaron los avisos. Ward de Rosset murió. Estuvo inconsciente hasta su fin y la muerte, bajo el disfraz del sueño, se llevó su alma. Lo llevaron a la antigua casa y desde allí empezó el funeral, unos pocos carruajes de la familia, deslucidos y maltrechos, que seguían al coche fúnebre, pues la muerte había reavivado el antiguo sentimiento de comunidad; eran los honores que podían rendirle las madres sin hijos y las viudas que vivían recluidas en sus viejas casas mientras todo a su alrededor se caía a pedazos y repasaban melancólicas el pasado. El guardián observaba la pequeña procesión según pasaba por delante de su verja de camino al camposanto del pueblo.

- Ahí va, pobre hombre, por fin ha dejado de sufrir - dijo.

Y después ordenó la casa de campo y comenzó de nuevo su antigua vida solitaria.

Vio a la señorita Ward solamente una vez.

Era una tarde sofocante de agosto cuando la luz de la luna inundó el llano. Había comenzado a pasear por el páramo; pero cambió de parecer, y al subir por el muro de la parte este, había vuelto a la bandera, ahora estaba tumbado al pie de esta mirando fijamente al cielo infinito. Se oyó un paso sobre la senda de gravilla; giró la cara y reconoció a la señorita Ward. A paso

seguro, caminó por delante de la oscura casa de campo y le rozó el brazo con el vestido, pues él pasaba inadvertido en las sombras. Ella bajó hacia el patio de armas y sus ojos la seguían. La luz de la luna iluminaba tenuemente su contorno, se movía de acá para allá entre los túmulos, se paraba a menudo, y él creyó que se arrodilló una vez. Después regresó lentamente y él se levantó y esperó; ella le vio, avanzó, luego se paró.

- Pensé que no estaba - dijo ella-. Me lo dijo Pomp.

- ¿Le ordenó que me vigilara?

- Sí. Deseaba venir aquí una vez, y no quería verle.

- ¿Por qué deseaba venir?

- Porque Ward estuvo aquí, y porque, porque, no tiene importancia. Basta con decirle que deseaba caminar entre esos túmulos una vez.

- ¿Y rezar allí?

- Bueno, ¡qué pasa si lo he hecho! - contestó desafiante la mujer.

Rodman estaba frente a ella, con los brazos cruzados; sus ojos recorrieron su cara; no dijo nada.

- Me voy mañana - empezó a decir la señorita Ward otra vez, haciendo el esfuerzo por retomar sus antiguos y calmados modales-. He vendido la propiedad y no voy a volver nunca, creo; me voy muy lejos.

- ¿A dónde?

- A Tennessee.

- No está tan lejos - dijo el guardián, sonriendo.

- Allí empezaré una nueva vida - continuó la voz, ignorando el comentario.

- Apenas ha empezado la vieja; no es usted más que una muchacha. ¿Qué va a hacer en Tennessee?

- Enseñar.

- ¿Tiene familia allí?

- No.

- Una vida triste, una vida dura, solitaria y sin amor - observó Rodman-. ¡Que Dios se apiade de la mujer que ha desempeñar tan pesada tarea, la de ser profesora por necesidad!

La señorita Ward se giró rápidamente, pero el guardián se mantuvo a su lado. Vio las lágrimas que relucían en sus pestañas y suavizó la voz.

- No se marche indignada - le dijo-. No debería haberle hablado así, aunque le he dicho la verdad. Vuelva conmigo a la casa y échele un último vistazo a la habitación donde murió el pobre Ward, y después yo la acompañaré a casa.

- No; Pomp está esperando junto a la verja - dijo la joven, casi sin articular las palabras.

- Muy bien; hasta la verja, entonces.

Fueron hacia la casa en silencio; el guardián abrió la puerta.

- Pase - dijo-. Esperaré fuera.

La chica entró y fue a la habitación interior, se arrodilló a la cabecera de la cama.

- ¡Oh, Ward, Ward! - sollozaba-. Ahora estoy sola en el mundo, Ward, ¡completamente sola!

Enterró la cabeza en las manos y se sumió en un mar de lágrimas; el guardián no pudo evitar oírlo mientras esperaba fuera. La desolada criatura se levantó y avanzó, y al hacerlo, se puso su pobre armadura de orgullo. El guardián no se había movido de la puerta. Giró la cara.

- Antes de irse, de irse para siempre de este lugar, ¿podría escribir su nombre en mi registro, en el registro de visitantes? - preguntó-. El Gobierno lo dispuso para las multitudes que visitaran estas tumbas; pero a excepción de los negros, que no saben escribir, no ha venido nadie, y el registro está vacío. ¿Podría escribir su nombre? No obstante, no lo haga a menos que piense con dulzura en los hombres que descansan bajo la hierba. Creo que sí piensa en ellos con dulzura, de lo contrario, ¿por qué habría venido por iniciativa propia a visitar sus tumbas? - al decirlo, la miraba fijamente.

La señorita Ward no respondió; tampoco escribió.

- Muy bien - dijo el guardián-. Váyase. Veo que no firmará.

- ¡No puedo! ¿Acaso debería yo, Bettina Ward, plasmar mi nombre negro sobre blanco como visitante de este cementerio, donde reposan catorce mil de los soldados que mataron a mi padre, mis tres hermanos, mis primos; que trajeron la desolación a nuestra casa y arruinaron nuestra comunidad, todo nuestro Estado y todo nuestro país? Porque el Sur *es* nuestro país, y no tu Norte. ¿Debería olvidarme de todo esto? ¡Jamás! ¡Antes preferiría que se me atrofiara la mano derecha! No era más que una niña; sin embargo, recuerdo las lágrimas de mi madre y el

dolor a nuestro alrededor. No había una casa donde no hubiera muerto alguien.

- Es cierto - respondió el guardián-. Todo comenzó en el Sur. Caminaron juntos en silencio hacia la verja.

- Adiós - dijo John, tendiéndole la mano-. Me dará la suya o no, como prefiera, pero no lo tomaré como un favor.

Se la dio.

- Espero que la vida le sonría con el paso de los años. ¡Que Dios la bendiga!

Él le soltó la mano; ella se giró y traspasó la verja; después saltó tras ella.

- Nada puede cambiarla - dijo-. Lo sé, lo he sabido todo este tiempo; usted es parte de su país, parte de la época, parte de esta etapa amarga que está pasando. Nada puede cambiarla; si pudiera, no sería lo que es, y yo tampoco debería, pero no puede cambiar. Adiós, Bettina, pobre criatura, adiós. Siga su camino en el mundo. No crea, no obstante, querida, que no he visto, que no he entendido.

Se inclinó y le besó la mano; después se marchó y ella siguió avanzando sola.

Una semana después el guardián paseaba hacia la vieja casa. Estaba anocheciendo, pero el nuevo propietario aún estaba trabajando. Era uno de esos hombres rubios y activos de Maine, que, probablemente según el principio de los extremos, se encontraban a menudo a través del Sur, donde construían nuevos hogares para sí mismos en tierras apacibles.

- ¿Está derribando la vieja casa? - preguntó el guardián, mientras se inclinaba distraído sobre la verja, que ya estaba flanqueada por una nueva valla.

- Sí - respondió el hombre de Maine e hizo una pausa-. Tan solo era un viejo armazón a punto de derrumbarse sobre nuestras cabezas. Es el guardián de allá, ¿verdad?

(El nuevo ocupante ya conocía a todo el mundo en cinco millas a la redonda).

- Sí. Creo que me gustaría quedarme con esas enredaderas si no piensa usarlas - añadió Rodman, señalando el follaje arrancado que antes ocultaba los viejos pórticos.

- Valen unos veinticinco centavos, supongo - dijo el hombre de Maine y se las entregó.



## FELIPA

Penumbra de los robles vivientes, bellamente trenzados y tejidos  
Con sombras intrincadas de parras que, mirada hundida,  
Trepan las horcaduras de las ramas multiformes.

... Columnatas verdes

De los lóbregos y dulces bosques, de los queridos y oscuros bosques,  
De los celestiales bosques y claros,  
Que corren a la playa de arena radiante y marginal en  
Los amplios marjales salados de Glynn.

... Libre

Junto a un mundo de marjales que rodea el mundo del mar  
Sinuosa al sur y sinuosa al norte la deslumbrante franja  
De la playa de arena que retiene el lindero del marjal en el pliegue de la  
tierra.

En el interior y el exterior hacia el norte y el sur las líneas de la playa  
persisten y se encrespan.

Como una prenda repujada en plata que se aferra y sigue las firmes,  
dulces extremidades de una muchacha.

Una legua y una legua de verdor de marjal, a la altura de la cintura,  
grandes briznas,

Verdes y de la misma altura, inmaculadas a la luz o a la sombra.

Sidney Lanier <sup>94</sup>

Christine y yo la encontramos allí. Era una niña pequeña, de piel oscura y ojos ambarinos, la descendiente del océano y el calor, leonada, ágil y salvaje, tímida, pero sin miedo, semejante a uno de esos pequeños ciervos pardos que saltaban a través de los tramos abiertos y desprovistos de pinos en la parte posterior de la casa. Ella no vino a nosotras, nosotras fuimos a ella:

---

<sup>94</sup> Sidney Lanier (1842-1881) nacido en Mascon, Ga, poeta, músico y crítico norteamericano. Este poema titulado "Las marismas de Glynn" (1878), en donde describe la zona costera de Georgia, fue una de sus obras más conocidas.

aparecimos en su vida cual genios procedentes de otro mundo, y estaba en parte asustada y en parte orgullosa de nosotras. ¿Pues no éramos sus invitadas? – ¡cuánto orgullo en un pensamiento! – y, mejor aún, ¿acaso no éramos mujeres?

- Solo he visto tres mujeres en toda mi vida - dijo Felipa, mientras nos examinaba con gravedad-. Y me gustan las mujeres. Yo también soy una mujer, aunque esta ropa del hijo de Pedro me hace parecer un chico: la llevo a causa del barco y la carga de pescado. El hijo de Pedro murió a una edad idónea, su ropa me vale, ¿qué haríais vosotras? Evidentemente, fue una oportunidad que no podía desperdiciar. Pero cuando crezca, llevaré vestidos tan largos y hermosos como los de la señora.

La criaturita vestía un traje de chico de lino azul oscuro, mucho peor aún, y rasgado.

- Si eres una muchacha, ¿por qué no te remiendas la ropa? - le pregunté.

- ¿Usted remienda, señora?

- Sí: todas las mujeres cosen y remiendan.

- ¿La otra mujer?

Christine se rio mientras se tumbaba cómodamente sobre la alfombra marrón de agujas de pino, cálida y aromática tras el sol tropical.

- La niña ya me ha descubierto, Catherine - dijo.

Christine era una muchacha alta y ágil, con una amplitud de brazos extraordinariamente grande, hombros anchos y caídos, y un cuello largo y pálido: el pelo liso le caía hasta las rodillas cuando estaba suelto, y su tono rubio claro no tenía una pizca de oro, al igual que sus ojos de color gris claro tampoco tenían una pizca de azul. Sus labios pequeños, rectos con forma de pétalo de rosa se separaban ante sus dientes pequeños y de un blanco deslumbrante, y el borde de su cara de perfil recordaba a un grabado por su distintividad, aunque no era perfecto en absoluto según las reglas del arte. Sin embargo, ¡qué reconfortante era, después de los bordes borrosos y los perfiles emborronados que tenemos muchos de nosotros, vistos desde nuestro mejor ángulo, yo creo, los domingos en la iglesia, coronados con gorros decorados con flores, mientras escuchamos tranquilos y serenos a nuestros pastores favoritos, sin percatarnos de nuestras narices! Cuando Christine acabó de reír, y nunca se apresuraba por nada,

sino que disfrutaba al máximo de todo, estiró el brazo despreocupadamente y acarició el cabello rizado de Felipa. La niña le tomó la mano según la bajaba y le besó los largos y blancos dedos.

El lugar donde estábamos era silvestre, pero no nuevo ni basto, la costa de Florida, esa región antigua y reciente, con plantaciones desérticas, cielos del Paraíso e inmensidades expuestas a un sol inmutable. La vieja casa estaba en la linde de una tierra seca, donde acababa el páramo y comenzaba el marjal salado: delante se curvaba el río del agua de la marea que parecía que siempre intentaba acercarse al páramo para conocerlo, pero nunca llegaba a conseguirlo, pues siempre debía volver y huir a la hora fijada, como Cenicienta en el baile, pero sin dejar un zapato plateado, sino maderas flotantes de color púrpura y algas marinas brillantes, traídas desde la corriente del Golfo. Una plataforma hecha de tablones se adentraba en el marjal desde el extremo del páramo, y las embarcaciones echaban las amarras al final de él; aunque con la marea alta el río estaba a nuestros pies, con la marea baja se alejaba hasta algún lugar de la verde inmensidad y, si lo queríamos, teníamos que ir a buscarlo. Sin embargo, no lo queríamos: dejábamos que se deslizara hasta nosotras dos veces al día con su fresco aroma a salitre y pecio del océano, y el resto del tiempo deambulábamos sobre los páramos o nos tumbábamos bajo los árboles y mirábamos el maravilloso cielo azul, escuchábamos el viento que se precipitaba de un mar a otro. Yo era una artista, pobre y esmerada: Christina era mi buena amiga. Me había llevado al sur porque mi tos era problemática y porque Edward Bowne le había recomendado el sitio. Él y otros tres compañeros deportistas estaban en la laguna Madre, mucho más al sur; pensé que era probable que le viera, sin sus tres compañeros deportistas, dentro de poco tiempo.

- ¿Quiénes eran las tres mujeres a las que has visto, Felipa? - preguntó Christine.

- La abuela, una india seminola<sup>95</sup> que viene a veces con canastos y la esposa de Miguel de la isla. Pero todas son viejas y

---

<sup>95</sup> La Nación Semínola se formó en los primeros años del siglo XVIII por grupos indígenas nativos de distintas procedencias, especialmente Creek.

tienen la piel enrollada: me gusta más la piel plateada de la señora.

La pobre Felipita vivía en el límite del gran marjal salado con sus abuelos, pues su madre había muerto. La vieja pareja ambarina eran unos menorquines<sup>96</sup> torpes, en parte paganos, en parte católicos y absolutamente ignorantes: sus mentes rara vez iban más allá de sus naranjos y sus redes de pesca. El padre de Felipa era un marinero español y, dado que había muerto el año anterior, el español de la niña era bastante correcto y podíamos conversar con ella fácilmente, si bien nos costaba comprender el patois<sup>97</sup> de la gente mayor, que parecía que tomaban tantos préstamos de la lengua italiana y de la griega como de su español materno.

- Sé mucho - comentó Felipa llena de seguridad-. Me lo enseñó mi padre. Había navegado el océano sin avistar tierra y sabía muchas cosas. Me las enseñó. ¿Consideran estas gentiles señoras que hay algo más que saber?

Una de las gentiles señoras pensó decididamente que no. Como respuesta a mi queja, expresada en inglés, dijo:

- Enseña así a una niña y la habrás arruinado.

- ¿Arruinado?

- Arruinado su felicidad, es lo mismo.

Felipa tenía un perro, un segundo yo: una gran criatura flaca y ambarina de raza desconocida, de patas torcidas y grandes zarpas, y de nombre Drollo. El significado de Drollo, o si acaso era una abreviatura, no lo supimos nunca, pero expresaba una cierta satisfacción, puesto que el perro era gracioso, *droll* en inglés: el hecho de que el apodo menorquín, sea el que fuera, no significara nada de eso, ponía las cosas mucho mejor. Nunca vimos a Felipa sin Drollo.

- Se parecen mucho - observó Christine-. Son del mismo color.

- ¡Vergüenza debería darte! - repuse.

---

<sup>96</sup> Una compañía inglesa llevó a un grupo numerosos de menorquines, griegos e italianos a Florida en 1778 como trabajadores contratados para cultivar el índigo, la caña de azúcar y los árboles frutales.

<sup>97</sup> Un dialecto hablado (no escrito) entre la gente menos culta o rural.

Pero era verdad. La piel ambarina bronceada de la niña y sus tiernos ojos no eran distintos de los del perro, pero su cabeza estaba coronada con una masa de rizos cortos azabaches, mientras que Drollo solo tenía dos grandes orejas colgantes y una cabeza baja y suave. De tener una o dos pulgadas más de cráneo, ¡menuda criatura sería un perro! Pero aun así en lo que respecta al amor y la lealtad, ¿qué hombre podría hacerle sombra? Pero, aun siendo fea, Felipa siempre era una pequeña peculiar, ataviada con ropa de chico o con su triste canesú y su falda. De tonalidad olivácea y cara exigua, ágil y delgada, volaba sobre los páramos como una criatura etérea, reía al notar que sus rizos cortos se sacudían y sus delgados e infantiles brazos flotaban en la brisa según corría, con Drollo ladrando tras de sí. Le gustaba el viento y siempre sabía cuándo iba a llegar, del norte, del océano o a través del golfo de México: lo aguardaba sentada en el umbral, donde podía sentir su primera bocanada y nos enseñaba la señal de las nubes. Era una cosita extraña: solíamos encontrarla a veces bailando sola en un círculo que había marcado con piñas en el páramo y una vez nos confesó que les hablaba a los árboles.

- Ellos escuchan - dijo en un susurro-. Deberíais ver lo cómplices que parecen y cómo escuchan sus hojas.

En una ocasión, nos topamos con su guarida más secreta en un denso matorral de espinas de arrayán y zarzaparrilla silvestre, había hecho un pequeño emparrado donde estaba oculta una imagen de una apariencia horrible, formada por cachos ásperos de serenoa que el viejo Bartolo había arrancado de su jardín. Debía de haber arrastrado estos fragmentos hasta ese lugar uno a uno y, con un indecible afán, atarlos todos juntos con mimbres rugosos de la hierba fuerte del marjal, hasta que al final había formado un tronco rudo con brazos torcidos y una especie de cabeza, la superficie pelirroja de la serenoa no se diferenciaba de la piel de alguna bestia y hacía que la criatura fuera aún más grotesca. Este fetiche estaba coronado por flores y, después de aquello, veíamos a menudo a la niña escabulléndose con Drollo para llevarle porciones de su comida o tesoros recién descubiertos: una concha marina, un platillo roto o un fragmento de cinta. La comida siempre desaparecía misteriosamente y sospecho que era Drollo el que regresaba a hurtadillas durante la

noche y la devoraba sin formular preguntas ni decir mentiras: sin embargo, encajaba bien, Drollo simplemente representaba el antiguo papel de los sacerdotes de Júpiter, hombres que habían sido muy admirados.

- ¡Menuda pagana está hecha! - dije.

- Oh no, solo es su muñeco - contestó Christine.

Intenté varias veces pintar a Felipa durante estas primeras semanas, pero sus ojos siempre me evitaban. Eran, como dije antes, ambarinos, es decir, marrones con destellos amarillos, y siempre te miraban con la más rígida franqueza. La niña tenía la boca totalmente curvada y medio abierta propia de los trópicos y la frente baja típica de los griegos.

- ¿Por qué no es bella? - pregunté.

- Es espantosa - respondió Christine-. Mírale los codos.

Los brazos de Felipa *eran* desagradables; eran marrones y delgados, tenían rasguños y manchas, y acababan en un par de pequeñas y resueltas patas que podían agarrarse como la Muerte macabra. Nunca olvidaré el día que me topé con una pintura viviente en el páramo, una vaquita de Florida y Felipa, que la sujetaba por los cuernos, mientras la bestia obstinada no levantaba sus patitas delanteras de la arena; la niña tiraba hacia un lado, la vaca, hacia el otro; ambas en silencio y decididas. Era una dura contienda, pero ganó la niña.

- Y si pasas por alto sus codos, tienes los pies - continuó Christine lánguidamente. Era una amante sibarita del fino lino de la vida, esta amiga mía, una mujer prerrafaelita<sup>98</sup> de ceñida pañería y un cierre medieval en su cinturón. Todo su ser se rebelaba ante la fealdad y la mera visión de una mujer de nariz afilada y ojos claros en un día frío la incomodaba durante horas.

- ¿Acaso nosotras no tenemos pies también? - respondí bruscamente.

Pero yo sabía a lo que se refería. Los pies descalzos no resultan agradables a la vista hoy en día, independientemente de las costumbres de los antiguos griegos; y los pequeños empeines

---

<sup>98</sup> Los Prerrafaelitas eran miembros de un movimiento artístico británico formado en 1848 que rechazaban las convenciones pictóricas académicas a favor del detalle exacto. Esta asociado a un realismo sensual, a menudo presentando hermosas mujeres, ricamente vestidas.

marrones de Felipa estaban la mitad de las veces cubiertos de rasguños o moretones a causa de las espinas del chaparral. Además, siempre existía la desagradable idea de que pisara algo frío y retorcido cuando merodeaba entre los matorrales, que le llegaban por la rodilla en los prados enmarañados. Las serpientes abundaban, aunque nunca las vimos; pero Felipa iba hasta su misma puerta, como quien dice, y tocaba el timbre desafiante.

Un día el viejo abuelo Bartolo se llevó a la niña a la costa: ella siempre estaba ansiosa por ir a la playa, donde pudiera reunir conchas y semillas anemócoras, y perseguir los pajaritos oceánicos que corren cerca de las olas con ese pronto movimiento suyo con el que se deslizan, y donde pudiera escuchar el rugido del rompimiento de las olas. Estábamos varias millas río arriba y bajar hasta el océano era un verdadero periplo para Felipa. Se despidió de nosotras con júbilo; después corrió a abrazar a Christine por segunda vez, luego de regreso al barco; a continuación, de vuelta.

- Pensé que querías marcharte, niña - dije, impaciente, pues estaba leyendo en voz alta y estas pequeñas interrupciones me despistaban.

- Sí - dijo Felipa-. Quiero irme; pero aun así... Quizá si esta gentil señora me diera otro beso...

Christine solo le acariciaba la mejilla y le decía que se fuese: obedecía, pero con una mirada melancólica en sus ojos e, incluso después de que la barca hubiera arrancado, su cara, mirándonos desde la popa, me rondaba.

- Ahora que el monillo se ha ido, tal vez pueda por fin capturar y grabar un retrato suyo - dije-. En este caso, un recuerdo es mejor que la realidad caprichosa y cambiante.

- Te lo tomas como un estudio de la fealdad, imagino.

- No seas tan dura con la niña, Christine.

- ¿Dura? ¿Por qué? Si me adora - dijo mi amiga y se fue a su hamaca bajo el árbol.

Pasaron varios días y la embarcación no volvía. Logré llevar a cabo una buena cantidad de trabajo y Christine, una buena cantidad de sueños y balanceos en la hamaca. Pasado un tiempo, una tarde le di el toque final y le llevé mi dibujo a la mujer prerrafaelita para que lo analizara.

- ¿Qué ves? - le pregunté.
- Veo a una niña de apariencia salvaje con ojos ambarinos, una maraña de pelo negro rizado, un pequeño canesú lacio, sus dos brazos marrones abrazando a un viejo perro flaco de patas torcidas, y con unos pies grandes que apuntan hacia dentro.
- ¿Eso es todo?
- Sí, todo.
- ¿No ves una belleza latente, una valentía orgullosa y un posible y gran abismo de amor en esa salvaje carita?
- Nada de eso - respondió Christine decidida-. Veo a una niñita fea: eso es todo.
- Al día siguiente, regresó la barca con cinco personas: el viejo abuelo, Felipa, Drollo, Miguel de la isla y... Edward Bowne.
- ¿Ya? - dije.
- Estoy cansado de Madre, Kitty; pensé que podía venir a verte. Sé que debes de suspirar por mí.
- Efectivamente - contesté-. ¿No ves cómo he malgastado el tiempo?
- Puso mi brazo sobre el suyo y echó a correr por el paseo de tablones hacia la orilla, a donde llegué riendo y sin aliento.
- ¿Dónde está Christine? - preguntó.
- Volví a seguirle la pista de inmediato:
- Allí, en la hamaca. Supongo que prefieres ir primero a la casa.
- Claro que no.
- Pero no ha venido a saludarte, Edward, a pesar de que sabe que has desembarcado.
- Claro que no. Tampoco.
- No os entiendo a vosotros dos.
- Y por supuesto que no, por tercera vez - dijo Edward, mirándome con una sonrisa-. ¿Qué saben las pequeñas, tranquilas y pacíficas artistas de la guerra?
- ¿Es la guerra?
- Algo muy similar, Kitty. ¿Qué es eso que llevas?
- ¡Oh! Mi nuevo dibujo. ¿Qué te parece?
- Bueno, muy bueno. Alguna niñita de por aquí, supongo.
- ¿Cómo? ¡Es Felipa!
- ¿Y quién es Felipa? De todos modos, me parece que he visto a ese viejo perro.



- Claro que sí: estaba en la barca contigo y también Felipa, pero estaba vestida con ropa de niño y eso le da un aspecto diferente.

- ¡Oh! ¿Ese niño? Le recuerdo. Se llama Philip. Es muy gracioso - dijo Edward con calma.

- Se llama Felipa y no es un niño ni tampoco es gracioso en absoluto - contesté.

- ¿No? Pensé que era ambas cosas - respondió Ned sin cuidado y después se fue hacia la hamaca. Me di la vuelta tras advertir el frío saludo de Christine y regresé a la barca.

Felipa vino a saltos hacia mí.

- ¿Cómo se llama? - quiso saber.

- Bowne.

- Buon, Buona: no sé decirlo.

- Bowne, niña, Edward Bowne.

- ¡Oh! Eduardo: eso sí sé decirlo. Eduardo, Eduardo, un nombre de cariño.

Salió disparada cantando el nombre seguida por Drollo, que llevaba la cesta de serenoa de su ama en su gran y paciente boca; pero unos instantes después de pasar la casa, se puso a cantar, o más bien a decir locuazmente otro nombre, “Miguel” y la “esposa de Miguel”, que aparentemente eran personajes importantes en el lienzo de su vida. Da la casualidad de que nunca vi realmente a la esposa de Miguel, que parecía no tener un nombre propio; pero la imaginaba. Vivía en un banco de arena en el océano, no muy lejos de la desembocadura de nuestro río; conducía a los pelícanos como si fueran patos con una larga vara y había domesticado un águila; también tenía un viejo caballo, que arrastraba las maderas flotantes a través de la arena sobre un trineo, y este viejo caballo siempre parecía un caballo gigante, perfilado como siempre lo estaba contra el banco llano y el cielo. Salía al amanecer y salía con la puesta de sol, pero durante el día abrasador se quedaba sentada en casa y limpiaba semillas anemócoras, por las que obtenía sumas incalculables: era muy alta, muy ambarina y solo tenía un ojo. Estos puntos, uno a uno, los había ido dejando caer Felipa en diversos momentos, y yo observaba con curiosidad al Miguel original, el poseedor de esta sobresaliente esposa. Era un hombre de ojos graves, ambarino, que decía poco y pensaba

menos, y aplicaba el principio *cui bono*<sup>99</sup> a todo lo mental, al igual que el hombre de ciudad lo aplica al esfuerzo corporal y, por lo tanto, logra, creo, un fino grado de inanición. El águila domesticada, los pelícanos no eran nada para él y, cuando le vi el rostro letárgico y dulce, mi propia curiosidad en torno a ellos pareció morir en la calima, como si hubiera respirado un opiáceo invisible. Vino, se marchó, eso fue todo: la partida de Miguel.

Felipa estaba constantemente con nosotras. Ella y Drollo nos seguían a los tres a donde quiera que fuéramos; también me seguían los dos cada vez que me quedaba rezagada para dibujar, algo que pasaba a menudo, pues en aquellos días intentaba captar el secreto de los páramos: un esfuerzo vano, ahora lo sé.

- Quédate conmigo, Felipa - decía yo, pues era natural suponer que los enamorados querían estar solos. (Los llamo enamorados a falta de un nombre mejor, pero más bien se odiaban: no obstante, en estos casos es prácticamente lo mismo). Y entonces, Christine, al oírlo, inmediatamente gritaba “¡Felipa!” y la niña salía como una flecha tras ellos, feliz cual pajarillo. Ahora llevaba el traje de chico todo el tiempo porque la señora le había dicho que “le quedaba bien”. Lo que en verdad dijo la señora es que con ropa de chico no parecía tanto un saltamontes. Pero Edward Bowne lo había traducido así cuando Felipa descendió repentinamente sobre él un día y le exigió que le dijera en ese mismo instante lo que la gentil dama había dicho de ella; parecía que sabía instintivamente cuándo hablábamos de ella, aunque hablábamos en inglés y no mencionábamos nombres. Cuando se lo dijo, su carita brilló, besó alegremente la mano de Christine y se marchó dando brincos. Christine sacó su hermoso pañuelo y se limpió ese mismo punto.

- Christine - dije yo-. ¿Recuerdas el destino de la muchacha orgullosa que caminaba sobre el pan?

- ¿Crees que estaré necesitada de besos en algún momento? - dijo mi amiga, mientras seguía limpiándose.

- No mientras yo viva - gritó Edward desde atrás. Su forma de cortejar *era* un tanto parecida a una almádena algunas veces.

---

<sup>99</sup> Palabra latina que podría ser traducida como “¿Quién se beneficia?”

Pero aquel día no le fue muy útil; solo le granjeó una elevada tolerancia, que parecía divertirle enormemente.

Edward jugaba con Felipa como si esta última fuera un juguete de goma o una trapecista. La sujetaba en el aire a la altura del brazo, la llevaba sobre los hombros, la lanzaba a los arbustos de arrayán y la colgaba de su pequeño cinturón sobre los charcos de color burdeos del páramo; pero no la asustaba: ella solamente se reía y se hacía más y más silvestre, como una ardilla.

- Tiene los músculos y los nervios de acero - dijo él con admiración.

- Bájala al suelo: es demasiado nerviosa para esos juegos - dije en francés, pues parecía que Felipa ahora era capaz de adivinar el inglés-. Mira qué color tiene.

Había una estela de carmesí en las mejillas ovales y delgadas de la niña que extrañamente hacía que no pareciera ella. Cuando reparó en que teníamos los ojos fijos sobre ella, paró repentinamente de trepar y vino a sentarse a los pies de Christine.

- Algún día llevaré ropa como la de la señora - dijo, mientras pasaba la mano sobre la suave tela-. Y creo - añadió después de reflexionar lentamente - que mi cara será también como la de la *señora*.

Edward soltó una carcajada. La criaturita se detuvo bruscamente y le escrutó la cara.

- No te burles de ella - le dije.

Rápida como una flecha vino hacia mí.

- No se burla de mí - dijo enfadada en español-. Y, además, ¿qué pasa si es así? Me gusta.

Me miró con los ojos brillantes y pataleó.

- ¡Vaya con el pequeño huracán! - comentó Christine.

Después, Edward empezó a explicar en un tono varonil:

- No puedes parecerte mucho a esta mujer, Felipa - dijo-, porque eres muy oscura, ya lo sabes.

- ¿Soy oscura?

- Muy oscura; pero mucha gente lo es, claro; y en lo que a mí respecta, siempre me han gustado los ojos oscuros - contestó con mendacidad.

- ¿Te gustan mis ojos? - preguntó Felipa ansiosa.

- Claro que sí: son como los ojos de un ternerito que tuve cuando era niño.

La niña estaba satisfecha y volvió junto a Christine.

- Sí, llevaré ropas como estas - dijo como si estuviera soñando, a la vez que dibujaba la florida pañería sobre las rodillas en sus pequeños pantalones de lino y echó un vistazo al efecto-. Irán arrastrando detrás de mí, así.

Sus pies descalzos asomaban bajo el dobladillo y volvimos a reírnos todos, los deditos marrones que sobresalían de la seda y los bordados nevados eran muy graciosos. Volvió a la realidad, nos miró, se miró y pareció que comprendía por primera vez la diferencia que existía. Se tiró de repente al suelo como un animalillo y enterró la cabeza en sus brazos. No hablaba y tampoco alzaba la vista: solamente relajó un poco un brazo para coger a Drollo y después siguió tumbada sin moverse. Drollo nos miró con solemnidad solamente con un ojo desde su incómoda posición, como diciendo: “es inútil: dejádmela a mí”. Así que después de un rato nos fuimos y los dejamos allí.

Aquella tarde oí que llamaban bajito a mi puerta.

- Pase - dije, y Felipa entró.

Apenas la reconocí. Estaba vestida con un floreado vestido largo de muselina que probablemente había sido de su madre y llevaba las medias de su abuela y unas zapatillas grandes y holgadas: sobre su maraña de pelo rizado tenía un gorro blanco, rígido y de alta corona adornado con una cinta, y su pequeño y largo cuello que emergía del vestido, que le quedaba grande, estaba engalanado con una cadena de semillas anemócoras tan grandes que parecían relicarios exagerados. En la mano llevaba un abanico cubano que era tan grande como una sombrilla y Drollo, que iba tras ella, hacía ruido con las cadenas de conchas marinas que le había enroscado de la cabeza a la cola. Esta escena viviente tan graciosa y el orgullo supremo del semblante de Felipa me superaron y me reí a carcajadas. Una nube repentina de rabia y desilusión cubrió el rostro de la niña: tiró el gorro al suelo y pataleó; se arrancó el collar y se escabulló del gran vestido largo floreado, y corrió hacia Drollo, casi lo estranguló por el gran esfuerzo que hacía para quitarle las cadenas de conchas. Después, a medio vestir, pequeña y

silvestre fantasma, me agarró de las faldas y me arrastró hasta el espejo.

- Tú tampoco eres hermosa – gritó - ¡Mírate! ¡Mírate!

- Mi intención no era reírme de ti, Felipa - dije con dulzura-. No me reiría de nadie; y es verdad que no soy hermosa, como tú has dicho. Nunca podré serlo, niña; pero, si trataras de ser más dulce, podría enseñarte cómo vestirme para que nadie se volviera a reír de ti. Podría hacerte una faldita de rayas brillantes y un canesú escarlata: podrías ayudarme y así aprenderías a coser. Pero una niña que quiere que le hagan todo esto ha de ser buena y tranquila.

- Soy buena - dijo Felipa-. Tan buena como todo.

Todavía tenía lágrimas en los ojos, pero ya no albergaba ira: improvisó una suerte de danza alrededor de mi habitación, seguida por Drollo, que arrastraba la cadena enredada y la pisaba con sus grandes zarpas, hasta que finalmente se le hizo un nudo alrededor de las patas de la silla.

- ¿Y no podríamos hacerle algo también a Drollo? ¡Mi querido Drollo! - dijo Felipa, mientras iba hacia él y lo estrujaba con entusiasmo. A menudo me preguntaba cómo sus pobres costillas aún seguían ahí: Felipa lo utilizaba como válvula de escape para sus impetuosos sentimientos.

Me dio un beso de buenas noches y preguntó por “la otra mujer”.

- Ve a la cama, niña - le dije-. Le desearé buenas noches de tu parte.

- Pero quiero darle un beso a ella también - repuso Felipa.

Se detuvo en la puerta y no se marchó; se puso a jugar con el cerrojo y los golpecitos me enervaron; al final, le ordené que se marchara. Pero al abrir la puerta media hora después, ahí estaba sentada fuera en el suelo en la oscuridad, ella y Drollo, esperando pacientemente. Molesta, pero incapaz de reprenderla, envolví a la niña en mi chal y la llevé bajo la luz de la luna hasta donde Christine y Edward estaban paseando de un lado a otro bajo los pinos.

- No se quiere ir a dormir, Christine, sin darte un beso - expliqué.

- ¡Qué monilla tan graciosa! - dijo mi amiga, mientras dejaba con pasividad que la abrazara.

- Yo también - añadió Edward y se agachó. Después, regresé satisfecha con el pequeño bulto.

Al día siguiente, Felipa y yo comenzamos nuestras labores en secreto: la suya consistía en molestar muchísimo y estropear el material; la mía, en mantener la paciencia e intentar coser. A pesar de ello, el resultado fue satisfactorio, jamás sabré cómo lo conseguimos. Una tarde me llevé a Christine fuera: Edward nos siguió.

- ¿Te gustan las pinturas vivientes<sup>100</sup>? - pregunté-. Te he preparado una.

Felipa estaba sentada al borde del bajo pozo español de canto cuadrado, y Drollo estaba detrás de ella, su gran cuerpo ambarino y su solemne cabeza servían de fondo. Llevaba una combinación marrón con rayas de colores brillantes, y un pequeño canesú escarlata que se ceñía a su delgada cintura; una blusa de color crema claro con mangas sueltas que le cubrían el cuello y los brazos, y le resaltaban los tonos oscuros de las mejillas y los ojos; y alrededor de su pelo rizado un pañuelo cuyos bordes desflecados formaban una especie de pañería detrás de su cabeza, que, más que ninguna otra cosa, parecían sacar a relucir la naturaleza latente de su rostro. Mocasines marrones, medias rojas y una infinidad de cuentas brillantes completaban su atuendo.

- ¡Caramba! - gritó Edward-. La pequeña casi está hermosa.

Felipa lo entendió y un gran destello iluminó su cara: se olvidó de su pose y avanzó dando saltos hasta Christine.

- ¿Entonces soy hermosa? - preguntó exultante-. ¿Soy hermosa, entonces, después de todo? Tú, tú misma lo has dicho, lo has dicho.

- No, Felipa - intervine-, lo ha dicho el caballero. La niña tenía la curiosa costumbre de confundir las dos identidades y me dejaba, y aún hoy me deja, perpleja. Pero esa tarde, esa feliz tarde, estaba contenta porque le habían dejado sentarse a los pies de Christine y mirarle su blanca cara sin molestarla. Se olvidó de mí, como de costumbre.

---

<sup>100</sup> Pasatiempo del siglo diecinueve consistente en colocar a distintas personas en escenarios diversos para así poder pintar o reproducir viejos cuentos o escenas exóticas.

“Siempre es así”, me dije. Pero el cinismo, como dice el señor Aldrich<sup>101</sup>, es una minúscula pieza de latón de artillería de campaña que acaba estallando y matando al artillero. Lo sabía, pues me había explotado más de una vez; así que volví a mi pintura y me evadí del mundo. No obstante, nuestro mundo en la linde del salado marjal era pequeño: cuando dos personas salían de él se producía un vacío de inmediato.

Una mañana Felipa vino triste a mi lado.

- Se han marchado - dijo.

- Sí, niña.

- A la playa a pasar todo el día.

- Sí, lo sé.

- ¡Y sin mí!

Este fue el punto culminante. Levanté la vista. Los ojos de la niña estaban secos, pero había un cavernoso aire de desilusión en su cara que la hacía parecer mayor: fue como si por un instante alcanzara a ver cómo sería su rostro de anciana dentro de medio siglo.

- ¿Por qué no me han llevado? - preguntó-. Ahora soy hermosa: ella misma lo dijo.

- No pueden llevarte siempre, Felipa - contesté, dejando a un lado la cuestión de quién lo había dicho.

- ¿Por qué no? Ahora soy hermosa: ella misma lo dijo - insistió la niña-. Con esta ropa, ya sabes: ella misma lo dijo. Las ropas del hijo de Pedro no las verás más: están quemadas.

- ¿Quemadas?

- Sí, quemadas - respondió Felipa con serenidad-. Las llevé al páramo y las quemé. Drollo me coreaba con la pata. Ardieron muy bien. Pero se han ido, y ahora soy hermosa y ¡sin embargo no me han llevado! ¿Qué voy a hacer?

- Coge estos colores y hazme un dibujo - le sugerí. Normalmente, era un privilegio muypreciado, pero hoy no le llamó la atención: se dio la vuelta y unos instantes después la vi yendo hasta el final del paseo de tablones, donde se quedó contemplando con melancolía el océano. Allí se quedó todo el día, yendo al campamento con Drollo y negándose a ir a cenar a pesar de que la vieja Dominga la llamaba y le hacía señas. Al

---

<sup>101</sup>Ver nota 73.

final, la paciente abuela fue ella misma hasta el final del paseo de tablones donde estaban ellos con algo de pan y venado en un plato. Felipa comió, pero poco, y Drollo, después de esperar educadamente hasta que hubo terminado, devoró todo lo que había dejado con un hambre calmado, y luego se volvió a sentar sobre las ancas con una pata en el plato, como para conservar el recuerdo. El hambre de Drollo era crónica: parecía imposible aplacarla o saciarle. Ninguna cantidad de comida podía engordar, lo sé, su flacura. Creo que él también lo sabía y se resignaba. Después de un tiempo, justo antes de la puesta de sol, el barco regresó flotando río arriba con la pleamar, mientras el viejo Bartolo gobernaba y dirigía las velas marrones. Felipa se levantó rápida y alegremente: pensé que iba a saltar impaciente al barco. ¿Qué recibió a cambio de su larga vigilia? Una palabra o dos: eso fue todo. Christine y Edward habían reñido.

¿Cómo riñen normalmente los enamorados? No debería hacer esta pregunta, pues no eran enamorados normales: eran sin duda extraordinarios.

- No deberías rendirte a sus caprichos tan fácilmente - dije al día siguiente mientras paseaba por el páramo con Edward.

(No estaba tan desanimado como cabría esperar).

- Beso el suelo por donde ella pisa, Kitty.

- Lo sé. ¿Pero cómo acabará?

- Te lo diré yo: alguno de estos días la ganaré y, entonces, me adorará.

En este punto, Felipa vino corriendo detrás de nosotros y Edward de inmediato la retó a una carrera: comenzó el juego de retozos. Si Christine hubiera estado mirando desde la ventana, habría podido pensar que no estaba verdaderamente desconsolado por su ausencia; pero no estaba mirando. Ella nunca observaba ni a nada ni a nadie. Siempre estaba contenta y serena donde estaba. Edward y Felipa se desvanecieron entre los pinos y los fui perdiendo de vista gradualmente. Pero una hora después de que me hubiera sentado a dibujar, apareció Edward llevando a la niña en brazos. Me apresuré a reunirme con ellos.

- Nunca me lo perdonaré - dijo-, la pequeña se ha caído y se ha hecho una herida grave en el pie, me temo.

- No me importa en absoluto - añadió Felipa-, me gusta tener la herida. Es *mi* pie, ¿no?



Estos comentarios me los dirigió a mí desafiante, como si yo le hubiera reclamado algo al miembro en cuestión. No pude evitar reírme.

- La otra mujer no se reirá - dijo la niña orgullosa. Y en verdad, Christine asumió, de la forma más inesperada, el *rôle* de la enfermera. Llevó a Felipa a su propia habitación, pues cada una de nosotras tenía una pequeña celda que daba a la parte principal, y, como la blanca Caridad, brilló con su nuevo resplandor. "Brilló" es la palabra adecuada, ya que, al pasar a través de la puerta abierta de la oscura celda, con la carita oscura de Felipa sobre su hombro, su vestido largo blanco y su piel parecían que brillaban de verdad, al igual que brillan los lirios blancos en la noche cerrada. La abuela dejó a la niña a nuestro cuidado y vigiló nuestras acciones con tristeza, de una forma muy similar a la que una perra vigila cómo las manos humanas extraen una espina de la pata hinchada de su cachorro. Estaba agradecida y no formuló ninguna pregunta; de hecho, pensar no era uno de los procesos mentales que llevara a cabo. No pensaba mucho: solo sentía. En lo que respecta a Felipa, la niña vivió extasiada aquellos días a pesar de su sufrimiento. Apenas durmió, estaba muy feliz: oía el murmullo de su voz y las respuestas en voz baja de Christine. Adoraba a su hermosa enfermera.

Llegó el cuarto día: Edward Bowne entró a la celda.

- Sal a respirar aire fresco durante una o dos horas - dijo en un tono que sonaba más a una orden que a una petición.

- Pero la niña no lo va a consentir - contestó Christine dulcemente.

- Oh, sí, sí lo hará: yo me quedaré con ella - dijo el joven y levantó la cabecita febril sobre su brazo, a la vez que le pasaba la mano con suavidad sobre los ojos brillantes.

- Felipa, ¿no quieres que me quede? - le preguntó Christine, agachándose.

- Se queda él: es lo mismo - murmuró la niña.

- Así es. Vete, Christine - dijo Edward con una sonrisilla triunfante.

Sin mediar palabra, Christine salió de la celda. Pero no salió a caminar: vino a mi habitación, se tiró sobre mi cama y se sumió en un profundo sueño en apenas un instante, su reacción después

de tres noches en vela. Cuando se despertó, ya había entrado la noche y yo había relevado a Edward en su vigilia.

- Tendrás que dejarlo - dijo él, conforme nuestra flor llegaba por fin con las mejillas sonrojadas por el sueño y los ojos sembrados de estrellas que protegía de la luz-. Se ha roto el hechizo: todos hemos estado cuidando de Felipa, y todos le gustamos por igual.

Eso no era cierto, al menos en mi caso, ya que Felipa había ridiculizado abiertamente mi poca fuerza cuando la cogí en brazos y había rechazado la esponja con la que pretendía lavarle la cara ardiente. “Ellos” no usan esponjas, dijo, solo sus agradables y frescas manos; y deseó que “ellos” llegaran y se hicieran cargo de ella otra vez. Pero Christine había renunciado *in toto*<sup>102</sup>. Si Felipa no la prefería a ella antes que a los demás, entonces Felipa no podía tenerla: no era una enfermera común y corriente. Y de hecho no lo era. Su fantástica belleza, su gracia ideal, su voz arrulladora y la fuerza de sus pequeños brazos y sus manos flexibles eran como magia para la enferma, y distracción para quien está sano; el sano en este caso era Edward Bowne observándola desde la puerta.

- Los quieres mucho, ¿verdad, Felipa? - le pregunté el día que la niña estaba sentada por primera vez en una silla acolchada.

- Ah, sí: es muy placentero cuando me llevan - respondió. Pero era Edward el que la llevaba en brazos.

- Tiene mucha fuerza - dije.

- Sí, y el pelo largo y suave de los dos con olor a rosas - dijo Felipa como si estuviera soñando. Pero el pelo era el de Christine.

- Los voy a querer siempre y ellos me van a querer siempre - continuó la niña-. Drollo también - le dio una palmadita en la cabeza al perro según hablaba y luego decidió darle un beso sobre su pequeñísima frente: después le ofreció todas sus medicinas y lociones una a una, y él las olisqueó gravemente-. Le gusta saber lo que estoy tomando - explicó.

- Los quieres, Felipa, y ellos te tienen mucho afecto. Siempre te recordarán, no hay duda - proseguí yo.

---

<sup>102</sup> Expresión latina “completamente”.

- ¡Recordar! - chilló Felipa y empezó a levantarse de los cojines como el muñeco con resorte de una caja sorpresa-. No se van, ¿verdad? ¡Nunca! ¡Nunca!

- Pues claro que tendrán que irse algún día porque...

Pero Felipa se había marchado. Antes de que pudiera adivinar su intención, se había lanzado de la silla al suelo y gateaba sobre las manos y las rodillas hacia la habitación de fuera. Corrí tras ella, pero llegó a la puerta antes que yo y, arrastrando su pie vendado tras ella, se acercó hacia Christine.

- ¡Tú *no* te vas! ¡No! ¡No! - lloraba aferrándose a sus faldas.

Christine estaba leyendo tranquilamente: Edward estaba en la habitación de fuera arreglando su equipo de pesca. La frialdad entre ambos seguía sin caldearse ni siquiera con la respiración.

- ¡Vete, niña: me estás molestando! - dijo Christine, mientras pasaba una página. Ni siquiera miró al bultito lastimoso que estaba a sus pies. Los bultitos lastimosos han de aprender en algún momento lo que merece la ingratitud.

- ¿Cómo puede correr, coja como está? - preguntó Edward desde la puerta.

- No te vas, ¿verdad? Dime que no - lloraba Felipa hecha un mar de lágrimas, a la vez que golpeaba el suelo con una mano y con la otra se aferraba a Christine.

- No me voy - dijo Edward- No llores así, ¡pobrecita!

Fue a gatas hasta él y la cogió en brazos e hizo que recuperara de nuevo la calma: luego, la llevó al páramo para que respirara aire fresco.

- Es verdaderamente extraordinario cómo la niña os confunde a los dos - dije-. Es un caso de daltonismo, por así decirlo, suponiendo que los dos fuerais colores.

- Pero no es así - repuso Christine sin cuidado-. No te dejes arrastrar por el misticismo, Catherine.

- No es misticismo: es un estudio de la personalidad...

- Pero no hay personalidad - respondió mi amiga.

Lo dejé, pero me dije a mí misma, “el Destino, en mi próxima vida, hará de mí una de esas mujeres altas, ágiles y de pelo claro, ¿verdad? Quiero saber lo que se siente”.

El pie de Felipa estaba recuperado y había llegado la primavera. Pronto tendríamos que dejar nuestra casa en la linde del páramo, nuestras vistas al marjal salado, nuestro río que

subía dos veces al día inundándonos del olor a salitre del océano: pronto no veríamos más las águilas sobrevolándonos ni oiríamos el llanto nocturno de los grandes búhos, y nos iríamos sin las florecillas de cuento de hadas que poblaban el páramo, tan pequeñas que un centenar de ellas apenas formaba un ramo tangible, pero ¡qué belleza! ¡Qué dulzura! En mi portafolios había dibujos y estudios de los páramos, y mi corazón abrigaba esperanzas. Alguien dijo alguna vez “la esperanza es mayor que una bendición: es un deber y una virtud”. Pero yo no conseguía apreciar la esperanza en conserva, esperanza metida en latas y servida en épocas de depresión. Me gusta recién cogida del árbol. Y así es cuando la esperanza *es* esperanza, y no un fruto seco ni la alegría monótona que hace que uno esté deseando defenestrar a quienes sonríen persistentemente. Felipa ya no bailaba en los páramos; su enfermedad había entonado su naturaleza agitada; parecía que disfrutaba al sentarse a nuestros pies mientras charlábamos y al mirarnos las caras como si estuviera soñando, pero ya no se afanaba ansiosa por comprendernos. Estábamos allí: eso bastaba.

- Está creciendo como un junco - dije-, la enfermedad la ha dejado débil.

- De mente - sugirió Christine, sonriendo.

En este momento, Felipa tomó con ternura la mano blanca de la mujer y apoyó su mejilla marrón sobre ella.

- ¿No te reprochas nada? - le pregunté.

- ¿Por qué? ¿Acaso debemos entregarle nuestro amor a quien sea que nos quiera? ¡Menuda recua de pobres que seríamos si desperdiciáramos nuestra herencia en este pequeño y pésimo cambio! ¿Habría de darles a un millar de pordioseros media hora de felicidad o acaso debería enriquecer un alma durante toda su vida?

- Lo segundo - comentó Edward, que había llegado sin que nos diéramos cuenta.

Los dos se miraron impávidos. Habían entablado una guerra abierta durante estos últimos días y yo sabía que el fin estaba cerca. Sus palabras eran frías como el hielo, cortantes como el acero, y me dije “en cualquier momento”. Se produciría una lucha mortal y después Christine cedería. Incluso yo entendía algo de lo que podría ser esa rendición. Hay bellas panteras aterciopeladas en los bosques asiáticos, y también en la vida real, a veces.

- ¿Por qué se odian tanto? - me preguntó triste Felipa.

- ¿Se odian?

- Sí, así lo siento aquí - respondió, mientras se tocaba el pecho con un pequeño gesto dramático.

- ¡Tonterías! Vete a jugar con tu muñeca, niña - yo le había hecho una muñeca decente y obediente para que ocupara el lugar del desgarrado fetiche en el páramo.

Felipa me miró y se marchó. Un instante después, trajo la muñeca de la casa y la puso ante mis mismos ojos y fue hasta el final del muelle y la lanzó a propósito al agua: la marea estaba bajando y así se alejó de mi vista la muñeca de juguete, mar adentro. “Bien”, me dije, “¿qué será lo próximo?”

Yo no le había dicho a Felipa que nos íbamos: pensé que sería mejor que la pillara por sorpresa. Tenía preparados diversos y pequeños objetos de gala como regalos de despedida, que debían hacer las veces de una esponja y absorber sus lágrimas. Pero el Destino hizo que se me fuera de las manos. Así es como sucedió. Una tarde en la pérgola de jazmín, en la oscuridad fragante de la cálida noche de primavera, llegó el fin: Christine había perdido. Se deslizó como un espectro y yo, adivinando de inmediato lo que había sucedido, la seguí hasta la pequeña habitación, donde la encontré tendida sobre la cama con las manos juntas sobre el pecho, los ojos abiertos y empañados por las sombras, y el vestido blanco empapado de rocío. La besé con cariño, nunca, ni entonces ni ahora, pude evitar quererla, y después fui en busca de Edward. Había sido amable conmigo durante toda mi pobre y cenicienta vida: ¿no debía ir a su encuentro? Todavía estaba en la pérgola y me senté junto a él en silencio: sabía que las palabras llegarían con el tiempo. Llegaron: ¡menuda riada! El inglés no le bastaba. Su amor también manaba en español, una lengua rica en vocales: desde entonces este idioma me suena el doble de dulce.

- ¿Has sentido la lana del castor?

¿O acaso el plumón del cisne?

¿O has olido el capullo del escaramujo?

¿O el nardo al fuego?

¿O has probado el botín de la abeja?

¡Oh, qué blanca, qué suave, qué dulce es ella!<sup>103</sup> - dijo el joven enamorado una y otra vez; y yo, escuchando allí en la oscuridad fragante de la noche, con el rocío cayendo densamente sobre mí, me alegré de que el amor sencillo y de corazón no hubiera desaparecido por completo de nuestro mundo metálico y extenuado.

Cuando regresamos a la casa ya era tarde. Después de llegar a mi habitación, me di cuenta de que me había olvidado la capa en la pérgola. Era de tela fuerte: el rocío no la estropearía, pero sí podría echar a perder los materiales de dibujo y las diversas baratijas que había dejado en los amplios bolsillos interiores, *objets de luxe*, para mí, recuerdos de las épocas felices, pequeñas propiedades artísticas que colgaba de las pobres paredes de mi estudio cuando estaba en la ciudad. Salí de nuevo a la oscuridad sin hacer ruido y busqué la pérgola: avanzando a tientas por el suelo no encontré la capa, sino a ¡Felipa! Estaba agazapada en el follaje con el rostro hacia abajo: no se movía ni tampoco respondía.

- ¿Qué pasa, niña? - le pregunté, pero no hablaba. Intenté sacarla de su guarida, pero se enredó obstinada aún más en la parra espinosa y no conseguía moverla. Le toqué el cuello: estaba frío. Asustada, corrí a la casa a por una vela.

- Márchate - dijo con en voz baja y ronca cuando puse la luz sobre ella-. Lo sé todo y voy a morir. He comido las cosas venenosas de tu caja y una serpiente se ha acercado a mi cuello y no la he apartado. Me ha mordido, creo, y me alegro. Vete: voy a morir.

Miré alrededor: mi caja de colores estaba rayada y vacía, y el resto de objetos estaban esparcidos por el suelo.

- ¡Por Dios, niña! - chillé-. ¿Qué has comido?

- Lo suficiente - contestó Felipa en tono de tristeza-. Sabía que eran venenosas: me lo dijiste. Y no alejé a la serpiente.

En ese momento, la casa en su conjunto, que se había despertado cuando salí precipitadamente con la vela, fue hacia la pérgola. Cuando apareció Edward, Felipa se hizo de nuevo un ovillo como un erizo y se negó a hablar. Pero la abuela se arrodilló y arrastró a sus brazos con ternura a la figura

---

<sup>103</sup> Versos de "Celebración de Charis" del poeta inglés Ben Jonson (1572-1637).

agazapada, le acarició el pelo y murmuró palabras de amor en su dulce dialecto.

- ¿Qué ha sido? - dijo Edward; pero incluso entonces sus ojos devoraban a Christine, que permanecía en la sombra, en la entrada formada por una parra en forma de corona, como una fotografía en un marco. Yo lo expliqué.

Christine sonrió débilmente.

- Celos - dijo en voz baja-. No me sorprende - y espontáneamente le dirigió a Edward una de sus miradas.

Pero con el primer sonido de su voz, Felipa se había avivado: ella también vio la mirada, se liberó de los brazos de la vieja Dominga y se postró a los pies de Christine.

- Mírame *a mí* así - chilló- a mí también: no le mires a él. Él se ha olvidado de la pobre Felipa: ya no la quiere. Pero *tú* no la olvidas, señora: *tú* me quieres, *tú* me quieres. ¡Di que sí o moriré!

Todos nos quedamos estupefactos con la palidez y la mirada hambrienta y salvaje de su rostro elevado. Edward se agachó e intentó levantarla en brazos, pero cuando le vio una fiera repentina inundó sus ojos: irradiaban una luz ambarina y parecía que estaban a punto de prenderse en llamas. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, había cogido algo y lo había clavado en el brazo que la rodeaba. Era mi pequeña daga veneciana.

Dimos un salto hacia delante; los vestidos se nos mancharon de la sangre que brotaba con rapidez; pero Edward no aflojó su abrazo al cuerpecillo salvaje que se retorció hasta que cayó exhausta en sus brazos.

- Me alegro de haberlo hecho - dijo la niña, mirándole a la cara con firmeza-. Suéltame, suéltame, digo yo, junto a la gentil señora, para morir con la cola de su vestido blanco sobre mí.

Y la abuela la recibió con las manos temblorosas y la tumbó en silencio a los pies de Christine.

¡Ah, bueno! Felipa no murió. El veneno la atormentó, pero no la mató, y la serpiente debió de evitar el delgado cuellecito marrón que se le ofreció desconsoladamente. Nos fuimos: no había nada más que pudiéramos hacer que marcharnos tan rápido como fuera posible y dejarla con la niña.

Al abuelo silente le dije:

- Se le pasará: no es más que una niña.
- Casi tiene doce años, señora. Su madre se casó con trece.
- Pero los quería por igual, Bartolo. No es nada: no lo sabe.
- Tienes razón, mujer: no lo sabe - respondió el hombre mayor con lentitud-; pero *yo* lo sé. Eran dos amores, y al más fuerte le asestó una cuchillada.



## SEÑORITA TRISTEZA

“Un necio engreído” no es una expresión fuera de lo común. Bien, sé que no soy un necio, pero también sé que soy engreído. Pero, francamente, quizá ayude el hecho de que uno esté joven, sano y fuerte, y sea decentemente apuesto, con algún capital que ha heredado y algo más que ha ganado, en fin, lo suficiente para vivir sin apuros. ¿Y si en estos pilares se apoyara también la placentera arquitectura del éxito literario? El éxito hay que merecerlo, creo: ciertamente no cae del cielo. Sin embargo, aprecio plenamente su singularidad. Así, me hallo en buena disposición en la vida: tengo todo lo que deseo en sociedad, y una profunda satisfacción de mi propia y pequeña fama, que naturalmente disimulo con esmero y favorezco de modo gentil sin intromisiones. Sé que se habla de mí como “ese callado joven que escribe esos breves estudios de sociedad tan asombrosos, ya saben”, y me ciño a esa definición.

Hace un año estaba en Roma, y disfrutando en especial de la vida. Tenía a gran parte de mis conocidos allí, tanto estadounidenses como ingleses, y no pasaba un día sin su invitación. Por supuesto, lo entendía: raramente se encuentra a un literato de carácter sereno, buena presencia, con suficiente capital y cordialmente cumplidor con todas las obligaciones y requerimientos “sociales”. “Una vez que lo encuentre, tome nota de ello<sup>104</sup>”, y normalmente esa nota tomaba forma de invitación.

Una noche, retornando a mi vivienda, Simpson, mi hombre de confianza, me hizo saber que alguien había llamado esa tarde y, cuando supo que no me encontraba allí, no dejó ninguna tarjeta, sino su nombre: “Señorita Tristeza”. Su nombre se quedó grabado: ¡Señorita Tristeza! “La tristeza por lo pronto no me ha visitado”, me dije, despachando a Simpson y buscando mi

---

<sup>104</sup> Proviene de la novela por entregas *Dombey e hijo* de Charles Dickens (1812-1870), publicada entre 1846 y 1848.

pequeño balcón para un puro final, “y no lo hará ahora. Me preocuparé de no ‘estar en casa’ para ella si sigue llamando”. Y después me descubrí pensando en Isabel Abercrombie, en cuya sociedad había pasado tantos anocheceres: eran recuerdos preciados.

Al día siguiente hubo una excursión; ya era tarde cuando llegué a mis aposentos, y de nuevo Simpson me informó de que la señorita Tristeza había llamado.

- ¿Viene de seguido? - pregunté, medio para mí mismo.

- Sí, señor; mencionó que volvería a llamar.

- ¿Qué apariencia tiene?

- Bueno, señor, una dama, diría que vivió tiempos mejores - respondió Simpson, prudentemente.

- ¿Joven?

- No, señor.

- ¿Sola?

- Una criada con ella, señor.

Sin embargo, una vez fuera en el balcón de arriba con mi puro, me volví a olvidar de la señorita Tristeza y de aquello que pudiera representar. ¿Quién no lo haría a la luz de aquella luna, pudiendo recordar el rostro de Isabel Abercrombie?

La extraña vino una tercera vez y yo estaba fuera; después dejó que pasaran dos días, y comenzó de nuevo. Empezó a ser un diálogo habitual entre Simpson y yo cuando llegaba de noche:

- ¿Tristeza hoy?

- Sí, señor.

- ¿A qué hora?

- A las cuatro, señor.

“¡Dichoso el hombre”, pensé, “que puede limitarla a una hora en particular!”

Pero no habría tratado a mi visitante con ese desdén si no estuviera seguro de que era excéntrica y poco convencional, dotes en extremo tediosas tratándose de una mujer que ha perdido su juventud y atractivo. Si no fuera excéntrica, no habría insistido en presentarse ante mi puerta día tras día con esta actitud tan silenciosa, sin dar su recado, dejar nota alguna o presentar de algún modo sus credenciales. Decidí que tenía algo para vender, alguna talla o grabado supuestamente antiguo. Se

sabía que me gustaban esas rarezas. Me dije: “ha leído u oído hablar acerca de mi relato ‘Oro viejo’, o quizá ‘El dios sepultado’, y me cree un idealista profano al que puede imponerse. Su nombre sepulcral al menos no es italiano; probablemente sea una perspicaz campesina que, mediante esta locura estética, gane un centavo de forma honrada en cuanto pueda”.

Había llamado siete veces en un periodo de dos semanas sin verme, cuando un día me hallaba en casa por la tarde, debido a un aguacero y un atisbo de duda en lo que respectaba a la señorita Abercrombie. Al haber construido una esmerada teoría acerca de los rasgos de esa joven en mi mente, y al haberse ceñido a ella gratamente hasta el anochecer previo, con una sola palabra la hizo volar en átomos y alzar el vuelo, dejándome allí, como si estuviera en una costa inhóspita, con nada más que un manojo de inducciones erróneas con las que consolarme. No sé de ningún estado de ánimo más exasperante, al menos para un teórico. No podía escribir, así que tomé una novela francesa (me baso ligeramente en Balzac<sup>105</sup>). Había estado hojeando sus páginas tan solo unos instantes cuando Simpson llamó a la puerta y, entrando con delicadeza, dijo, con solo un atisbo de sonrisa en su bien entrenado rostro:

- Señorita Tristeza.

Envié por un momento a la señorita Tristeza a todas las Furias<sup>106</sup>, y después, como él se entretenía, quizá sin saber el lugar en el que residían, pregunté dónde se encontraba la visitante.

- Fuera, señor, en el vestíbulo. Le dije que comprobaría si se encontraba usted en casa.

- Debe de estar moleestamente húmeda si no dispone de carruaje.

- No hay carruaje, señor: siempre vienen a pie. Creo que está algo mojada, señor.

---

<sup>105</sup> Honoré de Balzac (1799-1850) creador del realismo en la novela francesa, autor de *La comedia humana*.

<sup>106</sup> En la mitología griega y romana, las Furias eran mujeres aladas que vengaban el crimen, en especial los crímenes contra los lazos de parentesco. Persiguieron a Orestes hasta la locura por el asesinato de su madre Clitemnestra.

- Bien, déjala pasar, pero no quiero a la criada. La veré ahora, entiendo, y pondré fin a este asunto.

- Sí, señor.

No dejé mi libro. Mi visitante tendría una audiencia, pero no mucho más: había sacrificado sus derechos femeninos con sus persistentes ataques a mi puerta. Inmediatamente Simpson la hizo pasar.

- La señorita Tristeza - anunció, y después salió, cerrando la cortina tras de sí.

Una mujer, sí, una dama, pero desaliñada, sin atractivo, que pasaba de la mediana edad.

Me levanté y me incliné levemente, y después me dejé caer sobre mi silla de nuevo, aún con el libro en la mano.

- ¿Señorita Tristeza? - dije con tono interrogante mientras le indicaba un asiento con las cejas.

- No es Tristeza - respondió-, sino Presteza. Mi apellido es Presteza.

Se sentó y vi que sostenía un pequeño maletín.

“No hay tallas, entonces”, pensé, “probablemente encaje antiguo, algo que perteneció a Tulia o Lucrecia Borgia<sup>107</sup>”. Pero, como no hablaba, me vi obligado a comenzar:

- Ya ha estado aquí antes, creo ¿una o dos veces?

- Siete. Esta es la octava.

Un silencio.

- A menudo estoy fuera; de hecho, diría que nunca me encuentro en casa - apunté sin cuidado.

- Sí, usted tiene muchas amistades.

“Que quizá le compren encaje antiguo”, añadí mentalmente. Pero esta vez yo también permanecí callado: ¿por qué habría de molestarme en hacerla hablar? Ella me había buscado, había que dejarla presentar su idea, ahora que ya había logrado entrar.

Pero la señorita Tristeza (prefería llamarla así) no tenía aspecto de que pudiera presentar nada; su vestido negro, empapado de

---

<sup>107</sup> En la historia legendaria romana, Tulia incitó a su marido Tarquinio el Soberbio para que destronara a su padre, y luego pasara con su carro sobre su cuerpo asesinado. Lucrecia Borgia (1480-1519), hija del papa Alejandro VI y miembro de la cruel familia Borgia de Roma, puede que matara a su segundo marido.

llovía, parecía querer esconder su preocupante delgadez, mientras que su delgadez se escondía tan lejos como era posible de mí, de la silla, de todo. Tenía la mirada abatida; y un velo pasado de moda con una lazada y un grueso bordado ensombrecía su rostro. Miraba al suelo, y yo a ella.

Me impacienté un poco, pero decidí que seguiría en silencio y comprobaría cuánto tiempo consideraba ella que era necesario para que su pantomima fuera efectiva. ¿Comedia? ¿O era tragedia? Supongo que pasaron como cinco minutos en nuestro silencio mutuo, y eso es mucho tiempo cuando dos personas están sentadas una frente a otra a solas en una pequeña sala tranquila.

Por fin, mi visitante, sin alzar la mirada, preguntó despacio:

- Es usted muy feliz con juventud, salud, amistades, riqueza, fama, ¿no?

Fue un comienzo particular. Su voz era clara, baja y muy dulce al enumerar mis virtudes de una en una en una lista. Me sentí atraído por ello, pero repelido por sus palabras, que me parecieron lisonjas tanto insulsas como descaradas.

- Gracias - respondí- por su amabilidad, pero me temo que no se merece. Raramente hablo de mí, incluso con mis amigos.

- Yo soy su amiga - replicó la señorita Tristeza. Después, tras un momento, añadió pausadamente: - He leído cada palabra que ha escrito.

Doblé los bordes de mi libro con indiferencia; no soy un petimetre, espero, pero otros han dicho lo mismo.

- Y, lo que es más, mucho me lo sé de memoria - continuó mi visitante-. Espere, se lo mostraré.

Y después, sin pausa, empezó a repetir parte de mi obra palabra por palabra, tal y como la había escrito. Así siguió, y escuché. Traté de interrumpirla después de un momento, pero no lo hice, porque estaba recitando muy bien, y también porque me invadió el deseo de ver lo que haría de cierta conversación que sabía que estaba al llegar, un diálogo entre dos de mis personajes que tenía, cuando menos, algo de misterioso y de incandescente también. Lo que me atrajo un poco, también, fue el hecho de que la escena que estaba recitando (era apenas más que eso, aunque se llamara relato) fuera secretamente mi favorita entre todos los esbozos de mi pluma que el público ha recibido con favor. Nunca lo he dicho, pero lo era; y siempre

había sentido un perplejo fastidio cuando la mencionada audiencia, mientras elogiaba amablemente otros de mis intentos más allá de su valor, nunca se había percatado del propósito más elevado de esta breve composición, no dirigida a los balcones e iluminadas ventanas de la sociedad, sino directa a las distantes estrellas. Ella seguía, y finalmente llegó al diálogo: mis dos personajes empezaron a hablar. Ahora había alzado los ojos y me miraba con seriedad mientras repetía las palabras de la mujer, sosegadas, moderadas, frías, y las respuestas del hombre, amargas, candentes y mordaces. Su misma voz cambió, y tomaba, siempre con dulzura, los diferentes tonos requeridos; sin matices de significado, aun ligeros, sin leves atisbos de énfasis que yo hubiera decidido, pero que los tipos torpes no podían ofrecer, y escapó un pleno, casi un colmado reconocimiento que me sobrecogió. Y es que me había comprendido, comprendido casi mejor de lo que me había comprendido yo mismo. Me pareció que mientras me había preocupado de interpretar, parcialmente, un enigma psicológico, ella, viniendo detrás, había desentrañado sus entresijos mejor que yo, incluso ciñéndose estrictamente a mis propias palabras y énfasis. La escena terminó (y terminó de manera bastante repentina), bajó la mirada, movió la mano nerviosamente de un lado a otro del maletín que sostenía; sus guantes eran viejos y raídos, y las manos pequeñas.

Estaba muy sorprendido en secreto por lo que había escuchado, pero mis malos humos se habían arraigado ese día, y todavía estaba seguro, además, de que ese maletín contenía algo que esperaba mi compra.

- Recita sumamente bien - observé sin cuidado-, y además me siento muy halagado por su reconocimiento de mi esfuerzo. Pero no es ese, entiendo, el único motivo al que debo el placer de esta visita, ¿verdad?

- Sí - respondió ella, que seguía mirando hacia abajo- lo es, porque, si no hubiera escrito esa escena, no le habría buscado. Sus otros bosquejos son interiores, pintados de forma exquisita y finalizados delicadamente, pero de modesto alcance. Este es un bosquejo de unas pocas audaces y maestras líneas, un trabajo de un espíritu y un propósito por entero diferentes.

Me irritó su análisis.

- Me ha dedicado tanta de su atención que me siento su deudor - dije, de forma educada-. ¿Quizá haya algo que pueda hacer por usted, relacionado, posiblemente, con ese pequeño maletín?

Fue impertinente, pero era cierto; por lo que respondí:

- Sí.

Sonreí, pero sus ojos apuntaban hacia abajo y no vio la sonrisa.

- Lo que quiero mostrarle es un manuscrito - anunció después de una pausa que no rompí-; es un drama. Pensé que quizá usted lo leería.

“¡Una autora! Esto es peor que el encaje antiguo”, me dije con aflicción. Después, en voz alta:

- Mi opinión no tendría ningún valor, señorita Presteza.

- No de forma comercial, lo sé. Pero podría ser... un asistente personal.

Su voz se había hundido hasta convertirse en un susurro; fuera, la lluvia caía a cántaros. Ella me parecía un objeto muy deprimente allí sentada con su maletín.

- Apenas dispongo de tiempo por el momento - comencé.

Había alzado los ojos y me miraba; entonces, cuando paré, se levantó y vino repentinamente hacia mi silla:

- Sí, lo leerá - dijo con su mano en mi brazo-; lo leerá. Mire esta habitación, mírese a sí mismo, mire cuánto tiene. Ahora míreme a mí, y tenga compasión.

Me había levantado, ya que me había cogido del brazo, y su falda húmeda me rozaba las rodillas.

Sus grandes ojos negros miraban con atención los míos mientras seguía:

- No siento pudor al pedirlo. ¿Por qué debería? Es mi último cometido; pero uno sereno y bien considerado. Si se niega, me iré, sabiendo que el Destino así lo ha querido. Y estaré conforme.

“Está loca”, pensé. Pero no lo parecía, y había hablado sosegada, incluso apacible.

- Siéntese - dije, distanciándome de ella. Me sentí como si hubiera sido magnetizado, pero solo se trataba de la cercanía de sus ojos con los míos, y de su intensidad. Le acerqué una silla, pero permaneció de pie.

- No puedo - respondió en el mismo tono cordial y amable-, a menos que lo prometa.

- Muy bien, lo prometo; solo siéntese.

Cuando la tomé del brazo para conducirla a la silla percibí que estaba temblando, pero su rostro permanecía impassible.

- ¿No espera, naturalmente, que mire su manuscrito ahora? - pregunté, para ganar tiempo- Sería mucho mejor dejarlo reposar. Déjeme su dirección, y se lo devolveré con mi opinión por escrito; aunque, insisto, no le servirá de nada. Es la opinión de un editor lo que usted quiere.

- Se hará como desee. Y me iré en un momento - respondió la señorita Tristeza, juntando las palmas de las manos, como si intentara controlar el temblor que había invadido su escasa complexión.

Estaba tan pálida que pensé en ofrecerle un vaso de vino; después recordé que si lo hacía podría ser un aliciente para traerla aquí de nuevo, y era algo que estaba deseoso de prevenir. Se levantó mientras ese pensamiento cruzaba mi mente. El maletín de cartón reposaba en la silla que ella había ocupado en primer lugar; lo cogió, escribió una dirección en la cubierta, lo dejó, y después, inclinándose con cierto aire de formalidad, se colocó su mantilla negra sobre los hombros y se giró hacia la puerta.

La seguí, después de tocar la campanilla.

- Tendrá noticias mías por escrito - añadí.

Simpson abrió la puerta y alcancé a ver ligeramente a la criada, que esperaba en la antesala. Era una mujer mayor, más baja que su señora, igualmente delgada y también vestida de un negro herrumbroso. Cuando se abrió la puerta, se giró hacia ella con dos sombríos y pequeños ojos azules que miraban furtivos y misteriosos. Simpson corrió la cortina, encerrándome en la sala interior; no tenía intención de dejarme acompañar más allá a mi visitante. Pero tenía la curiosidad de ir a un ángulo de la galería desde el que podía observar la puerta de entrada, y entonces pude verlas sumergirse en la lluvia y alejarse una al lado de la otra, la señora, la más alta, sosteniendo el paraguas: probablemente no había mucha diferencia de rango entre personas tan pobres y desamparadas como estas.



Oscureció. Me invitaron para la noche, y sabía que si iba vería a la señorita Abercrombie. Me dije que no iría. Saqué el papel para escribir, e hice los preparativos para una noche tranquila en casa conmigo mismo; pero no sirvió de nada. Todo terminó en una dócil salida. En el último momento permitido me presenté y, como castigo por mis dudas, supongo, pasé la noche más ingrata de mi vida. Retorné malhumorado; niebla en el exterior y mucha niebla en el interior. Lo que era Isabel en realidad, ahora que había roto todas mis teorías elaboradas cuidadosamente, no podía decidirlo. Había, a decir verdad, cierto joven inglés, pero eso es otra historia.

Llegué a casa, subí a mis aposentos, y tomé algo de cena. Era para consolarme; estoy obligado a consolarme científicamente de vez en cuando. Estuve caminando de un lado para otro después, fumando y sintiéndome algo mejor, cuando mis ojos se detuvieron en el maletín de cartón. Lo cogí; en la cubierta había escrita una dirección que revelaba que mi visitante debía haber caminado una larga distancia para verme: “L. A. Presteza” (“La Tristeza”), pensé, “y eso es lo que es. Definitivamente creo que ha traído consigo todas estas molestias; tiene mal de ojo”. Saqué el manuscrito y lo miré. Tenía la forma de un pequeño volumen, escrito en letra clara; en la cubierta figuraba la palabra “Armadura” en alemán y, debajo, un boceto a pluma de un casco, una coraza y un escudo.

“La tristeza indudablemente necesita de armadura”, me dije, sentándome a la mesa y pasando las páginas. “Creo que miraré esto ahora; no podría estar de peor humor”. Y así empecé a leer.

A la mañana siguiente, Simpson llevó temprano una nota de mi parte a la dirección indicada, y regresó con la siguiente respuesta: “No; prefiero visitarle yo a usted; a las cuatro; L. A. PRESTEZA”. Estas palabras, con sus tres puntos y comas, estaban escritas a lápiz en un trozo de papel áspero, pero la escritura era tan clara y delicada como la del manuscrito en tinta.

- ¿Cómo era el sitio, Simpson?

- Muy pobre, señor, pero no llegué a subir del todo. La persona más mayor bajó, señor, cogió la nota, y me pidió que esperara donde estaba.

- ¿No tuvo oportunidad, pues, de investigar? - pregunté, con plena consciencia de que había recorrido todo el vecindario en busca de información sobre aquellas dos inquilinas.

- Bueno, señor, ya sabe cómo hablan estos forasteros, lo quiera uno o no. Pero parece que estas dos personas solo han estado aquí unas semanas; viven solas, y son extrañamente calladas y reservadas. Las gentes del lugar las llaman algo que significa “las señoras americanas, delgadas y mudas”.

A las cuatro las “señoras americanas” llegaron; llovía de nuevo, y vinieron a pie bajo su viejo paraguas. La criada esperó en la antesala y la señorita Tristeza fue conducida a mi recibidor de soltero. Había pensado que debía recibirla con especial deferencia, pero parecía tan desamparada que mi deferencia mudó a la compasión. Fue la mujer la que me impresionó, más que la escritora, el cuerpo frágil, débil, más que la mente inspirada. Porque estaba inspirada: me había mantenido despierto la mitad de la noche con su drama, y me había sentido por momentos entusiasmado dada su franqueza, pasión y poder.

Nadie podría haber estado más sorprendido que yo de hallarme así de entusiasmado. Pensé que había superado ese tipo de cosas. Y cualquiera habría supuesto, también (yo mismo lo habría hecho hasta el día anterior), que los defectos del drama, que eran muchos y prominentes, podrían haber calmado cualquier placer que pudiera haber sentido, yo siendo escritor, y por lo tanto crítico; pues los escritores son aptos para hacer notable el “cómo”, más que el “qué”, tal como los pintores, quienes, como es sabido, prefieren una exquisita representación de un tema común más que un lienzo ejecutado de forma deficiente de la materia más espectacular. Pero en este caso, por el contrario, los dispersos rayos de esplendor del drama de la señorita Tristeza me habían hecho olvidar las sombras, que eran numerosas y deformantes; o, quizá, el esplendor me había dado ansias de eliminar las sombras. Y este era también un estado filantrópico muy inusual en mí. En cuanto a escritores sin éxito, mi lema siempre había sido “*Vae victis*<sup>108</sup>!”.

---

<sup>108</sup> Expresión latina por “Dolor al conquistado” o “¡Ay de los vencidos!”.

Mi visitante tomo asiento y cruzó las manos. Pude ver, a pesar de su actitud tranquila, que se encontraba en una espera sin respiración. Parecía tan miserable que estuviera temblando ante mí, una mujer mucho mayor que yo –una mujer dotada con la chispa divina del genio, que no tenía del todo claro (a pesar de mi éxito) que me hubiera sido concedida a mí–, que sentí que tenía que arrodillarme ante ella, y rogarle que ocupara el lugar de supremacía que le correspondía de una vez. ¡Pero qué! Uno simplemente no se arrodilla, espontáneamente, ante una mujer que pasa de los cincuenta, sin rasgos particulares, delgada, rechazada y haraposa. Me contenté con tomar sus manos (enfundadas en sus viejos guantes roídos) en las mías, mientras le dije cordialmente:

- Señorita Presteza, a mi parecer, su drama rebosa un poder original. Ha hecho aflorar mi entusiasmo: me quedé despierto media noche leyéndolo.

Las manos que sostenía se agitaron, pero algo (quizá vergüenza por haber evadido el asunto de la postración) me hizo intensificar mi agarre y concederle también una sonrisa tranquilizadora. Me miró un instante y, después, de pronto y silenciosamente, emergieron las lágrimas y cayeron por sus mejillas. Solté sus manos y retrocedí. No había creído que fuera a llorar; más bien al contrario, su voz y rostro parecían controlados con firmeza. Pero ahora se doblaba en la silla con la cabeza reposando sobre los brazos, no sollozando en alto, pero con todo su cuerpo agitado por la fuerza de la emoción. Me apresuré a por un vaso de vino; la forcé a tomarlo. No estaba muy seguro de qué hacer, pero, poniéndome en su lugar, decidí elogiar el drama; y elogiar fue lo que hice. No sé cuándo he usado tantos adjetivos. Alzó la cabeza y empezó a limpiarse los ojos.

- Tómese el vino - insistí, interrumpiendo mi verborrea.

- No me atrevería - respondió, y luego añadió humildemente-, a menos que tenga una galleta por ahí o un trozo de pan.

Encontré unas galletas, se comió dos, y despacio se bebió el vino, mientras retomé mi Niágara verbal. Bajo su influencia, y quizá también la del vino, empezó a resucitar. No es que estuviera radiante, no podría, pero simplemente transmitía calidez. Entonces noté la causa de la principal molestia de su

apariencia hasta ese momento: parecía como si todo este tiempo hubiese tenido frío.

Por fin no se me ocurrió nada más que decir, y paré. Realmente admiraba el drama, pero pensé que me había empleado lo suficiente como antihistórico y el resto de adjetivos, y que, al menos por el momento, ya estaba hecho. Ella había dejado el vaso de vino vacío y sus manos reposaban en los anchos brazos acolchados de la silla con la amplia satisfacción que podía mostrar una persona delgada.

- Debe perdonar mis lágrimas - dijo, sonriendo-, fue la aversión del sentimiento. Mi vida estaba en decadencia: si su veredicto hubiera sido en mi contra, habría sido mi final.

- ¿Su final?

- Sí, el final de mi vida; podría haber acabado conmigo.

- Entonces habría sido tan débil como una mujer infame - repliqué con tono de disgusto-. Odio el sensacionalismo.

- Oh, no sabe nada sobre ello. Podría haber destruido este pobre cuerpo. Pero entiendo bien cómo lo contemplaría. En cuanto a lo atrayente de la vida, el príncipe y el mendigo pueden tener opiniones diferentes, pero no digamos más sobre ello, hablemos del drama en su lugar.

Mientras pronunciaba la palabra “drama” un brillo triunfal invadió sus ojos. Tomé el manuscrito de un cajón y me senté a su lado.

- Supongo que sabe que hay deficiencias - dije, esperando una fácil aceptación.

- No era consciente de que las hubiera - fue su cordial respuesta.

¡Así empezaba! Después de todo mi interés en ella y, dadas las circunstancias, he de decir, mi amabilidad, ¡me recibe de este modo! Sin embargo, mi creencia en su inteligencia era demasiado leal para verse alterada por sus caprichos, así que insistí.

- Repasémoslo juntos - sugerí-. ¿Se lo leo yo o me lo lee usted?

- No lo leeré, sino que lo recitaré.

- Eso no funcionará. Recita tan bien que solo veremos lo bueno, y nos tenemos que preocupar de lo malo.

- Lo recitaré - repitió.

- Bien, señorita Presteza - dije sin rodeos-, ¿con qué propósito ha venido a mí? Desde luego no a recitar, meramente; no soy director de escena. Seamos claros, ¿no era su idea que la ayudase a conseguir un editor?

- Sí, sí - respondió, mirándome de forma aprensiva, y volvió a su actitud previa.

Aproveché mi ventaja, abrí el pequeño volumen de papel y comencé. Primero estudié el drama línea por línea, y hablé de las faltas de expresión y estructura; después volví y me detuve en dos o tres flagrantes aspectos imposibles del argumento.

- Su interés absorto en el motivo general sin duda le hizo olvidar estas imperfecciones - dije, en tono de disculpa.

Pero, para mi sorpresa, percibí que ella no veía las imperfecciones, que no comprendía nada de lo que había dicho, no lo había asimilado. Esa inexplicable obcecación me desconcertaba. Empecé de nuevo, repasándolo todo incluso con más detalle y cuidado. Trabajé arduamente: el sudor aparecía en forma de gotas en mi frente cuando me esforzaba con ella, ¿cómo debería llamarlo?, ¿obstinación? Pero no era exactamente obstinación. Ella simplemente no llegaba a ver las carencias de su trabajo, igual que un ciego no ve el humo que ensombrece el cielo azul. Cuando terminé mi tarea por segunda vez, siguió permaneciendo tan apaciblemente impasible como antes. Me apoyé en mi silla exhausto, y la miré.

Ni siquiera entonces pareció entender (más allá de si coincidía con ello o no) lo que yo estaba pensando.

- ¡Menuda gloria que le guste! - murmuró ensimismada, rompiendo el silencio. Después, con más animación- ¿Y ahora me dejará recitarlo?

Estaba demasiado fatigado para oponerme. Tiró a un lado su mantilla y su capota y, de pie en el centro de la sala, empezó.

Y me llevó con ella: todos los pasajes fuertes lo eran el doble al pronunciarlos, y los defectos, que no le parecían nada, con su seriedad no me parecieron nada a mí tampoco, al menos en ese momento. Cuando acabó, se quedó mirándome con una sonrisa triunfal.

- Sí - dije-, me gusta, y usted lo sabe. Pero me gusta porque tengo un gusto peculiar. Para mí la originalidad y la fuerza lo son todo (quizá porque yo no las posea en exceso), pero el

mundo no pasará por alto como yo sus carencias absolutamente estridentes a cuenta de ello. ¿Confiará en mí para repasar la obra y corregirla con mi criterio?

Era un dilatado acuerdo por mi parte; me sorprendí a mí mismo.

- No - respondió delicadamente, sonriendo aún-. No se alterará ni una coma.

Después se sentó y cayó en un ensueño como si estuviera sola.

- ¿Ha escrito algo más? - pregunté después de un rato, cuando me cansé del silencio.

- Sí.

- ¿Puedo verlo? ¿O es *verlos*?

- Es *verlos*. Sí, puede ver todo.

- La llamaré para ello.

- No, no lo hará - replicó, volviendo al presente de forma nerviosa-. Prefiero visitarle yo.

En ese momento Simpson entró a iluminar la habitación, y se entretuvo más de lo que era necesario para la tarea. Cuando finalmente salió, vi que la actitud de mi visitante se había hundido en su depresión previa: la presencia del sirviente pareció haberla enfriado.

- ¿Cuándo dijo que podría ir? - repetí, ignorando su negativa.

- No lo dije. Sería del todo imposible.

- Bien, entonces, ¿cuándo vendrá? - había, me temo, un rastro de cansancio en mi tono.

- Cuando le convenga, señor - respondió humildemente.

A mi caballerosidad la conmovió: después de todo, ella era una mujer.

- Venga mañana - dije-. Por cierto, venga y cene conmigo entonces; ¿por qué no? - tenía curiosidad por ver qué respondería.

- ¿Por qué no, en efecto? Sí, vendré. Tengo cuarenta y tres años, podría haber sido su madre.

Eso no era del todo cierto, pues paso de los treinta, pero me mantengo joven, mientras que ella... Bueno, la creía mayor de cincuenta.

- Difícilmente podría llamarla “madre”, pero podríamos llegar a un acuerdo con “tía” - dije, riéndome-. ¿Tía qué?

- Me llamo Lydia Aaronna - respondió solemne-. A mi padre le decepcionó mucho que no fuera un chico, y me dio el nombre más parecido que pudo al que tenía en mente: Aaron.

- Entonces venga y cene conmigo mañana, y traiga consigo sus otros manuscritos, Lydia Aaronna - sugerí, fascinado por la singular sonoridad del nombre. En general, no me gustaba lo de "tía".

- Vendré - respondió.

Atardeció y seguía lloviendo, pero rechazó toda oferta de acompañamiento o carruaje, y se fue con su criada tal como vino, bajo el paraguas marrón. Al día siguiente tuvimos la cena. Simpson estaba sorprendido, y más que sorprendido, dolido, cuando le dije que tenía que cenar con la criada; pero no expresó su queja, ya que, mi propia invitada, la señora, era poco más atractiva. Cuando los preparativos estuvieron listos, no pude evitar reírme: las dos pequeñas mesas remilgadas, una en el salón y otra en la antesala, y Simpson caminando entre ellas con desaprobación eran irresistibles.

Saludé a mi invitada jocosamente cuando llegó y, por fortuna, su actitud no era tan deprimente como siempre: nunca podría haber concordado con un humor tan pesaroso. Había pensado que quizá, para la ocasión, habría optado por algún cambio en su atuendo; nunca había conocido a una mujer que no tuviera alguna prenda delicada, aunque fuera discreta, reservada para esa inesperada ocasión con la que siempre ha soñado. Pero no: la señorita Tristeza lucía el mismo vestido negro, sin adornos ni alteraciones. Estaba agradecido de que no lloviera ese día para que la falda al menos no pareciera tan húmeda y reumática.

Comió tranquila, casi furtiva, pero con buen apetito, y no se negó al vino. Después, cuando se terminó la comida y Simpson había retirado los platos, le pregunté por los nuevos manuscritos. Me dio un cuaderno verde y viejo lleno de poemas cortos y un borrador de prosa. Encendí un puro y me senté al escritorio para echarles un vistazo.

- ¿Quizá quiera probar un cigarro? - sugerí, más por diversión que por otra cosa, ya que no había rastro de bohemia en ella; toda su apariencia era puritana.

- No he conseguido aprender a fumar.

- ¿Lo ha intentado? - pregunté, girándome.

- Sí, Serena y yo lo hemos intentado, pero no lo hemos conseguido.

- ¿Serena es su criada?

- Vive conmigo.

Estaba arrebatado por la risa interior, y empecé apresuradamente a hojear sus manuscritos de espaldas a ella, y así quizá no lo notara. Se me había aparecido la escena de las dos mujeres melancólicas, solas en su cuarto cerrado con llave, intentando adquirir pacientemente el arte del fumador.

Pero los papeles ante mí pronto absorbieron mi atención. Esa fantástica colección de palabras, líneas y epítetos nunca la había visto antes, ni siquiera imaginado en sueños. A decir verdad, eran como el producto de un sueño: eran Kubla Khan<sup>109</sup>, solo que mejores. Por doquier resplandecían como el brillo de un diamante, pero cada poema, casi cada verso y línea, estaba dañado por una falta o carencia que parecía una perversión deliberada, como el trabajo de un duende malvado. Era como la mercancía de un joyero expuesta ante uno, con todos los anillos sin acabar, todas las pulseras demasiado anchas o estrechas para su fin, todos los broches sin su cierre, todos los collares rotos adrede. Pasaba las páginas, maravillado. Cuando había pasado como media hora, me recliné un momento para encender otro puro, y miré a mi visitante. Se encontraba detrás de mí, en una butaca cerca de mi pequeña lumbre, y allí estaba, ¡ya dormida! En la relajación de su inconsciencia, me afectó de nuevo la pobreza que expresaba su apariencia: sus pies estaban visibles y pude ver los miserables zapatos viejos que había disimulado hasta ahora.

Después de mirarla un momento, volví a mi tarea y tomé la historia en prosa; en la prosa debería ser más razonable. Era menos fantástica, quizá, pero poco más razonable. La historia trataba de un hombre corriente y libertino al que dos de sus amigos obligaban a no romperle el corazón a una chica agonizante que le amaba, y a ceñirse a un elevado ideal imaginario de sí mismo que la pura pero equivocada mente de

---

<sup>109</sup> Famoso poema de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) escrito en 1797. Lo definió como “una visión en un sueño” y dijo que lo había compuesto bajo los efectos del opio.



ella se había formado. Tenía un rostro apuesto y una voz dulce, y repetía lo que ellos le decían. El largo y lento declive y la feliz muerte de ella, y el tedio interior y el hastío profundo que él tiene que soportar son los puntos álgidos de la historia. Hasta aquí, bastante bien, pero ahora viene el problema: durante toda la narración se mueve otro personaje, un médico de buen corazón y plena misericordia, que ejercía el asesinato como un arte, y estaba concebido por la autora ¡como un segundo Mesías! Era monstruoso. Lo repasé dos veces, y lo tiré. Después, fatigado, me giré y me recliné, esperando a que se despertara. Veía su perfil sobre el tono oscuro de la butaca.

Ahora parecía notar mi mirada, ya que se agitó, y entonces abrió los ojos.

- Me he dormido - dijo, levantándose aprisa.

- Nada de malo en ello, Lydia Aaronna.

Pero estaba profundamente avergonzada y turbada, mucho más de lo que requería la ocasión; tanto que, de hecho, desvié la conversación de nuevo a los manuscritos.

- No soporto a ese doctor suyo - dije, señalando la historia en prosa-. Nadie lo haría. Debe suprimirlo.

Su posesión volvió como por arte de magia.

- Definitivamente no - respondió altanera.

- Ah, si le da igual... Me había dado la impresión de que estaba ansiosa por que estas cosas encontraran un comprador.

- Lo estoy, lo estoy - dijo, cambiando su actitud a la humildad profunda con magnífica rapidez. Con esas alternancias de humor sacudiéndola como si fueran olas gigantes, no cabe duda de que había envejecido antes de tiempo.

- Entonces saque a ese doctor.

- Quiero hacerlo, pero no sé cómo - respondió, juntando las manos, indefensa-. En mi mente pertenece a la historia tan de cerca que no puede ser separado de ella.

Entonces entró Simpson, con una nota para mí: era de la señora Abercrombie invitándome para esa noche, una reunión imprevista, y de ahí que probablemente fuera a ser más placentera. Mi corazón dio un vuelco a mi pesar; me olvidé por completo de la señorita Tristeza y de sus manuscritos en ese instante, como si nunca hubiesen existido. Pero, físicamente, al

seguir en la misma habitación que ella, su discurso me trajo de vuelta al presente.

- ¿Tiene buenas noticias? - preguntó.

- Oh, no, nada especial, una simple invitación.

- Pero también buenas noticias - repitió-. Y en cuanto a mí, debo irme.

Sin suponer que se hubiera quedado mucho más, en cualquier caso, esa mañana había pedido un carruaje para ella sobre esa hora. Se lo dije. No hizo réplica alguna más allá de ponerse la capota y la mantilla.

- Pronto tendrá noticias más - dije-. Haré todo lo que pueda por usted.

Había llegado a la puerta, pero antes de abrirla se paró, se giró y me tendió la mano.

- Es usted bueno - añadió-, le doy las gracias. No me crea desagradecida o envidiosa. Es solo que es usted joven, y yo tan... tan vieja.

Después abrió la puerta y atravesó la antesala sin pausa, con su criada acompañándola y Simpson iluminando el camino con satisfacción. Se habían ido. Me vestí aprisa y salí, para continuar con mis estudios en psicología.

El tiempo pasó; estaba ocupado, entretenido y quizá algo emocionado (a veces la psicología es emocionante). Pero, aunque muchos de mis asuntos me ocupaban, no descuidaba del todo mi autoimpuesta tarea en lo concerniente a la señorita Tristeza. Empecé por enviar su historia en prosa a un amigo, el editor de una revista mensual, junto con una carta que rogaba encarecidamente su admisión. Debería tener primero una oportunidad por sus propios méritos. Después remití el drama a otro editor, también conocido, un hombre con un gusto por los fantasmas y un espíritu por encima de la mera popularidad común, tal y como su capital podía atestiguar. Hecho esto, esperé con la conciencia tranquila.

Pasaron cuatro semanas. Durante este periodo de espera nada supe de la señorita Tristeza. Por fin una mañana llegó una carta de mi editor: "La historia tiene fuerza, pero no soporto a ese doctor", escribió, "haga que lo elimine y quizá lo imprima". Justo lo que yo había dicho. El paquete estaba sobre mi mesa, sucio y dañado por el viaje; un manuscrito devuelto es, creo, el

objeto más melancólico en la faz de la tierra. Decidí esperar antes de escribir a Lydia Aaronna, hasta que recibiera la segunda carta. Llegó una semana después. “Armadura” había sido rechazado. Al otro editor le había “impresionado” el poder de ciertos pasajes, pero la “imposibilidad del argumento” lo hacían “inviabile para su publicación”; de hecho, lo “llevaría a la pira del ridículo” si lo presentara ante el público, un público “lamentablemente” aficionado al entretenimiento, “que lo busca, impávido, incluso en la boca del lobo”. Dudo de que él mismo supiera lo que quería decir. Pero una cosa, de todos modos, estaba clara: “Armadura” había sido rechazado.

Ahora, estaba, como he señalado anteriormente, algo obstinado. Me empeñé en que el trabajo de la señorita Tristeza fuera recibido. Lo alteraría y lo mejoraría yo mismo, sin hacérselo saber: el fin justificaba los medios. Seguramente la criba de mi buen gusto, cuya rejilla se conocía por ser tan fina y delicada, serviría para los dos. Empecé, y fracasé por completo.

Me dediqué primero a “Armadura”. Corregí, alteré, omití, añadí, uní, condensé, alargué; di lo mejor de mí, y todo en balde. No conseguí terminar algo que me satisficiera, o que se aproximara, en realidad, al trabajo de la señorita Tristeza tal como se entendía. Supongo que repasé ese manuscrito unas veinte veces: cubrí páginas con mis copias. Pero el obcecado drama se negaba a ser corregido; tal como era, o se sostenía o se derrumbaba.

Agotado e irritado, lo aparté y tomé la historia en prosa: tenía que ser más fácil. Pero, para mi sorpresa, vi que el aparente gentil “médico” no lo era: estaba tan estrechamente entrelazado con cada parte del relato que retirarlo era como sacar una figura especial de una alfombra: es decir, imposible, a menos que se descosa por completo. Al fin descosí ese todo, y entonces la historia ya no era buena, ni de Lydia Aaronna: era débil, y mía. Todo ello me llevó tiempo, que naturalmente resté de mi vida y mis quehaceres. Pero, aunque con calma y en mi tiempo libre, realmente intenté hacer lo que pude en cuanto a la señorita Tristeza, y sin éxito. Me vi obligado al fin a hacerme a la idea de que o mi propio poder no era suficiente para llevar a cabo la tarea, o que su perversión era una parte tan esencial de su trabajo como su inspiración, y que no podía separarse. Una vez durante

ese periodo le mostré dos de los poemas cortos a Isabel, ocultando evidentemente el nombre de la escritora.

- Están escritos por una mujer - expliqué.

- Su mente debe de estar trastornada, ¡pobre! - dijo Isabel con su actitud cordial cuando me los devolvió-. Al menos, a juzgar por esto. Son perdidamente ambiguos y difusos.

Bien, no eran tan ambiguos como amplios. Pero sabía que no podía hacer que Isabel lo entendiera, y (qué compleja criatura es el ser humano) no sé si quería que lo entendiera. Estos eran los únicos de toda la colección que le habría enseñado, y estaba bastante agradecido por que no le hubieran gustado ni siquiera estos. No es que los poemas de la pobre Lydia Aaronna fueran malvados: eran simplemente desenfrenados, amplios, extensos, como los cielos o el viento. Isabel estaba limitada por todos los frentes, como una violeta en una maceta. Y me gustaba así.

Una tarde, más o menos cuando empecé a ver que no podía “mejorar” a la señorita Tristeza, me crucé con la criada. Iba en carruaje, y ella se había detenido en el cruce para dejarlo pasar. La reconocí con una mirada (por su desamparo general) y le dije al conductor que parase:

- ¿Cómo está la señorita Tristeza? - pregunté-. Tenía pensado escribirle desde hace algún tiempo.

- Y su nota, cuando llegue - respondió la anciana implacable en el cruce-, no será leída.

- ¿Qué?

- Digo que no la leerá. Su rostro condescendiente muestra que no tiene buenas noticias, y no la atormentará ni la apuñalará nunca más en *este* mundo, por Dios, mientras yo viva.

- ¿Quién la ha atormentado o apuñalado, Serena?

- ¡Serena, claro! ¡Tonterías! No soy Serena, soy su tía. Y respecto a quién la ha atormentado y apuñalado, ustedes, ustedes, ¡USTEDES, los literatos!

Había metido la cabeza en mi carruaje y arrojado estas palabras en un tono estridente y amenazante.

- Pero morirá en paz a pesar de ustedes - continuó-. ¡Vampiros! Toman sus ideas y se ceban con ellas, mientras la dejan morir de hambre. Sabe que lo hacen, ¡usted que ha tenido sus pobres manuscritos durante meses y meses!

- ¿Está enferma? - pregunté con auténtica preocupación, deduciendo eso al menos a partir del incoherente discurso.

- Se muere - respondió la desolada y anciana criatura, su voz se reblandecía y sus sombríos ojos se llenaban de lágrimas.

- Oh, espero que no. Quizá pueda hacerse algo. ¿Puedo ayudarlas de alguna forma?

- De todas, si quisiera - dijo, derrumbándose y empezando a sollozar frágilmente, con la cabeza apoyada en el borde de la ventana del carruaje-. ¡Oh, por cuánto no habremos pasado, nosotras dos! Mueble a mueble, lo he ido vendiendo todo.

Soy bastante compasivo, pero no me gusta tener a ancianas sollozando a las puertas de mi carruaje. Le sugerí, por lo tanto, que entrara y me dejara llevarla a casa. Su roída falda vieja pronto estuvo junto a mí y, siguiendo sus indicaciones, el conductor giró hacia uno de los más desdichados barrios de la ciudad, la morada de la pobreza, abarrotado e inmundo. Allí, en una amplia estancia vacía tras varios tramos de escaleras, encontré a la señorita Tristeza.

Cuando entré me sobrecogí: pensé que estaba muerta. No parecía haber rastro de vida hasta que abrió los ojos, e incluso entonces nos miró confusa, como si no supiera quiénes éramos. Pero según me acerqué una luz brilló en ellos; me reconoció, y esta repentina resurrección, este regreso del alma al casi deshabitado cuerpo, fue la cosa más maravillosa que he visto nunca:

- ¿Tiene buenas noticias del drama? - susurró cuando me incliné hacia ella-. Cuénteme, sé que tiene buenas noticias.

¿Qué debía responder? Se lo ruego, ¿qué habría respondido usted, puritana?

- Sí, tengo buenas noticias, Lydia Aaronna - respondí-. El drama se publicará.

(“¿Y quién sabe?, quizá en otro mundo”).

Sonrió, y sus ahora resplandecientes ojos no dejaron mi rostro.

- Sabe que soy tu tía, se lo he contado - dijo la anciana, acercándose a la cama.

- ¿Lo has hecho? - susurró la señorita Tristeza, que seguía mirándome con una sonrisa-. Entonces, por favor, tía Martha, tráeme algo de comida.

La tía Martha salió aprisa de la habitación y la seguí.

- Es la primera vez que pide comida en semanas - dijo en un tono ronco.

Abrió ligeramente la puerta de un armario, pero no vi nada dentro.

- ¿Qué tiene para ella? - pregunté impaciente, aunque en voz baja.

- Por Dios, ¡nada! - contestó la pobre anciana, escondiendo su respuesta y sus lágrimas tras la gruesa puerta del armario-. Iba a comprar alguna cosa cuando me encontré con usted.

- ¡Oh, Señor! ¿Es dinero lo que necesita? Tenga esto y envíe a alguien, o vaya usted misma en el carruaje que espera abajo.

Se apresuró sin respiración y volví a sentarme al lado de la cama, muy afligido por lo que había visto y oído. Pero los ojos de la señorita Tristeza estaban llenos de vida, y cuando me senté a su lado susurró seria:

- Cuénteme.

Y le conté... un romance inventado para la ocasión. Me aventuro a decir que ninguno de mis borradores publicados podría compararse con él. En lo que respecta a la mentira, queda entre mis pocas buenas acciones, lo sé, para el juicio final.

Y estaba satisfecha.

- Nunca he sabido lo que era - susurró- ser completamente feliz hasta ahora.

Cerró los ojos, y cuando los párpados cayeron sentí otra vez que había fallecido. Pero no, seguía habiendo pulso en su pequeña y delgada muñeca. Según notó mi tacto, sonrió.

- Sí, soy feliz - dijo de nuevo, aunque sin un sonido audible.

La anciana tía volvió, la comida estaba preparada, y tomó un poco. Yo salí después de un vino que era rico y puro. Se repuso un poco, pero no la dejé: sus ojos penetraron en los míos y me obligaron a quedarme, o quizá fue mi conciencia la que me obligó. Era una noche húmeda, y pedí que encendieran una pequeña lumbre. El vino, la fruta, las flores y las velas que había pedido habían hecho del desolado lugar algo más vivo y aromático por el momento. La tía Martha dormitaba en su silla de puro cansancio (la había velado muchas noches), pero la señorita Tristeza estaba despierta, y yo sentado junto a ella.

- Le nombro mi albacea - murmuró- del drama. Pero coloque mis otros manuscritos, cuando me vaya, bajo mi cabeza, y deje que los entierren conmigo. No son muchos, esos que tiene y aquellos. ¡Mire!

Seguí su gesto y vi bajo las almohadas los bordes de dos cuadernos más como el que tenía.

- No los mire, ¡mis pobres hijos muertos! - dijo cariñosamente-. Deje que se marchen conmigo, no leídos, como yo lo he estado.

Después susurró:

- ¿Se ha preguntado por qué acudí a usted? Era el contraste. Usted era joven, fuerte, rico, alabado, querido, exitoso: todo lo que yo no. Quería mirarle, e imaginar qué se siente. Tuvo éxito, pero yo tenía el verdadero poder. Dígame, ¿acaso no lo tenía?

- Sí, Lydia Aaronna.

- Ahora todo queda en el pasado. Pero estoy satisfecha.

Después de otra pausa, dijo con una tenue sonrisa:

- ¿Recuerda cuando caí dormida en su salón? Fue la buena y abundante comida. ¡Hacía tanto que no probaba algo así!

Le cogí la mano y la sostuve, herido en la conciencia, pero ahora difícilmente parecía percibir mi tacto.

- ¿Y el tabaco? - susurró-. ¿Recuerda cómo se reía? Lo vi. Pero había oído que fumar calma, que uno ya no siente cansancio ni hambre, con un puro.

Entre pequeños susurros de este tipo, separados por largos descansos y pausas, pasó la noche. Una vez preguntó si su tía estaba dormida, y cuando le respondí afirmativamente, dijo:

- Ayúdela a volver a casa, a América: el drama lo costeará. Nunca la debería haber traído.

Lo prometí, y retomó su silencio de mirada resplandeciente.

Creo que no volvió a hablar. Hacia la mañana vino el cambio, y poco después del amanecer, con su anciana tía arrodillada a su lado, falleció.

Todo se dispuso tal como lo había deseado. Sus manuscritos, cubiertos con violetas, formaron su almohada. Nadie la siguió a la tumba excepto su tía y yo, creo que lo habría preferido así. Su apellido no era "Presteza" después de todo, sino "Sacresteza"; lo vi escrito por la tía Martha para la placa del ataúd como sigue:

“Lydia Aaronna Sacresteza, cuarenta y tres años, dos meses y ocho días”.

Nunca supe más de su historia que lo que hay escrito aquí. Si hubiera algo más que pudiera haber retenido, permaneció olvidado, ya que no pregunté.

¿Y el drama? Aquí lo guardo en este maletín. Lo podría haber publicado corriendo con los gastos, pero creo que ella ahora conoce los defectos, quizá, y no le gustaría.

Lo guardo, y quizá, en un tiempo, lo vuelva a leer, no como un *memento mori*<sup>110</sup> exactamente, sino como un recordatorio de mi propia fortuna, por la que continuamente debería dar gracias. Querer tan solo una pizca arruinó toda su obra, y esa pizca me fue concedido a mí. Ella, con el verdadero poder, fracasó; y yo, con menos, triunfé. Pero no me merezco alabanzas por ello. Cuando muera, “Armadura” será destruido sin leerse, ni siquiera Isabel lo verá. Ya que las mujeres se malinterpretan unas a otras, y, tan querida y preciada como lo es mi dulce esposa, no soportaría que ella o cualquier otra arrojara algo como un pensamiento de desprecio sobre la memoria de la autora, de mi pobre fallecida, “inviabile”, rechazada “señorita Tristeza”.

---

<sup>110</sup> Del latín “recordatorio de la muerte”.



## UN EXPERIMENTO FLORENTINO

Una tarde, hace tres años, dos damas estaban conversando juntas en los altos de Fiesole<sup>111</sup> contemplando Florencia. Ocupaban el banco de piedra que lleva la inscripción de su donante, un inglés agradecido, que en un espíritu filantrópico había hecho colocarlo allí para el beneficio de los peregrinos de todas las naciones que vienen a estas cumbres a contemplar la encantadora vista. Las dos damas no estaban hablando de la vista, sino de algo más personal. Parecía interesante.

- Sin duda está muy enamorado de ti - dijo una, que era más alta y más morena que su acompañante. Mientras hablaba, le devolvía una carta que había estado leyendo.

- Sí, creo que sí - respondió la otra, pensativa, volviéndola a colocar en su sobre.

- Supongo que estás tan acostumbrada a ello, Beatrice, que no te causa demasiada impresión - continuó la primera hablante, sin centrar la mirada en su acompañante, sino en los hermosos valles que tenían a sus pies, y las montañas en tonos violetas alzándose suavemente en torno a ellas, tan suavemente que uno olvidaría que eran montañas hasta que la vista comprueba el resplandor de la nieve en las cimas del este. Hubo una pausa después de esta pregunta, y duró tanto que la concienzuda interrogadora retiró los ojos del paisaje y los giró hacia su amiga. Para su sorpresa vio que la amiga se ruborizaba.

- ¡Por qué, Beatrice! - exclamó-, ¿es posible...?

---

<sup>111</sup> Fiesole es un pequeño pueblo localizado en las colinas que dominan Florencia y los valles del río. Era muy popular entre los extranjeros en el siglo diecinueve, plagado de numerosas casas residenciales y jardines, era un lugar fresco durante el verano. En una carta Woolson escribe "El trayecto a Fiesole es uno de los paseos más bonitos de Florencia. Es un antiguo pueblo etrusco, mucho más antiguo que Florencia, en una colina alta a pocas millas de distancia..." (Benedict 2: 190).

- No - respondió Beatrice-, no es posible. Sé que me estoy ruborizando, pero no debes darle demasiada importancia. No soy tan fuerte como antes, y me ruborizo por todo, tomo hierro para ello. En este caso, solo significa que... - se detuvo.

- Que te gusta - sugirió la otra, sonriendo.

- Me gustan varias personas - dijo la señora Lovell tranquilamente, bajando la mirada hacia el amplio y ligeramente sinuoso valle, salpicado de pequeños pueblos blancos, que terminaba en una suave bruma azul, a través de la cual el ambarino Arno<sup>112</sup> marcaba su curso con una línea de follaje de árboles espigados y finos, aparentemente sin ramas, como altos bastones con hojas que se extendían hasta el oeste.

- Lo sé - observó la primera.

- Y de verdad deseo - añadió, con un ligero toque de vehemencia-, que llegue tu momento, que por fin te vea enamorada de alguien de forma real, profunda y celosa, y para exclusión del resto.

- No sé por qué me desearías infelicidad, Margaret. Tienes teorías espléndidas, lo sé, pero, según mi *experiencia*, (la Sra. Lovell subrayaba ligeramente esta palabra en oposición a las “teorías” de su amiga) la gente que posee este tipo de sentimientos más profundos que describes es casi siempre muy infeliz.

Margaret giró la cabeza, y miró hacia la línea ondulada de las montañas de Carrara; en sus ojos había un reflejo de un repentino dolor interno. Pero sabía que podía regocijarse en esta momentánea expresión del sentimiento; las montañas no la delatarían, y la amiga, que estaba sentada a su lado, no se percató de que algo especial podía haberle sucedido a “Margaret”. Como excusa para la Sra. Lovell cabe señalar que todo lo especial siempre le había sucedido, y aún le seguía sucediendo a ella, que no tenía mucho tiempo para los episodios lánguidamente coloridos de otras personas<sup>113</sup>.

---

<sup>112</sup> Río que atraviesa la ciudad de Florencia.

<sup>113</sup> Todos los nombres en este cuento son significativos. El nombre de Beatrice Lee Lovell se refiere a la mujer que inspiró a Dante, al general confederado Robert E. Lee (1807-1870) de la guerra civil norteamericana y al dramaturgo británico George William Lovell (1804-1878). Margaret Stowe puede referirse a la escritora norteamericana Margaret Fuller (1810-1850) o a la heroína de Fausto de Goethe, conocida como Marguerite en la ópera, a Harriet Beecher

Beatrice Lovell era una mujer inusualmente amorosa. El adjetivo se emplea aquí para decir que inspiraba amor. No por medio de esfuerzo, palabra, acción o mero interés propio, sino simplemente porque era lo que era. Su belleza no era lo que podía decirse destacada; entraba por los ojos delicadamente al principio, pero siempre iba a más. A la gente que le gustaba analizar decía que el secreto residía en el hecho de que tenía la dulzura, los matices, la textura de la superficie, e incluso a veces todavía la expresión de la niñez; y después, cuando uno la miraba tratando de profundizar, encontraba debajo toda la rica floración de una mujer. Su pelo dorado, ni denso ni largo, le caía a modo de pequeñas y suaves ondas sobre la cabecilla; su delicada piel de tacto de rosas, que mostraba las venas azuladas, los diminutos dientes y la forma de su dulce boca, todos ellos rasgos de la niñez. Además, tenía hoyuelos y pómulos marcados, con rasgos delicadamente definidos, y ojos violeta de largas pestañas, en cuya sedosa profundidad siempre había una expresión de apacible confianza. Esta bella criatura hoy vestía un atuendo de luto de viuda diseñado de la forma más sobria, sin intento alguno de decoración o alegría. Pero la falda recta, las prendas sin recortar, la capota pequeña y ajustada y el pesado velo sujeto con alfileres solo revelaban más vivamente los matices de su belleza.

- No - continuó, ya que su acompañante no hablaba-, de ningún modo deseo los sentimientos que quieres para mí. Estoy mejor así, mantengo la compostura. Por ejemplo, le dije a esta persona de Sicilia que era de muy mal gusto hablarme de ese modo en un momento como ese, con la muerte del Sr. Lovell tan reciente, y que me había irritado mucho.

- No ha evitado que escribiera - añadió Margaret, volviendo lentamente de las montañas de Carrara, y dejando que sus ojos se posaran en el Palazzo Vecchio<sup>114</sup> a sus pies, alzándose entre los tejados de la ciudad como el tallo de una flor.

---

Stowe (1811-1896), autora de *La cabaña del tío Tom* (1852) y a Emily Howard Stowe (1831-1903), sufragista y la primera mujer admitida en la Facultad de Medicina y Cirugía de Ontario en 1880, el año de publicación de “Un experimento florentino”.

<sup>114</sup> Las montañas de Carrara son las colinas de los Alpes, y la ciudad de Carrara es famosa por sus canteras de mármol. El Palazzo Vecchio es el

- Siempre escriben, creo - replicó la Sra. Lovell, sin más.

- Sé que lo hacen... a *ti* - añadió Margaret. Se giró según hablaba, y miró a su amiga con el mismo afecto y admiración que había sentido por ella desde la niñez, pero ahora con un cierto componente de especulativa curiosidad añadido. ¿Cómo sería vivir así, el estar constantemente rodeada y acompañada de un ambiente de devoción y fascinación como el que había expresado esa carta? Beatrice parecía adivinar algo del pensamiento de su amiga, y respondió a su manera.

- Es un alivio estar contigo, Margaret - dijo, con afecto-. Siempre ha sido un alivio, desde que éramos niñas. Puedo hablar libremente contigo, como no puedo hablar con nadie más. Tú interpretas, no malinterpretas. Pero el resto de mujeres que conozco inevitablemente lo hacen o, al menos, fingen lo suficiente para justificar ser terriblemente antipáticas.

Margaret le cogió la mano. Se habían quitado los guantes, ya que la tarde era cálida, y tenían el mirador para ellas solas. Era primeros de marzo y la multitud de turistas que viene en primavera a Italia, y aquellos viajantes más rezagados que habían pasado el invierno en Nápoles o Roma, aún no habían llegado a Florencia, aunque podría decirse que estaban a las puertas. Las manos de la Sra. Lovell, ahora desposeídas de todo ornamento excepto el sencillo anillo de boda, eran pequeñas, hundidas, muy blancas; su amiga la señorita Stowe también tenía las manos pequeñas, pero más oscuras y más esbeltas.

- Has sido feliz toda tu vida, ¿o no, Beatrice? - observó Margaret, no tanto interrogante, sino asertiva.

- Sí - respondió la Sra. Lovell-, creo que lo he sido. Naturalmente estuve muy consternada por la muerte del Sr. Lovell, era muy generoso conmigo.

El "Sr. Lovell", como su esposa siempre lo llamaba, había muerto cuatro meses antes. Tenía cincuenta y seis años de edad, y Beatrice había sido su esposa algo más de un año. Había sido muy feliz con ella, y le había dejado su fortuna y su bendición. Con esto, y su recuerdo, ella había viajado al extranjero y pasado seis semanas en Sicilia, con algunas antiguas amistades.

---

ayuntamiento de Florencia construido en 1299 con un campanario, y uno de los edificios más altos de la ciudad.

Había parado en Florencia para visitar a la señorita Stowe, que pasaba el invierno allí con una tía, pero no iba a quedarse. En su actual estado de recogimiento, iba a visitar Venecia y los Lagos<sup>115</sup> antes de la temporada, y pasar el verano en “el pueblo más tranquilo” que podría haber para su particular beneficio en la costa de la Bretaña. Las amigas no se habían visto en dos años, y había mucho que contar; es decir, Beatrice tenía mucho que contar. Sus relatos siempre personales escapaban del aburrimiento porque no estaban salpicados de los detalles clásicos femeninos, sino de claros hechos masculinos (¡oh, muy claros!); y también, porque la narradora eludía la vanidad que naturalmente los hubiera acompañado. Este último mérito les parecía a sus admiradores uno muy notable; cuando en realidad era que, sin tener imaginación, le daba una visión práctica a todo, incluida a ellos. Eso último, sin embargo, nunca lo descubrieron, porque su infalible tacto y amabilidad lo cubrían todo como si de una suave sábana se tratara.

- ¿Y qué harás con esta persona de Sicilia? - preguntó Margaret, no obstante, sin el más mínimo matiz asociativo, sabiendo que Beatrice no lo asociaría al “Sr. Lovell” y a su “recuerdo” (se entendían de sobra entre ellas en lo que concernía al “Sr. Lovell”).

- Naturalmente no responderé.

- ¿Y si te sigue?

- Difícilmente lo hará... ahora. Además, se va a Estados Unidos, embarca mañana. Nuestro encuentro en Sicilia se dio bastante de casualidad, por supuesto, él lo sabe, y también sabe que pretendo mostrar, en todos los sentidos, mi más estricto respeto a la memoria del Sr. Lovell. Serán dos años completos.

- ¿Y después?

- Oh, nunca hago planes. Si las cosas no se sostienen por sí solas, no son meritorias de un plan.

- Ciertamente eres la muestra de sentido común más encantadora que he conocido - dijo Margaret, riéndose, y besándola-. ¡Ojalá me dieras un poco! Pero venga, es tarde, debemos irnos.

---

<sup>115</sup> Se refiere a los lagos al norte de Italia con la frontera con Suiza, principalmente a los lagos Como, Maggiore y Garda.

Mientras descendían juntas por la ladera hacia el pueblo donde el carruaje las esperaba, no parecían diferentes a las chicas de colegio de diecisiete de hacía ocho años: Beatrice estaba sonriendo, y el rostro oscuro de Margaret se había iluminado por una antigua animación que siempre había fascinado a su encantadora pero inanimada amiga. Cabría señalar aquí que los más grandes enardecimientos intelectuales que Beatrice le había conocido se habían dado cuando Margaret Stowe había dejado volar su imaginación y llevado a su amiga con ella, sobre fuertes alas, a esas regiones de la fantasía que nunca había alcanzado sola. Beatrice lo había disfrutado y la había maravillado, y después permanecía pasiva hasta la vez siguiente.

- Ah, bueno, ¡pobre siciliano! - exclamó Margaret, cuando tomaron su lugar en el carruaje-. Sé exactamente lo que harás con él. Escribirás su nombre en una agenda, para no olvidarlo; quemarás prudentemente su pobre carta, tal y como has quemado prudentemente tantas otras, ¡y te irás tranquilamente a la Bretaña sin siquiera recoger las cenizas!

- ¡Guárdala por mí! - dijo la Sra. Lovell, de pronto, sacando la carta de su bolsillo y colocándola en la mano de Margaret-. Sí - repitió, disfrutando su idea y regocijándose en ella, encantada de saber que poseía un poco de fantasía en sí misma, después de todo-, guárdala por mí y léela de vez en cuando. Está bastante bien escrita, y te hará bien, porque no es una de tus teorías, es un hecho. No hay nada de desleal en dártela, porque siempre te cuento todo, y este siciliano no tiene derecho de exención a ese respecto. Ha vuelto a América, y no lo conocerás. No, definitivamente, no la cogeré. Debes guardarla por mí.

- Muy bien - dijo Margaret, divertida por esta pequeña evasión inesperada-. Pero, como también puede que yo vuelva allí, quiero saber a qué atenerme. ¿Por algún casual alguna vez le mencionaste a este siciliano mi nombre o algún detalle sobre mí?

- No - contestó la Sra. Lovell, de inmediato-. No hablamos de esos temas, ya sabes.

- ¿Y no tenía noticia de que ibas a detenerte en Florencia?

- No; él suponía que iba a coger el barco en Nápoles para Marsella. No tienes que ser tan escrupulosa, todo es muy seguro.

- ¿Y cuándo debería devolver la epístola?
  - Cuando yo te la pida - respondió la Sra. Lovell, riéndose.
- La mañana siguiente se fue al norte, hacia Venecia.

Dos semanas más tarde, la Señorita Stowe acudió a una recepción o, más bien, una fiesta musical. Tenía un aspecto muy diferente al de la “Margaret” de Fiesole sentada en un pequeño y descolorido sofá púrpura satinado escuchando con gesto bastante ceñudo el movimiento ondulante que sigue a la marcha de la sonata de Beethoven, opus veintiséis<sup>116</sup>. Nunca le había gustado ese movimiento ondulante, no iba a fingir que le gustaba ahora. Su fruncimiento, sin embargo, era leve, una mera línea fina entre sus oscuras cejas; le daba la apariencia de atención más que de desaprobación. La “Margaret” de Fiesole parecía una animada, casi festiva, joven; la “Señorita Stowe” de la recepción aparentaba una edad mayor de la que realmente tenía, y su rostro albergaba una expresión de reserva orgullosa que, si bien la disfrazaba por toda la cortesía convencional que la sociedad requería, no por ello era menos aparente. Estaba vestida suntuosamente, pero el efecto general de su atuendo era el de la simplicidad. Movía lentamente un amplio abanico, cuyas varas eran de ámbar tallado y la parte superior, de suaves plumas grises de avestruz, curvadas; cerrado o abierto, si lo usaba o en reposo, dicho abanico era un complemento de belleza. Cuando la música cesó, una dama vino revoloteando por la sala y, con un susurrado “permítame”, le presentó a un caballero, cuyo nombre, en el rumor general de la conversación, la Señorita Stowe no alcanzó a oír.

- Lo sabe *todo* sobre lienzos antiguos, ¡y ya sabe qué de ignorante soy *yo!* - exclamó dicha dama, medio cerrando los ojos, y agitando sus tirabuzones con un aire de abnegación-. *Yo* solo tengo *una* inspiración, en mí solo hay sitio para *una*. Se lo traigo, pues, a *usted*, ¡que tiene tantas! *Todos* sabemos su interés por los maestros antiguos, ¿o quizá debería decir el *más antiguo*?

---

<sup>116</sup> La Sonata para piano n.º 12 en La bemol mayor Óp. 26 de Ludwig van Beethoven (1770-1827), una sonata de piano, subtitulaba Marcha Fúnebre sobre la Muerte de un Héroe.

Madame Ferri era una estadounidense que se casó con un florentino; ahora era una pequeña viuda de cincuenta, con tirabuzones grises y emociones respecto a la música casi demasiado inefables para ser expresadas. Digo “casi”, porque, después de todo, las expresaba, como sabían sus amigos. Era una persona útil en Florencia porque conocía a la práctica totalidad de la ciudad: a los ingleses y los estadounidenses, así como a los florentinos, y pasaba el tiempo sin descanso en el trabajo mezclando estos elementos, tanto si querían como si no. Nadie le daba las gracias especialmente por esto, ni lo recordaba después de hacerlo; si las repúblicas eran desagradecidas, lo son mucho más las sociedades cuyos componentes son provisionales, llegando y marchándose un día tras otro. Pero madame Ferri valoraba la importancia de sus combinaciones sociales, aunque nadie más lo hiciera y, como otros muchos químicos, vivía de la satisfacción que residía en el conocimiento de ello.

- Sé muy poco sobre lienzos antiguos - dijo el extraño, con una leve sonrisa, encontrándose solo al lado de la señorita Stowe.

- Y a mí... no me gustan - contestó.

- Si, además, los detesta, tendremos algo de qué hablar. El desagrado normalmente se manifiesta muy bien por sí mismo.

- Al contrario, creo que es uno de esos sentimientos que no expresamos, sino que disimulamos.

- Creo que está pensando en personas. Hablaba de objetos. Los cuadros son objetos.

La señorita Stowe se sintió ligeramente disgustada, y el sentimiento no se vio atenuado cuando, con un “¿me permite?”, el extraño tomó asiento al otro lado de su sofá, en el espacio que dejaba libre la falda gris de seda de su vestido. En realidad, había espacio de sobra para él; otros hombres estaban sentados, y no había sillas cerca. Aun así, el sofá era pequeño; los tres italianos y los dos franceses que habían vencido al siguiente en el honor de permanecer de pie al lado de la señorita Stowe durante una conversación de ocho o diez minutos no habían pensado en pedir el asiento que ocupaba tan tranquilamente el recién llegado. Ella le miró cuando empezó a hablar; era bastante distinto de los tres italianos y los dos franceses. No era



lo bastante rubicundo para un inglés de esa complejión; tenía una actitud letárgica que no era americana. Decidió, no obstante, que era, como ella, estadounidense; pero un estadounidense que había vivido mucho tiempo en el extranjero.

Hablaba con facilidad sobre varios temas banales en boga en una “pequeña fiesta”; ella respondía de la misma manera.

Margaret Stowe no era hermosa; “bella” era la última palabra que se podría haber utilizado para describirla. Sus rasgos eran irregulares; tenía la cabeza bien formada y bien serena, y una cantidad de cabello oscuro que lucía estrechamente trenzado en un recogido bajo por detrás. Era alta, esbelta y bastante elegante, tenía los ojos oscuros. Como se ha dicho previamente, no era hermosa, pero en los últimos dos años había adquirido, según sus amigos, un aire de lo que se suele llamar distinción. En realidad, no era sino profunda indiferencia, combinada con el deseo al mismo tiempo de mantener su lugar firme en el círculo en el que se movía. La indiferencia y los buenos modales juntos, en una persona alta y elegante, normalmente dan esa impresión. Beatrice Lovell no había percibido este cambio en su amiga; ese día en Fiesole la señorita Stowe había sido simplemente la “Margaret” de siempre.

Conforme a lo que hemos denominado sus buenos modales, la señorita Stowe ahora le otorgaba al extraño no solo sus fáciles respuestas, sino también múltiples sonrisas y una cantidad justa de atención inteligente. Era todo lo que él podría haber esperado; pero, tratándose de un hombre observador, percibió la indiferencia campando a sus anchas, como la arena blanca bajo las aguas de un río poco profundo.

En esa misma semana coincidió con él en una cena de gala y conversaron un poco. Después fue uno de los invitados de una recepción a la ella que asistió, y de nuevo hablaron juntos un rato. Entonces se lo mencionó a su tía, la señorita Harrison, a quien generalmente informaba, cada pocos días, de forma breve acerca de los eventos que tenían lugar en el círculo al que pertenecían. Para entonces ya sabía su apellido: era Morgan<sup>117</sup>.

---

<sup>117</sup> Siguiendo el tema de la guerra civil, Woolson nombra más personajes con los nombres de algunos generales y líderes del conflicto. Benjamin Harrison (1833-1901) era un general de brigada del ejército de la Unión, en 1881 fue

- Me pregunto si será nieto del viejo Adam Morgan - dijo la señorita Harrison, que era genealógica y evocadora-. Si lo es, me gustaría verlo. ¿Tiene la nariz romana?

- Creo que no - respondió su sobrina, sonriendo.

- Bien, descríbelo, entonces.

- Es de estatura media, ni esbelto ni robusto; es liviano, con ojos bastante peculiares porque son muy azules, un azul muy profundo, apagado, como la porcelana vieja; pero no son grandes, y nunca los abre del todo. Tiene un bigote largo y fino, sin barba, y un corte de pelo cuidado.

- Debe de ser apuesto.

- No, no especialmente. Debe de estar entre los treinta y los cuarenta; el pelo a la luz de un farol muestra ligeros tonos grisáceos. Parece cansado, parece cínico. No debería sorprenderme que fuera egoísta. No me gusta.

- Pero si fuera el nieto del viejo Adam, debería invitarlo a cenar - dijo la señorita Harrison, pensativa-. No podría hacer menos, creo.

- No envenenaré la sopa. Pero Morgan es un apellido común, tía Ruth, es el cuarto Morgan que he conocido esta primavera. Hay una posibilidad entre mil de que pertenezca a la familia que conoces.

Estaba sonriendo mientras hablaba, pero no explicó su sonrisa; estaba pensando que “Morgan” también era el apellido que firmaba la carta guardada bajo llave en su escritorio, una carta cuyas expresiones ahora conocía bastante bien, después de obedecer el mandato de la Sra. Lovell de “leerla” más de una vez. Eran expresiones apasionadas; podría decirse, de hecho, que eran muy apasionadas.

Pero cada tanto esa vez entre mil, tan a menudo ignorada, revela su existencia y aparece en escena. Resultó que en este caso el extraño era el nieto del viejo Adam Morgan, al que la señorita Harrison recordaba. La señorita Stowe, entretanto, había seguido viéndolo; pero ahora iba a verlo de otra forma, obligada a estar frente a él, ya que la señorita Harrison le había invitado a cenar.

---

senador y el vigésimo tercer presidente de los Estados Unidos en 1888. John Hunt Morgan (1825 –1864) era un general confederado que realizó incursiones tras las líneas del ejército de la Unión.

La señorita Ruth Harrison era una discapacitada de casi sesenta años. Había estado durante diez años en Europa, pero solo había acogido a su sobrina huérfana durante los últimos dieciocho meses. Poseía una gran fortuna y le daba a Margaret todos los lujos, especialmente le gustaba verla vestida suntuosamente. Pero estaba bien establecido entre ellas que la mayoría de la herencia iría a otro pariente en América que llevaba el apellido familiar. Estaba establecido entre ellas, pero no se entendía de puertas hacia afuera. Al contrario, en Florencia se creía generalmente que la señorita Stowe heredaría la totalidad. Es del todo posible que esta creencia pudiera haber tenido una remota influencia al moldear la opinión que prevalecía allí, a saber, que esta joven era “bella” y “elegante” cuando, en realidad, no era ninguna de las dos. Pero el Sr. Morgan, el recién llegado, no había mostrado hasta el momento disposición alguna de caer en esa ficción. En su opinión, la señorita Stowe era una joven de veintiséis años convencionalmente agradable, indiferente en el interior, que cuidaba bien de sí misma, pero era demasiado irónica además de muy morena. Vino a la cena. Y no cambió su opinión.

Unos días después de la cena, la señorita Harrison invitó a su nuevo conocido a pasear, podía salir una hora o dos por la tarde, y tenía un lujoso carruaje y buenos caballos. La señorita Stowe no lo acompañó, salió por su cuenta a pasear por los jardines de Boboli<sup>118</sup>.

La señorita Harrison volvió de buen humor.

- Me gusta - anunció, mientras la criada retiraba su capota-. Sí, espero que el nieto del viejo Adam no sea una decepción.

- El nieto de Adam, entiendo que su nombre también es Adam, es una persona afortunada, tía Ruth, por haberse ganado tu simpatía tan pronto; a menudo no tienes simpatía por los extraños.

- Su nombre no es Adam - continuó la señorita Harrison-, y es una pena; hay carácter además de asociación en Adam. Tiene un apellido, Trafford. Su madre era una señorita Trafford<sup>119</sup>, de Virginia, parece ser.

---

<sup>118</sup> Los jardines de Boboli son los más grandes de la ciudad y se encuentran situados en el centro.

<sup>119</sup> Los Trafford combatieron en la guerra de independencia norteamericana y en la guerra civil en el bando confederado.

La señorita Stowe estaba seleccionando flores de un aromático cúmulo ante ella para rellenar los amplios jarrones que había en el suelo a su lado, pero se detuvo. ¡“Trafford Morgan” era el nombre que firmaba el final de la carta! Tenía que ser él, era improbable que hubiera dos nombres con esa combinación particular; parecía una oportunidad única. Y evidentemente no se había ido a América, a pesar de lo que creía la Sra. Lovell. Empezó a sonreír y casi a reírse, agachando la cabeza sobre un cúmulo de suaves lilas púrpuras de Florencia para que quizás así su tía no la viera. Pero como la gran estancia estaba oscura, y la señorita Harrison era miope; no observó nada. Las dos damas vivían en un apartamento de una casa que, si no hubiera sido tan nueva, podría haberse considerado un “palacio”. Aun moderna, las medidas seguían el modelo tradicional florentino, y el resultado era que los ocupantes se movían en habitaciones que podrían contener por sí solas una casa entera estadounidense. Pero les gustaba la inmensidad. Después de un momento, la señorita Stowe siguió arreglando sus flores, pero interiormente disfrutaba un gran entretenimiento; repasaba mentalmente las expresiones de la carta, que ahora tomaron un aire muy nuevo: ya no venían de un desconocido sin rostro, sino de un caballero con quien había hablado, una persona que había visto y a quien vería de nuevo. “Nunca debería haber soñado que él era capaz de ello”, se dijo a sí misma. “Me había parecido indiferente, aburrido. ¡Pero me coloca en una buena posición! Especialmente ahora que la tía Ruth ha cogido gusto por él. Debo escribir a Beatrice inmediatamente, y pedirle que se lleve esa estúpida carta”. Escribió esa misma noche.

Al día siguiente, la asaltó una grave enfermedad, grave, pero corta. Nadie pudo decir lo que le pasaba; ni el médico lo sabía. No comía ni dormía, parecía que apenas se daba cuenta de lo que le decían cuando le hablaban. Su tía estaba asustada. Pero al final de la semana, tan repentinamente como cayó enferma, volvió de nuevo a la vida, se levantó, ordenó a la criada que le trenzara el cabello y apareció en la pequeña mesa solitaria de cena de la señorita Harrison muy reconocible, excepto por su temblor y palidez. Sin embargo, al día siguiente estos signos ya no eran muy aparentes. Se decidió que había sufrido un ataque

de “postración nerviosa”; “aunque sabe Dios por qué te ha poseído justo aquí y ahora, estoy confundida, Margaret, para pensar en motivos”, dijo su tía.

El día de su reaparición en la cena, llegó una carta de Beatrice que llevaba el matasellos de un pueblo de una de las islas del Canal. La Sra. Lovell había cambiado de planes y se había ido a navegar en yate durante un mes o dos con un grupo de amigos, considerando probablemente que un yate poseía muchas más características propias del recogimiento que el más silencioso de los pueblos de la costa de la Bretaña. Naturalmente, no había recibido la carta de Margaret, ni podría recibir ninguna (su rumbo era incierto, aunque se dirigía hacia el sur) hasta su regreso. La comunicación entre ellas por el momento había llegado, pues, a su fin.

La tarde posterior a la reaparición de Margaret, madame Ferri hizo una visita de enhorabuena por la recuperación de “nuestra querida chica”. Era un día fresco, había caído una lluvia intensa y la nieve reciente resplandecía en las cimas de los Apeninos. Nuestra querida chica, muy indiferente y callada, vestía de terciopelo negro, cuyos ricos y lisos pliegues resaltaban su delgadez y hacían más evidente de lo habitual la agraciada forma de su cabeza y cabello. Sin embargo, el negro riguroso la hacía verse extremadamente pálida, y era su reciente enfermedad, probablemente, la que la hacía verse también cansada y lánguida. Madame Ferri, que ponía constantemente en práctica su talento de ser encantadora (siempre se hablaba de ella como “encantadora”), la miró durante un tiempo mientras conversaba; después se levantó, cogió todas las rosas carmín de un jarrón y, yendo hacia ella, colocó una en su cabello, meditativa; otra en un ojal del corsé alto firmemente ajustado y, después de un momento de reflexión, el resto en un ramo en un lazo de terciopelo que estaba a un lado de la falda no demasiado abajo, despojándola rápidamente de todos los alfileres para tal fin mientras lo hacía.

- ¡Ahí está! - exclamó, retrocediendo unos pasos para admirar su obra, con la cabeza de forma crítica hacia un lado-. *Ahora* es un cuadro. Mire, querida señorita Harrison, por favor.

La señorita Harrison se puso las gafas y lo aprobó. Y después, mientras este clímax aún duraba, madame Ferri partió; le gustaba partir en los clímax.

Apenas se había ido, cuando trajeron otra tarjeta: “Sr. Trafford Morgan”. Él, también, había venido a mostrar sus respetos a la señorita Harrison acerca de los cambios a mejor de su sobrina; pero no había esperado encontrar a la última, había oído tan solo que había “una mejoría”. Después de haber estado presente veinte minutos, se dijo a sí mismo que la había, y en más de un sentido. No solo mostraba mucho mejor aspecto de lo normal (quizá debido a las rosas), sino que había una nueva dulzura en ella; y escuchaba con un aumento perceptible de atención a lo que él decía. No es que a él le importara mucho esto, no admiraba a la señorita Stowe; pero a cualquier hombre (esto se lo hizo notar a sí mismo) le gusta sentirse escuchado cuando habla mejor que el contrario; y, mientras los minutos pasaban, reparó en que la señorita Stowe no solo escuchaba, sino que también le prestaba lo que parecía casi una atención seria. No decía mucho (la señorita Harrison decía más), pero escuchaba y le miraba. No le había mirado antes; la gente puede dirigir la vista hacia alguien sin mirar realmente, y la señorita Stowe había sobresalido en esta ejecución.

Durante la siguiente semana, la vio en una cena de gala; ella iba a estos eventos con una amiga de su tía, una dama que estaba encantada de actuar como acompañante de la heredera. La primavera estaba ahora en su cénit en Florencia, y los miembros del mismo círculo coincidían constantemente; en cada ocasión durante las siguientes dos semanas, Trafford Morgan fue consciente de que la señorita Stowe le estaba dando un privilegio, aunque de una manera cuidadosamente cauta y silenciosa, con mucha atención muy observadora. Esto, al final, despertaba en él algo de curiosidad. Tenía tan buena opinión de él como muchos hombres tienen de sí mismos, pero no veía probable que la heredera de pronto se hubiera enamorado de él sin orden ni concierto, siendo el “orden” que él no era ni un

Apolo, ni un Endimión<sup>120</sup> ni un militar; el “concierto”, que nunca había hecho intento alguno de ser agradable con ella. Naturalmente, si lo hubiera intentado... pero no lo había hecho. Ella no tenía necesidad de entretenimiento, tenía suficiente, de todos los tipos, incluyendo el que aparentemente le daban sus pretendientes. No mostraba signo alguno de ser fastidiosamente impulsiva por los sentimientos; al contrario, parecía fría. “Está jugando a algo”, pensó, “lo hace con vistas a algo. Pero si desea hacer uso de mí, debe mostrar más sus cartas. Puede que la ayude, o puede que no, pero, de cualquier forma, debo saber de qué se trata, no me controlará”. Decidió que su objetivo era despertar los comentarios de su círculo; probablemente hubiera alguien en ese círculo que esperase el estímulo de unos celos sanos. Era un método antiguo y común, y él no la había creído común. Pero la naturaleza humana en el fondo es de todo menos común, después de todo, y los métodos y los motivos del mundo no han cambiado tanto, a pesar del lapso gris de los tiempos.

Morgan era un hombre desocupado; en ese momento se quedaba en Italia con algún fin y no tenía nada que hacer allí. La siguiente ocasión que vio a la señorita Stowe, siguió su teoría y tomó la iniciativa: empezó a prestarle una atención que, si lo hubiera querido, habría suscitado observación. Para su sorpresa, ella se desentendió, y tan completamente que le abandonó. Lo intentó tres veces en tres ocasiones diferentes, y las tres veces se topó con el mismo desaire. Se hizo evidente, pues, que la señorita Stowe no deseaba el tipo de atención que él había supuesto que buscaba; pero, como siempre que podía pasar inadvertida, seguía ejerciendo sobre él el mismo escrutinio reservado, él empezó a preguntarse si deseaba algún otro tipo de deferencia. Tuvo lugar una ocasión que le hizo pensar que así era.

Fue en los jardines de Boboli, donde había ido a alejarse un poco del hastío; aquí se cruzó con la señorita Stowe. Parecía no haber nadie en los jardines excepto ellos, al menos nadie conocido; solo unos pocos turistas dispersos deambulando, con

---

<sup>120</sup> Apolo era el dios griego y romano del sol, la elocuencia, poesía, la sabiduría, medicina y verdad. En la mitología griega Endimión era un apuesto joven deseado por la diosa de la luna Selene.

las guías de Baedeker, Horner y Hare<sup>121</sup>. El ambiente de moda se encontraba en el parque de la Cascine<sup>122</sup> ese día, donde se celebraban las carreras. A Morgan no le apetecía hablar; intercambió las palabras habituales con la señorita Stowe, y se disponía a seguir. Pero ella dijo, amablemente:

- ¿Se va ya? Si no, ¿por qué no pasea un rato conmigo?

Después de esto, como observó mentalmente, naturalmente se vio forzado a pasear un rato. Pero, en general, se sintió entretenido, porque su acompañante le prestó una atención que era casi devota. Su seriedad, de hecho, le obligaba a ser igualmente serio, y le hacía sentir como si estuviera en un ambiente que combinaba las características de la iglesia y la escuela; en parte era sacerdote, en parte pedagogo, y la sensación era fascinante. Ella le preguntó qué era lo que más le gustaba de Florencia, y la llamaba, profundamente, “encantadora Florencia”.

- Giotto y Botticelli<sup>123</sup> - respondió.

- Desearía que fuera sincero; yo soy sincera.

- Con toda la sinceridad de este mundo, señorita Stowe, solo podría repetir la misma respuesta.

- ¿Qué es lo que le gusta de ellos? ¿Me lo dirá?

- Me llevaría un siglo, media hora entera; la cansaría bastante. Las mujeres son mucho más rápidas en sus procesos mentales que nosotros y entendería lo que voy a decir mucho antes de que pudiera exteriorizarlo; usted escalaría todas las cimas, recorrería todas las planicies y llegaría a la meta incluso antes de que pudiera verme, donde esperaría sentada, paciente o

---

<sup>121</sup> Baedeker era una guía turística muy popular en Europa publicada en Alemania. *Paseos por Florencia* (1873) de las hermanas Susan Horner (1816-1900) y Joanna Horner Horner (1823-?) y *Ciudades del norte y centro de Italia* (1876) de Augustus Hare (1834-1903).

<sup>122</sup> El parque público de Florencia muy popular situado al norte del río Arno que se suele emplear para acontecimientos deportivos.

<sup>123</sup> El pintor y arquitecto Giotto di Bondone (1266?-1337) considerado como el padre del renacimiento italiano; el pintor renacentista Sandro Botticelli (1445-1510), uno de los pintores más importantes del Renacimiento italiano, estuvo completamente olvidado hasta que fue descubierto por los críticos anglo-americanos residentes en Florencia del siglo diecinueve, principalmente por John Ruskin (1819-1900) y Walter Pater (1839-1894). Tanto Giotto como Botticelli eran los artistas favoritos de Henry James.



impacientemente, mientras yo, despacio y con percepción mortificada, me acercaría.

- Sí, somos rápidas; pero somos superficiales. Querría que me lo contara.

La miró; ella le miraba con una expresión en los ojos que era en extremo sincera.

- No puedo proferir un discurso mientras camino - dijo-. Necesito sentarme.

- Vayamos al anfiteatro; a menudo me siento allí un rato en los bancos de piedra bajo las estatuas antiguas. Me gusta contemplarlas en pie en torno al círculo; permanecen tan serenamente indiferentes a los garabatos modernos a lápiz de sus vestidos, tan tranquilamente seguras de que su época volverá.

- Lo que dice es cautivador por completo. Aun así, difícilmente creo que pueda hablar con las estatuas. Necesito algo más... más aislado.

Era consciente de que estaba al borde de una ligera impertinencia; pero deseaba ver si ella accedía, qué hacía. No hizo el esfuerzo de encontrar el aislamiento del que hablaba, se lo dejó a ella. Ella dudó un momento, después:

- Podríamos ir a un banco bajo un árbol en lo alto de la ladera - sugirió ella-. Es un lugar agradable.

Él asintió y ascendieron por el camino al lado de arbustos altos y señoriales, pasando la fuente y la gran estatua de *Abbondanza*<sup>124</sup>. El banco de piedra no se hallaba muy a la vista; no estaba enfrente, sino a la izquierda. Imponía una vista de la ciudad a sus pies, con el *Duomo*<sup>125</sup> y el precioso campanario de Giotto; de los árboles frutales, todos en flor en los alrededores; de las copas de los árboles del parque de la *Cascine*, que ahora parecía una nube vaporosa dorada con suaves hojas marrones, borlas de flores y semillas aladas; el cereal joven se extendía verde valle abajo; y las montañas suaves y aterciopeladas se alzaban en torno a ellos.

---

<sup>124</sup> Es una columna coronada en la estatua de la Abundancia que tiene en su mano una cornucopia.

<sup>125</sup> Se trata de la catedral de Florencia, conocida por su cúpula de ladrillo, la más grande del mundo, está dedicada a la Virgen. Fue diseñada por Filippo Brunelleschi y completada en 1436; el campanario fue construido por Giotto.

- ¡Qué hermoso es! - exclamó ella, reclinándose, cerrando su sombrilla y cruzando las manos.

- Hermoso, sí; pero falta de interés humano excepto para aquellos que van a vender fruta, o para los que dependen del crecimiento del cereal. La belleza del arte es más profunda; es por completo humana.

- Debo de ser muy ignorante acerca del arte - respondió ella-, porque no me impresiona de esa forma; ojalá fuera así. Desearía que me enseñara un poco, Sr. Morgan.

“¡Bien!” pensó. “¿Y ahora qué?”. Pero, aunque pensara eso, naturalmente también estaba obligado a hablar, así que empezó con los dos maestros artísticos que había mencionado. Ofreció una especie de epopeya sobre los dos pequeños frescos de Giotto en el segundo claustro de Santa María Novella<sup>126</sup>, y se decantó abiertamente por el tercero, la pequeña Virgen subiendo los escalones imposibles, en detrimento del espléndido lienzo de Tiziano sobre el mismo tema en Venecia. Asumió una postura didáctica y mística acerca del lienzo redondo de Botticelli de los Uffizi<sup>127</sup> y del que hay en la sala de Prometeo<sup>128</sup> en el Pitti; inventaba mientras hablaba y se divertía no poco con su inusual caudal de lenguaje. Su acompañante escuchaba, y en ocasiones preguntaba. Pero sus preguntas estaban más dirigidas a lo que pensaba de los lienzos (después de un rato se percató de esto), y qué impresiones le habían causado, más que hacia los cuadros en sí o su derecho de pasar a la historia. Mientras seguía, hizo algún intento leve de desviarse un poco del tema en cuestión, y rodear, aun ligeramente, el límite del coqueteo; tenía curiosidad por ver si ella le seguiría hasta allí. Pero permanecía indiferente

---

<sup>126</sup> La basílica y el claustro de Santa Maria Novella, construida en estilo románico-gótico de finales del siglo trece, se encuentra en el sector norte de Florencia. En *Mañanas en Florencia* (1875-1877), John Ruskin atribuye el fresco de La Presentación de la Virgen en el templo a Giotto, pero actualmente se le atribuye a Domenico Guirlandaio (1449-1494). El cuadro La presentación de la Virgen en el templo (1534-1538) de Tiziano Vecellio (1488?-1576) se encuentra en la Galería de la Academia de Venecia.

<sup>127</sup> Una referencia a uno de los dos cuadros Virgen del Magnificat (1481) o Virgen de la granada (1487).

<sup>128</sup> Probablemente se refiere a Madonna y el niño con el joven San Juan (1495?) de Botticelli.

y, sin señal alguna de percibir sus digresiones, lo llevaba de vuelta a su ambiente artístico cada vez que lo abandonaba, con una pregunta u observación muy bien traída para ese fin; tan bien, de hecho, que no podría haber sido por casualidad.

Ella rechazó su acompañamiento a casa, con la excusa de que tenía que hacer una visita; pero dijo, por voluntad propia, que cantaría para él la próxima vez que viniera. Él sabía que no era un favor que otorgara a menudo; así se lo había comunicado madame Ferri.

Fue, sin mucha demora; y cantó numerosas canciones en la esquina oscura donde estaba su piano mientras él ocupaba un asiento cercano. La luz de las velas de cera del otro lado de la gran sala, donde la señorita Harrison estaba tejiendo, no llegaba hasta allí, pero decía que le gustaba cantar en penumbra, ya que solo poseía una voz de atardecer. En realidad, no era en absoluto potente; pero era dulce y grave, y cantaba con mucha expresividad. A Trafford Morgan le gustaba la música; no era necesario inventar una creencia o una teoría acerca de aquello; simplemente sentía un amor natural por ella, y fue más de una vez a escuchar cantar a la señorita Stowe.

Entretanto, a la señorita Harrison le seguía gustando “el nieto del viejo Adam”, y le invitó de nuevo a pasear en carruaje. Pasó un mes y, al final, él había visto de una forma u otra muchos aspectos de estas dos damas. La “última actitud” (como él mentalmente la denominaba) de la señorita Stowe continuaba; cuando estaban acompañados, ella se comportaba como lo hacía al principio, pero cuando pasaban desapercibidos, o estaban solos, le prestaba esa atención seria y peculiar que él no terminaba de concebir. Tenía numerosas teorías sobre ella, y variaban entre sí. Era un hombre que no hablaba de las personas, que nunca decía mucho. Si se le preguntaba, después de responder de buena gana y aparentemente sin reservas, uno se percataba de que no había dicho nada. Nunca había hablado de Sicilia, por ejemplo, pero había dicho mucho de Suecia. Esta reticencia, tan exasperante para muchas mujeres, le parecía agradable a la señorita Stowe, que tampoco decía mucho de sí misma, ni tampoco de la gente, es decir, normalmente. De una persona sí hablaba, y continuamente. Morgan apenas comprendía cómo ella no empezaba, tarde o temprano, a

hablarle de él mismo. A veces estaba receptivo, a veces no; pero receptivo o indiferente, en sociedad o fuera de ella, había hablado, lo había contado todo, durante un buen número de horas a la señorita Stowe cuando mayo alcanzó el cénit y la estación se iba desvaneciendo.

Los turistas se habían ido a Venecia; el fulgor rojo de las guías turísticas por las calles y la diligencia con la que caminaban los viajeros con sus vestidos de lana por las galerías ya no era visible. La señorita Stowe ahora estaba ligeramente al límite de su línea de precaución; muchas de las personas que conocía se habían marchado; fue con Trafford a la Academia<sup>129</sup> y al Pitti; lo llevó a frescas y oscuras iglesias, y le interrogó acerca de sus creencias; paseó con él por el monasterio de San Marco<sup>130</sup>, y le preguntó cuál era su idea del más allá. Ella dijo que le gustaban los claustros; que le gustaría caminar por uno durante una hora o dos cada día.

Él respondió que había varios claustros en Florencia; que los visitarían sucesivamente y pasearían por allí tranquilamente. El efecto se magnificaría si ella leía en alto, mientras paseaban, frases cortas de algún pequeño libro antiguo de cubiertas rígidas como *De Contemptu Mundi*<sup>131</sup>.

- Ah - dijo ella-, no está siendo serio. ¡Pero yo sí!

Y parecía estarlo; él se dijo a sí mismo que apenas había tenido una mirada o una palabra suya que no solo fueran serias, sino casi severas. Entonces ella empezó a hacer todo lo que él le pedía, tanto si era cantar música italiana como leer el *Vita Nuova*<sup>132</sup> de Dante, cuando ella había manifestado que ambas cosas le desagradaban. Es probable que él le hubiera pedido hacer una serie de cosas por entonces que no le importaban

---

<sup>129</sup> La galería de la Academia de Florencia, donde se encuentra el David de Miguel Ángel.

<sup>130</sup> Uno de los lugares favoritos de Woolson en Florencia, tiene un museo que incluye las celdas de los monjes decoradas con frescos de Fra Angelico.

<sup>131</sup> Título de una epístola de Euquerio de Lyon escrita en el año 427 que denunciaba la vanidad del mundo material. Significa literalmente *Sobre el desprecio del mundo*.

<sup>132</sup> *La Vita Nuova* de Dante Alighieri (1265-1321) publicado en 1295, documenta su amor por Beatriz.

particularmente, simplemente para ver si ella accedía; siempre lo hacía.

“Si siempre se comporta así”, pensó, “sin mostrar nunca la más mínima oposición, o estado de ánimo diferente al mío, ¡realmente no me imagino dónde acabará esto!”

Pero al final mostró ambos. Fue al anochecer, y sentada al piano; después de una o dos baladas él le había pedido que cantara una corta canción inglesa que había encontrado entre su música, no impresa, sino manuscrita.

- Oh, eso no es nada - dijo ella, alargando la mano para quitársela-. Cantaré esto de Schumann en su lugar; es mucho más bella.

Pero él se mantuvo en sus trece.

- Me gusta más esta - reiteró-. Me gusta el nombre; por supuesto es imposible, pero es placentera: “Semper Fidelis”.

Ella la tomó, la miró en silencio un momento, y después, sin más respuesta, empezó a cantar. No había nada de particular en la letra o la música; tampoco cantó tan bien como de costumbre; aceleró el ritmo.

### SEMPER FIDELIS<sup>133</sup>

“Mudos e imperturbables mis pensamientos aún  
os rondan,  
No cambiarán;  
A pesar de mi lucha, mi corazón seguirá siendo vuestro amante,  
Aun no correspondido;  
Y aunque haya tristeza en la lealtad,  
Y aunque la dote del silencio no sea nada para vos,  
Nada cambia-  
Siempre fiel.”

Esta era la estrofa, pero en el quinto verso decayó, se detuvo, y después, levantándose abruptamente, salió de la habitación.

- Margaret es muy voluble en ocasiones - dijo la señorita Harrison, a modo de disculpa, desde su butaca.

---

<sup>133</sup> Siempre fiel. El poema es de la propia Woolson.

- Todas las personas interesantes son volubles - respondió él. Se acercó y tomó asiento al lado de su anfitriona, se quedó media hora más; según volvía a su hotel se dijo a sí mismo que la señorita Stowe había sido durante semanas la mujer más constante que había conocido nunca, sin mostrar signos de alteración o muestras de variación. Había sido tan constante como una línea recta.

Por este motivo, su agitación repentina le causó impresión. Al día siguiente, él mencionó que se iba a Trieste.

- ¿No a Venecia? - preguntó la señorita Harrison-. Pensé que todo el mundo se iba a Venecia.

- Venecia - respondió él- es preeminentemente el lugar donde uno necesita una compañía real, tangible, del tipo más querido, o un recuerdo de ella. Yo, que no tengo ninguna de los dos, ¡mejor que esté lejos de Venecia!

- Más bien creo, Sr. Morgan, que ha tenido bastante de lo que ha querido, en Venecia o cualquier otro sitio - dijo la señorita Harrison, con un humor seco que a veces sacaba a relucir. Entonces la llamaron de la habitación para ver a una pobre mujer con la que tenía amistad; la señorita Stowe y Morgan se quedaron solos.

Él la estaba mirando; estaba comprobando qué efecto, si es que había alguno, tendrían las noticias de su partida (había mencionado mañana). Ella no había sido convencional; ¿por qué habría de serlo ahora?

Ella miraba al suelo; después de un rato, alzó la vista.

- ¿Dónde estará este verano? - preguntó ella, despacio-. Quizá nosotras también estemos allí.

Tenía los ojos fijos en la cara de él, su tono de voz apenas superaba el murmullo. Quizá fue la curiosidad lo que le hizo hacer lo que hizo; o quizá no, ciertamente había en él buena parte de atrevimiento. Se levantó, se acercó a ella, y le tomó la mano.

- Perdóneme - dijo-. Estoy enamorado de otra persona.

Significaba mucho. ¿Pero acaso la actitud de ella no había significado lo mismo, o más?

Ella se levantó, ahora los dos estaban de pie.

- ¡Qué quiere decir! - exigió ella. Una luz surgía en unos ojos que normalmente permanecían abstraídos, casi apagados.

- Solo lo que he dicho.
  - ¿Y por qué habría de decírmelo?
  - Pensé que podría estar... interesada.
  - Está equivocado. No estoy interesada ni lo más mínimo.
- ¿Por qué habría de estarlo?

- ¿No está siendo un poco cruel?
- No más cruel de lo que usted insolente.

Estaba muy irritada. Él empezó a estar algo irritado.

- Le pido que me perdone con toda la humildad, señorita Stowe. La insolencia de la que me acusa no puede estar más lejos de lo que pienso. Si he pensado que puede estar de alguna forma interesada en lo que le he dicho, es porque me ha honrado con algo de su atención durante las últimas una o dos semanas; probablemente me haya consentido de más.

- Lo he hecho, y durante un mes o dos, no una semana o dos. Pero había una razón: era un experimento.

- ¿Me ha utilizado con fines experimentales, entonces?
- Sí.

- Estoy inmensamente agradecido de haber sido considerado meritorio de formar parte de un experimento suyo, aunque pasivamente. ¿Puedo preguntar si el experimento ha terminado?

- Así es.

- ¿Desde cuándo? ¿Desde que confesé mis sentimientos por alguien más?

El rostro de la señorita Stowe estaba pálido, sus ojos oscuros, brillantes.

- Siempre supe que estaba enamorado, perdidamente enamorado, de la Sra. Lovell - dijo con una sonrisa orgullosa-. Esa era la razón por la que, para mi experimento, le seleccioné a *usted*.

Un rubor surgió en el rostro de él mientras ella hablaba.

- ¿Pensaba que obtendría la gran victoria? - preguntó él.

- No pensaba nada por el estilo. Pensé que estaría a salvo, porque usted no reaccionaría.

- ¿Y no deseaba que yo reaccionara?

- No.

- Perdone, estamos hablando sin rodeos, ¿no? ¿No se contradice un tanto? Dice que no pretendía que reaccionara, pero ¿no ha intentado que lo hiciera?

- Ese no era mi objetivo. Pero era un producto necesario del experimento.

- ¿Y si *hubiera* reaccionado? - preguntó, mirándola.

- Sabía que no podría. Lo sabía muy bien; quiero decir, podía imaginar muy bien, cuánto quería a Beatrice. Pero ha sido toda una insensatez por mi parte, ahora lo veo.

Ella se giró y se fue hacia el piano.

- Ahora desearía que se marchara - dijo, en voz baja, girándose distraída hacia la música-. *Yo* no puedo, porque a mí tía le parecería extraño que me hubiera ido.

En lugar de obedecerla, cruzó la habitación y se quedó de pie a su lado; entonces vio en la penumbra que sus ojos estaban inundados de lágrimas y tenía los labios temblorosos, a pesar de su esfuerzo por evitarlo.

- Margaret - dijo él, de pronto, y con una buena parte de sentimiento en su voz-, ¡no lo merezco! ¡De verdad que no!

Y de nuevo le tocó la mano. Pero ella la apartó de él.

- ¿Por algún casual imaginas que estas lágrimas son por *ti*? - preguntó, en un tono bajo, pero enfrentándolo como una criatura acorralada-. ¿Me has interpretado de esa forma? Tengo derecho a saberlo; ¡habla!

- Tengo dificultades para interpretarte - respondió, después de un momento de silencio.

- Te lo contaré todo, entonces; debo contártelo, tu error me fuerza a ello - se detuvo, tomó una inspiración rápida y después siguió, deprisa-. Quiero a otra persona. He sido muy desdichada. Justo después de que vinieras, recibí una carta que me contaba que él iba a casarse pronto; él *está* casado ahora. Padecí una enfermedad como consecuencia de ello. ¿Quizá recuerdas mi enfermedad? Decidí entonces que erradicaría el sentimiento si fuera posible, sin importar cuánto dolor, esfuerzo y larga paciencia me costara. Te cruzaste en mi camino. Sabía que estabas apegado a otra persona.

- ¿Cómo lo sabías? - preguntó. Estaba apoyando en el piano mirándola; ella estaba de pie con las manos cruzadas, tan apretadas que él podía ver la fuerza de la presión.

- Da igual el cómo; muy simple y naturalmente. Me dije a mí misma que intentaría interesarme por ti, aunque solo fuera en una pequeña medida; haría todo lo que estuviera en mi mano



para acelerarlo. Sería un interés adquirido; aun así, los intereses adquiridos pueden ser profundos. La gente puede interesarse por la música, los cuadros, los deportes, de esa forma; ¿por qué no, entonces, también por las personas, si son más humanas?

- Esa es la verdadera razón: que son demasiado humanas - respondió. Pero ella no prestaba atención

- Te he estudiado; he intentado encontrar lo bueno en ti; he intentado creer en ti, idealizarte. He dedicado cada pensamiento que podía a controlarte, solamente a ti, durante dos largos meses - dijo ella, apasionadamente, soltando sus manos, enrojecidas por la presión entre ellas, y apartándose.

- ¿Ha sido un fracaso?

- Completo.

- ¿Y si hubieras tenido éxito? - preguntó él, encogiendo los hombros mientras se apoyaba en el piano.

- Hubiera estado encantada y feliz. Nunca *te* hubiera visto otra vez, naturalmente; pero al menos hubiera enterrado el antiguo y mísero sentimiento.

- ¡Y hubiera ocupado su lugar otro igual de mísero!

- Oh no; nunca habría sido *así* - replicó ella, con un tono de desaire.

- Probaste un remedio peligroso, Margaret.

- No tan peligroso como la enfermedad.

- El remedio puede ser peor que la enfermedad. A pesar de tu tono de desaire, permíteme decirte que, si hubieras tenido éxito, habrías acabado amándome como amabas, quiero decir, como amas, a este otro hombre. Mientras que yo, entretanto, ¡estoy enamorado (perdidamente, como has sido tan amable de informarme) de otra mujer! ¿Es Beatrice amiga tuya?

- Mi más querida amiga.

- ¿Nunca se te ha ocurrido que la podías estar traicionando?

- Nunca.

- ¿Suponiendo, durante este experimento tuyo, que me hubiera enamorado de ti?

- No habría significado nada para Beatrice si hubiera sido así - respondió la amiga de la Sra. Lovell inmediata y lealmente, aunque recordando, al tiempo, el rubor en Fiesole. Después, con otro tono de voz, y una humildad orgullosa que era conmovedora, añadió:

- Hubiera sido del todo imposible. Beatrice es la mujer más encantadora del mundo; cualquiera que *la* haya querido jamás pensaría en mí.

En ese momento la voz de la señorita Harrison se oyó en el recibidor, estaba volviendo.

- Adiós - dijo Morgan-. Me iré mañana. Deberías dejarme ir.

Le tomó la mano, la sostuvo un instante, y después la alzó hacia sus labios.

- Adiós - dijo, de nuevo-. Perdóname, Margaret. Y no me olvides... del todo.

Cuando la señorita Harrison volvió, estaban mirando las partituras del piano. Unos instantes después, él se marchó.

- Siento que se haya ido - dijo la señorita Harrison-. ¿Qué diantres pretende hacer en Trieste? ¡Bueno, así es la vida! ¡Nada más que despedidas! Algo me consuela, no obstante... al menos a mí; el nieto del viejo Adam no resultó ser una decepción, después de todo.

- No creo que pueda juzgarlo - replicó la señorita Stowe.

En junio la señorita Harrison fue en dirección norte a París, con la compañía de su nieta. Pasaron el verano en Suiza; en otoño regresaron a París; y en diciembre volvieron al sur hacia Nápoles y Roma.

La Sra. Lovell respondió a la carta de Margaret en junio. Las seis semanas en yate habían sido entrañables; el yate pertenecía a un caballero inglés que poseía una residencia en Devonshire. Ella, por cierto, quizá pasara en Devonshire el verano, era muy tranquilo el lugar. ¿No le convencería a la señorita Harrison ir a Devonshire? Sería *tan* agradable. Había sido tremendamente difícil vestir de luto en el mar, pero por supuesto había perseverado en ello. Muchos de sus vestidos se habían estropeado por completo; se había visto obligada a comprar más. Sí, *fue* divertido su encuentro con Trafford Morgan. Y tan inesperado, por supuesto. ¿Le gustaba? No, la carta no necesitaba ser devuelta. Si le molestaba tenerla, podía destruirla; quizá fuera también que necesitaba ser destruida. Había algunos placeres en la vida inglesa: no había tantas oportunidades, quizá, como en América (“ese rubor no significó nada, pues, después de todo”, pensó la lectora, levantando la vista de la página y

mirando meditativa un cuadro de la pared). “Dijo que solo era falta de hierro y, como Beatrice siempre dice la verdad, quería decir eso, probablemente, y no ironía, como yo suponía”. Se sentó pensativa unos instantes y después volvió a la carta: no había tantas oportunidades, quizá, como en América, pero había más estabilidad, más seguridad de que las cosas continuarían. Tenía varias ocurrencias que le gustaría decir; pero nunca escribía tal cosa, como Margaret sabía. Ojalá pudiera venir a Devonshire en verano), y etcétera, etcétera.

Pero Beatrice sí que escribía a veces “tales cosas”, después de todo. Ese febrero, en Roma, después de un largo silencio, Margaret recibió una carta suya que traía nuevas de su compromiso. Era un inglés. Tenía una residencia en Devonshire. Poseía un yate. Beatrice parecía muy feliz. “No nos casaremos hasta el invierno próximo”, escribía. “No consentiría, naturalmente, nada antes. Continuamente me he esforzado en hacer lo que era correcto desde el principio y no titubearé ahora. Pero para el próximo enero no podrá haber críticas, y entiendo que será el momento. ¡Ojalá estuvieras aquí para aconsejarme sobre un millón de cosas! Además, quiero que le conozcas, seguro que te gustará. Es...”, y etcétera, etcétera.

“Está siguiendo su destino”, pensó la lectora en Roma.

En marzo la señorita Harrison sintió la Ciudad Eterna demasiado cálida y viajó al norte tan lejos como Florencia. Madame Ferri estaba encantada de verlas de nuevo; vino cinco veces en los primeros tres días a decírselo.

- Verán a *tantos* de los que conocieron el año pasado de nuevo, además de ustedes - dijo, entusiasmada-. Celebraremos algunas de nuestras antiguas y *encantadoras* reuniones. Veamos, creo que puedo contarles.

Y repasó una lista de nombres, entre ellos el del “Sr. Morgan”.

- ¿Cómo, no el nieto de Adam? - preguntó la señorita Harrison.

- No es *tan* viejo, ¿no? - respondió madame Ferri, riéndose-. Es el que cenó con usted en numerosas ocasiones el año pasado, creo: el Sr. Trafford Morgan. Me complacerá decirle hoy mismo que están ustedes aquí.

- ¿Sabe si va a quedarse mucho? - preguntó la señorita Stowe, que no había hablado hasta ahora.

- Lamento decir que no; el Sr. Morgan siempre es un añadido, creo, ¿usted no? Pero me dijo ayer mismo que estaba semana se iba a... a Tarascón, creo que dijo.

- Trieste y Tarascón. ¡Selecciona los lugares más extraordinarios! - exclamó la señorita Harrison-. La próxima vez será Tártaro<sup>134</sup>.

Madame Ferri estaba superada por la hilaridad.

- *Querida* señorita Harrison, ¡es usted *demasiado* divertida! ¿O *no*, querida señorita Stowe?

- Probablemente escoja sus nombres al azar - dijo la señorita Stowe, con indiferencia.

Al día siguiente, en el Pitti, lo vio. Estaba sola, y le devolvió el saludo con frialdad. Él estaba con algunas damas que estaban cerca, contemplando *La Virgen de la Silla*<sup>135</sup>. Apenas preguntó cómo estaba la señorita Harrison y dijo que debería darse el placer de ir a verla muy pronto; después hizo una reverencia y volvió con sus amigas. Poco después, vio cómo abandonaban juntos la galería.

Media hora más tarde ella, estaba frente a uno de los retratos de Tiziano, cuando una voz cercana le dijo:

- ¡Ah! El joven de negro<sup>136</sup>. ¿No lo admiras?

Había habido casi una multitud en las magníficas salas esa mañana. Ella había estado codo con codo con tantas personas que ya no las notaba; Trafford Morgan había podido, por tanto, acercarse y permanecer cerca de ella varios minutos sin ser reconocido. Cuando habló, ella se volvió y, en respuesta a su sonrisa, le otorgó una reverencia aún más leve que antes, apenas poco más que un movimiento de párpados. Dos chicas inglesas, con grandes sombreros, de mirada tímida y dulce y pómulos

---

<sup>134</sup> Trieste ciudad al norte de Italia fue república en Roma; fue el lugar donde fue asesinado el mentor de Goethe; Tarascón es una ciudad francesa al sur de Aviñón; Tártaro, según la leyenda griega, era un lugar del inframundo o Hades, un lugar de castigo a donde se enviaban a los que ofendían a los dioses para sufrir tormento eternamente.

<sup>135</sup> La Virgen de la Silla (1513-1514) es de Rafael Sanzio (1483-1520).

<sup>136</sup> Retrato de un joven inglés (1540-1545) de Ticiano, uno de los cuadros favoritos de Henry James.

rosados que estaban cerca de ellos, se giraron a la izquierda durante un minuto para contemplar otro lienzo.

- No me trates mal - dijo él-. Necesito amabilidad, no soy muy feliz.

- Puedo entenderlo - respondió ella. Volvieron las chicas inglesas.

- Creo que te equivocas al admirarlo - continuó él, mirando el retrato-, es un retrato bastante imposible. Un joven con esa cabeza y rostro pequeños y delicados jamás podría tener esos hombros; son los hombros de otro tipo de hombre. Es algún joven al que Tiziano quiso halagar; pero era lo suficientemente buen artista como para esconder el halago con ese abrigo. El rostro no alberga calma; no lo habrías admirado en vida.

- Al contrario, lo habrías admirado en gran medida - contestó la señorita Stowe-. Lo habrías adorado. Habría adorado los ojos.

- Desde luego no hay nada en ellos salvo cierta tenacidad.

- Sea lo que sea, es precioso.

Las chicas inglesas ahora se alejaban hacia la derecha.

- Estás bastante cambiada - dijo él, mirándola.

- Sí, creo que sí. Soy mucho más agradable. Todo el mundo te lo dirá; incluso madame Ferri, que está obligada a conciliarlo con el hecho de que siempre haya sido más agradable que nadie del mundo, ya sabes. Me he vuelto más liviana. Ya no soy intensa.

- Quieres decir que ya no eres seria.

- Eso es. Solía ser absurdamente seria. Pero hace siglos desde que nos vimos la última vez. Te ibas a Trieste, ¿no? Espero que te resultara placentero.

- No hace siglos; hace un año.

- Oh, puede pasar mucho en un año - dijo la señorita Stowe, apartándose.

Estaba tan suntuosamente vestida como de costumbre, pero no de forma tan sencilla. Su cabello estaba dispuesto en pequeñas ondas que le caían hasta la frente, que la hacían verse, si no podía decirse mundana, al menos más a la moda, ya que antes lo llevaba con una simplicidad que tampoco era ninguna de las dos cosas. Gracias al nuevo peinado, sus ojos parecían más grandes y más oscuros.

Él continuó caminando junto a ella unos instantes, y después, cuando ella se unió a un grupo de amigos, se marchó.

Al anoecer llamó a la señorita Harrison y se quedó una hora. La señorita Stowe no estaba en casa. Al día siguiente, le envió a la señorita Harrison una preciosa cesta con flores.

- Sabe que siempre llenamos de ellas las habitaciones - observó con algo de desdén la señorita Stowe.

- Igualmente, me gusta el detalle - dijo la señorita Harrison. Y le envió una invitación para la cena. Le gustaba tener un invitado.

Vino. Durante el anoecer le pidió a la señorita Stowe que cantara.

- He perdido mi voz - respondió ella.

- Sí - dijo la señorita Harrison-, es muy notable; aunque Margaret parezca estar bien, no ha podido cantar durante meses, de hecho, durante un año entero. Es muy triste.

- No estoy triste por eso, tía Ruth; estoy aliviada. Nunca he cantado bien, no tenía suficiente voz. En realidad, no había nada en mí salvo expresión; y todo eso era engaño.

- Estás intentando que te veamos muy artificial - dijo Morgan.

- Puedo hacer que penséis lo que me plazca, probablemente. Puedo seguir varias líneas de conducta, una detrás de otra, y haceros creer todas.

Hablaba suavemente, su tono general era más suave que de costumbre, como ella misma había dicho.

- ¿Sale ahora a caminar alguna vez por los jardines de Boboli? - preguntó él, después.

- Ocasionalmente, pero es un lugar aburrido. Y ya no camino tanto como antes, salgo en carruaje con mi tía.

- Sí, Margaret se ha vuelto indiferente - dijo la señorita Harrison-, y parece ir con ella. Tiene más color que antes; se la ve bien.

- Maravillosamente - añadió Morgan-. Pero estás más delgada que antes- apuntó, girándose hacia ella.

- ¡Y más morena! - respondió, riéndose-. El Sr. Morgan no aprecia los arreglos en blanco y negro<sup>137</sup>, tía Ruth, no lo avergüences-. Esa tarde lucía un vestido blanco, privado de cualquier otro color.

- Veo que te inclinas por ser antipática- dijo. Se suponía que era una observación social.

- Por nada del mundo - respondió ella, en el mismo tono.

Se vieron en numerosas ocasiones acompañados, y tuvieron cortas conversaciones. Después, una tarde, él se cruzó con ella inesperadamente en la Cascine; ella paseaba camino abajo sola.

- Así que a veces sí que caminas, después de todo - dijo él.

- Nunca. Solo estoy paseando. He venido en carruaje con la tía Ruth, pero, como se ha encontrado con un grupo de amigos estadounidenses que se marchan mañana, he cedido mi puesto y estarán en el carruaje un rato; tratando sin duda todos los asuntos del Condado de Westchester.

- Me complace que los haya visto; me complace encontrarte sola. Hay algo que ansío decirte.

- Ese comienzo siempre me asusta. Por favor, demóralo.

- Al contrario, me apresuraré. Aprovecharé todo lo que pueda esta rara ocasión. ¿Recuerdas cuando me hiciste el honor, señorita Stowe, de convertirme en el sujeto de un experimento?

- ¿Insistes en recordar esa insensatez? - preguntó ella, abriendo su sombrilla. Su tono era sosegado e indiferente.

- La recuerdo porque deseo basar algo en ella. Quiero pedirte, que te permitas ser el sujeto pasivo de un experimento por *mi* parte, un experimento de la misma naturaleza.

Ella lo miró; él sonrió a medias.

- ¿Imaginaste, entonces, que el mío iba en serio? - preguntó ella, con un delicado y leve desaire, leve como el aire.

- Nunca imagino nada. La imaginación es inútil.

- No tan inútil como los experimentos. Olvida el tuyo, y mejor cuéntame qué te gustó de... Trieste.

- ¿Supongo que sabes que me fui a Inglaterra?

- No sé nada. Pero sí, sé que te ibas a... Tarascón.

---

<sup>137</sup> Probablemente Woolson se refiere a "Arreglo en Gris y Negro N° 1" (1871) del pinto norteamericano James McNeill Whistler (1834-1903), también conocido como "Retrato de la madre del artista".

- No me iré si accedes a lo que te he pedido.

- ¿No está planeado precipitadamente? - preguntó ella, irónicamente-. No sabías que veníamos.

- Muy precipitadamente. Solo he pensado en ello desde ayer.

Se habían adentrado en un sendero estrecho que conducía a una de esas parcelas de sotobosque que abundan en la Cascine, pequeñas zonas arboladas cuidadosamente preservadas bajo enredaderas que son tan hermosas y fascinantes a los ojos de los estadounidenses, acostumbrados a la extensión de los bosques auténticos.

- No sabes cuánto me gustan estas pequeñas parcelas - dijo la señorita Stowe-. Tienen una esencia especial, son encantadoras.

- Siempre te ha gustado la naturaleza, lo recuerdo. Solía decirte que el arte era mejor.

- ¿Ah, sí? - preguntó ella, su mirada seguía el vuelo de un pájaro.

- Te has olvidado completamente de todo en un año.

- Sí, creo que sí. Siempre olvido, ya sabes, lo que no es agradable recordar. Pero debo volver, la tía Ruth estará esperando.

Volvieron.

- Hablaré más claro - dijo Morgan-. Fui a Inglaterra el julio pasado; es decir, que fui con la Sra. Lovell. Estaba en Devonshire. Hace muy poco me enteré de que se ha comprometido en... Devonshire, y pronto va a casarse allí. Naturalmente me deprime. Estoy buscando algún otro interés. Me gustaría probar tu plan por un tiempo, e intentar construir un interés por... ti.

El labio de la señorita Stowe se curvó.

- Los planes no son similares - dijo ella-. El tuyo está concebido de forma defectuosa. ¡Yo no te conté de antemano lo que pretendía conseguir!

- Me veo obligado a hacerlo. Lo habrías descubierto.

- ¿Descubrir que era un engaño? Es cierto. Una mujer puede actuar bastante mejor que un hombre. ¡Tú no lo descubriste! ¿Y qué tengo que hacer en esta pequeña comedia tuya?

- Nada. En realidad, nada de tu parte; me has contado, incluso cuando hiciste un gran esfuerzo por conseguirlo, que fue



imposible despertar el más mínimo interés en mí. No tengas una aversión violenta hacia mí, es todo.

- ¿Y si ya la tengo?

- Tendré que derribarla. A lo que me refería es... no adquieras una nueva.

- No hay nada como los precedentes, y de ahí que repita mi pregunta: ¿qué pasaría si tienes éxito, quiero decir, en cuanto a ti? - preguntó, mirándolo con un gesto satírico.

- Mi más sincero deseo es tenerlo.

- ¿No añades, como hice yo, que en caso de que lo tengas, que nunca más volverás a verme, pero que al menos enterrarás ese mísero antiguo sentimiento?

- No lo hago.

- ¿Y, como conclusión, cuando fracasas, me dirás que las causas del fracaso serán las inevitables comparaciones?

- Beatrice es extremadamente maravillosa - respondió él, girando la cabeza y mirando al Arno, brillando a través de una apertura en el arbusto-. No pretendo ocultar, incluso a mí mismo, que no es la mujer más maravillosa que haya conocido jamás.

- Ya que no te lo ocultas a ti mismo, no pretendas hacerlo conmigo.

Habló sin interrogación, pero trató las palabras como una pregunta.

- ¿Por qué debería? - preguntó él. Y después calló.

- Ahí está la tía Ruth - dijo la señorita Stowe-. Ya veo los caballos. Probablemente se esté preguntando qué ha sido de mí.

- No me has rechazado por completo - apuntó él, justo antes de que alcanzaran el carruaje-. Te aseguro que no te importunaré lo más mínimo. Tómame un día o dos para considerarlo. Después de todo, si no hay nadie a quien pueda contravenir (naturalmente sé que tienes admiradores; incluso he oído sus nombres), ¿por qué no habrías de parecerme incluso algo entretenido?

La señorita Stowe se giró hacia él, y una expresión particular inundó sus ojos cuando se encontraron con los de él.

- No estoy segura de que me lo vaya a parecer - respondió ella. Y después se unieron a la señorita Harrison.

Pasaron uno o dos días. No se había producido una pregunta formal, ni se había dado una respuesta formal; pero ya que la

señorita Stowe no lo había prohibido por completo, podría decirse que el experimento había comenzado. Pronto empezó a decirse en Florencia que Trafford Morgan era uno de los pretendientes para la mano de la heredera; y, siendo un candidato, estaba naturalmente expuesto a la luz investigadora de las Pesquisas Públicas. Las Pesquisas Públicas descubrieron que tenía treinta y ocho años; que solo tenía unos pocos ingresos, que era indolente, indiferente y cínico. Sin poder encontrar vicios abiertamente, las Pesquisas Públicas consideraron que era demasiado aburrido para tenerlos; probablemente los hubiera agotado mucho antes. Todo esto se lo repetía madame Ferri a la señorita Harrison, no porque se opusiera lo más mínimo al Sr. Morgan, sino porque simplemente formaba parte de su ocupación general como congregadora y correveidile.

- Trafford Morgan no es un santo, pero está bien a su manera - replicó la señorita Harrison-. No estoy para nada segura de que un santo sea deseable en la familia.

Madame Ferri estaba muy entretenida con esto, pero también se llevó la impresión de que la señorita Harrison favorecía al pretendiente.

Entretanto, nada podía ser más discreto que la actitud del supuesto pretendiente cuando estaba con la señorita Stowe. Ahora le hacía preguntas sobre ella; cuando iban a las iglesias, le preguntaba acerca de sus impresiones de la arquitectura; cuando visitaban las galerías, le preguntaba por su opinión de los cuadros. Le consultaba qué libros le gustaban y por qué; y a veces él repetía lentamente sus respuestas.

Este último hábito la enfadaba.

- Desearía que no hicieras eso - dijo ella, con cierta irritación-. Es como estar forzada a mirarse a una misma en el espejo.

- Lo hago para analizarlas - respondió él-. Soy muy denso, lo sabes, me lleva un rato largo entender. Cuando dices, por ejemplo, que Romola<sup>138</sup> no es un personaje natural porque su amor por Tito decae, yo, que creo que la parte antinatural es que

---

<sup>138</sup> El título de la novela de 1863 de George Eliot (1809-1880). La acción tiene lugar en Florencia durante el Renacimiento. Tito es un atractivo erudito griego del que se enamora Romola.

siempre tendría que haberlo amado, naturalmente me detengo en la observación.

- Tendría que haber seguido amándolo en vida. La belleza es muy poderosa.

- No sabía que a las mujeres les importase tanto - respondió él. Después, tras un momento: - No seas tan severa conmigo - añadió-, lo estoy haciendo lo mejor que sé.

No respondió.

- Pensé ciertamente que habrías respondido “¿en cambio?” - dijo él, sonriendo-. Pero no eres tan satírica como antes. No puedo hacer que te enfades conmigo.

- ¿Lo has intentado?

- Por supuesto que sí. Sería un gran paso conmoverte, incluso de esa manera.

- Pensé que tu experimento era solo en una dirección, ¿no? - preguntó ella.

Estaban sentados en una esquina sombría en los claustros de San Marco; ella se reclinaba en su silla, repasando con la punta de su sombrilla las líneas de la inscripción latina de la losa a sus pies sobre la tumba de un antiguo monje.

- No soy tan coherente como debería - respondió él, levantándose y deambulando, con las manos en los bolsillos del abrigo corto de mañana, para mirar a San Pedro Mártir<sup>139</sup>.

En otra ocasión, estaban en la capilla de Miguel Ángel de San Lorenzo<sup>140</sup>. Pasaba media hora del cierre, pero Morgan había sobornado al custodio para que les permitiera quedarse, y el anciano había cerrado la puerta y se había marchado, dejándolos solos con los admirables mármoles.

- ¿Qué significan? - preguntó él-. Cuéntame.

---

<sup>139</sup> San Pedro Mártir, también llamado Pedro de Verona (1205-1252), era un fraile dominico que fue asesinado mientras actuaba de inquisidor de Lombardía. El Tríptico de San Pedro el Mártir (1429) de Fra Angelico se encuentra en el monasterio de San Marco.

<sup>140</sup> Las capillas de los Medici (1521-1534) en la basílica de San Lorenzo o la Nueva Sacristía diseñadas por Miguel Ángel (1475-1564) como un mausoleo para la familia Medici.

- Significan el destino, nuestro triste destino masaccio humano: el hermoso Amanecer<sup>141</sup> en todo el dolor del despertar; la firme determinación de Día; el reconocimiento del fracaso en Atardecer; y la lasitud del lúgubre y desalentador sueño en Noche. Es una forma de ver la vida.

- ¿Pero no la tuya?

- Oh, yo no la tengo, soy muy limitada. Pero el genio tiene una forma más amplia, y el genio, entiendo, debe de estar siempre triste. Las personas con ese don, me he percatado, son casi siempre muy infelices.

Él estaba sentado junto a ella y, mientras ella hablaba, vio cómo un ligero rubor afloraba en sus mejillas; recordaba cuando la Sra. Lovell había usado las mismas palabras, aunque en otro contexto.

- Nunca hemos hablado directamente, o en ninguna medida, de Beatrice - dijo ella, de repente-. Desearía que me contaras cosas de ella.

- ¿Aquí?

- Sí, aquí y ahora; Lorenzo será tu juez.

- No me asusta Lorenzo. No es un dios; al contrario, tiene toda nuestra humanidad más profunda en su rostro contemplativo; por esa razón nos impresiona tan poderosamente. Ya que es la primera vez que expresas un deseo, señorita Stowe, supongo que debo cumplir con él.

- ¿Será difícil?

- Siempre es difícil, ¿o acaso no lo es para un hombre hablar de un amor no correspondido? - dijo él, apoyando el codo en el respaldo del asiento y cubriendo sus ojos con la mano cuando la miró.

- Te excusaré.

- No he pedido ser excusado. Primero conocí a la Sra. Lovell en Sicilia. Estuve con ella casi constantemente durante cinco semanas. Era tan adorable como una rosa, un melocotón, una niña.

Se detuvo.

---

<sup>141</sup> En el mausoleo de Miguel Ángel, la tumba de Lorenzo, duque de Urbino, estaba coronada por una estatua del duque y flanqueada por esculturas de figuras alegóricas del Amanecer y Atardecer.

- Tus comparaciones son muy notorias - dijo la señorita Stowe, con la mirada concentrada en el masivo Día.

- Son verídicas. Me enamoré de ella; y se lo dije porque se produjo una fatalidad, una oportunidad: es decir, un banco en un jardín, la luz de las estrellas y el aroma de las flores. Naturalmente, era irresistible.

- ¿De verdad?

- No seas despectiva. Es posible que no te hayas visto expuesta a la fuerza de esta combinación todavía. Me reprendió con esa encantadora y tierna dulzura suya, y después se fue; se acabaron los días en Sicilia. Le escribí...

Estaba sentado en la misma posición, con la mano cubriéndole los ojos, mirándola; mientras pronunciaba la última frase, percibió que ella se ruborizaba, y se ruborizaba profundamente.

- Sabías la historia en general - dijo, dejando caer el brazo e inclinándose hacia delante-. ¡Pero no es posible que vieras esa carta!

Ella se levantó y caminó un poco, como para obtener una mejor vista de Día.

- ¡Lo admiro tanto! - exclamó después de un momento-. Si alargara ese gran brazo derecho, nos machacaría y nos haría átomos.

Y se volvió de nuevo hacia él.

Cuando lo hizo, vio que él también se había sonrojado; un profundo e intenso rubor había inundado su rostro e incluso cubierto su frente.

- Estoy bien, ¡muy bien! - apuntó él.

- Después de leer una carta como esa, escrita a otra mujer, no es muy probable que le concedas mucha consideración al autor, ¡aunque lo intente!

La señorita Stowe lo miró.

- Estás sobreactuando - dijo, fríamente-. No se supone que debas preocuparte tan pronto. Se trata de que lo vayas construyendo gradualmente.

- Lorenzo me comprende - dijo él, recomponiéndose-. ¿Puedo continuar?

- Creo que debo irme ahora - respondió ella, rechazando el asiento-, es tarde.

- Un momento. Déjame terminar, ahora que he empezado. Pensé en volver a Estados Unidos; de hecho, Beatrice me lo había aconsejado; pensaba que me estaba convirtiendo en un expatriado. Pero lo dejé pasar y me quedé en Italia porque no quería en absoluto parecer su esclavo (a las mujeres no les gustan los hombres que las obedecen demasiado, ya sabes). Después de ese esfuerzo, fui lo suficientemente coherente como para seguirla a Inglaterra. La encontré en... Devonshire, más encantadora que nunca, y de nuevo me fascinó; incluso estaba dispuesto a aceptar de antemano todas las reglas y la espera por el más estricto respeto a la memoria del Sr. Lovell.

Los ojos de la señorita Stowe estaban fijos en DÍA; pero entonces, involuntariamente, miró a su acompañante. El rostro de ella permaneció imperturbable.

- Estaba muy enamorado de ella. No me permitió incitación alguna. Pero no abandoné ninguna esperanza, aun incierta, hasta este reciente cambio. Después, naturalmente, supe que todo se había acabado para mí.

- Lo siento - respondió la Señorita Stowe después de una pausa, todavía mirando a DÍA.

- Por supuesto he contado con... con tu comprensión. Sabía que lo comprenderías.

- Ahórrame las condolencias, “te acompaño en el sentimiento” y demás - dijo ella, yendo hacia la puerta-. Me voy, siento como si ya hubiéramos profanado demasiado este lugar sagrado.

- No es profanación. Las más altas cumbres del arte, así como las de la vida, le pertenecen al amor - matizó él, mientras salían hacia el frío y bajo vestíbulo, enlosado con las lápidas de los Médici<sup>142</sup>.

- ¿No piensas siempre en ellos yaciendo aquí abajo? - preguntó ella-. ¿Juan con la armadura, y Leonor de Toledo con el cabello dorado?

- ¿Desde cuándo te has vuelto tan histórica? Eran una estirpe infame.

---

<sup>142</sup> Familia de banqueros, príncipes y papas que gobernó Florencia durante más de tres siglos.

- ¿Y desde cuándo te has vuelto tú tan loable? - respondió ella-. Al menos eran prósperos.

El tiempo pasó. Tenía una manera de pasar rápido en Florencia; aunque cada día es largo y lento y lleno de encanto, un mes vuela. De nuevo, la estación se desvanecía. Ahora se creía que el Sr. Morgan había tenido éxito, aunque no se sabía nada definitivo. Se puntualizaba lo extraordinariamente bien que se veía la señorita Stowe: su mirada refulgía tanto y tenía tanto color que realmente brillaba. Madame Ferri se lo repetía a la señorita Harrison.

- Margaret siempre ha sido brillante - dijo su tía.

- ¡Oh, extremadamente! - exclamó madame Ferri.

- Solo es que la gente no ha sabido verlo - añadió la señorita Harrison.

Ella mantenía un comportamiento apacible y tranquilo. A veces estaba con su sobrina y con el supuesto pretendiente, y a veces no. Seguía recibéndole con la misma amabilidad que le había dedicado desde el principio, y ocasionalmente le invitaba a cenar y a pasear en carruaje. No hacía comentarios acerca de la frecuencia de sus visitas, o de la duración de sus conversaciones en el pequeño balcón al anochecer, donde el murmullo de la fuente se elevaba débilmente desde abajo. En realidad, no tenía motivos para la preocupación; nada podía ser más relajante que el tono de los dos conversadores. Nada más se dijo de la Sra. Lovell; la conversación había vuelto al antiguo tono impersonal.

- Eres muy constante - dijo Morgan un anochecer-. No pareces tener estados de ánimo. Lo noté el año pasado.

- Una es constante - respondió ella-, cuando una es...

- Indiferente - sugirió él.

Ella no le contradijo.

Dos cosas se negaba a hacer: no cantarías y no irías a los jardines de Boboli.

- Ya que me gustan especialmente esos altos, ceremoniosos y antiguos setos y las estatuas serenas, me privas de un verdadero placer - dijo Morgan.

Fue al anochecer del 16 de mayo; sentados con el ventanal abierto, la señorita Harrison no estaba presente.

- Puedes ir cuando nos hayamos marchado - dijo ella, sonriendo-. Partimos mañana.

- ¡Partís mañana! - repitió él. Después, tras un instante- Es inmensamente amable de tu parte decírmelo de antemano - dijo, irónicamente-. ¡No habría sabido que te ibas hasta después de tu partida!

Ella no respondió, pero movió lentamente el hermoso abanico gris.

- ¿Entiendo que consideras que el mes está más que terminado y que eres libre?

- Tienes todo lo que has pedido, Sr. Morgan.

- Y, por lo tanto, ahora solo tengo que agradecer tu generosidad y dejarte marchar.

- Eso creo.

- No te importa saber el resultado de mi experimento... ¿si ha sido un fracaso o un éxito? - preguntó él-. Tú me contaste el resultado del tuyo.

- No quería hacerlo. Me vi obligada a hacerlo por tu malentendido.

- Los malentendidos, por el mero hecho de no poder combatirlos, ya son horribles. Que no haya ninguno entre nosotros ahora.

- No lo hay.

- No lo sé -. Él se apoyó en su silla y miró a la apacible oscuridad de la noche italiana-. Tengo un favor más que pedirte - dijo entonces-. Me has concedido mucho, concédeme esto. ¿A qué hora te vas mañana?

- Por la tarde.

- Concédeme un rato contigo en los jardines de Boboli por la mañana.

- Eres un trabajador consumado, Sr. Morgan; quieres terminar con un pulido, no te gusta dejar terminaciones rugosas. Estate satisfecho, digamos que se ha cumplido tu deseo, y supongamos que las últimas palabras han sido hermosa y brillantemente pronunciadas. Eso servirá.

- Adórnalo como te plazca - respondió el-. Pero consiente.

Sin embargo, era en extremo difícil que él obtuviera tal consentimiento.

- No hay nada que puedas decir que me interese oír - declaró ella, por fin.



- ¡El rey ha muerto! ¡Mi tiempo ha terminado, evidentemente! Pero, dado que *hay* algo que puedas decir que a *mí* me interesa oír, de nuevo te ruego que consientas.

La señorita Stowe se levantó, y pasó por el largo ventanal a la iluminada sala vacía, adornada como de costumbre con muchas flores; allí permaneció, mirándolo, mientras él entraba también.

- He intentado todo lo que he podido para evitarlo - dijo ella.

- Así es.

- ¿Y aun así insistes?

- Sí.

- Muy bien; consiento. Pero no olvides que lo intenté - reiteró-. Buenas noches.

A la mañana siguiente a las diez, cuando él entraba al antiguo anfiteatro, la vio; estaba sentada en uno de los bancos de piedra de arriba, bajo una estatua de Diana<sup>143</sup>.

- Preferiría ir a nuestro antiguo lugar - dijo él, cuando se acercó-; el sitio bajo el árbol, ya sabes.

- Me gusta más este.

- Como quieras, claro. Será más real, más estatal; pero, en consonancia con ello, deberías haber llevado puesto algo más solemne, en lugar de ese suave y tierno tono.

- Eso es innecesario - respondió ella.

- Te refieres, entiendo, a que tu rostro no se entenece. Y de hecho no lo hace.

Ella vestía de color crema de los pies a la cabeza; sostenía abierta, apoyada en un hombro, una sombrilla grande y pesada con flecos también de color crema. Sobre este atuendo suave y bajo la tenue sombra, la oscuridad de su cabello y su mirada eran doblemente obvias.

Él tomó asiento junto a ella, se quitó el sombrero y dejó que la brisa le tocara la cabeza y el rostro; era una cálida mañana de verano y estaban a la sombra.

- Creo que iba a contarte el resultado de mi experimento - dijo él, después de un rato, rompiendo el silencio que ella no había roto.

- Tú lo deseaste; yo no lo he pedido.

---

<sup>143</sup> Diosa romana de la caza, la luna y protectora de las mujeres.

Si ella estaba indiferente, él estaba tranquilo; él no se encontraba en absoluto como la noche anterior; entonces había parecido apresurado e irritado, ahora estaba calmado.

- El experimento ha tenido éxito - dijo, deliberadamente-. Me sorprende a menudo pensando en ti; me gusta estar contigo; siento contigo cierta satisfacción feliz. Lo que quiero preguntar es, a ver si puedo decirlo de una vez, ¿no puede ser esto el pilar de un mejor entendimiento entre los dos?

Ella miraba las laderas violetas del Monte Morello frente a ella.

- Podría - respondió ella.

Él se volvió; el perfil de ella frente a él, no podía ver sus ojos.

- Seré muy sincero - continuó él -; dadas las circunstancias, es solo mi forma de verlo. Has querido a otra persona. Yo he querido a otra persona. Los dos hemos sido desdichados. Creo que deberíamos, por lo tanto, mostrar una simpatía particular y comprensión hacia el otro. Me ha parecido que esto, junto a mi afecto real por ti, deberían ser pilares suficientes para... llamémoslo otro experimento. Te pido que hagamos este experimento, Margaret; te pido que te cases conmigo. Si fracasa, si no eres feliz, prometo no retenerte lo más mínimo. Disfrutarás de tu libertad sin trabas y, al mismo tiempo, todo será dispuesto para evitar el qué dirán. Estaré contigo lo suficiente como para mantener las apariencias; eso será todo. En realidad, serás totalmente libre. Creo que puedes confiar en mi palabra.

- Solo tendré un poco de lo de mi tía - fue su respuesta, su mirada aún concentrada en la montaña-. No soy su heredera, como supones.

- Lo dices para ser severa; pero es inofensivo. Es verdad que suponía que eras su heredera; pero el hecho de que no lo seas no cambia nada en mi proposición. No seremos ricos, pero podremos vivir; será un placer hacer que vivas cómodamente.

- No termino de ver por qué me pides esto - dijo ella, con el mismo tono bajo y la mirada apartada-. No me quieres; no soy hermosa, no tengo capital. ¿Qué ganas, pues?

- Gano - respondió él-, gano... - después se detuvo-. No querrías que te lo dijera - añadió, y su tono cambió.

- Te ruego que me lo digas - sus labios estaban ligeramente apretados, un temblor la había invadido; parecía estar ejerciendo toda su capacidad de autocontrol.

Él la miró un momento, y después, inclinándose hacia ella mientras una nueva y hermosa expresión de ternura surgía en su mirada:

- Gano, Margaret - dijo-, el mayor regalo que se le pueda otorgar a un hombre en vida, un regalo que anhelo, una mujer que me quiera real y profundamente.

El intenso rubor le inundó el rostro y la garganta, se levantó y apuntó hacia él su ferviente mirada:

- No estaba sino esperando esto - dijo ella, sus palabras salían precipitadamente, una detrás de otra, con la rapidez desoída de la pasión-. Estaba segura de que vendría. Con el arraigado egoísmo de un hombre tú crees que te quiero; lo has creído desde el principio. Como lo sabía, permití que este experimento tuyo continuara. Resistí la tentación al principio, pero era demasiado fuerte para mí; tú lo hiciste así. Era una oportunidad para hacerte consciente de tu flagrante error; una oportunidad de tener mi venganza. Y cedí. Tú dijiste, no hace mucho, que era constante. Respondí que una era constante cuando es... tú respondiste "indiferente" y no te contradije. Pero la realidad es que una es constante cuando persigue un fin. Y yo perseguía un fin. Este era el mío: hacerte traducir en palabras tu indignante vanidad, hacer que te convencieras de tu denso y vasto error. Pero hacia el final surgió un mayor impulso y el juego no pareció merecer la pena. Me dije que me iría sin darte, después de todo, la oportunidad de ridiculizarte, la oportunidad de demostrar claramente tu insufrible e increíble arrogancia. Pero insististe, y el impulso se desvaneció, te permití llegar hasta el final. ¡Te quiero! ¡A ti!

Él también se había levantado; estaban juntos de pie bajo la estatua de Diana; algunas personas habían entrado al anfiteatro de abajo. Él había palidecido ligeramente mientras ella pronunciaba estas amargas palabras, pero permaneció muy callado. Aún sostenía su sombrero en la mano; apartó la mirada.

- ¿No tienes nada que decir? - preguntó ella, después de unos instantes.

- Creo que no hay nada - respondió él, sin girarse.

Después hubo otro silencio de nuevo.

- Probablemente desees marcharte - dijo él, rompiéndolo -; no me permitas retenerte.

Y empezó a bajar los escalones, deteniéndose, sin embargo, aunque el descenso era algo embarazoso, para darle la mano.

Para el pequeño grupo de italianos de abajo, que contemplaba el obelisco egipcio, él parecía el retrato de la caballería, con la cabeza descubierta, ayudándola a bajar; y cuando pasaron el obelisco, esos niños campesinos los miraron como dos de los ricos estadounidenses; la dama vestida como en un lienzo, el caballero distinguido, pero ambos sin gesto alguno de interés, y fríamente callados y pálidos.

No la acompañó a casa.

- ¿Debo ir contigo? - preguntó él, rompiendo el silencio cuando alcanzaron la salida.

- No, gracias. Llama a un carruaje, por favor.

Le hizo una seña a un conductor cercano y la ayudó a subir a uno de esos traqueteantes carruajes florentinos.

- Adiós - dijo ella, cuando estuvo sentada.

Él alzó su sombrero.

- Lung' Arno Nuovo<sup>144</sup> - le dijo al conductor.

Y el carruaje echó a rodar.

Los países nos atraen de formas diferentes. Nos sentimos cómodos en Inglaterra, musicales en Alemania, fascinados en París (París es un país), e idílicos en Suiza, pero cuando se trata del afecto, a Italia le corresponde el corazón, seguimos volviendo a ella. La señorita Harrison, sentada en su carruaje en los altos de Bellosguardo<sup>145</sup>, pensaba en ello mientras miraba hacia abajo a Florencia y el valle. Se iniciaba el próximo otoño, finales de septiembre; y estaba sola.

Un faetón pasó y giró colina abajo; pero reconoció al ocupante y lo llamó por su nombre:

- ¡Sr. Morgan!

---

<sup>144</sup> La parte nueva o continuación de la calle Lungarno, o embarcadero del río Arno.

<sup>145</sup> En italiano es "mirada hermosa", el nombre de una colina a las afueras de Florencia donde Woolson vivió de 1886 a 1889.

Él se giró, la vio, hizo una reverencia, y, después de un momento de duda, ordenó a su conductor que se detuviera, salió y volvió para hablar con ella.

- ¿Pero cómo es que está en Florencia en este momento del año? - preguntó ella, cordialmente, tendiéndole la mano-. No hay ni un alma.

- Esa es la razón por la que vine.

- Y la razón por la que nosotras también lo hicimos - dijo, riéndose-. Estoy encantada de haberle visto; un alma es muy aceptable. Tiene que venir y visitarme inmediatamente. Espero que vaya a quedarse.

- Gracias; es muy amable. Pero parto mañana por la mañana.

- Entonces ha de venir esta noche; venga a cenar a las siete. Es imposible que tenga otro compromiso cuando no hay nadie con quién comprometerse, salvo que sea con los cuadros; creo que no se irán para el verano.

- Realmente tengo un compromiso, señorita Harrison; es muy amable, pero me veo obligado a rechazar su invitación.

- Despida a su carruaje, pues, y regrese conmigo; le dejaré en su hotel. Será una visita del mismo tipo.

Obedeció. Los espléndidos caballos de la señorita Harrison arrancaron y se movían con lenta nobleza por la sinuosa carretera en la que los mendigos aún no habían empezado a congregarse; no era la “temporada” de mendigos; aún estaban en la costa.

La señorita Harrison habló de varios temas. Habían estado en Suiza, y había llovido de continuo; no habían visto nada excepto niebla. Habían llegado hasta St. Gothard, pero se les había estropeado el carruaje. Habían estado en Venecia, y se habían topado con la malaria. Habían visitado Padua, Verona y Bolonia, y las tres se habían vuelto espantosamente modernas e iconoclasticas. Nada había sido lo más mínimamente satisfactorio, y Margaret no había estado bien; estaba muy angustiada por ella.

El Sr. Morgan “esperaba” que no fuera nada grave.

- No sé si es serio o no - respondió la señorita Harrison-. Margaret es una persona bastante seria, creo.

Ella le miró como buscando confirmación, pero él no seguía el tema. En su lugar, él le preguntó por su propia salud.

- Oh, yo estoy como de costumbre. Solo los inválidos reales están realmente bien; disfrutan de su pobre salud, ya sabe. ¿Y qué ha estado haciendo desde que la última vez que le vi? Espero que nada fuera de lo común. Veamos... Trieste y Tarascón; ¿probablemente haya estado en Transilvania?

- Eso sería algo fuera de lo común, ¿no? Pero no he estado allí; he ido a varios sitios más cercanos, enfrascado sistemáticamente en divertirme.

- ¿Y lo consiguió? Si fue así, es usted un genio. Uno debe de tener un don especial, creo, para divertirse de esa manera a los cuarenta. Naturalmente, quiero decir treinta y cinco, ya sabe; pero los cuarenta es un término asentado, divide. ¿Y se divirtió?

- Inmensamente.

- ¡De tal manera que ha venido a Florencia en septiembre a descansar después!

- Sí.

La señorita Harrison siguió hablando. Él escuchaba y contestaba lo necesario. El carruaje entró a la ciudad, cruzó el puente Carraia y giró hacia su hotel.

- ¿No puede venir media hora esta tarde, cuando su compromiso haya terminado? - preguntó ella-. Estaré sola, ya que Margaret no llegará antes de medianoche; se fue al campo esta mañana con madame Ferri, una especie de fiesta en una villa, una costumbre florentina. No has preguntado mucho por ella, creo, dado lo mucho que estuvisteis juntos la primavera pasada - añadió, mirándolo tranquilamente.

- He sido descuidado, perdóneme.

- Es solo un olvido, naturalmente. No es un defecto hoy en día; es una virtud y, lo que es más, está muy de moda. Pero hay una pequeña noticia que he de contarte sobre mi sobrina: va a casarse.

- No es pequeña, es una gran noticia. Por favor, trasládele mis mejores y más sinceros deseos y mi enhorabuena.

- Siento que no pueda hacerlo usted mismo. Pero al menos podrá venir y *verme* un rato esta noche, digamos a las diez. El nieto de su abuelo debe ser muy educado con la vieja tía Ruth Harrison por los viejos tiempos - entonces el carruaje se detuvo en su puerta-. Recuerde, le espero - añadió cuando él se iba.

Sobre la hora que ella había mencionado, fue a verla; la encontró sola, tejiendo. Era una de sus idiosincrasias tejer calcetas “para los pobres”. No había dudas de que eran lo suficientemente “pobres” como para llevarlas; pero como hacía tal cantidad de ellas, y siempre eran de talla de niño y negras, sus amistades a veces pensaban, con cierta congoja divertida, que ella era responsable del regimiento de pequeñas piernas vestidas de funeral que corrían por las calles.

Él no tenía nada especial que decir; su intención era quedarse lo menos posible; podía ver las manecillas del reloj y notaba su avance cada tanto durante los veinte minutos que se había dado.

La señorita Harrison habló de varios temas, pero no dijo nada más acerca de su sobrina; tampoco él, por su parte, hizo ninguna pregunta. Después de un rato, ella pasó a las modas en el arte.

- Es de lo más curioso - dijo - cómo las personas siguen obedientemente a otras por un camino estipulado, como un rebaño, sin reparar en los senderos, igualmente buenos o incluso mejores, que se abren a la derecha o a la izquierda. Ahora tenemos los maravillosamente vivaces frescos de Masaccio en el Carmine<sup>146</sup>, frescos que Rafael y Miguel Ángel estudiaron y copiaron. Aun así, esa iglesia no está en boga; no está de moda ir allí; Ruskin no ha escrito un panfleto<sup>147</sup> granate sobre ella, y Baedeker le dedica un escaso cuarto de página, mientras que otras iglesias tienen tres y cuatro. Ahora, me parece que...

Pero lo que le parecía Morgan nunca lo supo, porque se detuvo cuando la puerta se abrió.

- Ah, aquí está Margaret, después de todo - dijo ella-. No la esperaba hasta dentro de tres horas.

La señorita Stowe atravesó la amplia habitación, quitándose su mantilla blanca y el sombrero de plumas cuando llegó. No notó que había alguien más excepto su tía; la luz no era brillante, y el visitante estaba sentado en la penumbra.

---

<sup>146</sup> La capilla Brancacci en la iglesia de Stª Maria del Carmine está decorada con frescos por Masaccio (1401-1428), considerado el primer gran pintor del renacimiento.

<sup>147</sup> Se refiere a *Mañanas en Florencia* (1875-1877) de John Ruskin (1819-1900), la guía más autorizada al arte y la arquitectura de Florencia para hablantes de inglés.

- Ha sido muy estúpido - dijo ella-. No me pidas que vaya otra vez.

Y entonces le vio.

Se levantó y le hizo una reverencia. Después de un receso de un instante, ella pronunció su nombre y le extendió la mano, que él tomó con la misma formalidad con la que ella se la tendió. La señorita Harrison fue locuaz. Estaba “tan complacida” de que Margaret hubiera vuelto más pronto de lo esperado; tan “complacida” de que el visitante aún se encontrara allí. Parecía de hecho estar complacida con todo, y les hablaba a los dos; en realidad, salvo por las respuestas a sus preguntas, ellos permanecieron bastante callados. El visitante se quedó tan solo un cuarto de hora más y después se marchó, despidiéndose al mismo tiempo, ya que partía pronto por la mañana.

- ¿A Trento? - preguntó la señorita Harrison.

- A Tadmor<sup>148</sup> esta vez, creo - respondió él, sonriendo.

La mañana siguiente abrió con una tediosa lluvia gris. Morgan se levantó tarde, perdió el tren y se vio obligado a esperar hasta la tarde. Hacia las once salió, bajo un paraguas, y, después de un rato, cansado de las constantes señales y traqueteos de los conductores de los carruajes, que no podían comprender que un rico forastero quisiera caminar, se adentró en el Duomo. La vasta catedral, nunca iluminada incluso en un día soleado, ahora estaba sombría, casi oscura, las pocas velas centelleantes, como estrellas, en el altar del extremo superior, solo servían para hacer más visible la oscuridad. Caminó hacia la entrada oeste cerrada, cuyo muro exterior se alzaba lento, día tras día, la nueva fachada bajo su rejilla tejida en mimbre. Allí permaneció, mirando la tenue extensión, con las oscuras negruras, como grandes fantasmas alados sin forma, planeando sobre él.

Una de las puertas sur, la más cercana al coro, estaba abierta, y por ella penetraba un débil rayo de luz gris e intentaba cruzar el suelo. Pero su ímpetu pronto se desvanecía en la magnitud y la penumbra, y moría antes de alcanzar tres metros. Un mendigo ciego estaba sentado en un banco a la entrada, su rostro paciente

---

<sup>148</sup> *Nota de la Trad.*: Palmira en español, mantenida en árabe para seguir con la aliteración del original.



se perfilaba débilmente contra el rayo; parecía no haber nadie más en la catedral salvo el sacristán, cuya forma podía verse vagamente, renovando las velas que ardían en las capillas lejanas.

El visitante solitario caminaba de acá para allá en la penumbra. Después de un rato, notó una figura entrando a través del rayo. Era la de una mujer; no tenía el perfil del mendigo habitual de la catedral; no se encorvaba ni se encogía; iba erguida y estilizada y caminaba delicadamente; venía hacia el extremo oeste, donde él estaba paseando de un lado a otro. Él se detuvo y permaneció quieto, mirándola. Siguió aproximándose, y al final se rozó contra él. Viniendo de la luz del día, no veía nada en la oscura penumbra.

- Perdóname, señorita Stowe - dijo él-, debería haber hablado. Mis ojos se han acostumbrado a esta luz, y te reconocí; pero por supuesto no podías verme.

Ella había retrocedido cuando le tocó; ahora se alejó aún más.

- Se está especialmente solitario aquí en un día lluvioso, ¿no? - continuó él-. Solía venir aquí durante las tormentas. Le hace sentir a uno como si ya fuera incorpóreo, como si ya fuera una sombra, vagando por los rincones grises y desconocidos de otro mundo.

Ahora ella se había recuperado y, girándose, empezó a caminar de vuelta hacia el rayo de la puerta superior. Él la acompañó. Pero el Duomo es vasto y no se puede atravesar en un minuto. Él siguió hablando de las sombras; después paró.

- Me alegro de tener esta oportunidad para expresarte mis buenos deseos, señorita Stowe - dijo, mientras seguían -. Espero que seas muy feliz.

- Yo espero lo mismo, sin duda - respondió ella-. Aun así, no veo ninguna razón en particular para esos buenos deseos de tu parte justo ahora.

- Ah, no sabes que lo sé. Pero la señorita Harrison me lo contó ayer; me contó que pronto ibas a casarte. Si nunca me has perdonado, a la luz de tu presente felicidad creo que pronto podrás hacerlo.

Ella se detuvo.

- ¿Mi tía te lo dijo? - preguntó ella, mientras él seguía hablando. Pero ahora, como él había parado, ella siguió caminando. Él no

podía ver su rostro; aunque se aproximaban al rayo, aún seguían en la penumbra, y tenía la cabeza apartada de él.

- En cuanto al perdón, soy yo quien debería pedirte perdón a ti - dijo ella, después de una pausa, durante la cual no hubo sonido alguno salvo los pasos en el pavimento mosaico.

- Sí, fuiste muy severa. Pero te perdoné hace tiempo. Fui un estúpido, y merecía tus mordaces palabras. Pero deseaba bastante *oírte* decir que *me* perdonas.

- No hay nada que perdonar.

- Eso es muy amable. Tu matrimonio está presente para mí, y deseo lo mejor.

Un minuto después, habían alcanzado el rayo y la puerta. Entonces pudo ver su rostro.

- ¡Qué mal aspecto tienes! - exclamó él, involuntariamente-. Lo noté la pasada noche. No es de buenos modales decirlo, pero al menos es un sentimiento real. Deberías cuidarte más.

El mendigo ciego, al oír sus pasos, había extendido la mano.

- No te vayas aún - dijo Morgan, dándole un franco-. Mira cómo llueve fuera. Da una vuelta conmigo a todo el interior por todos los días placenteros en Florencia, porque *hubo* una parte placentera; será nuestro último paseo juntos.

Ella asintió en silencio, y se adentraron en la penumbra de nuevo.

- Voy a hacer una confesión - dijo él, cuando pasaron el coro -; puede que no cambie nada ahora, y prefiero que lo sepas. No me percaté entonces, pero lo veo ahora: es que, ayer descubrí que estuve enamorado de ti, más o menos, desde el principio.

Ella no respondió, y pasaron bajo la gran estatua inacabada de Miguel Ángel, y alcanzaron el otro lado.

- Por supuesto estaba fascinado con Beatrice; de alguna forma era su esclavo. Aun así, cuando te dije "perdóname, estoy enamorado de otra persona", realmente creo que era para ver qué decías o hacías más que por cualquier sentimiento de lealtad hacia ella.

Tampoco dijo nada. Caminaron hacia el pasillo norte.

- Desearía que me dijeras - rogó, dejando el tema sobre sí mismo y volviendo a ella-, que eres completa y realmente feliz en tu matrimonio. Espero que lo seas, de todo corazón; pero me gustaría oírlo de tu boca.

Ella hizo un gesto como de rechazo; pero él siguió.

- Por supuesto sé que no tengo derecho; te lo pido como un favor.

Ahora estaban en plena penumbra, casi oscuridad; pero algo parecía decirle que ella estaba sufriendo.

- ¿No irás a hacer eso tan miserable, casarte sin amor? - preguntó él, deteniéndose abruptamente-. ¡No lo hagas, Margaret, no! Te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma, y no podrás soportarlo. Algunas mujeres pueden, pero tú no podrías. Tienes sentimientos demasiado profundos, demasiado...

No acabó la frase, pues ella se había apartado de él de pronto, y caminaba por el sombrío espacio en el centro del gran templo cuyos pilares se habían asentado tan imponentemente hacía seis siglos.

Pero él la siguió y la detuvo, casi forzándola, tomando sus manos en las suyas.

- No debes hacerlo - dijo-, no debes casarte de esa forma. Es peligroso; es horrible; para ti, es un crimen.

Después, mientras permanecía de pie junto a ella, vio dos gruesas lágrimas caer de sus ojos distantes.

- ¡Margaret, Margaret! - exclamó-, en vez de eso, habría sido mejor que te hubieras casado incluso conmigo.

Apartó sus manos de las de él y se cubrió el rostro; estaba sollozando.

- ¿Es demasiado tarde? - susurró él-. ¿Hay una posibilidad...? Te quiero intensamente - añadió.

Y, frío e indiferente como Florencia le consideraba, su voz se rompió.

Cuando alcanzaron el rayo de nuevo, él le dio al mendigo ciego el poco cambio que llevaba encima; el viejo pensó que era un diamante de papel.

- Me debes otra vuelta - dijo él -; no has hablado durante la última mitad.

Así que empezaron por segunda vez.

- Dime cuándo empezaste a pensar en mí - continuó, cuando pasaron el coro-. ¿Fue cuando leíste la carta?

- Era una carta absurda.

- Al contrario, era muy buena, y lo sabes. ¿La has guardado?
- No; la quemé hace mucho.
- ¡No hace tanto! Sin embargo, no temas; te escribiré muchas más, e incluso mejores. Me iré adrede.

Cruzaron el extremo este, bajo la gran bóveda, y aparecieron al otro lado.

- Me dijiste cosas muy amargas en ese antiguo anfiteatro, Margaret; siempre odiaré ese sitio. Pero después de todo, para una persona que era muy indiferente, ¿no estabas *demasiado* irritada?

- Es fácil decir eso ahora - respondió ella.

Caminaron hacia el pasillo norte.

- ¿Por qué te detuviste y saliste de la habitación tan abruptamente cuando estabas cantando esa canción que te pedí, ya sabes, el *Semper Fidelis*?

- Se me quebró la voz.

- No; fue tu coraje. Sabías que ya no eras “fidelis” a ese antiguo amor tuyo, y estabas asustada por el descubrimiento.

Alcanzaron el oscuro extremo sur.

- Y ahora, respecto a ese antiguo amor - dijo él, deteniéndose -, nunca te lo preguntaré de nuevo; pero aquí y ahora, Margaret, dime qué era.

- No era “una fascinación”, como la tuya - respondió.

- No seas impertinente, y menos en una iglesia. La Sra. Lovell no era mi única fascinación, te lo aseguro; tengo treinta y seis años. Pero ahora, ¿qué era?

- Un error.

- Bien; pero quiero más.

- Fue un fuego fatuo que pensé que era real.

- Mejor; pero no es suficiente.

- Pides demasiado, creo.

- Siempre lo pediré; soy terriblemente egoísta; te aviso de antemano de que lo espero todo, de la forma más incansable.

- Bueno, entonces, fue una fantasía, Trafford, que confundí con...

Y solamente el Duomo sabe cómo acababa la frase. Mientras pasaban, por tercera vez, hacia la puerta, ante la tablilla a Giotto, Morgan se detuvo.

- Tengo el sentimiento de que se lo debo al viejo amigo - dijo-, siempre he sido su fiel discípulo, y ahora me ha recompensado con una bendición. En el próximo festival, su tablilla será envuelta con la más roja de las rosas y un gran manto de vainillas de jardín, como reconocimiento de mi gratitud.

Así fue; y nadie supo nunca por qué. Si hubiera sido “en temporada”, los curiosos turistas se hubieran distraído por la imposibilidad de descubrirlo; pero para los florentinos que asisten en masa a la catedral, para los que la inscripción latina “Soy aquel por el que el perdido Arte de la Pintura resucitó” sigue siendo un misterio, solo les parece un tributo a un “amigo fallecido”.

- Y él es muy amigo mío, aunque haya fallecido hace unos cinco siglos - dijo Trafford-, o de eso me siento convencido.

- Me pregunto si, ahora, sabe mejor cómo pintar a un ángel recostado en el cielo - replicó Margaret.

- ¿Tienes idea de por qué la señorita Harrison se inventó esa enorme historia sobre ti? - preguntó él, cuando se dirigían a casa en carruaje.

- Ni la más mínima. Tenemos que preguntárselo.

La encontraron en su butaca, empezando una nueva calceta.

- Pensé que estaba en Tadmor - dijo, cuando entró Trafford.

- Me iba, pero volví para hacer una pregunta. ¿Por qué me dijo que esta joven iba a casarse?

- Bueno, ¿no es así? - dijo la señorita Harrison riéndose-. Sentaos, vosotros dos, y confesad vuestra tontería. Margaret ha estado todo el verano enferma con absoluta languidez, sí, así es, niña, es el lugar de una mujer ser humilde. Y tú, Trafford, tampoco parecías especialmente exultante, para un hombre que se ha divertido inmensamente durante el mismo periodo de tiempo. Hice lo que pude por vosotros inventándome cierto terreno neutral en el que pudierais veros y hablar. Es muy neutral para el otro hombre, ya sabéis, cuando la chica va a casarse; ¡entonces puede hablar con ella o no! Me temía anoche que no fueras a aprovecharte de mi invención; pero veo que ha tenido mayor éxito (por alguna razón con toda esta lluvia) del que esperaba. Era, creo - concluyó, mientras comenzaba con una

nueva aguja- uno de mis experimentos: un experimento florentino.

Trafford estalló en una carcajada tremenda a la que, tras un instante, Margaret se unió.

- No sé de qué os reís los dos - dijo la señorita Harrison, estudiándolos-. Pensaba que erais más sentimentales, ya sabéis.

- Para confesar toda la verdad, tía Ruth - añadió Trafford, acercándose y sentándose a su lado-, ¡Margaret y yo ya hemos probado uno o dos de esos experimentos!

## *Semblanza*



DANIEL PASTOR GARCÍA

El autor de esta edición crítica, es Licenciado y Doctor en Filología Inglesa por la Universidad de Salamanca. Fue Lector de español en la Universidad de Edimburgo, Profesor Visitante en la Universidad de Indiana, Bloomington e International Scholar Fellow de la Newberry Library de Chicago, además de profesor invitado en varias universidades norteamericanas.

Actualmente es Profesor de la Universidad de Salamanca donde enseña Literatura Norteamericana. Sus publicaciones hasta la fecha se han centrado en varias líneas de investigación. La novela norteamericana con artículos y capítulos de libros sobre autores como William Burroughs, Jack Kerouac, Ken Kesey o John Clellon Holmes, entre otros; la figura del héroe literario cuya visión romántica de la realidad se ve condicionada por la brutalidad de la guerra, con estudios sobre Stephen Crane como corresponsal de guerra o sobre su novela más famosa *El rojo emblema del valor*; y, por último, el impacto literario de la guerra civil española en escritores de habla inglesa y su compromiso ante el conflicto español, un tema sobre el que ha publicado, junto con un grupo de investigación de la Universidad de Salamanca, numerosos artículos y varios libros.

# MEMORIA DE

Con la presente edición se quiere dar a conocer una selección de cuentos de Constance Fenimore Woolson, una de las escritoras más populares y admiradas del último cuarto del siglo diecinueve que, por distintas circunstancias, hasta hace unos pocos años fue una gran desconocida. Incluida dentro de lo que se conoce como literatura regionalista o de color local, Woolson fue ante todo una auténtica pionera de las letras no solo porque abordó sin complejos temas y asuntos no muy frecuentes hasta entonces en la literatura norteamericana sino, sobre todo, porque no se conformó con tratar literariamente una región específica de su país, a diferencia a lo que hicieron la mayoría de las coloristas locales, e inauguró nuevos espacios geográficos para su obra. Woolson es la primera escritora realista que emplea la región de los Grandes Lagos del medio oeste, como se podrá comprobar, pasó luego a escribir abundantemente sobre el Sur, en pleno período de la Reconstrucción, y fue también una de las primeras en emplear el tema internacional, el estudio de expatriados norteamericanos en la cultura europea, al vivir durante catorce años en Europa, preparando el camino para otras autoras.

# M U J E R 7

# M E M O R I A



ISBN: 978-84-1311-187-2



9 788413 111872

# DE MUJER 7